

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

# LOS HIJOS DEL AGUA

NARRATIVA



GOBERNACIÓN DEL  
QUINDÍO



UNIVERSIDAD  
DEL QUINDÍO



## **La Biblioteca de Autores Quindianos**

La Biblioteca de Autores Quindianos tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual, y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa y poesía, la Secretaría de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

*Julio César López Espinosa*  
Gobernador del Quindío

*Alfonso Londoño Orozco*  
Rector de la Universidad del Quindío



Susana Henao

# Los hijos del agua



*Los hijos del agua*

© Susana Henao

Primera edición:

Editorial Planeta

Bogotá, 1995

Segunda edición, 2011



**Biblioteca de Autores Quindianos**

Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío

Universidad del Quindío

Armenia, 2011

ISBN 978-958-8593-19-7

Edición al cuidado de la autora

*Todos los derechos reservados.*

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita de la autora.*

*Diseño de la portada:* © Lina María Cocuy

*Diagramación:* Julio César Pinzón Ospina

*Impresión:* Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

# Índice

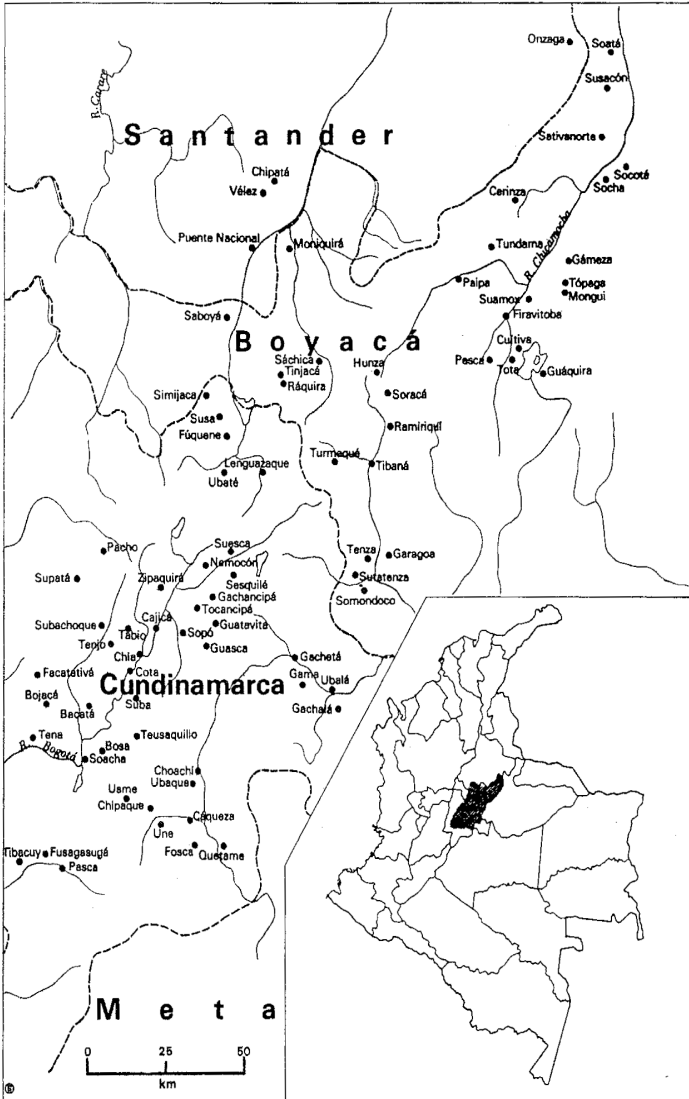
*Los hijos del agua, de Susana Henao: El retorno al origen.*

María Mercedes Jaramillo	11
ATA. Tibatigua	33
BOSA. Xiety	39
MICA. Tatí	43
MUIHICA. Suegata	53
HISCA. Chuinsúe	59
TA. Pkwakahuin	69
CUHUPCÚA. Zhangué	83
SUHUZA. Sikicha	91
ACA. Turmequé	99
UBCHIHICA. Usathama	113
QUIHICA ATA. Suazagascachía	127
QUIHICA BOSA. Kuni	139
QUIHICA MICA. Sutakone	155
QUIHICA MUIHICA. Suamox	163
QUIHICA HISCA. Chibchigua	181
QUIHICA TA. Guémuy	191
QUIHICA CUHUPCÚA. La llanura grande	213
QUIHICA SUHUZA. Yuruparí	225
QUIHICA ACA. Cajicá	267
GUETA. Erimiri	307
Epílogo	315
Personajes	317
Toponímicos	319
Vocabulario	321





# TERRITORIO MUISCA



(Historia de Colombia, Tomo I, Salvat.)



## ***Los hijos del agua, de Susana Henao:*** **El retorno al origen**

María Mercedes Jaramillo

En el prólogo al libro *Literatura de Colombia aborigen*, Hugo Niño analiza las diversas funciones que el mito cumple en la sociedad donde surge: primero, es etiológico porque responde a la necesidad del ser humano de conocer el origen; segundo, es orgánico porque jerarquiza las relaciones humanas en la comunidad, y las del hombre con su hábitat. Por tanto, es el “codificador básico de la organización social”<sup>1</sup>. Los textos míticos que recogió en *Primitivos relatos contados otra vez* trazan un puente entre las diversas comunidades que conforman el país al integrar los valores de la literatura viva aborigen a la cultura nacional. Otros autores colombianos también se han interesado en investigar mitos del pasado precolombino en un intento de acercarse a la cosmovisión de los indígenas y recrear su mundo cultural y su imaginario. Así, Hugo Niño recrea en sus textos el pensamiento mítico y las ceremonias rituales de algunos pueblos del territorio colombiano como los ticunas, los huitotos, los yaguas, los muiscas, los tucanos y los borekas. Flor Romero, por su parte, ha recogido mitos de las culturas mesoamericanas en relatos que tejen presente y pasado, y muestran su vitalidad y persistencia. Juan Carlos Galeano rescata en su poesía el paisaje y la fauna del territorio amazónico como también los mitos, las leyendas, historias y costumbres de los indígenas. Sus poemas se remontan a escenas fabulosas de la vida prehistórica y evocan la cosmología de los orígenes americanos con una naturaleza ubérrima que acoge a seres humanos que se identifican con los animales y que hablan con ellos, como en las fábulas para niños. Estos textos recogen

---

<sup>1</sup> Hugo Niño (ed.), *Literatura de Colombia aborigen: en pos de la palabra*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 23.

imágenes poéticas que reflejan una naturaleza espiritualizada y animista que siempre depara sorpresas y que se convierte en la coprotagonista de la experiencia humana.

Susana Henao<sup>2</sup>, en *Los hijos del agua*<sup>3</sup>, se remonta a la época precolombina para recobrar e imaginar los orígenes de la nación. Su obra se sitúa en el territorio muisca, Gantina Masca, lo que hoy comprende la región del altiplano cundiboyacense. La novela recrea los últimos años del imperio de los muisca antes de la llegada de los españoles; el fondo histórico son las luchas entre los señores (zipa, zaque y ubzaques) por obtener el control de los clanes; eran enfrentamientos por el poder económico ya que estaban en juego el pago de tributos, los dominios territoriales y la sumisión al zaque<sup>4</sup>. Henao crea modelos virtuales de la cultura muisca con personajes ficticios que encarnan vivencias verosímiles a la vez que develan la

---

<sup>2</sup> Susana Henao Montoya nació en Quimbaya (Quindío) en 1954; estudió Tecnología Química y Filosofía en la Universidad Tecnológica de Pereira. Otra de sus obras que merece mencionarse es la colección de cuentos *Antesala del paraíso y otros cuentos* (1993), donde aparece también “El Tragabalas”. En estos relatos de logro desigual recoge las vivencias de la gente que ha padecido la violencia que ha azotado al país en los últimos años. El manejo del lenguaje vernáculo, la recreación de las situaciones límites que viven algunas familias de la zona cafetera son excelentes documentos sociales, que muestran la sensibilidad de la autora y su capacidad de mostrar la problemática humana sin darnos juicios de valor.

<sup>3</sup> Obra que ganó el primer concurso de novela del Gran Caldas en 1995.

<sup>4</sup> El deseo del zipa de Bacatá, Saguanmanchica, de aumentar los tributos a sus aliados de Zipaquirá, Nemocón, Guatavita, Ubaté y Hunza creó las discordias y el descontento. Tibatigua, cacique de Guatavita, envió mensajeros a Ubaté y Hunza en busca de apoyo para rebelarse en contra de lo que consideraba usura del zipa. Tibatigua aprovechó la coyuntura de las guerras fronterizas que sostenía el zipa contra los caribes, pero fracasó y murió en el intento de librar a su pueblo de los tributos y de alcanzar la gloria que tuvieron en el pasado, pues Saguanmanchica tenía importantes aliados entre los grandes señores de Gantina Masca.

vigencia de las cosmogonías amerindias que han logrado trascender al presente.

Tatí, “Canción de la labranza”, el personaje principal, es un miembro del clan de Tibatigua, cacique de Guatavita, y es el hijo de un alfarero, Sikicha, “Varón de la quebrada”, y de Xiety, “Canción del río”; como sus nombres lo indican, pertenecen a las castas de labradores y artesanos. Otro de los personajes centrales es Sutakone, “Amigo de las nubes”, que es el brujo y amigo de Tatí. La historia se desarrolla durante el gobierno de Tibatigua, “Capitán águila”, quien inició las luchas en contra del zipa; el relato enmarca su regencia pues se inicia con la ceremonia de El Dorado que lo entroniza como líder, y termina con su derrota y muerte.

Con la obra de Henao asistimos a ceremonias, celebraciones, nacimientos, muertes, batallas y, sobre todo, al quehacer cotidiano en los cercados o asentamientos de los indígenas. Se recrea la vida del pueblo a través de Tatí y de su familia, con ellos conocemos sus expectativas, sus temores, su dieta diaria, su vestido, el trabajo y las obligaciones de hombres y mujeres. Con la familia de Tibatigua vemos, por un lado, las obligaciones y responsabilidades de los gobernantes, sus ambiciones, sus alianzas y la recreación de los episodios que antecedieron a la llegada de los españoles; de otro lado, conocemos la vida diaria de las castas superiores, sus privilegios y sus restricciones. Con Sutakone nos acercamos al mundo espiritual y mágico de los muisca y de las otras tribus que visita en su viaje a los llanos y la selva. De esta manera se recrea el mundo cultural, social, político e ideológico de los muisca con las anécdotas personales de Tatí, Tibatigua y Sutakone.

A través de los personajes de distinto rango social y diferente ocupación y destino se recrea el diario vivir de una comunidad muisca en las inmediaciones de la laguna de Guatavita. El lugar escogido para ubicar la historia que se narra le permite a la autora recoger los episodios que han cautivado la imaginación de todos los que los han escuchado: la leyenda de la cacica Guatavita, quien se arrojó a la laguna con su pequeña

hija, después de que su marido la obligara a “comer lo que le habían cortado al amante e hizo cantar este suceso por todos los rincones para escarmiento de las mujeres y castigo de la infiel”<sup>5</sup>; y la ceremonia de El Dorado, rito propiciatorio y de fertilización con el que esta sociedad agraria le rendía tributo al sol. Como anota Lawrence E. Sullivan en *Incanchu’s Drum*:

La historicidad de la experiencia religiosa finalmente no nos dice qué es una experiencia religiosa. Pero el mito es clave para abrimos paso entre nuestras circunstancias históricas y la condición religiosa general de la humanidad. El mito no solamente forma y explica el orden social, económico y político, sino que sobre todo, revela la imaginación misma, la habilidad humana de juntar diferentes experiencias en una realidad imaginada, un mundo de relaciones, de aprehensión, emoción, especulación, reproducción y juicio<sup>6</sup>.

Susana Henao refleja un mundo primigenio, profundamente religioso y cargado de mitos y tabúes, con un texto que nos propone un modelo virtual más auténtico. La nominación de personajes y de lugares, la recreación de la cosmovisión y de las costumbres se basan en la investigación histórica, y como anota César Valencia Solanilla en la contraportada del libro:

*Los hijos del agua* es una bella novela que se inscribe en lo mejor de nuestra tradición literaria en ese proceso de revelación de la identidad cultural, propone una virtualidad imaginaria como aproximación a la reconstrucción de la realidad histórica y crea un espléndido mundo de ficción que genera en el lector la fascinación por un pasado que va más allá de las mentirosas y fragmentarias leyendas de nuestros antepasados.

La similitud funcional de los mitos explica su uso frecuente en las diversas manifestaciones culturales de la humanidad. Su presencia se detecta en diferentes áreas de la experiencia vital cotidiana que va desde los ritos culinarios hasta la gestualidad individual. Las costumbres que regulan la conducta social y que guían en el diario vivir están impregnadas de las estructuras

---

<sup>5</sup> Susana Henao, *Los hijos del agua*, Bogotá, Planeta, 1995, p. 135.

<sup>6</sup> Las traducciones al español son de la autora de este artículo.

míticas. Se aprenden los ritos de la muerte, del nacimiento, del matrimonio; pasajes de un estado a otro, de una condición a otra. Los mitos crean una red entre los seres humanos y su medio ambiente, entre lo esperado y lo inesperado, entre lo puro y lo impuro, entre la vida y la muerte o entre lo sagrado y lo profano, que nos ayudan a entender y controlar el universo. Los tabúes crean barreras que rigen a la comunidad y evitan el caos al generar una serie de parámetros para regular la conducta humana. Los tabúes que rodean la muerte, el nacimiento, la menstruación tienen un carácter profiláctico y purificadorio. Cuando la violencia, la enfermedad o lo inesperado irrumpen en el normal desarrollo de los acontecimientos e interfieren en las costumbres sociales o individuales aparece el caos. Los ritos propiciatorios confortan al individuo en estos momentos de crisis, ya que el pensamiento mítico es uno de los baluartes a los que el ser humano acude consciente o inconscientemente en búsqueda de respuestas o posibles alternativas.

Arnold van Gennep, en su clásico estudio *The Rites of Passage* (1909)<sup>7</sup>, afirma que es la similitud entre las diferentes manifestaciones culturales de los pueblos la que permite hacer un estudio de los ritos de pasaje y clasificarlos como ritos de separación, de transición y de incorporación. Las ceremonias que rodean los momentos esenciales del hombre (nacimiento, matrimonio, escogencia de una profesión, muerte) pasan por estas diferentes etapas. El corte de pelo, por ejemplo, es la separación del mundo infantil y la entrada al mundo de los adultos, o del mundo profano al sagrado en el caso de una novicia. El período de encierro, de pruebas o de entrenamiento es la etapa de transición para los elegidos o candidatos a pasar de un estado a otro —como aprendices y novicias—. La etapa de incorporación se inicia con un banquete o cena participatoria en el caso de la recién desposada, con la entrega de las armas y de las insignias en el caso del cazador o del guerrero. Van Gennep concluye que:

---

<sup>7</sup> Arnold van Gennep, *The Rites of Passage*, Trad. Monika B. Vizedom y Gabrielle L. Caffee, int. Solon T. Kimball, Chicago, The University of Chicago Press, 1960.

En conclusión, las series de transiciones humanas han sido conectadas, entre algunos pueblos, con los pasajes celestiales, la revolución de los planetas, y las fases de la luna. Evidentemente es una concepción cósmica la que relaciona las etapas de la existencia humana con las de la vida animal y vegetal, a través de un tipo de adivinación precientífica que las une a los grandes ritmos del universo<sup>8</sup>.

La observación atenta de los fenómenos astrales ha sido fundamental para las comunidades primitivas, como lo afirma van Gennep. Por su parte, Gilbert Durand, quien ha analizado los simbolismos astrobiológicos, ve la profunda relación que muchos pueblos han establecido entre los ritmos cósmicos, los ciclos vitales, las estaciones y los períodos agrícolas. En los ciclos lunares se reconocen los cambios vitales que padece el universo. Así, el embarazo, el nacimiento, la enfermedad y la muerte son estados que se asocian con las fases lunares. Por su parte, Mircea Eliade, citado por Durand, afirma que: “Lo mismo que el hombre, la luna tiene una historia patética”<sup>9</sup>. Por tanto, el deseo del ser humano de controlar y prever su destino hace entendible la asociación entre la brujería y los fenómenos nocturnos<sup>10</sup>. Los dramas lunares, como dice Gilbert Durand, están relacionados con los cultos agrarios porque las épocas

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 194.

<sup>9</sup> Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Versión de Mauro Armiño, Madrid, Taurus, 1981, p. 281.

<sup>10</sup> Durand hace un detallado análisis de los diferentes símbolos lunares en diversas culturas, ve en ellos una serie de estructuras simbólicas similares que lo llevan a concluir que: “La filosofía que se desprende de todos los temas lunares es una visión rítmica del mundo, ritmo realizado por la sucesión de los contrarios, por la alternancia de las modalidades antitéticas: vida, muerte, forma y latencia, ser y no ser, herida y consuelo. La lección dialéctica del simbolismo lunar no es ya polémica y diáritica como la que inspira el símbolo uraniano y solar, sino por el contrario sintética; la luna es al mismo tiempo muerte y renacimiento, oscuridad y claridad, promesa a través y por las tinieblas, y no búsqueda ascética de la purificación, de la separación. No obstante la luna tampoco es un simple modelo de confusión mística, sino escansión dramática del tiempo”. *Ibíd.*, p. 280.



de cultivo y cosecha se acoplaban a los ritmos cósmicos. “De ahí la sobredeterminación femenina y casi menstrual de la agricultura. Ciclos menstruales, fecundidad lunar, maternidad terrestre, crean una constelación agrícola cíclicamente determinada”<sup>11</sup>.

El espacio de Gantina Masca está también marcado por la ritualidad y el mito, pues lagunas, montañas y ríos tienen sus deidades protectoras que reaccionan ante el acontecer humano. Los animales participan de este mundo animista poblado de espíritus que comparten el espacio con los seres humanos. Es un universo fascinante, con una poderosa presencia de la naturaleza y con dioses que están presentes en cada momento de la existencia. La exuberancia de la naturaleza la vemos reflejada en los ritos que la celebran y en la presencia de los dioses que la personifican. La relación entre los seres vivos y su entorno es más simétrica<sup>12</sup>. Cuando los primeros pobladores aparecen, encuentran ya el medio habitado por animales y controlado por fuerzas naturales, a las que ellos respetan:

Los recién llegados hicieron pacto con ella [el agua]. Acataron la fuerza de su voz y la llamaron hermana y la adoraron para que nunca se fuera, para que velara por ellos, para que los cubriera y les escuchara los secretos; para que les diera alimento fácil y puro. Agradecieron también a la luna sus promesas y su presencia siempre predicha, y a las ranas sus cantos puntuales y a las hormigas sus caminos habladores y entendieron los mensajes, los avisos de los buenos y los malos tiempos<sup>13</sup>.

La novela de Henao se divide en 21 capítulos. El primero y

---

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 283.

<sup>12</sup> Por ejemplo, la historia de la cacica Guatavita, que mora en el fondo de la laguna en compañía de su hija y del dragoncillo, refleja la conexión entre lo profano y lo sagrado, entre vida y muerte y entre los animales y los seres humanos, ya que se hacen ofrendas en la laguna de Guatavita para apaciguar a las deidades del agua —dragoncillos y serpientes— en memoria de la cacica y para sacralizar el pacto entre el nuevo dirigente y su territorio.

<sup>13</sup> Henao, *ob. cit.*, p. 63.

el último están enfocados en el sol, Zhúe, que desde su altura contempla los acontecimientos de Gantina Masca, en especial los de la región de Guatavita, donde él es la deidad principal. El primer capítulo está dedicado al rito de El Dorado cuando el cacique se sumerge en la laguna bañado en polvo de oro para celebrar sus esponsales como nuevo amo de Guatavita. Para los muisca esta ceremonia era el encuentro anual del cacique con la diosa de la laguna, la cacica Guatavita, quien residía en sus profundidades<sup>14</sup>. El polvo de oro que cubría el cuerpo del cacique sería como el semen del sol que fertilizaría la tierra. Este rito tiene un doble significado ya que sacraliza la unión entre el cacique y la diosa —lo consagra como señor de Guatavita— y es una ceremonia propiciatoria de la fertilidad. Zhúe presencia la ceremonia y ve: “La imagen de Tibatigua sumergido completamente en el amoroso refugio que le reclamaba los pedazos de sol que llevaba encima. Zhúe lo miró salir. Encendió la piel cobriza y limpia del que era, desde ese momento, ante los dioses, el cacique ubzaque de Guatavita”<sup>15</sup>. Zhúe, como personificación del sol, vive a través de los ritos que lo reverencian, se conmueve con los actos de los hombres que le hacen ofrendas y le dedican templos. Para los muisca, como para muchas otras civilizaciones, el oro es imagen del sol y por analogía es símbolo de la divinidad. Y “gracias a lo dorado el oro es ‘gota de luz’”<sup>16</sup>. De aquí se deriva la importancia del oro en los ritos muisca. El capítulo final, epílogo de la historia muisca y el arribo de los conquistadores, nos muestra a un Zhúe moribundo como su pueblo:

Por primera vez su alma de fuego no entendía los gestos ni adivinaba las intenciones de los pobladores de la tierra. ¿Cómo se resignaría a morir sin sepultura ni cantos ni memoración de su gloria? Aunque escuchaba con claridad las voces ceceantes, se le dificultaba reconocer a los extraños por los nombres o recordar las jerarquías porque no respetaban el silencio y porque

---

<sup>14</sup> Javier Ocampo López, *Mitos colombianos*, Bogotá, El Áncora Editores, 1981, p. 126.

<sup>15</sup> Henao, ob. cit., p. 13.

<sup>16</sup> Durand, ob. cit., p. 139.

engañaban cuando aceptaban el apelativo de hijos del sol. [...] Zhúe se incendió en el resplandor de su dolor y se consumió en la certeza de que los muiscas sin él no vivirían<sup>17</sup>.

La mirada abarcadora del sol crea el marco de referencia de los acontecimientos, sigue con humano interés las peripecias de los muiscas, su privilegiada posición le permite evaluar los hechos y ver el futuro. La destrucción del templo de Sugamuxi, “Morada del sol”, la explotación y el maltrato a los muiscas, y el saqueo del oro inician el fin del mundo conocido por Zhúe y por su pueblo. El dios se consume. No podrá existir sin las ceremonias y sin las ofrendas de los muiscas; el fin de Zhúe coincide con la llegada de los españoles que no reconocían su culto e ignoraban su civilización; así, como él, que también se confundía con su lengua, con su gestualidad y sus actitudes dobles.

En los símbolos de carácter uraniano convergen lo luminoso, lo solar, lo puro, lo blanco, lo real, lo vertical<sup>18</sup>. Se crea un isomorfismo con connotaciones intelectuales y morales entre el sol uraniano y la visión que: “es inductora de clarividencia y sobre todo de rectitud moral. En óptica el rayo luminoso es directo y derecho en toda la acepción de los términos. La nitidez, la rapidez, la rectitud de la luz [implica] la soberana rectitud moral”<sup>19</sup>. Así, Zhúe, como personificación del sol, adquiere estas características de rectitud moral y de posición justa. Y puede condenar y evaluar los acontecimientos desde su posición privilegiada; la imaginación poética le devuelve sus atributos divinos.

Zhúe había enviado a Bochica para enseñar a los hombres, éste les habló en un lenguaje accesible a ellos y les enseñó artes diferentes que mejoraron la calidad de la vida; a los de más entendimiento los instruyó sobre el culto y los ritos; en cada clan escogió a los más valientes para ilustrarlos en

---

<sup>17</sup> Henao, ob. cit., pp. 295-296.

<sup>18</sup> Durand, ob. cit., p. 138.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 144.

el gobierno y en las artes de la guerra. Bochica eligió a los muisca para impartir su doctrina porque los vio “pacientes y esforzados”, y porque tenían “el alma llena del perfume de la tierra” que pisaban (65). De nuevo vemos que el ser humano es hecho a imagen y semejanza de su dios creador; Bochica, el enviado civilizador, se encarna en la forma de un anciano que reúne todas las virtudes y los conocimientos deseables. “En la apariencia física los hombres se iban haciendo como su amado Bochica, y también en el espíritu comenzaron a parecersele porque sus palabras eran el eco y el resumen de lo que sus corazones anhelaban, pero que por sí solos no podían exteriorizar”<sup>20</sup>.

La función de sacerdotes (chuques) y brujos (zachuas) es (re)crear el equilibrio entre las diferentes esferas (profana / sagrada, pura / impura, vida / muerte, animal / vegetal). Este equilibrio es frágil, por tanto, hay que hacer ceremonias, sacrificios, ofrendas que permitan pronosticar el futuro, propiciar el buen tiempo, alejar las enfermedades, apaciguar a los dioses y asegurar el bienestar individual y el de la comunidad. Los sacerdotes deben guardar en la memoria los hechos del pueblo muisca; ellos deben transmitir su sabiduría a los jóvenes destinados al culto en los *Cucas* (templos) donde se entrenan los futuros chuques y caciques. Los brujos deben aprender su oficio también en el aislamiento, observando las leyes de la naturaleza, conociendo las cualidades de plantas y animales, y siguiendo las indicaciones de un maestro. Con Zhangué, el hermano de clan de Tatí, que se hace sacerdote, y con Tatí, que se hace brujo, conocemos el mundo mágico, religioso, los mitos, las ceremonias y los tabúes. Zhangué pudo dedicarse al culto en Guatavita por circunstancias especiales, dado que los guatavitas adoraban al sol y los Chías a la luna, y sobre todo porque venía de una familia de labradores de Chía, casta que no se dedicaba al culto. Su ascenso a otra casta fue un favor especial del cacique de Guatavita, quien le permitió hacerse sacerdote por su orfandad y por el valor de su padre, muerto en batalla. Zhangué era sobrino de los padres de Tatí,

---

<sup>20</sup> Henao, ob. cit., p. 64.

pues entre los muisca las leyes de la herencia son matrilineales; por eso, ahora se encontraba en Guatavita con sus tíos. Xiety era de Chía, por tanto Tatí, su hijo, debía regresar allí para establecerse entre los hermanos de su madre y convertirse en labrador como ellos. Los oficios y las profesiones de los muisca estaban determinados por la casta.

El culto a Chía está relacionado con el sistema matriarcal entre los muisca y el culto a Bochica con el patriarcado; los conflictos entre chías y guatavitas reflejan este enfrentamiento, que no es sólo de los cultos solar y lunar sino de un cambio de sistema hereditario y de luchas por el poder<sup>21</sup>. Los conflictos entre los dos sistemas se manifiestan en la novela en las luchas entre Chía y Bochica y entre los diferentes clanes. Así, Zhangué es partidario del culto solar y Tatí del lunar, y por eso le advierte a Tatí con la autoridad de sacerdote y de hermano mayor, sobre los peligros de la influencia de Huitaca: “Tal vez recelas del dios que ha igualado el poder de los hombres con el de las mujeres, e ingenuamente crees las palabras festivas de la hija de la luna. Bochica siempre regresará a auxiliarnos, a salvarnos de la vuelta al orden viejo”<sup>22</sup>. Pero la confianza y el amor filial entre los hermanos con el tiempo se convertirá en animadversión, que en la novela se cristaliza en los roles diferentes de los jóvenes: el uno es sacerdote en Guatavita

---

<sup>21</sup> “El matriarcado se reflejó en la organización social chibcha, en la cual los clanes estaban ligados por línea materna, por lo que los hombres y las mujeres pertenecían al clan por línea femenina. Precisamente para la sucesión de los caciques chibchas existía la línea matrilineal: el Zipa de Bacatá tenía como heredero no su hijo mayor, sino su sobrino, hijo de la hermana mayor del cacicazgo de Chía; y primero era cacique de Chía y después Zipa. En la misma forma, el Zaque de Tunja lo heredaba su sobrino de Ramiriquí”. Ocampo López, ob. cit., pp. 100-101. Ocampo López también afirma que: “el *matriarcado chibcha* tiene raíces profundas en la organización social primitiva, en la cual las mujeres chibchas alternaban las faenas agrícolas, con los trabajos de alfarería, hilados, tejidos y la dirección del hogar”. Ibid., p. 101.

<sup>22</sup> Henao, ob. cit., pp. 67, 68.

y el otro es un brujo de origen Chía; sus oficios reflejan las diferencias de culto y de esferas de acción. Zhangué se ocupa más de lo divino, de los ritos que se relacionan con los dioses; Tatí, como aprendiz de brujo, se dedicará más al bienestar del cuerpo y al control de los espíritus que traen la enfermedad.

La confrontación en la esfera de los dioses se muestra con Chibchacún y con Huitaca, una de las manifestaciones de Chía, quienes fueron castigados por Bochica, el dios civilizador.

Chibchacún, que era considerado como el báculo de los chibchas, sostenía la tierra en sus hombros por orden de Bochica, quien así mostraba su superioridad al imponer los castigos y restablecer el orden. Sólo Huitaca desafiaba las enseñanzas de Bochica, pero entre los pobladores de Gantina Masca sus invitaciones al juego, a la autocomplacencia y al ocio iban perdiendo fuerza. Aunque Huitaca todavía proclamaba que no estaba vencida y que continuaría su rebelión hasta borrar de la memoria el nombre del dios que creó la confusión en el territorio muisca. Por esta razón:

Zhangué iba de un sitio a otro, celebrando ritos, incinerando mazorcas para los altares, pidiendo a las mujeres que se mantuvieran puras y ayunaran cada vez que trabajaban en los surcos. Intentó sin éxito remontar el vuelo con los pájaros y alcanzar a Bochica para indagar los motivos de lo inesperado, y entonces sostuvo la insistencia en la cercanía del fin de la primera revolución del siglo y la posibilidad de sucesos nefastos a pesar de los augurios<sup>23</sup> (ver nota 10).

El principio del placer y de la libertad primigenia disminuyen ante la imposición de tabúes, de rangos sociales, de castas con más privilegios, que los más débiles aceptan. Las mujeres deben ser puras para que el varón asegure su descendencia y para que la tierra dé sus frutos; la invitación de Huitaca al ocio y al gozo son sin duda un reto al sistema patriarcal que se imponía en el territorio de Gantina Masca, y que abogaba por

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, pp. 38-39.

el sistema matrilineal de los seguidores de Chía. Para Zhangué las querellas y rivalidades de los seres superiores eran augurios de cambios funestos.

La dramatización de las dudas de Zhangué, su proceso de aprendizaje y su dedicación al culto humanizan al personaje y crean un universo coherente al que el lector moderno puede acceder, ya que es una novela de formación que nos muestra el desarrollo juvenil de Zhangué y sobre todo de Tatí; el relato describe los altibajos y las etapas por las que atraviesan los hermanos en su período de entrenamiento y de maduración. Este proceso es más difícil para Tatí que inicialmente desea ser *güecha* (guerrero), hasta que finalmente acepta los signos que desde un principio le señalaban su destino de brujo. En las dudas y búsquedas de Tatí reconocemos la naturaleza humana y el difícil período de la adolescencia, la escogencia de una profesión y el descubrimiento del amor. Tatí desea aprender con Sutakone, el brujo, los secretos del oficio, pero le atrae el prestigio del guerrero y se deja llevar por su vanidad juvenil. No obstante, siempre ve al brujo como un maestro y admira su sabiduría:

Veo, cuando lo miro [a Sutakone], a un hombre sabio, como los viejos de los cuentos de las abuelas, que devuelve a los cuerpos la salud perdida. Quisiera ese poder para mí, y si no fuera porque nací con mi destino señalado y porque ya ha sido confirmada mi tarea, yo escogería el camino del zachua que es el camino de la vida. Vencer el dolor, hacerlo huir lleno de espanto y vergüenza del cuerpo dolido de un amigo es casi tan fructífero como empeñarse en traerlo y dejarlo hacer festín en el cuerpo de los enemigos<sup>24</sup>.

Es el conflicto entre el mundo de la acción (las armas) y el mundo de la reflexión y el conocimiento (la medicina tradicional). Para el joven es atractiva la vida del guerrero por los riesgos, por el despliegue del valor y por las posibilidades de ascenso con los triunfos en las batallas; por el contrario, la vida del brujo exige la introspección y el aislamiento

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 113.

indispensables para dedicarse al estudio de la naturaleza. Ya desde su infancia se había mostrado inclinado a la soledad y a la atenta observación del mundo que lo rodeaba, cualidades que Sutakone había reconocido pero que desconcertaban a los padres de Tatí.

Tatí es desterrado de Guatavita por el incesto, las relaciones amorosas con una hermana de clan, Suazagascachía, son condenadas por el iraca, sumo sacerdote de Suamox; el joven debe dejar su entrenamiento como guerrero y se aleja de Gantina Masca en compañía de Sutakone. El viaje de expiación se convierte en un período de transición y de entrenamiento físico y espiritual; es su etapa de formación. Durante el trayecto Sutakone le advierte que: “era una parte de su nueva vida el estar un poco hambriento, jamás repleto de comida, pues con ello se distraía el alma de su verdadera tarea, que era el entendimiento y la comunión con la naturaleza”<sup>25</sup>. Su destino era la gran llanura y la selva, geografía totalmente diferente a la de Guatavita. Allí, los visitantes deben seguir un nuevo estilo de vida y leyes sociales diferentes si quieren ser aceptados en las comunidades que los reciben, pues su posición de huéspedes en tierra extraña es vulnerable; por tanto, deben acatar lo nuevo y lo diferente. Llegan primero a territorio de los guahivos donde se presentaron como peregrinos en busca de cortezas, plantas medicinales, plumas, colorantes y yopo, elementos imprescindibles en su condición de curanderos. Luego, en su estadía con los tucano, Sutakone admira la sabiduría de los payés quienes podían adquirir cualquier forma de la naturaleza. El prudente brujo aspiraba a descifrar la relación que existía entre los seres y las cosas, quería descubrir: “el secreto de su comunión y las razones que los ataban desde siempre y no les permitían separarse. Con tal sapiencia podría encarar la enfermedad, la codicia y la tristeza e invocarlas o echarlas a voluntad del cuerpo de los hombres”<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 199.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 203.



Finalmente, los peregrinos logran instalarse en la comunidad de los boreka, “hijos de la trucha”, donde permanecen por algunos años. Allí, Sutakone inicia su etapa de unión con los espíritus y de enfrentamiento con sus viejos temores y debilidades; Tatí se hace adulto, aprende a pescar y a cazar; acepta los complejos rituales de la comunidad antes de cada expedición de cacería, porque no se deben despertar los celos de las deidades que protegen los animales. La caza del venado —animal sagrado para los muisca— lo confronta con sus propios tabúes; pero todas las leyes que rigen ahora su destino son diferentes, como lo es su nombre boreka, Umusí. Como miembro activo de la tribu que lo ha acogido, participa de los ritos de purificación con vomitivos y baños comunales en el río; sigue las instrucciones del kumú, el guía espiritual, y acepta los consejos de su amigo Omá; se casa con Diakara, una pira-tapuya, para evitar de nuevo la amenaza de incesto con una joven boreka. El temor de Tatí de cometer incesto es un claro signo de que ha asimilado algunas leyes y aceptado, en parte, su nuevo entorno cultural. Aprende a elaborar las flautas para el rito de Yuruparí con las cortezas adecuadas, y a obtener el sonido apropiado para la poré (de carácter femenino) y para la pomenó (de carácter masculino). Tatí aprende la historia desana<sup>27</sup>, practica las danzas y recita los preceptos religiosos; no deja de causarle asombro la simpleza de las jerarquías y, sobre todo:

...el descuido del linaje al pasar la herencia del varón al hijo, de la inmoralidad de Vixó-maxse, oferente del bien y del mal. Le gustaba —entre tanto desatino encontró un sentido— el significado del sonido de las flautas y de los tambores, y a través de ellos aprendió a distinguir los silbidos, los zumbidos, las vibraciones de los animales del monte, las horas en que podía

---

<sup>27</sup> Gerardo Reichel Dolmatoff ha estudiado los sistemas míticos y simbólicos de los desana del Vaupés. Su trabajo recoge una amplia y profunda información sobre los sistemas rituales y míticos que ha servido de referencia para trabajos de antropología y de historia. G. Reichel Dolmatoff, *Desana. Simbolismo de los indios tukano del Vaupés*, Bogotá, Procultura, 1986.

esperarlos, el canto de las bestias cuando su constelación aparecía en el horizonte y el llanto cuando volvía a hundirse en el piso de abajo<sup>28</sup>.

El joven muisca tiene la actitud del exiliado, del “otro” que nunca llega a asimilarse totalmente, no puede ser como un boreka; en su proceso de aprendizaje siempre está presente la comparación de lo nuevo con lo viejo, de lo propio con lo ajeno; la comparación lleva al cuestionamiento y a la duda; debe ceder y hacer concesiones en una y otra cultura para crear un espacio propio donde instalarse, ya que será siempre un extraño. En territorio boreka idealiza su región de origen, y en Guatavita anhela elementos de mundo de la selva de los cuales logró apropiarse. El tiempo transcurrido y la distancia cultural le permiten conocer nuevamente, cuando regresa, a los seres que había idealizado desde la nostalgia; su pasión por Suazagascachía lo motivó a regresar, ella era el objeto del deseo, soñado tantas veces en el exilio; con la imagen de la joven muisca había medido a las jóvenes de la selva y ninguna lograba igualarla; Suazagascachía se había convertido en el ideal que Tatí tampoco encuentra a su regreso; pues su imaginación había superado a la realidad.

La actitud de los dos viajeros es diferente, el joven se desconcierta ante tanta novedad: la desnudez de las mujeres, la presencia implacable de los insectos, el calor, el olor exuberante de la selva, la textura y el sabor de los alimentos, el uso del yopo, del yajé y del vixó; a veces, su confundida mirada se transforma en admiración y otras en irritado cansancio; desea regresar a lo conocido y juzgado como superior; creía saber de antemano el resultado de su exilio, pues este era para él un período de reflexión y de prueba. Esperaba regresar a Guatavita, a su oficio de guerrero, y a casarse con Suazagascachía; ignoraba los profundos cambios que el viaje traería a su existencia y los cambios que ocurrirían en Gantina Masca; pensaba que su determinación era suficiente para controlar su destino. Para

---

<sup>28</sup> Henao, ob. cit., p. 222.

el maestro, por el contrario, era un viaje de aprendizaje y de profundización en su conocimiento; confronta su ciencia con la de los payés y emprende sendas desconocidas a través del uso ritual del yopo y el yajé. Su interés es alcanzar la cima y reunirse con los espíritus que controlan el universo. El viaje a la selva es para el brujo un regreso a los orígenes, desea morir tranquilo. Irse a los cerros de Waí-maxse, el dueño de los animales, convertido en colibrí. No quiere morir en Gantina Masca e ir al centro de la tierra donde no sabe si tendrá una parcela propia. Cada vez es más distante y su aislamiento produce desasosiego en Tatí, que no comprende las intenciones de Sutakone. El viejo zachua no interfiere en la adaptación del joven, no retarda el proceso con críticas negativas a los payés, o descalificando sus poderes. Se enfrenta solo a sus enemigos y mide sus fuerzas ayudado por su experiencia y venciendo el temor a la muerte —que le llega a través de una serpiente venenosa, encarnación de un espíritu enemigo—. Tatí, como heredero del espíritu de su maestro, consume sus huesos pequeños en un rito de incorporación; entierra a Sutakone con sus utensilios, vixó y tabaco, y se lleva consigo el poporo, la diadema de plumas y tres aves del collar de oro de su maestro. Sólo entonces, emprende el regreso a su tierra en compañía de su esposa Diakara y de su hijo Erimiri, después de seis años de exilio. Se siente contento de dejar la selva y sus espíritus dominantes y difíciles de complacer.

Al centrar el relato en un joven que se entrena en distintos oficios antes de escoger su profesión, no sólo conocemos los diferentes modos de vida de los borekas y de los muiscas, sino que se cristalizan los conflictos del personaje y sus dudas en una época vital en la vida del ser humano. Tatí, como su maestro, debe llegar a alcanzar lo desconocido, a comunicarse con los espíritus, a descifrar lo vegetal y controlar lo animal, a prevenir las enfermedades y a pronosticar el futuro; su atenta mirada al entorno debe captar con claridad los signos que pasan desapercibidos para los otros. Todas estas características son indispensables para brujos y sacerdotes, ya que son los mediadores e intérpretes entre el ser humano, los espíritus y

las divinidades. Así, se convierten en personajes esenciales en una comunidad porque reconocen los cambios en el mundo espiritual en todas sus posibles apariencias: desde los sonidos, hasta la forma de las volutas de humo, la dirección del viento o el ruido o forma de las llamas<sup>29</sup>.

Susana Henao recrea con acierto el mundo animista de los aborígenes colombianos a través del vocabulario, las metáforas y las personificaciones de los animales y de la naturaleza. El exuberante paisaje se espiritualiza con la intervención del sol, de la luna, de los ríos y de otros fenómenos naturales; los seres humanos y los animales son igualmente protegidos por las deidades, actitud que permite un mayor equilibrio entre los seres creados, porque tienen un origen y un destino similar. La experiencia vital de los personajes nos da un modelo verosímil del quehacer existencial de las comunidades, de sus diversos oficios, de su dieta, vestido y, sobre todo, de su imaginario. Con esta saga la autora nos traslada de las frías tierras de la sabana de los muiscas a la húmeda y exuberante naturaleza amazónica para pintar un enorme mosaico de culturas que poco a poco han ido desapareciendo del territorio nacional.

---

<sup>29</sup> Según Lawrence Sullivan, el chamán o brujo se acomoda a los conflictos espirituales y facilita el control de los apetitos cósmicos y de los procesos de destrucción que transforman esencialmente el espíritu. “Estas técnicas aseguran que el paso del chamán de un dominio a otro sea concreto, una transformación completa de su condición existencial. Es capaz de acomodarse en los dominios inaccesibles del universo. El chamán es el mediador ideal entre formas incompatibles del ser. La familiaridad del especialista con el mundo espiritual ofrece control, equilibrio y orientación en circunstancias que desafían la imaginación común. Por eso en Suramérica el chamán puede actuar como un heraldo que lleva las almas de la vida a la muerte, como un curandero que regresa las almas perdidas al mundo de los vivos, y, a veces, como un líder político que interpreta el encuentro con colonizadores cuya realidad ha sido formada en otras condiciones de tiempo y espacio”. Lawrence E. Sullivan, *Incanchu's Drum: An Orientation to Meaning in South American Religions*, New York, MacMillan Publishing Company, 1988, p. 422.

El paisaje, los rostros, las costumbres, la vida religiosa, los nombres, los tabúes, los hábitos alimenticios son testimonio del cruce cultural. La hibridación y el mestizaje en América se posibilitan más por la similitud de las civilizaciones que han entrado en confrontación, que por la diferencia de las mismas, porque ritos, mitos y sacrificios cumplen una función de comunicación con lo divino, satisfacen la necesidad humana de trascender y de crear conexiones con el futuro y con el pasado. Los momentos de encuentro entre los diferentes contenidos míticos nos revelan las innegables conexiones entre las culturas en conflicto; como también, se evidencian las respuestas y soluciones similares que el ser humano implementa ante el mismo problema o la misma carencia. Por tanto, Bochica, Quetzalcóatl o Cristo; Chía, Tonatzin o María, cumplen funciones similares en los pueblos donde se los ha reverenciado<sup>30</sup>.

Con la novela de Susana Henao no sólo aprendemos sobre las cosmogonías de los pueblos muisca y amazónicas, sino que nos acercamos a sus tradiciones culturales, a su forma de concebir las relaciones humanas, de relacionarse con la naturaleza y con los animales. El acierto de la autora es recrear el mundo de los pueblos aborígenes sin deshumanizarlos con idealizaciones paternalistas o con degradaciones satanizantes, frecuentes en las aproximaciones a otras culturas que no

---

<sup>30</sup> Para Claude Lévi-Strauss el valor mítico del mito es traducible, lo que a veces no ocurre en otros campos como la poesía, donde traducir es traicionar, por eso afirma sobre el mito: “No importa nuestra ignorancia de la lengua y de la cultura del pueblo donde el mito se originó, un mito siempre es sentido como mito por cualquier lector en cualquier parte del mundo. Su esencia no está en su estilo, en su música original, en su sintaxis, sino en la *historia* que narra. El mito es lenguaje que funciona en un nivel especialmente alto, donde el significado logra prácticamente ‘levantarse’ de la base lingüística donde continúa moviéndose”. Claude Lévi-Strauss, “The Structural Study of Myth”, en Hazard Adam & Leroy Searle (eds.), *Critical Theory Since 1965*, Tallahassee, Florida, State University Press, 1990, pp. 811.

comparten los mismos valores y tradiciones. Como dice Zahyra Camargo: “Henao ‘escarba en la entraña de la cultura muisca’ para encontrar las voces ancestrales que son una parte esencial de nuestra herencia” y “pone al descubierto la imagen de esos grupos primitivos con sus vicios y virtudes, con sus ritos de paz y muerte”<sup>31</sup>. Las ceremonias y los mitos presentados son ubicados dentro de las coordenadas cronotópicas y dentro de la cosmovisión de la comunidad, lo que nos permite una mejor aprehensión de la cultura y de la funcionalidad de los diferentes ritos y tabúes, porque éstos estructuran la conducta y crean parámetros culturales que cohesionan los pueblos, pues con ellos se identifican, se enfrentan al peligro y a la muerte, combaten la enfermedad y los conflictos de la vida diaria. Cada etnia se distingue por rasgos específicos que la separan de las otras: el uso del yajé, del curare, los ornamentos, los dibujos rituales, las ceremonias de pasaje, el animal totémico, la lengua —que se presenta a través de la nominación—, tienen la marca de cada pueblo. Todos estos fenómenos sociales muestran las estrategias culturales y los mecanismos de adaptación al medio, a la vez que nos permiten reconocer parte de nuestras huellas de identidad.

[Reproducido por amable autorización de la autora. Este artículo fue publicado originalmente en: Jaramillo, María Mercedes (2005). “*Los hijos del agua*, de Susana Henao: El retorno al origen”, *Pensamiento y Cultura*, Bogotá, Universidad de la Sabana, 8(1): 191-201.]

---

<sup>31</sup> Zahyra Camargo, “Historia cultural en la actual narrativa quindiana”, en *Literatura y Cultura: Narrativa colombiana en el siglo XX. Diseminación, cambios, desplazamientos*. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Robledo (comps.), Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002, p. 494.

# Los hijos del agua





## Tibatigua

**ZHÚE**<sup>32</sup> **SE ASOMÓ** en el cielo. Alcanzaba a ver abajo, sobre el hierbal húmedo, a los hombres marchando en procesión. Le parecían hombres bellos. Bien ataviados, serios y solemnes, los principales de Gantina Masca. A la cabeza del cortejo distinguía a Tibatigua, el que iba a coronarse príncipe ubzaque de Guatavita; a su señor y aliado Saguanmanchica, zipa de Bacatá; a Saquara, a Ybaquén de Guasucá y a los que estaban unidos por esa alianza antigua que les venía de edades remotas, anteriores al día en que el más viejo de ellos llegara al vientre de la madre. Zhúe encandilaba el cielo. Miraba el avance de las andas como si no sintieran cansancio los hombros de los siervos. Miraba danzar, beber y cantar a los bailarines cubiertos con pieles de pumas y osos. Miraba a los demás, a todos los que querían desfilar, saltar y gritar y cantar, cada uno su propio ritmo y éxtasis, cada uno su propia música de tambor y pitos, cada hombre pleno de plumería y adornos, cada cara oculta con máscara o pintura, cada cuerpo exhibiendo el largo de su manto y todo lo que le estuviese permitido. A otros en la orilla. A las mujeres y los niños orillados en la suna o esperando en la laguna. A los ancianos en la orilla del lago esperando que Zhúe subiera alto, que los príncipes llegaran donde esperaban los chuques con el fuego encendido, donde estaba Zhangué, el recién llegado, el expuesto a juicio, cuidando las ascuas que portaría Tibatigua en la ofrenda, donde esperaban los gigantes, dioses de madera con la mirada quieta vigilando el horizonte. A Tatí esperando con su madre y cantando con ella y escuchando la historia que contaban los que cantaban. Pedazos de lamentos, amagos de llanto, himnos de júbilo, todo mezclado en una algarabía sin cuento. A Tatí

---

<sup>32</sup> Ver lista de personajes, toponímicos y vocabulario al final del libro.

mirando desde lejos a Zhangué que era su hermano y no era porque ya no le dejaban hablarle. No desde que regresó de la Cuca y vino a vivir al santuario de la laguna. A Tatí pensando en Chía. Recordándola como cuando llegaba hasta él en las noches claras y le quitaba el sueño y se lo cambiaba por la imagen de Zhangué contándole historias de lugares y gentes que no conocía.

Zhúe trazó sombras cortas, muy suaves en esa mañana, que sin el arco iris de la muchedumbre habría sido toda azulverde, y oyó los cantos vueltos gritos altisonantes, alaridos, rugidos, giros, brazos batientes entre los que llegaba la procesión. Se recreó en Tibatigua cuando bajó junto a la laguna y caminó sus pasos sobre un tendido de pieles y mantas. Nunca que su pie tocara la tierra. Nunca que los ordinarios lo miraran a los ojos. Lo vio caminar envuelto en su manto negro. Vio a los chuques echando al fuego trocitos de resina, y al humo perfumado formar una cortina.

Zhúe desesperaba por no saber lo que ocurría. No podía tocar la tierra. Había perdido el rayo en la humareda, pero encontró de nuevo a Zhangué y a otros chuques ayudando a Suegata a impregnar de miel y aceite el cuerpo desnudo, corto y ancho, y musculoso y terso de Tibatigua para vestirlo de oro. Sintió el humo dispersándose, agotándose, elevándose en el cielo y vio a Tatí atisbando al hombre dorado mientras subía con Saganmanchica, Saquara y Gueyta a la balsa cargada de joyería. A Ybaquén y los demás caminando a otra balsa. Otra para los chuques. Una procesión sobre el agua, sobre Sié la diosa fecunda, la diosa de todas las formas y ninguna, la que los amaba más que nadie, la que siempre estaba. Las balsas mecidas por el viento, por los cuerpos, por el agua. A los siervos golpeando el agua sin ruido, haciendo avanzar la barca. Los cantos enredados en la borasca del monte y los señores cercanos al centro. A Tatí imaginando al demonio que habitaba la laguna y el palacio del fondo y los encantamientos con que amenazaba cuando lo miraban salir. Los chuques y los guatavitas ofreciendo presentes para aplacar a la serpiente. A Tatí barruntando el palacio como un gran cercado con muchos

apuestos y estatuas doradas y caminos de esmeralda y jade donde las ranas encantadas cantaban sin parar. Creyendo que la luz de las estrellas colgaba de su techo de agua e irisaba el suelo atrapada en la pedrería. Zhúe se encandiló en su reflejo cuando las balsas llegaban al centro. Perdió el gesto de Suegata al levantar las manos y envolver la muchedumbre. Las voces todas calladas. El silencio dueño de la tierra y el lago. Los hombres amando el silencio y el silencio reconfortándolos con su soplo de esencia.

Zhúe casi se extravió en la pausa, pero recuperó la imagen de los chuques levantando, uno después del otro, las manos, y, al conjuro, la naturaleza aquietando al viento y a los pájaros como un solo aliento contenido. La imagen del agua mansa, disimulada la avidez, recibiendo uno a uno los tesoros magníficos de Tibatigua y sus señores. Coqueteos de doncella. Sabiduría tímida de doncella. Ondeantes ecos de silencio que la preparaban para sus inmemoriales esponsales con el nuevo dueño de Guatavita. La imagen de Tibatigua sumergido completamente en el amoroso refugio que le reclamaba los pedazos de sol que llevaba encima. Zhúe lo miró salir. Encendió la piel cobriza y limpia del que era, desde ese momento, ante los dioses, el cacique ubzaque de Guatavita. El señor de muchos hombres que le servirían lealmente, que darían su vida por él si fuera necesario, que jamás le mirarían el rostro frente a frente, que labrarían sus campos y recogerían sus cosechas, que trabajarían para hacer mayor su riqueza y gloria; dueño de un país de agua, de una tierra fecunda. Señor, también, de los más afamados artesanos del oro en el territorio muisca.

Zhúe siguió su camino por la suna del cielo; nada asombraba las balsas que llegaban de nuevo a la orilla ni a los chuques que vestían el cuerpo de Tibatigua con una túnica blanca verde roja y negra, y la nariz con un pájaro de alas extendidas. Siguió a los chuques mientras lo conducían hasta el templo grande. Se coló por la diminuta ventana y vio a Saguanmanchica recibiendo del guatavita la promesa de lealtad a su persona, de servicio al pueblo, de justicia y

moderación con los cacicazgos vasallos heredados del Temido-Fuerte antecesor; a Tibatigua coronado ya con alzada corona ubzaque guatavita; se conmovió de sus ojos que juraban al zipa lo contrario de lo que prometían sus palabras y brilló la tierra pulida del suelo propiciando que sobre ella hincasen la rodilla los caciques que lo reconocían por señor. A sus pies abundaban presentes de oro, mantas, pieles de venado y cargas de hayo y comestibles.

Zhúe no vio a Tibatigua salir otra vez del templo. No vio a Chuinsúe venir hacia él con los ojos risueños. Nada más pudo enrojecer el movimiento pausado de Suegata que tomaba los brazos de ambos y los volvía incomprensible nudo sobre los trémulos cuerpos, entregándosela por esposa. Chuinsúe, dulce y joven, casi una niña, y en verdad como su nombre decía, un pájaro alegre. Chuinsúe, hija menor de Itake, señor de Nemocón, dueño del imperio de la sal, uno de los más estimados regalos de los dioses. Chuinsúe, primer encuentro amoroso de Tibatigua, porque en los años de internado en el templo no conoció mujer ni placer alguno de la carne. Ni siquiera pudo salir del limitado espacio de su reclusión. Así templó el espíritu y el cuerpo y formó una voluntad inquebrantable como la chonta y modeló músculos duros y agilidad de animal de monte para que ningún viviente, ni hombre ni bestia, lo venciera. Sólo el encierro, el ejercicio y las privaciones lograban el caudillo precisado por un pueblo amenazado por tribus invasoras. El ubzaque, el primero en la batalla, el más valiente entre los valientes, jefe guerrero y administrador de bienes y de justicia. El hombre más excepcionalmente hábil y sabio del reino de Sié.

Zhúe no pudo oír el grito de Tibatigua que atronaba — Quiero a esta mujer Chuinsúe—. No lo oyó repetirlo tres veces. No escuchó tampoco que ella prometió amar a su esposo más que a los hijos que con él tuviera y a los hijos más que a ella misma. Que prometió amarlo mucho, pero menos que a Bochica. Zhúe sabía que necesitaban solamente esas palabras que apenas le tocaron el oído, para sellar un pacto que sobreviviría a la muerte.

Atisbó, antes de sumergirse en la sombra, una señal del zipa con la que la fiesta recomenzó; música y palmas y voces y chicha y bollos de maíz contagiando alegría, engatusando espíritus. A Nencatacoa viniendo de sus altares a mezclarse entre el gentío, buscando chicha y música y bailarines para danzar con ellos. A Tatí obligado a seguir el paso apresurado de Xiety que ya regresaba al bohío a cuidar a la pequeña Siechoua. Obligado a correr sin despedirse del padre confundido con los hombres que conocía y con los que no conocía, con los del pueblo y con los de otras aldeas, con los jóvenes y con los viejos, con los poderosos y con los humildes, con todos los que beberían y cantarían hasta caer rendidos. Para los varones muiscas iba a ser no sólo una celebración, un homenaje a Sié, sino también un descanso justo después de muchas jornadas de duro trabajo.



## Xiety

TATÍ TUVO QUE despertar muchas veces. Desde la madrugada el aturdimiento le estuvo metiendo un ritual de grillos al oído y la soñera acercándole visiones extrañas y sin embargo de algún modo familiares: fuegos y humaredas rechinantes, bebidas amargas, frutos perfumados, pájaros indecibles vaciados de cielos sin nubes, bosques, susurros, gritos, palabras innombrables, objetos invisibles, cuerpos intocables. Ya bien despierto trató de recordar, pero sólo le quedó la sensación de haber comprendido que algún día iría a sitios muy lejanos, más allá del boquerón y aún más allá de Boavita, y entonces se dio cuenta, sin asombro, de que iba a ser un güecha, porque solamente ellos llegaban más allá de las fronteras. También los mercaderes y los quemes podían hacerlo, pero ni cargar mercancía ni caminar para llevar mensajes de un sitio a otro le parecía un trabajo bueno para un muisca de Chía como él. Ciertamente jamás pensó en convertirse en un guerrero, pero muy adentro de su corazón-que-entiende supo que sería güecha. Así mismo comprendió que durante las lunas que faltaban para la iniciación debía trabajar duro para ser elegido como uno de los mejores del grupo; tenía que mostrarse valiente, aunque eso significara apartarse un poco de Xiety y dejar de asustarse por la serpiente de luz que corría loca por el cielo cuando Bachué se enfurecía. Tenía que empezar a parecer todo lo digno y serio que necesitaba ser para pertenecer a la casta que protegía al pueblo y volvía realidad palpada la palabra del cacique. Iba a tener que controlar su lengua y sus ojos para mostrar que ya no tenía los espíritus de los pájaros rebulléndole dentro, que ahora ya era capaz de hacer todo lo que los güechas hacían, aun mejor que ellos: guerrear, mantener el orden natural de las leyes de Bochica, hacer cumplir la voluntad del zipa y del

ubzaque, y controlar las construcciones, las reparticiones y los malestares de la gente. Le gustó imaginarse como güecha de las fronteras regresando a casa cargado de cabezas de enemigos derrotados; se vio seguido de una fila de esclavos y esclavas para el guatavita; una procesión de víveres y cacharros y de coca y mantas detrás de su persona. Oyó el clamor del gentío, imaginó que poco a poco, después de otros triunfos se ganaría el favor del zipa, el que tenía poder para encumbrar o deponer capitanes y nombrar sucesores de los señores que morían sin heredero en el sur de Gantina Masca.

Le sorprendió el poder organizar tan lúcidamente sus pensamientos para entender a los guerreros. Como güecha podía aspirar a ser cacique si tan sólo no se dejaba mover de los vientos ni a naciente ni a poniente, si tan sólo se quitaba el miedo y no dudaba en los golpes ni en las palabras ni en los gestos. A la cabeza del pueblo sería invencible y nada podrían hacer los tiranos ni los invasores caribes frente a su arrogancia y sus estrategias.

El sueño se escapó de pronto. Quedó envuelto en calor de palomas, húmedo en la greña y en las piernas, despierto y sin su fuerza. Trató de ir por agua al rincón de la cocina, pero antes de alcanzar la múcura, rodó por el suelo de tierra y se quedó inmóvil. Tenía los ojos bien abiertos, pero no veía. Las manos y las piernas procuraban moverse a pesar de los bejucos que las ataban al cuerpo y un momento después cesó de hacer esfuerzos y se abandonó a la somnolencia que otra vez le trababa las pestañas y le soltaba los miembros. Despierto, nunca se habría atrevido a desear ser un soldado, un güecha de manto corto, pectoral de oro y coronilla en la cabeza. Misterioso soplo el que le acercaba tantos privilegios, generoso sino visitante que no le escamoteaba dicha. Antes se contemplaba orfebre como el padre, la cabeza inclinada, los dedos sin líneas, el rostro ceñudo, todo igual que el padre. Pájaros e insectos, gatos y arañas, dorados espíritus de los animales en sus manos. Pequeños tunjos, ricos chuzos, hilos y láminas siempre en sus manos sin ser para ellas. Destino parco como el de su padre. Jamás se atrevió a tener un sueño como



el de este día, un sueño que ya empezaba a dejar de ser niebla para convertirse en certeza y promesa de un destino. Alguien dentro del alma se lo estaba haciendo saber así y lo arrastraba en la modorra y lo separaba del mundo que se toca.

Xiety venía cargada con dos cántaros llenos de agua, y la pequeña Siechoua, tan rápido como podía, corría detrás de ella. Acababan de bañarse en el río y venían contentas conversando con otras mujeres que a esa hora también recogían el agua para preparar sopa y mazamorra. Xiety se despidió de ellas sin sonrisas, rogándoles no mentir, y entró en la casa; cuando vio a Tatí en el suelo, su primer miedo fue el de que Zita hubiese entrado para tratar de llevárselo a vivir con ella en el fondo de algún río. Lo tomó en sus brazos y después de colocarlo en el quine lo cobijó con su manta más grande. Tatí tenía fiebre y hablaba de flechas, de lanzaderas, de caminar durante muchas lunas y de otras cosas que Xiety no entendía. Mandó a Siechoua por un poco de chuchunchullo, sin pensar que le faltaba altura para alcanzar las ramas. Mojó su liquira en el agua fresca y le cubrió la frente y esperó.

De cualquier forma Siechoua trajo las hierbas y Xiety las trituró con hojas secas de acedera y le dio de beber el zumo a Tatí, que en un momento se quedó dormido. Ya más tranquila y sin el ruido de los tambores metido en el pecho, Xiety trajo leña y avivó el fuego y en la múcura grande preparó una sopa espesa de arracacha y carne ahumada que le encantaba a Tatí.

Era la séptima luna. No hacía mucho calor, pero la lluvia llevaba días sin caer; las mazorcas formaban brotes diminutos en la roza y los guácimos estaban florecidos. Xiety miró a lo lejos y se fijó en el colorido de las flores y los pájaros de los cerezos y los sietecueros. Eran los de siempre, pero observó de otra manera, como si mirara con los ojos de su alocado Tatí. Salió de nuevo y no regresó hasta muy tarde con la bolsa repleta de cubios y algunas hierbas frescas y gajos de romero. Encontró en el bohío a Siechoua acompañando a Tatí, que ya se sentía mejor; hablaban con palabras cortas mientras pasaban corozos de una mochila a otra en un juego eterno. El viento empezó a soplar y pronto el cielo se llenó de estrellas,

el fogón calentaba poco y apenas sí daba luz cuando los dos niños se acostaron al lado de su madre; a Tatí no le estaba permitido hacerlo porque ya era muy grande para eso, pero aquella noche no quería estar solo en la estera. Tenía miedo de que Chibafuime regresara a meter en su alma tantos deseos. Quería ardientemente ser güecha, pero en ese momento, ya sin fiebre, llegar a serlo no le parecía tan fácil. Se metió bajo la manta y, mirando a Xiety darle el pecho a Siechoua, se quedó dormido.

## Tatí

**XIETY AMABA** A sus hijos con el mismo celo con que amaba la laguna al monte. Sabía que Zhangué había dejado de necesitarla hacía tiempo, desde que se fue a la Cuca con otros ocho muchachos cuando tenía trece años, pero se sintió muy orgullosa entonces y también después, veinte lunas más tarde, al saber que a pesar de los sacrificios, seguía resuelto a convertirse en sacerdote. Y más orgullosa se sintió cuando por fin lo vio salir coronado, delgado, casi en los huesos, pero hermoso en su vestido rojo y con la juventud escondida detrás del gesto austero de la sabiduría. Podía ahora indagar más allá de lo entendible, por lo remoto, lo cercano, lo permanente, lo efímero, lo bueno, lo malo, los motivos de los dioses y los hombres, y en los ojos le crecía una llama que incendiaba y lo situaba lejos de cualquier dulcedumbre de madre. Más que el festejo, para Xiety lo mejor del día del regreso de Zhangué fue la orden de que se quedara algún tiempo en Guatavita, pues Tybiba, triste y sombrío los últimos años de su reinado, estaba interesado en traer a su pueblo los mejores muiscas, reunir a los sacerdotes más capaces, formar militares astutos, construir una ciudad que no pudiese ser destruida ni invadida nunca más. Había enviado dos orfebres a trabajar en Chía, a cambio del permiso para que el joven Zhangué, tan admirado durante su formación, viniera al templo de la laguna. Únicamente la gente del cercado conocía los propósitos de Tybiba, pero Xiety no se preguntó qué razón habría detrás de la permanencia de su hijo en Guatavita, con tal de tenerlo cerca aunque fuera por poco tiempo y aunque le prohibieran subir al templo a buscarlo. Notaba que las otras mujeres la trataban con modos especiales, pero adivinaba que sus corazones se extrañaban, con malicia de su fortuna. De cualquier forma le venía la

sensación de ser un personaje importante a quien los demás mencionarían en sus oraciones.

Tres de los ocho muchachos que partieron con Zhangué también habían logrado el sacerdocio; a todos les asistía el derecho de heredar el cargo de sus tíos, pero no todos soportaron las pruebas. No era fácil permanecer encerrado durante largos días, comiendo poco, hablando poco, observando los movimientos del sol, la luna y las estrellas. No era fácil comprender la duración del tiempo, darle la medida justa, acomodar las horas. Tampoco era fácil memorizar los nombres y las apariencias de las plantas que curan y las que hacen mal, o la historia interminable de las acciones de los dioses, ni era fácil enfrentarse a los espíritus vengadores, vagos incansables que reclamaban cuerpos para meterse en ellos y aprestarlos a la muerte, y menos fácil aún, era soportar la presencia de una doncella, metida en el propio quine, noche a noche durante meses, y respirar su aliento y abrasarse en su calor y presentir su humedad ansiosa y no poder tocar ni su sexo, siempre desnudo, ni su cara ni su pelo y tener que hacer de cuenta que no era una cosa distinta de los conejillos con que les permitían jugar en la Cuca. Pendiente del modo como Zhangué superó su prueba, Xiety comprobó la fuerza que Chía imbuía en los miembros de su clan. Jamás le dio importancia al hecho de que Zhangué no fuera hijo suyo de la misma manera que Tatí o Siechoua y que sólo fuera su sobrino, el hijo de su hermana muerta, pues los hijos llamaban madre a las hermanas de la madre. Tampoco importaba que no hubiera heredado el sacerdocio de sus tíos, que eran simples cultivadores de la tierra sin ningún ascendiente de nobleza, porque también fue muy legítima la manera de obtener el derecho de entrar en la Cuca. Manera legítima pero incompleta, porque solamente podía transmitir el cargo a sus sobrinos cada segunda generación, con el propósito, fácil suponerlo, de que algún día se interrumpiera para siempre la recién nacida estirpe.

Doce zocam atrás, uno de los hermanos de ella había llamado la atención del cacique por una carrera heroica, que resultó ser definitiva en una guazábara de los chías contra una

banda de muzos, llegados a tratar de robar mujeres y asaltar la despensas de maíz. Como recompensa, el hermano de Xiety pidió para Zhangué la oportunidad de llegar a ser un chuque. Era una petición inaudita. Existía la posibilidad de ascender un hombre al gobierno militar de otros hombres, pero jamás se había visto que pudiera ser puesto al lado de los poseedores del conocimiento de las generaciones antiguas y los secretos de la comunicación con los dioses. El hermano de Xiety había sido siempre un hombre desprendido de los objetos del mundo y de la gente, y tampoco esta vez pensó en algo para sí mismo, aun teniendo semejante ocasión frente al cacique. Él se procuraba alimento y mantas de buena calidad y algunos tunjos para los ritos, pero bebía y festejaba poco, se adornaba parcamente, no salía con frecuencia a los poblados alejados y tenía en su casa una sola mujer. La gente decía que era un hombre huraño debido a que su esposa no le había dado hijos que alegraran el bohío y le ayudaran en la sementera, pero Xiety no creía esas habladurías, ya que él no ejerció su derecho a repudiarla, ni consiguió esposas más jóvenes y fértiles. Por el contrario, le parecía que tenía para ella un tratamiento suave que dejaba entrever el cariño desafanado pero cierto que le dispensaba.

El hermano de Xiety se mantuvo en su petición, alegando que había recibido un ofrecimiento y que jamás se vio que un cacique se echara atrás y desdijera su palabra. Que para sí no quería nada porque ya lo tenía todo y que si el padre del niño había perdido la vida en la misma guazábara en la que él había merecido premio y alabanza, era lo justo compensar al pequeño. Nadie pudo disuadirlo de cambiar el reclamo, y el cacique, que no se atrevió al abuso por miedo al espíritu del padre de Zhangué, envió quemés al iraca para que él, como sumo sacerdote, resolviera el problema. Pocos días después el iraca llamó al hombre que no quería nada para su persona, ni siquiera el privilegio de usar joyas como pedían la mayoría de los premiados en batalla. El hombre viajó seguro de que sería atendida su demanda, entre otras cosas porque tenía nuevos argumentos: la madre de Zhangué estaba gravemente enferma, y la otra mujer que podría hacerse cargo del niño,

Xiety, acababa de casarse. El iraca resolvió conceder lo que tan fervientemente se le pedía, advirtiéndole que era solamente una oferta de abrir la puerta de la Cuca, porque la entereza necesaria para llegar a ser sacerdote venía por inspiración divina en el linaje de los chuques. El hermano de Xiety respondió que eso era todo cuanto pretendía, puesto que sabía que Zhangué podría hacer el resto mejor aún que aquellos a quienes asistía su derecho.

Xiety estaba orgullosa también de Siechoua porque era graciosa y amable; cuando nació, ya ella comenzaba a hacerse vieja y se maravillaba cada día de la contagiosa alegría que la niña trajo al bohío. Aprendió los caminos del río, de la roza y de las yomas corriendo detrás de ella sin reclamar atención, sin hablar apenas; aprendió a cargar agua en un pequeño cántaro durante las jornadas largas de la siembra y la cosecha y, entonces, para Xiety todo fue más fácil pues Siechoua le ayudó en lo que pudo desde que fue capaz de caminar. Pero no estaba tan orgullosa de Tatí, no porque no lo amara, sino porque le parecía diferente de los demás muisucas. Era verdad que un muchacho de su edad todavía no lograba ser tan silencioso y prudente como los jóvenes adultos iniciados, pero Tatí no parecía cansarse de hablar, de cantar y aun de interrogar impertinentemente a Sikicha, serio hasta el extremo, siempre que lo encontraba. Él le había dicho que cuando pudiera permanecer dos días seguidos sin pronunciar palabra lo llevaría a Turmequé para que viera cantidades enormes de esmeraldas, mantas, frutas, tunjos para ofrendas, joyas, vasijas de barro, carbón y todo lo que los muisucas de Bacatá y Hunza llevaban al mercado para los intercambios. A Tatí lo hacía muy feliz la idea de recorrer caminos y para lograrlo prometía estar en silencio, sin poder conseguido nunca. Sikicha decía entonces, a punto de enfadarse de verdad, que debía tener una bandada entera de guacamayas andándole en la lengua y que se acercaba el tiempo de espantarlas.

Tendida en su estera, Xiety pensaba en el día en que Tatí nació. Una vieja que vivía cerca había venido a acompañarla; recordaba los dolores fuertes y las horas tristes junto al río,

sobre un lecho parejo de hojas nuevas. Cuando fue el momento de expulsar la carga, se sorprendió de no oír llorar al hijo; tampoco lo oyó después cuando lo lavaron en el río y supuso entonces que el niño llegaba sin pena y sin pecado a la vida. Tal vez estaba destinado a ser hombre de poder, hombre rico, sin más afán que el de vivir con gloria para morir con ventaja ante los dioses. Vio que la vieja lo envolvía con la manta y lo dejaba al abrigo de las piedras para regresar con ella. Se puso en pie sola, se bañó en el agua purificante y cicatrizante del río, caminó con el niño en sus brazos, que no lo alzara la vieja y le dijeran floja, y lo llevó al bohío, donde Sikicha esperaba con Zhangué. Por todos los rincones olía a estoraque. Dos meses llevaban quemándolo en honor a Cuchavira y ofrendándole cuentas de barro para que ayudara a Xiety en el alumbramiento. Cuando llegaron, la vieja le dijo a Sikicha cómo hallar el sitio preciso donde había nacido el hijo, y por fortuna lo encontró antes de que las bestias contaminaran los restos de la casa primera de Tatí. Recogió todo y lo metió dentro de una mochila blanca y la enterró cerca del bohío, no demasiado hondo, porque en la profundidad escogida equilibraba para siempre la salud del hijo.

Después, cuando se cayó el cordón que lo había mantenido atado a su casa primera, Sikicha lo juntó con los demás desechos e invitó a los parientes y los vecinos al ritual en el que iban a ofrecer el niño a Sié. Quería que muchos presenciaran el momento en que los chuques le dieran nombre para hacerle lugar propio entre las cosas. Anhelaba que su hijo fuera pronto conocido por la gente que lo vería crecer y que se prendiera de la tierra guatavita para que no lo arrastrara demasiado prematuramente el fervor que sentía Xiety por su familia de Chía. Era inevitable que Tatí se marchara al pueblo de sus mayores, pero gustaba de la idea de retardar el momento. Sin hermanas, no tenía a quién heredarle hornos, fraguas, crisoles, moldes, pinzas, depósitos de arcilla, todas las cosas que sólo a fuerza de dedicación logró tener a su cargo. Íntimamente aspiraba a que Tatí tomara amor al oficio y se destacara como artesano y le permitieran seguir en Guatavita y a que

no regresara a Chía a seguir siendo un labriego, un campesino común como sus tíos, sin posibilidad de recibir pequeños regalos una que otra vez.

Un sacerdote inició un canto monótono, un llamado a Sié, un recordatorio de que la madre del hombre había llegado del agua y a ella había tenido que volver para juntar el principio con el fin y mantener la eternidad. Mientras el sacerdote cantaba, otro chuque le cortó al niño un mechoncito negrísimo de pelo y lo envolvió en un algodón empapado en leche de Xiety. Fijó el envoltorio sobre un trozo de madera y bajó con los invitados hasta el río donde seis muchachos en una balsa se lo llevaron al medio de las aguas. Al principio la diminuta embarcación dio vueltas caprichosas anunciando un destino desapacible para Tatí, pero súbitamente se acomodó para dejarse llevar por la corriente.

Los jóvenes nadaron detrás hasta alcanzarla y se la devolvieron al chuque, convirtiendo con esto el negro presagio del comienzo en grato futuro. Sikicha, feliz, volvió a la casa y les ofreció a los convidados totumas de chicha, carne de sucuy y bollos de maíz, todo casi al tiempo. Bebían y comían de prisa porque la celebración iba a durar solamente un día y una noche, ya que estaba cerca el momento de la siembra. Dueño entonces ya de un nombre y un destino venturoso, Tatí estaba listo para ser presentado al chía, el que recibiría su tributo y sus servicios, para que lo hiciera propietario también de una parcela de tierra, igual a la de su padre, donde pudiera construir una casa cuando buscara esposa.

Poco después de la ceremonia Xiety se sentía suficientemente fuerte para regresar al trabajo. Los surcos estaban hechos. La lluvia había logrado una tierra blanda y propicia para recibir las semillas, y al día siguiente tomó a Tatí, apenas un bulto mudo, y se lo ató a la espalda. Por delante se colgó un canasto repleto de brotes de maíz y entregó una macana y una mochila con provisiones a Zhangué, que era ya un jovencito fuerte, muy interesado en trabajar la tierra. Cagüi despertaba cuando ellos salieron. Con las macanas iban haciendo agujeros en la tierra donde dejaban caer tres o cuatro granos que volvían a



cubrir y después de muchos surcos Xiety amamantaba al niño, comían fruta y recomenzaban el trabajo. Zhangué se divertía espantando los pájaros que trataban de robar la semilla, y Tatí, con sus pequeños ojos bien abiertos, por momentos parecía disfrutar los movimientos parsimoniosos de su madre y de su hermano. Trabajaron solamente hasta que el sol enrumbó al ocaso, pues Xiety aún debía moler el maíz y preparar la comida de la noche antes de pensar en tirarse en la estera y descansar.

La danza de la fertilidad iba a celebrarse al final de la siembra. Xiety suponía que asistiría mucha gente, ya que cada vez los chuques la convocaban menos frecuentemente, pero ella estaría lejos, en el bohío, cuidando de sus dos hijos y de su propia persona, mientras que los demás descansarían del trabajo hecho en sus sementeras y las de los amigos. Disfrutarían el bailar y el cantar y el clamar a Zhúe y a Chía, a ambos a la vez, pues sería el día de honrar los amores de los hombres con las mujeres. Habría querido ir. Ponerse un chicate de rayas multicolores y sembrarse el pelo de orquídeas amarillas o ramilletes de sietecueros, lustrarse los dientes, amarrarse un sonajero en las muñecas y perfumarse con ramas de manzanilla y limoncillo. Sabía que cuando la música comenzaba ya no dejaba de sonar en toda la noche, que las mujeres casadas y solteras bailaban con los hombres jóvenes y viejos, según cambiaran sus deseos y que después cada una podría escoger entre todos el que mejor le llenara los sentidos para retozar y amarse salvajemente hasta el amanecer. En aquel día tan especial, ellas recibían renovada simiente en sus cuerpos y le prestaban a la madre tierra la fuerza necesaria para alumbrar sus frutos.

El tiempo pasaba y Tatí había aprendido a correr entre las sementeras, mostrando desde el comienzo una extraña habilidad para encontrar nidos de pavas o codornices y traer huevos a casa. Después de bañarse con su mamá y sin Zhangué, que ya había partido a la Cuca, tomaba su pequeña mochila y volvía cargado de huevos, o de hierbas o de flores. Xiety no entendía por qué le gustaba más estar entre

los animales del monte que entre la gente y no aprobaba que mirara desde lejos a los amigos o que corriera a esconderse cuando se acercaba algún extraño. No estaba bien que buscara estar solo en los caminos, pero el niño lo disfrutaba tanto que terminó por permitirle un corto paseo diario. No lo asustaban los armadillos ni las culebras, ni ninguna sabandija. Solamente se perturbaba cuando le decían que Sié se escondía entre las arboledas apretadas para llevárselo con ella a su casa de las cascadas. Tramposa Sié, astuta seductora de hombres y de niños, pero aprendió a protegerse con semillas mágicas de cabalonga y a frotarse el cuerpo con hojas secas de tabaco. Así era como los cazadores se libraban de ella y de los demás espíritus guardianes de los bosques. Andaba por ahí, por donde hubiese bichos que mirar, escuchando las voces del agua, del viento y de los animales, tocando todo cuanto podía alcanzar y, sobre todo, aspirando, reconociendo cucarrones y plantas por el olor. A veces Xiety pensó que iba a comerse los grillos o las mariposas, pero sólo estaba impregnándose de sus fragancias que bien pocos eran capaces de diferenciar.

Cuando estaba en casa, abrigado del viento fuerte, entre el olor de la sopa perfumada, jugaba con el algodón que Xiety hilaba casi todos los días y aprendió muy pronto a colocar las cuerdas en la urdimbre del telar, a entrelazar los hilos y a fabricar liquiras y chumbes con sus manos pequeñas. A ella no le gustaba verlo en tareas de mujeres y buscaba tenerlo ocupado en encargos que lo alejaran del telar, pero él siempre hallaba tiempo de tejer después de ayudarle a Sikicha con la cera, la arcilla, el esparto, los juncos, los anzuelos, los cuchillos, las redes o cualquier cosa que se le ocurriera mandarlo a hacer. Con el mismo entusiasmo con que afilaba puntas de bambú, de chonta o de hueso, recorría largos trechos hasta encontrar codornices, conejos o frutas para llevarle a Xiety. Sólo rezongaba si lo enviaban a juntar leña del bosque, porque era un trabajo duro que no le daba la oportunidad de entretenerse en otros pensamientos. Le gustaban los ancianos e iba detrás de ellos hasta lograr que le prestaran atención y le narraran historias, aunque no fuera el tiempo para hacerlo.

Pero, lo más grave era que, desde que había regresado Zhangué, Tatí se escapaba de casa hasta el bohío sagrado para hacer que el hermano le contara los hechos del pasado que más le impresionaban. Así conoció la historia de Chibchacum, el dios protector a quien todos amaban, los mercaderes más que los demás; la historia de Thomagata, el poderoso cacique con rabo largo que transformaba a los desobedientes en animales; la historia de Bachué, la madre de los hombres, la primera mujer que habitó la tierra después de salir con su hijo de Iguaque, la mansa laguna a donde todavía iban las gentes a suplicar ayuda, porque allí había regresado ella convertida en serpiente después de poblar el mundo con su prole. Supo también que los muiscas sabían tejer mantas, cultivar la tierra y fabricar refugios gracias a Bochica, primer maestro, llegado de tierras lejanas, de donde decían que empezaba el llano. Tatí conoció otras muchas historias, y a medida que Zhangué iba contándoselas, más se aficionaba a escucharlas y más frecuentes eran sus escapadas.

Por fin, Xiety se durmió. Acababa de decidir que aquel año llevaría a Tatí a la peregrinación de Sugamuxi. El iraca mediaría ante Zhúe para que el muchacho alcanzara más prudencia y juicio antes de iniciarse públicamente en la vida adulta. Eso era lo menos a que podía aspirar un chía, aunque para ello precisara de la ayuda del sol. Ya era casi el amanecer cuando escuchó a Sikicha entrar al bohío entonando destempladamente los ecos de los cantos del Guatavita. Con el resplandor de la lumbre, encendida siempre durante la noche, pudo verle el rostro ebrio y feliz antes de que se tumbara sobre el quine.



## —MUIHICA—

### Suegata

**TATÍ CONTINUABA** decaído, pero ya Zhangué había obtenido permiso para que Sikicha y Xiety pudieran acudir donde Suegata, el sacerdote del cismuy, un anciano desdentado y misterioso del que contaban actuaciones y sanaciones imposibles. Ayunaron todo el día anterior a la visita, y Xiety se vistió con su chicate más pobre y se ató la liquira con un topo diminuto porque estaban advertidos de la costumbre de los chuques de dar por descontada la necesidad de sacrificio para el éxito de las curaciones, tanto que no era rara la exigencia del despojo de todo adorno corporal del enfermo y sus parientes mientras duraban los ritos. Xiety no dudaba de la capacidad del viejo. Por los relatos de Zhangué y los cuchicheos de la gente, sabía del alcance del poder de Suegata para librar los cuerpos de la enfermedad y por lo tanto adivinaba su capacidad para enfrentar el mal que acosaba a Tatí. A muchos cercados de muchos pueblos, Suegata acudió con su medicina, pero siempre a sanar a algún personaje del gobierno o a los parientes de los caciques, y Xiety temía que sus palabras no alcanzaran a mostrar a los chuques la gratitud y el asombro por permitirles a ellos, gente simple, acercarse a tal saber. Para Zhangué era sólo cuestión de empeño, pues si el enfermo obtenía purificación suficiente, Suegata siempre encontraba el maligno que le dañaba el cuerpo, y lo obligaba a salir del escondite. Si ya para sí mismo había conseguido la liberación de todo mal, era posible que también la lograra para otros. Suegata era el hombre más anciano que Xiety conocía y sin embargo uno de los más vigorosos. La piel se le había ido oscureciendo a medida que se le pegaba a los huesos, pero el brillo de los ojos y la agilidad de los movimientos parecían haberlo eternizado en una edad que ya no caminaba ningún paso. Muchos se preguntaban si se habría empeñado en vivir

hasta el fin de los tiempos o si ya tendría tan seco el corazón como el cuerpo para que ningún espíritu del más allá quisiera venir a buscarlo.

Cuando Sikicha le habló del padecimiento del niño, Suegata, sin meditar casi nada, mezcló algunas hierbas y polvillos sueltos de vísceras de rana y lagarto con un jarabe espeso que por el olor recordaba la leche turbia del uvito cuando se ponía al fuego. Se lo entregó a Xiety en un calabazo con la orden de dárselo al enfermo durante nueve días sin falta, a la salida del sol. Ella lo hizo con devoción, con la misma perseverancia con que quemaba moque y eucalipto al atardecer, hacia las oscuras divinidades del oriente. Pero los días pasaron y las bebidas no lograron ninguna mejoría y Tatí siguió delirando en medio del sueño y caminando con un tambaleo como de cielo, cuando sentía deseos de salir al monte. Entonces Sikicha y Xiety regresaron al cusmuy. Suegata miró al niño con más cuidado y farfulló una letanía rápida, incomprensible y chocante al parecer de ellos. Después casi gritó que la única explicación para la falla de su bálsamo en un mal tan simple y en un cuerpo tan joven era que alguien del pueblo buscaba beneficio del alma de Tatí, o que estaban cargados de culpa los padres, o al menos uno de los dos. No hallaba dolor en ninguna parte del cuerpo. Dejó de gritar y dar vueltas por el templo, y meditó largamente. No existía en Tatí un mal que pudiera curarse con brebajes ni unturas ni cuchillo. Parecía más bien castigo de los dioses o cuestión de brujería y tuvo que pedirles que dejaran al enfermo a su cuidado y volvieran al anochecer para dar tiempo a su respuesta. Los hizo esperar en las sombras del templo, iluminados por un fuego que ardía entre dos gachas de barro, sin agotarse ni exigir cuidado. Ahí tuvieron que quedarse, mirando cómo cambiaban las formas y los colores de las momias y las imágenes del templo. Se sentían solos pero observados, inquietos, examinando en silencio sus probables culpas, sintiendo que se les encogía el corazón y se les aturdía el entendimiento. Estaban tan recogidos sobre sí mismos, tan perfectamente envueltos en el silencio y la seguridad del templo, que casi les brotó el alma por la boca cuando vieron

a Suegata emerger bruscamente de un oscuro rincón junto a la mesa de Cuchavira. Con su hablado calmoso les dijo que había tomado ya su decisión: tanto ellos como él no comerían carne ni ají, ni se bañarían en el río durante ocho días, ni se acostaría Xiety con su marido, ni Sikicha con ninguna mujer durante esos días, y cumplido el plazo entregarían una guacata del mejor tamaño y más bello color que pudieran conseguir, o a cambio un tunjo de oro, o si ni aun eso, un chuzo de madera, de barro o de hilo, para que Suegata lo llevara hasta el sitio de la quebrada donde Tatí nació, donde debería honrar a Sié toda su vida. Dependía de esa ofrenda que la diosa se apiadara del muchacho.

Cuando se marcharon, Suegata tomó un puñado de hojas de hayo y las mezcló en el poporo con polvo de caracoles, y las masticó hasta el amanecer mientras llamaba a los espíritus de sus antepasados. Durante todas las noches de aquella semana estuvo despierto masticando coca y haciendo rogativas. Hablaba con sus dioses, los acosaba, les imploraba y les exigía fuerza para soportar su poder. Invocaba a Cuchavira más que a los demás, pero no olvidaba a ninguno y se aferraba a la memoria de Idacanzás y otros hombres que habían recibido inspiración y sapiencia ilimitadas. Miraba los ojos vacíos de los muertos que compartían con él el templo. Dibujaba en el suelo ranas, espirales y extrañas líneas cruzadas, y borraba otra vez lo hecho para que no quedara rastro de lo hallado. En las horas del sol dormía escasamente y sólo comía tortas de maíz o papa y bebía poca chicha. Por fin, cuando llegó la noche del octavo día, se vistió con la túnica roja de las ceremonias y se adornó el rostro con una nariguera redonda, perfecta, y se ciñó la frente con la diadema cuadrada que guardaba su saber. Dentro de la mochila metió el diminuto tunjo de oro de Sikicha y se marchó solo a la quebrada. A pocos pasos del sitio, se desnudó y, con la pequeña figura entre las manos, caminó de espaldas, lentamente, hasta estar cerca de Sié, el agua dadora de la vida y la salud del alma. Sin mirar, arrojó la ofrenda que bajó rápido hasta el fondo para quedarse ahí por siempre, mientras él entonaba un canto ronco, acompasado, aunado a

la voz de Sié. Todavía con paso lento, regresó al lugar donde dejó sus pertenencias, sin volver la vista, sin curiosidad por la corporalidad de la diosa, que ahora cobraría su presente. Se vistió de prisa y se alejó liviano hasta el bohío de Sikicha, donde comió y bebió hasta hartarse. Al amanecer bajaron al río a purificarse y reconfortar los cuerpos exhaustos.

Sikicha le dio a Suegata dos mantas blancas y un pequeño chumbe colorado. Era más de lo que podía dar, pero quiso garantizar el aprecio del sacerdote y una buena disposición hacia su familia. Faltaban apenas nueve semanas para la ceremonia de la iniciación, y Tatí tenía que estar fuerte para entonces. Debía pasar la prueba, asistir al rito y comportarse como todos. Empezar a ser considerado un joven adulto con derecho a usufructuar una parcela más de tierra y aspirar al permiso de iniciarse formalmente como orfebre. Necesitaba ya ver aumentada la ración de coca y mejorada la cantidad de provisiones cuando llegara el tiempo de la repartición. Era justo obtener un poco más de todo y, de paso, un poco más de juicio y paciencia en el alma de Tatí para que dejara de ser el acuciante malestar que casi siempre era.

Desde esa mañana participaron en la actividad generalizada del gentío, con la confianza alborotada por los rituales y las palabras tranquilas del chuque. Ya por esos días, no sólo los habitantes de la vecindad del cercado, sino también los de las labranzas del valle y la sierra iniciaban los preparativos para los veinte días del festejo. Las mujeres molían maíz tostado en las bateas y lo almacenaban de una vez en las mismas ollas de fermentar la chicha. Los muchachos recogían leña y la traían a unas improvisadas enramadas de paja. Por cualquier parte, en cualquier dirección de las sunas guatavitas, aun por las lejanas tierras del Hunza, corrían los quemés invitando a los ubzaques, a los caciques, a los capitanes y a los parientes de los que iban a iniciarse. Los hombres salían desde la alborada provistos de atarrayas y anzuelos, y de cuchillos y flechas, y remontaban los páramos o bajaban a los valles calentanos y, dos o tres días más tarde, regresaban con presas que las mujeres limpiaban y ponían a secar sobre las piedras calientes de los fogones. Los



niños recogían semillas en las sementeras y los bosques para hacer cascabeles y sonajas; con bambú, los músicos fabricaban las flautas y las chirimías, mientras que con las cañas más gruesas de la guaúba, los que quedaban libres de trabajo iban renovando las andas de los caciques. Los chuques predicaban en un lado y otro, se mezclaban con la gente y colectaban las ofrendas de cada festejante: a más brillo de lo entregado, mayor retribución de los dioses para el pueblo entero. Los viejos ayudaban en las despensas, separando los frutos tiernos de los hechos y las mazorcas de grano blanco y grande del resto, y en el cushman, en los aposentos más privados, el trabajo era toda una fiesta anticipada. Entre risas y cuchicheos excitados, las esclavas brillaban el oro de las puertas y pulían los cañutos del piso y las paredes, y las thiguyes ensayaban danzas complicadas, provocadoras de una musiquita queda, entre la pedrería de los ornamentos. Todos participaban con alegría. Se contagiaban unos a otros el entusiasmo y el fervor. Espontáneamente o coordinados por los capitanes, hacían lo mejor que podían en cada actividad, porque era inmensa honra para los guatavitas una fiesta que los invitados recordaran todo el año.



## —HISCA—

### Chuinsúe

**LA COSECHA FUE** abundante. Tibatigua almacenó muchísimas cargas de maíz en el cusmuy y también los súbditos, dueños de tierra prestada, almacenaron lo necesario en los sugües y los bohíos. Cada hombre tuvo que entregar buena parte de la cosecha, buscar las mazorcas mejores y llevarlas a los capitanes de sus poblados para que ellos a su vez entregaran algo de eso al guatavita. En la decimosegunda luna una porción de todo iría a parar a manos de Saguanmanchica, último cobrador y propietario absoluto de la tierra.

Estaban contentos, pero no sorprendidos con la cantidad extraordinaria de mazorcas blancas, moradas y amarillas; desde mucho antes, durante la siembra, en la tercera luna, supieron que el suelo y los dioses iban a ser espléndidos ese año, pues cuando bañaron y azotaron a los niños pequeños y los enviaron al monte a recoger frutos silvestres, los vieron regresar al final del día con los cestos repletos de moras, cerezas, guácimos, uchuvras y curubillas. También lo supieron por el bullicio de las ranas que llamaron incansables a la lluvia y que después sobre las piedras se ofrecieron como alimento a Zhúe para que él fuera bueno con los hombres.

Los chuques predicaban a menudo que no se conseguía suficiente seguridad sólo por recibir de antemano algunas señales alentadoras de los dioses, muchas veces ambiguas y confusas, y que seguía siendo más saludable y previsor complacerlos y halagarlos todo el tiempo, todos los días, aprovechando su afición a las ofrendas, para hacerlos cambiar las decisiones que no favorecieran a los hombres. Era necesario recordar y tener presentes sus caprichos y rencores; saber agradecerles la prodigalidad hasta la desmesura, porque todos, incluso el alegre Nencatacoa, eran avaros y codiciosos.

Zhangué había llegado a la conclusión de que los dioses tenían una vanidad ilimitada, que no daban su ayuda por simple generosidad sino porque buscaban la gloria y necesitaban ser amados para seguir viviendo, y si los demás chuques así lo comprendían, ninguno se lo dijo nunca. Después de mucho cavilar, se empeñó en creer que eran desconfiados y celosos de los hombres. Que Bochica convocaba siempre a los caciques y a los ubzaques y nunca, jamás, a los chuques o a los mercaderes o a los capitanes guerreros, para mantener una jerarquía que le garantizara disfrutar sus dádivas a perpetuidad. Meditaba, irritado en extremo, en esas interminables rencillas divinas que obstaculizaban de manera evidente el bienestar del pueblo. Chibchacún, en otro tiempo el báculo de los chibchas, estaba ahora cargando en hombros la tierra por mandato de Bochica, quien seguramente no le habría impuesto el castigo sólo por hacer justicia al muisca, sino por mostrar su condición superior. Huitaca era la única que seguía intentando trastornar lo que Bochica había enseñado, pero cada vez se escuchaba más débil su llamado al juego, al ocio y a la propia complacencia, y aparecía con menos frecuencia su forma de lechuza. A veces la oían gritar por los bosques que aún no estaba derrotada y que lucharía hasta que la última persona de la tierra olvidara el odiado nombre de Bochica y se desbaratara la confusión de jerarquías que vino a traer a la sabana. Zhangué iba de un sitio a otro, celebrando ritos, incinerando mazorcas para los altares, pidiendo a las mujeres que se mantuvieran puras y ayunaran cada vez que trabajaran sobre los surcos. Intentó sin éxito remontar vuelo con los pájaros y alcanzar a Bochica para indagar los motivos de lo inesperado, y entonces sostuvo la insistencia en la cercanía del fin de la primera revolución del siglo y la posibilidad de sucesos nefastos a pesar de los augurios. Convenció a Tibatigua y a los chuques viejos para volver a un rito antiguo de fertilidad que ya sólo practicaban algunos cultivadores pobres de Chía.

Suegata accedió al rito y tres lunas después de la siembra, durante la deshierba, reunió a la gente para que entre todos hicieran una gran hoguera con las malezas de las sementeras y

las basuras de los bohíos. El último trozo de la luna menguante miraba desde arriba a los que danzaron alrededor de ese fuego y elevaron ruegos en el humo; también Zhúe los vio danzando todavía a la mañana siguiente y permaneció más tiempo con ellos; los acompañó gustoso todo ese día, que fue el más largo del año. Cuando el fuego se extinguió y la oscuridad fue total, los conjuros cesaron, los cuerpos se inmovilizaron, pero los corazones palpitaron llenos de la certeza de haber sido escuchados. Y fue cierto. Ellos cumplieron con la ofrenda del fuego y Zhúe cumplió también su parte y por eso ahora los cestos y los sacos desbordaban grano por doquier.

En la entrega del tributo, Tibatigua recibía con honores a sus capitanes y miraba las cuadrillas de cargueros de ojos bajos acercarse a Quichauin, el pregonero, para la revisión de los bultos y su transporte a las ya atiborradas despensas del cismuy. Quichahuin iba guardando en su mente el rostro de cada capitán que llegaba y metía en cuenta a los que no venían el día indicado, para mandarles luego un tigrillo a sus aldeas, a las puertas de sus bohíos, o para prohibirles encender el fuego en las cocinas hasta que liquidaran su obligación. Cada cierto tiempo Tibatigua entraba en el templo, recorría la cortina que cubría la piedra del altar y de cuclillas sobre las esteras coloradas, repasaba con los ojos y los dedos las líneas perfectas del diseño de las orillas. Michúa supo exactamente cómo tocar su corazón al darle tal regalo el día de la coronación. Al centro de la estera el bordado imitaba un hombre caído con una serpiente sin ojos enroscada a sus pies, con otro hombre más grande a su lado levantando una lanza blanca. Michúa dijo haberla recibido de un tributario de Tuta, el único poblado donde podían tejer esparto de esa manera, pero Tibatigua sospechaba que había sido mandada a elaborar a propósito para él, para recordarle la caída a causa del poder de las armas. No podía dejar de verla cada vez que entraba y entonces meditaba en el mensaje velado del zaque y pedía a los dioses, no lo que los chuques le decían que pidiera, sino lo que su corazón deseaba tan desesperadamente, desde los días de la Cuca, cuando entendió por qué había venido a

rebajarse su linaje. Volvía los ojos hacia las momias de los guerreros sagrados y a las cabezas de los enemigos muertos en batallas viejas y los invocaba por sus nombres y a cada uno le pedía compañía, protección y apoyo para su plan de guerra, que hasta ahora solamente ellos y Capa, su lugarteniente, conocían. Necesitaba tejer una estrategia para devolverle al pueblo la condición perdida y recuperar, además, el poder que por derecho divino era suyo. Tenía que encontrar el momento propicio en que Saguanmanchica estuviese ocupado en otros asuntos para iniciar la rebelión. Sabía que no sería fácil, que tal vez costaría muchas vidas, aun la suya propia, pero sabía también que era lo adecuado, que toda su gente respondería el llamado a la batalla. Por eso no escatimaba esfuerzo y daba a sus militares todo cuanto pedían para satisfacer el ejército de güechas. Por eso, él mismo se dejaba ver en la escuela militar cada vez con más frecuencia y se enteraba de los progresos de cada joven y de su disciplina y desempeño en las escaramuzas con los panches y con las bandas de ladronzuelos que de vez en cuando aparecían y saqueaban los depósitos de granos y sal. Mimaba a los soldados más temerarios y les hacía regalos, y les permitía lucir brazaletes y pectorales inmensos. Por eso, enviaba constantemente mensajes a Corazón de Piedra, su sobrino, que estaba ya en los ayunos en la Cuca, y ordenaba a Capa entrenar muchachos teguas del llano y confundirlos con sus propios güechas. Por eso mantenía espías en los pueblos más ricos, para conocer los sentimientos de los caciques y proponer a los descontentos un plan único que terminara con la dictadura del zipa. Y también por eso regalaba a Michúa sus mejores mantas y celebraba consejos con el ubaque y mandaba quemes con tunjos preciosos al iraca para que tuviera siempre algo suyo en los adoratorios y rogara a Zhúe por él y su casta antes que por los otros pobladores del sur. Pronto reuniría a los consejeros para comunicarles su decisión de no pagar más tributo a Saguanmanchica e intentar recuperar lo que antiguamente les perteneció, comenzando por el poblado de Chía.

Los aposentos privados de Tibatigua eran los más primo-

rosos del cuscumuy. Formaban círculos perfectos como las demás construcciones, pero se distinguían por el esmerado pulimento del tejido de las cañas de las paredes y la cantidad asombrosa de laminillas de oro colgadas de las puertas. Cada esposa vivía en un bohío cercano al suyo con una o dos esclavas extranjeras. A la sazón, Tibatigua había tomado ocho esposas, y de las thiguyes de Tybiba no devolvió a sus pueblos a las dos más jóvenes, pero era Pájaro Risueño la soberana de su corazón, la única a quien permitiría interrogarlo sobre sus acciones y de quien recibiría castigo si llegaba, aunque fuera sin querer, a ofenderla. Ella era la que con más frecuencia visitaba el lecho de Tibatigua. Chuinsúe, tan diligente, tan hermosa e incansable, era la preferida también de los pregoneros, los consejeros, los funcionarios y los sirvientes que vivían dentro del cercado. Estaba acostumbrada desde niña a la vida del cuscumuy porque su padre era cacique ubzaque de Nemocón. Con ser el imperio de la sal, no era un pueblo tan rico ni tan lucido ni señorial como Guatavita, pero en el cercado de su padre había mucho movimiento.

Entraban y salían gentes del pueblo y extranjeros, mercaderes casi todos, con sus cuadrillas de cargueros musculosos, piernicortos y brillantes de sudor, o alfareros, en su mayoría viejos, que surtían las gachas para evaporar el agua, o los mismos trabajadores del pueblo que debían llevar los panes inmensos para tenerlos todos en un solo depósito central. En eso se fundaba el poder de su padre. En que la sal estuviese guardada y custodiada y se supiera exactamente hacia qué lugares salían los panes, pues todas las tribus necesitaban sal tanto como oro y maíz. Al principio, los güechas que cuidaban el pueblo y los depósitos eran pocos y eran hijos de vecinos, muchachos conversadores que ella gustaba de molestar en las tardes cuando la dejaban rondar sola por el cercado, pero después el zipa comenzó a enviar hombres de los suyos, cuando los panches intentaron con mayor empeño llegar hasta las fronteras y adueñarse de las fuentes saladas. Desde las estacas del cercado hasta los montes que encerraban el pueblo se veían los güechas yendo y viniendo, malencarados y herméticos,

mucho más con las niñitas charlatanas e impertinentes. La diferencia mayor que encontró con Guatavita fue la actitud de la gente. En Nemocón los hombres y las mujeres mostraban semblantes más tolerantes y serenos y era más sencillo hablar con alguien. Aquí en Guatavita eran más serios, el modo de las palabras más rimbombante y exagerado, los tonos de conversación más lentos, las miradas más fijas y altivas, como si pertenecieran a una categoría de gente superior. En Nemocón consumía sus días de descanso del telar en ver entrar y salir hombres y mujeres, fijarse en los vestidos de los que venían de otras partes, observar a los güechas y los capitanes, a las jóvenes casaderas que se exhibían en las épocas de festejo con sus miradas seductoras y los pechos altos asomados bajo las liquiras suaves y limpias. Llegaban buscando entablar relaciones con los güechas del zipa, los capitanes o la parentela real. Las miraba de lejos y a veces charlaba un poco con ellas para divertirse con la malicia de sus frases y sus risas, hasta una vez, hacía mucho tiempo, cuando se había escapado del cercado con una de esas muchachas. Aprovechó la confusión producida por la traída de un ladrón reincidente y los preparativos para cortarle las manos, y convenció a su esclava de que le permitiera salir sola por un rato. Lindo Pie, la amiga que acababa de conseguir, era una joven vivaracha que hablaba y se reía sin descanso. Tenía una fuerza increíble para su cuerpo de cintura gruesa pero pequeño, que podía llevarla de la mano y obligarla a correr casi arrastrada. Chuinsúe estaba feliz.

Extrañamente no sentía miedo por estar cometiendo una falta. De la mano de su amiga, la imagen de sus mayores le pasaba por los pensamientos de manera lejana, rozando apenas el recuerdo y las intenciones. Llegaron a un sitio despoblado y Lindo Pie la hizo esperar un rato escondida detrás de un matorral. Poco después apareció un muchacho desgarbado pero bien vestido, mucho más delgado que ella y mucho más alto, y a Chuinsúe le pareció que le faltaba músculo en los brazos y en las piernas. Tal vez estuviera enfermo o fuera muy joven o quizá su padre no cultivara el campo y el muchacho tampoco



tuviere elegido su oficio. Los veía claramente y oía la voz del joven que sonaba casi como voz de niño y su risa estridente y destemplada. Pronto Lindo Pie estuvo sobre el suelo con el chumbe del chicate suelto y las flores del pelo desparramadas. El joven se echó sobre ella y se movieron acompasadamente con una risa que los animaba sin ritmo. Chuinsúe trató de mirar mejor lo que ocurría, pero sin darse cuenta pisó un montón de hojarasca putrefacta y resbaló. Los miró asustada mientras ellos se separaban rápidamente, sin vergüenza. Dijeron dos o tres frases y el muchacho desapareció por el camino, antes de que ella pudiera levantarse. Chuinsúe estaba avergonzada; jamás había visto una pareja en el momento de amarse porque ella aún no había tenido el timi, la primera sangre menstrual, y por lo tanto no pertenecía a la comunidad adulta. Había cometido dos faltas graves y sentía miedo a pesar de la mano de su amiga que intentaba calmarla mientras corrían al cercado. En el trayecto, Chuinsúe logró tranquilizarse y acomodar en la memoria lo ocurrido como si se tratara sólo de una travesura de niña que no entiende. Ya asomaban a sus labios las mariposillas de la risa cuando vio salir a la esclava con cara de angustia, que venía a buscarla. En un cuchicheo atropellado le contó lo que había ocurrido, pero la mujer en vez de reír como esperaba, le dijo con brusquedad: “No debe hacerse lo que has hecho antes de tener el timi. Algo muy malo habrá de ocurrirte por tu falta. Tal vez un día vas a ahogarte en tu propia sangre, o se ahogará la hija de tu hermana o tu propia hija”. Chuinsúe se asustó con las palabras de la esclava que siempre le decían la verdad.

Tan pronto como estuvo sola fue al adoratorio y oró y pidió perdón a Bachué por lo hecho y llevó al río una ajorca que le regaló su madre, buscando borrar la culpa. Se atormentó en las noches, cuando todo era oscuridad, pero como no lo dijo a nadie más que a los dioses, terminó por olvidar ese asunto y poco a poco recuperó la alegría. Ahora, en el cismuy de Tibatigua, Chuinsúe tenía que ser discreta; no estaban lejos los días de sus travesuras, pero no podía dejar vagar la mirada a voluntad sobre los visitantes como cuando estaba soltera.

De todos modos le importaba poco dejar de hacerlo porque Tibatigua colmaba sus afectos y atendía sus peticiones y reclamos y porque además le parecía el hombre más bello y sabio entre tantos que sus ojos vieron.

Tres cercados de cañas rodeaban las habitaciones del cuscumuy. El cerco exterior medía cuatro brazas de alto, y en los extremos, pintados de rojo, estaban dos maderos de casi el doble de la altura. Poseían nombre propio, Ta, y trazaban con una marca negra el incesante paso de Zhúe, para separar las dos horas de luz del día: Suamena, o la luz adelante de Ta y Suameca o la luz detrás de Ta. También separaban las horas nocturnas, Zasca y Cagilí, en las noches más claras. Debajo de los postes reposaban los espíritus bienhechores del cuscumuy, las almas de dos pequeñas niñas, hijas de dos capitanes de Guasucá que habían sido voluntariamente ofrecidas por sus padres como muestra de hermandad con Tybiba. Chuinsúe no tenía memoria de la mañana de la ceremonia, pero sí su esclava vieja que se arrobaba con el deseo de haber sido ella virgen e inmolada.

Desde muy temprano, a la primera luz, los vecinos se habían repartido a lado y lado del camino a esperar que apareciera la procesión. Adelante caminaban sin ruido los dos capitanes que entregaban a sus hijas. Detrás de ellos un chuque enmascarado y los hombres que traían en andas a las niñas desnudas, pintadas completamente de rojo y coronadas de flores, con un gesto manso en sus caritas morenas que no denunciaba ningún signo amargo por la tragedia del sacrificio. Después de ellas desfilaban con todas sus galas los chuques y los nobles que acompañaban a Ybakén, el cacique que ofrecía el homenaje; los sacerdotes iban quemando moque y gomas aromáticas sobre carbones encendidos, envueltos sin fastidio en el humo perfumado. La vieja tenía presente que era una mañana oscura y triste; el cielo se recargaba como si fuera a llover, pero el viento fuerte soplaba por ratos y disolvía la nubazón y desbarataba el vaho del suelo. Chuinsúe soportaba el final de la historia porque no quería dejar ver que se asustaba de los sucesos normales, pero lo cierto era que estaba contenta

con su vida, la disfrutaba y tenía miedo de ir al otro mundo. Amaba a su señor Tibatigua y apreciaba a sus amigos y a las esclavas. Le gustaba el agua del río y la de los pozos calientes. La reconfortaba gratamente refugiarse en el templo y escuchar las voces de los que reposaban en él. Le parecía triste que esas niñas se fueran a su viaje al otro mundo todavía inocentes, que la inocencia fuera la causa de sus muertes. Definitivamente agradecía no haber estado en sus lugares y la vieja era una loca si de verdad deseaba tanto morir de esa manera. Los hombres se detuvieron al llegar al cercado e intercambiaron saludos con el cacique y sus acompañantes. Los capitanes, con mucha ceremonia, hincaron la rodilla ante Tybiba y tomaron de las thiguyes los presentes con que los acogían. Mejor modo de hacer irrompibles las alianzas, pensaba Chuinsúe, sería dejar a las niñas vivir en el cercado del aliado y procurar su disfrute a toda costa. Por fortuna su padre no necesitó sellar esos pactos valiéndose de ella o de alguna de sus hermanas. Al menos no hasta ahora.

Rápidamente las niñas fueron bajadas al fondo de los huecos hechos para recibir los maderos, y los descargaron sobre sus cabezas con una fuerza mortal mientras empezaban la gritería y las libaciones de chicha. Completo el trabajo, Tybiba e Ybakén, los capitanes y los chuques bajaron a bañarse a la quebrada.

Tibatigua mantenía estrechamente custodiado el cusmuy, aunque permitía la entrada a todo el que necesitara exponer algún asunto. No los atendía personalmente, pero se aseguraba de que los problemas fueran resueltos. No quería gente descontenta en su territorio porque precisaba de todos para sus grandes proyectos. Los visitantes más frecuentes eran Chutama e Itaque, los mejores capitanes de su ejército, siempre entre inmensos corros de güechas, siempre altivos, siempre tenebrosos.

El ubzaque quería que en medio del paisaje cambiante, lleno de olores y colores exuberantes, su imponente morada y su sistema de caminos hacia los otros pueblos y los adoratorios y los sitios de mercado, apareciera como una fortaleza

inmutable e invencible, donde cualquier guatavita pudiese sentir protección, cualquier extranjero respeto y cualquier enemigo temor.

## **Pkwakahuin**

**GUATAVITA SE FUE** llenando de otros colores y otros rostros desde mucho antes de que empezaran las ceremonias. A medida que llegaban, los visitantes se presentaban ante el pregonero y buscaban acomodo en los bohíos de los amigos y los parientes o si poseían rango especial lo hacían en los bohíos deshabitados del cushman, y el día de comenzar la fiesta, el último de la novena luna, la de las ranas unidas por la cola, todos tenían sitio fijo en el pueblo.

No se distinguían de los guatavitas en nada especial, salvo el anudado del chicate o el colorido y la manera de llevar la plumería, y sin embargo lo notaban hasta los niños pequeños pegados a las madres junto a los fogones o las bateas.

Para la competencia inicial, que era una carrera hasta una lagunita panda detrás de los cerros asomados a la sabana, había más de cien atletas dispersos en pequeños grupos y pendientes desde el amanecer de la salida de Tibatigua. Dos de ellos eran Pkwakahuin y Ubni, amigos de Tatí a pesar de las diferencias de edad y de las dificultades para verse. Desde cuando se conocieron, hacía un zocam, en la ceremonia de correr la tierra, adivinaron en él una disposición especial para desentrañar los secretos del monte y se le acercaron, mitad divertidos y mitad admirados, y le ofrecieron amistad y lo trataron como a un igual, haciéndole algunas concesiones a las palabras imprudentes, propias de su condición de no iniciado. La parentela materna de Ubni habitaba en Sutatá, un pueblo perdido en la frontera, muy cerca de Fusagasugá, pero él continuaba viviendo en Guatavita, que era el pueblo de su padre, y preparándose en la escuela de Itake por solicitud de su clan y favor de Tybiba. Pkwakahuin, en cambio, vivía y se entrenaba como güecha en Bacatá, pero visitaba con frecuencia a Guatavita, cada tiempo de celebración, porque

era el pueblo de su padre y porque en él creció tan a gusto, que se sintió tentado a quedarse, pero finalmente, movido por el deseo de figurar junto a los grandes, partió a Cajicá, el fuerte de Saguanmanchica y el centro de operaciones de sus guerras. Ninguno de los tres era guatavita por origen, pero se sentían cómodos ahí, donde los capitanes aceptaban brazos para la guerra en reemplazo de los aborígenes que cada vez más se entusiasmaron con los trabajos del oro y el transporte de la arcilla fina y el carbón. Disfrutaban las largas caminatas hasta la laguna y los baños en el Siecha, o las excursiones al monte o a las quebradas altas para darle la oportunidad a Tatí de lucir sus destrezas y verlo atrapar pavas y peces. Confiaban en él, ya no sólo por instinto, y en su presencia hablaban de sus encuentros amorosos y de sus sueños y planes de ser centro de guazábaras y dueños de despojos y esclavos, y de mirarse plenos de canutillos dorados, desde mucho antes de llegar a la vejez.

Los corredores parecían sucuyes o perritos de monte en el corral, apretados unos con otros, de cara al sol, esperando el llamado de Tibatigua. Se veían como güechas por el cuerpo embijado, el cabello corto, el adorno de plumas y la bolsa colorada para el pene. A pesar del frío y el ventarrón, el único vestido era una manta blanca y fina, precisa para no ocultar el torso ni las piernas poderosas y duras como piedras.

Tibatigua llegó sobre las andas, como una aparición debajo de la plumería de arco iris de su diadema, con un ropaje desacostumbrado, claro como el de los atletas, pero con el pectoral y la joyería de siempre, que lo distinguían a lo lejos del gentío. Liberó el sonido largo del caracol de oro, y en el viento se montó la grita que acompañó la partida de los muchachos hasta que se perdieron en el cerro. Muchos se fueron a aguardarlos, bebiendo y cantando con los chuques los cantos del amor a la tierra y a sus frutos, preparándose para la espera larga que duraría hasta el comienzo de la tarde por lo difícil de la travesía: las últimas partes del primer trayecto no repasaban las sunas de los mercaderes, sino las trochas retorcidas y pantanosas de las labranzas de la montaña.

Las mujeres trajeron suque y bollos frescos y los hombres descansaron acucillados sobre la hierba, haciendo burla de los desaliñados y de los que empezaban a emborracharse y a soltar los pájaros de la risa sin provocación ni cautela. Tatí, mientras tanto, dio vueltas observando a los actores callejeros que hacían piruetas y gestos graciosos. Echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos cada vez que una carcajada le sacudía el pecho. Cuando se cansó del acto repetido, se alejó y buscó a los ancianos desnudos de la puerta del cuspuy que tocaban armonías tristes en unas largas flautas, en un intento por recordar, en medio del alborozo, que la muerte estaba cerca y necesitaban andar con cuidado. “Inútil recordatorio”, pensó Tatí, que oía a sus padres a diario hablar sobre la muerte. Y no sólo a sus padres sino a los ancianos y a los chuques, como si fuera la melodía siempre presente de todas las palabras. Estuvo un buen rato escuchándolos sin oírlos, con el gesto ausente, hasta que alcanzó a sentir los gritos por los ganadores. Pkwakahuin se acercaba primero a la meta, caminando casi, pálido, seguido de dos muchachos que le pisaban los talones. Tatí tensionó todo el cuerpo. Sintió deseos de ir a arrastrarlo hasta la guaúba del suelo, pero Pkwakahuin se reanimó de pronto con la algarabía de las voces que gritaban su nombre, y de una zancada más larga que el cansancio pisó la marca un instante antes que el que venía detrás. Un rato después empezaron a pasar los demás, pero Ubni no llegaba. Tatí estaba seguro de que faltaban varios porque, aunque no tenía cuenta de los que partieron, extrañaba los rostros, y sólo descansó el ánimo preocupado cuando un zachua y otros curiosos se ofrecieron a buscarlos.

Al atardecer, cuando todos los atletas estaban otra vez en el pueblo, Tibatigua le entregó a Pkwakahuin seis mantas estampadas, tan largas que las puntas iban a tocar el suelo. Sin atreverse a levantar la vista, Pkwakahuin agradeció con sus mejores palabras, pues más que un simple reconocimiento a su fuerza extraordinaria, el premio era un aliento para el sueño de vestirse al modo de los principales. Era su primera hazaña reconocida y se sintió feliz como una tórtola que recupera el nido.

Tatí se alegró por él. Hizo de cuenta que era su propio triunfo, pero sintió también la vergüenza de Ubni, sentado en una orilla, tembloroso todavía, obligado a reponer el cansancio a la vista de todos. Permaneció remoloneando a su lado hasta que llegó la hora de irse a casa. Comieron juntos la mazamorra de quinoa y hierbas, y la carne que las mujeres repartieron, y ya solos, sin Pkwakahuin, que festejaba entre los nobles, planearon el sitio desde donde verían las competencias del día siguiente, en las que participaría Tibatigua en persona. La gente hablaba mucho de esas pruebas porque había dos güechas de Saguanmanchica, entrenados en Cajicá, altivos, con una fama encarecida casi como la de Tibatigua, que no tenían vergüenza por desafiarlo y prometerle la derrota. Pero los guatavitas estaban seguros de que ningún hombre lograría superado, pues la destreza del cacique se asentaba, no tanto en la fuerza de los brazos como en la predeterminada voluntad de la mirada.

En la mañana, llegaron con los primeros curiosos, cuando faltaba mucho tiempo para el lanzamiento del zepguasgoscúa, el disco de oro, pero a esa hora ya se repartían tortas y suque y frutillos; en la contienda sólo participaban los nobles, los güechas o los campeones recientes o pasados de otras competencias, y tal vez el hecho de conocer los nombres y los rostros de los competidores fuera el motivo para tener un público tan crecido. Pkwakahuin adivinaba el zepguasgoscúa frío y pesado como madera sin secar. Lo sabía perfecto en su redondez y completo en el brillo y el color, e imaginaba que sostenerlo sería tan grandioso como coger con las manos un ídolo del templo. Se había empeñado en competir y lanzarlo aunque no ganara jamás la prueba porque lo seducía la realización de cualquier acto que lo colocara en la esfera de los poderosos y lo tuviera al alcance de sus miradas. Le faltaba fuerza en los músculos y atención en el sentido, pero en unos dos años solicitaría ser admitido con los güechas. Quizá, entonces, le ganara a los demás guerreros, pero no deseaba hacerlo sólo por el mérito de vencer a los arrogantes, sino por ofrecerle al zipa la satisfacción de otra victoria.



Por ahora el más opcionado, sin duda, era Tibatigua, pero lo seguían muy de cerca los dos güechas, más corpulentos que él e impresionantes con su larga fila de zarcillos en las narices. Tatí profesaba verdadera devoción por el señor de su padre. Se estremecía delante de su humanidad de ídolo pétrea y serena, y cerraba los ojos y volvía la cara al sol para imaginarlo dueño de todos los triunfos del día. No se lo dijo a Pkwakahuin porque entendió que a él, de algún modo, más bien le gustaría verlo derrotado.

En las fiestas, cualquier güecha de Gantina Masca usaba siempre traje de guerrero, con plumas multicolores, pintura en el rostro, manto colorado, pectorales, zarcillos y todos los canutillos conseguidos por cada muerto y cada prisionero. Podían pasearse por el campo sin que los molestaran o les recordaran las desavenencias de unos pueblos con otros, igual que si estuvieran en sus propios cercados. A muchos Tatí les adivinaba la altivez en la expresión detestable que no perdían ni por estar sin armas, pero entendía que el deber del güecha era permanecer alerta, dispuesto siempre a la pelea, dejando ver hasta dónde era capaz de llegar.

Cada participante lanzó el disco y Tibatigua se reservó el último turno y lanzó con la suficiencia del que se conoce invencible. No podía aceptar un resultado contrario a su persona, pero cuando corrió para comparar las marcas, se dio cuenta de que había ganado por una precaria diferencia. Los que miraban gritaron entusiasmados, como si no notaran la insignificancia de su ventaja estrecha, menor que una braza, y nadie, en medio del barullo, se dio cuenta de su palidez ni de la sonrisa forzada y el deseo rabioso contenido en las cuerdas del cuello, ni del peso de los pasos cuando caminó hacia los güechas, que sí estaban felices, por ellos, por su casta y sobre todo por obtener para Bacatá un resultado tan parecido al del guatavita. El trayecto hasta ellos fue recorrido suficiente para que alcanzara a dominarse y se le atemperara la cólera. Los güechas se inclinaron, sin reparar en el gesto ligeramente despectivo, más instintivo que voluntario, con el que le dejó la diadema a Ybachina, el que había quedado más

cerca. Ybachina se cambió el adorno de plumas por una cabeza de puma, mostrando que recibía el trofeo con agrado. Las ovaciones atronaron como un concierto de vientos atrapados en una gigantesca ocarina y Tibatigua comenzó a sentirse realmente bien. La veneración de sus súbditos, la adoración por su persona y por sus actitudes, eran lo que le importaba por sobre todas las cosas, algo de lo que no podía olvidarse en ninguna circunstancia, porque de lo contrario comenzaría a cometer los errores de los antepasados recientes, que murieron sin ver realizados sus sueños de independencia.

El otro atractivo del día fue la competencia del turmequé. Era un juego que podían jugar todos los varones adultos que quisieran, y que más que fuerza requería puntería y paciencia. Sikicha tiraba bien. No necesitaba mayores preparativos para entrar a competir, ni tampoco muchos ofrecimientos, sólo el ayuno ritual de todo contendor. Casi cualquier hombre acertaba a entrar el umba dentro del estrecho orificio de tierra en la mayor parte de los tiros, y por eso siempre era la competencia más larga y la decisión más reñida. Sikicha se mantenía tranquilo con los últimos jugadores, pero dos hombres de Suesuca, ya eliminados, comenzaron una pelea a puños hasta que se formó una guazábara confusa de amenazas obscenas, que afortunadamente los güechas controlaron antes de que llegara a ser palera. Tibatigua se contentó con que encaminaran a los de Suesuca bien afuera del poblado y a los demás revoltosos a sus casas, porque no era momento en el ánimo de su corazón para iniciar juicios y retrasar las fiestas.

Cuando se calmaron otra vez, ya era muy tarde y estaban muy bebidos para elegir el ganador. Los días fueron transcurriendo en medio del desorden y la variedad, pero el acto más vistoso en medio de los campeonatos de salto, de las competencias de cucunubá y fuerza en lucha individual, y de las pantomimas, los bailes, las ofrendas y los desfiles, fue la procesión de la vida y la muerte. Los primeros que marchaban en ella eran hombres vestidos con pieles de osos y pumas que bailaban y cantaban al compás desafinado de los pitos; detrás de ellos venían otros pintados de rojo, el color de la

tristeza, llorando desgarradoramente a sus caudillos muertos y recordando pasajes de jornadas sangrientas cuando se enfrentaban a los panches.

Lamentaban con especial queja la humillación de Consuacá, vasallado por su propio capitán para la guerra, el que tenía asignado a Bacatá. Cerrando la procesión, iban despacio, como ajenos al desenfreno del entorno, los caciques y los chuques, vestidos de oro y tiesos como las momias que adoraban. En la puerta del cuscumuy se desbarató el desfile y los nobles se encerraron, pero la gente siguió bebiendo al ritmo frenético de la procesión, hasta que no quedó hombre en pie. La otra ceremonia impresionante fue la del sacrificio de las guacamayas. Los chuques las habían cuidado en sus bohíos y les habían enseñado a decir palabras de la lengua chibcha para que llegada la hora pudieran llevar el mensaje de los hombres a Bochica y a Chibchacún. Tatí no sintió tristeza cuando las vio degolladas y sin entrañas, porque sabía que si ellas no portaban el mensaje, algunos jovencitos tendrían que hacerlo en su lugar. Los ojos se le iban codiciosos detrás de las plumas sucias de sangre que caían debajo del mesón del sacrificio y que sin duda serían parte del tributo de los sacerdotes al cacique.

Al comienzo de las celebraciones los hombres bebían con moderación pues el tiempo del jolgorio era largo, lleno de actividades fastuosas y divertidas, y habría sido tonto cansar el cuerpo o apesadumbrar el alma, pero a esta altura del festín ya no se medía el consumo de chicha; la gente iba y venía compartiendo los mismos sentimientos exaltados, pero pese a todo el regocijo que se respiraba en el ambiente, o tal vez por él, Tatí cada día se inquietaba más con las expectativas de la iniciación. Ni los chocarreros y sus representaciones graciosas lograron menguarle la ansiedad de los últimos momentos, y dos días antes se retiró a un pequeño templo cercano a la laguna, donde ayunó y oró seguido. Zhangué compartió con él la primera noche sin decirle ninguna palabra, por enseñarle a callar, porque sabía que el silencio sería su empresa más difícil. La noche anterior a la ceremonia, Tatí bajó hasta su

bohío y comió el poquito de pescado seco que le sirvieron, junto a un tazón de suque sin granos.

Al amanecer, cuando aún Zhúe no entibiaba el aliento del día, Xiety ayudó a Tatí a asearse y vestirse, y por última vez puso las manos sobre la desnudez del hijo. Le quitó del brazo la pulsera de semillas que desde el nacimiento lo protegió del mal de ojo y los Encantamientos y le anudó sobre el hombro, a la manera de los chías, la manta blanca parcamente estampada y lo besó muchas veces, con ternura, como jamás lo hizo. No estaban diciendo adiós, pero era una despedida. Todavía estarían juntos un tiempo, dependía de ese día cuánto, pero ya hoy habría de quedar la puerta abierta hacia todas las sunas. Xiety no volvería a estar tan triste por él y ni siquiera ante ese sentimiento desbordado que los colmaba vio que a él le asomaran las lágrimas. Tatí había llorado sólo dos veces en su vida, y las dos cuando era un niño atado a la espalda, que no daba sus pasos sobre la tierra. Los iniciados casi nunca lloraban ni siquiera a solas, ni por dolor del cuerpo, pero los niños podían hacerlo a menudo para obtener consuelo o más comida o mejor lecho, y sin embargo, Tatí no quiso nunca llorar, o no necesitó. Xiety habló de ello con los sacerdotes y preguntó la causa de su desparpajo, a sabiendas de que era difícil la respuesta. Mientras tanto supuso que si tenía los ojos secos debía ser porque podía mirar a todo sin dolor o porque no iría más allá de la infancia.

Xiety y Sikicha lo acompañaron al bohío de Suegata, en la orilla de la laguna; también iban Ubni y Pkwakahuin derrochando consejos y contando sus propias experiencias de iniciación tres años antes, sin permitirle pronunciar ninguna de sus locas palabras en todo el camino. Dijeron que al menos por un rato debía comportarse como el adulto que pronto empezaría a ser.

Ya otros muchachos y muchachas estaban rondando junto al bohío. Los chuques habían sacado un poco de fuego sagrado del templo para ponerlo al lado del círculo de los jóvenes. Parecía muy fría la niebla que se elevaba de la hierba, pero nadie se preocupaba de ello. Estaban felices. Serios,

plenos, confiados. Xiety le entregó a un chuque la pulsera de corales y semillas y él la colocó dentro de una cabeza de barro donde ya estaban las de los demás. Una mujer, vestida completamente de negro, cocinaba hojas de borrachero en una olla inmensa. No miraba a ningún lugar que no fuera su maloliente gacha y la leña amontonada. Sobre el suelo, en el centro del círculo, reposaban las herramientas y elementos de trabajo representativos de los distintos oficios de los muiscas, y Tatí sabía que al final del día lo iban a embriagar con el cocimiento del borrachero y que en ese estado debía elegir algunos de los utensilios, con lo cual quedaría determinada su vocación. Pensó que mirando las armas durante el día garantizaría el escogerlas en el momento adecuado, y no dejó de ver hacia donde estaban todo el tiempo que le dejaron libre las invocaciones de los chuques.

A medida que los muchachos iban llegando, un anciano venía para cortarles un mechón de pelo y confirmar sus nombres. Cuando se completó el círculo permanecieron en cuclillas mientras los chuques cantaban con voz monótona las hazañas de Hyquibasuta, el primer jefe guatavita, que amparado por Chibafrume, el dios guerrero, había vencido a todos sus enemigos, incluidos los más temibles, los panches, invasores que llegaron de la orilla del gran río Guacacayo. Eran unos terribles hombres comedores de hombres, de apetito insaciable, crueles con los vencidos, de quienes tomaban el corazón para los dioses y el cuerpo para la voracidad de sus señores. En Tatí las palabras roncadas de los chuques creaban imágenes horrorosas de güechas muiscas colgando de altas estacas como trofeo bélico de los dorados guerreros enemigos. Pensó en las jóvenes cautivas destinadas a procrear hijos que sirvieran de manjar a sus bárbaros tiranos. Con esos pensamientos se le iba llenando el pecho del rencor y las razones suficientes para querer pelear hasta exterminarlos. Ahora más que antes miraba fijamente las tiraderas, las flechas, las cerbatanas y las macanas. No se estaba iniciando en medio de su clan porque Saguanmanchica ocupaba el tiempo de los sacerdotes chías en sus propios ministerios y a los hombres en los preparativos de sus interminables guerras,

pero sentía a Guatavita y lo que hacían sus gentes como si fueran algo propio. Xiety hubiera preferido iniciarlo en Chía, junto al templo de la luna, pero reconoció que no habría sido tan pomposo y definitivo como en el pueblo del marido.

También cantando, los chuques narraron la historia bien sabida de Hyquibasuta unificando a todos los pueblos de Gantina Masca bajo su señorío y estableciendo las justas leyes que permitieran a todos vivir como hermanos. Contaron cómo después, cuando ya el gobierno no era suyo, sino de sus descendientes, algunos caciques se rebelaron y fueron mermando poco a poco el poder de este imperio, hasta que en tiempos de Consuacá, recordado tristemente, un astuto y fuerte bogotá traicionó las alianzas, ignoró las razones antiguas y le declaró la guerra y le hizo conocer la amargura del tributo y la sumisión.

Después de los cantos, fueron interrogados sobre las apetencias y demandas de los dioses, sobre las obligaciones de los hombres y de las mujeres, sobre lo que debe dar un muisca por la familia, por los amigos y por su monarca, sobre lo que hace un guerrero en la batalla cuando es vencedor o en cautiverio cuando es vencido. Debían responder preguntas sobre la fabricación de viviendas, el cultivo del maíz y el estampado de mantas, conocer el valor de la sal, los tejidos, las esmeraldas, el oro, la coca, el esparto y el tabaco. Debían conocer, también, los ritos ceremoniales y los cantos históricos más comunes. Tatí respondió a todo correctamente, aunque turbaba su ánimo y entendimiento la presencia de Suazagascachía, la hija de la hermana de Xiety, y que había venido de Chía a presenciar las celebraciones guatavitas. Ella era una muchacha hermosa; tenía el cabello largo y negro, más oscuro y brillante que el de las demás por la jagua que la madre le aplicaba. A Tatí lo encantaba la manera pausada con que se movía, el sonido de agua de su risa, y sobre todo el rostro ancho, que adivinaba suave y tibio. Cuando ella lo miraba desde el círculo externo, Tatí sentía tambores desacompañados en el pecho; hubiera querido que esos lindos ojos lo miraran siempre a él y que su boca pronunciara las

palabras reconfortantes que tanto iba a necesitar durante la formación y la vida como guerrero.

Por fin llegó la hora esperada y temida; la mujer del traje negro comenzó a repartir, en calabacitos, porciones de zumo de borrachero. A Tatí le pareció apenas un poco más amargo que los cocimientos que su mamá o los zachuas le daban como medicina, aunque distinto por el fétido humillo que se le metió en la nariz. Devolvieron los calabazos vacíos, y la música de los capadores comenzó a sonar con pausa y apremio a la vez. Los muchachos se pusieron de pie y, entrelazados, uno junto a otro en apretado círculo, iniciaron movimientos lentos que cada vez los mecían más rápido hasta que la música y la danza se frenetizaron. Mientras giraban, uno por uno fueron sacados del grupo y llevados ante numerosos objetos que no todos conocían bien. Podían, por un momento, observar lo que había allí, tomar algunas cosas y depositarlas ante los chuques; después debían regresar con los compañeros y otra vez con los padres hasta que ya no mostraran señal de locura o de cansancio.

Cuando sacaron del grupo a Tatí, no encontró lucidez para el razonamiento; conseguía sostenerse en pie solamente girando y siguiendo el compás de la música; sus amigos Ubni y Pkwakahuin vinieron a ayudarlo a llegar hasta el sitio de los utensilios, pues lo vieron a punto de derrumbarse sin sentido. Ya allí, unos instrumentos se le confundieron con otros, porque mientras los miraba iban cambiando de tamaño y de color; en otro instante podían acercarse a su cuerpo y también muy peligrosamente a su mano. El pobre joven sentía que lo había abandonado la firmeza de la determinación anterior y le llegaba, de no sabía dónde, el impulso de tomar un collar de pedrería verde blanca y negra y un pequeño calabazo de boca estrecha con un hueso de venado hendido como cucharilla que estaba junto a él. Tatí, cuando se vio con estos útiles en la mano y en el pecho, se sintió disgustado consigo mismo e hizo el último esfuerzo para apoderarse de las armas, pero ni siquiera lograba verlas como objetos palpables, sino como sombras perdidas en una bruma que sólo dejaba espacio al calabazo, a

unas hojas de tabaco, otras de coca y algunas caracolas que no tuvo más remedio que tomar. Luego comenzó penosamente el recorrido hacia donde estaban los chuques. Al ver a Zhangué sintió que la claridad volvía poco a poco a su mente y tuvo confianza y fuerza y logró deshacer el camino, abandonar lo que había tomado, y recoger las preciosas armas que eran su vida. Con ellas en las manos se inclinó ante los sacerdotes y las depositó a los pies de Suegata. Lo miró abiertamente a los ojos, buscando en la mirada del anciano la respuesta a su intranquilo desconcierto, pero se topó con una sonrisa mansa, como si todo esto sucediera dentro de las cosas previstas y deseadas por la sabiduría de los chuques.

Tatí se sentía peor que su amigo Kuni, que no atinó a coger ninguno de los artefactos expuestos, por lo que iba a ser tachado de inútil por sus semejantes e ignorado para siempre en las tareas comunales. En verdad ese joven era un poco haragán, ya Tatí lo había notado, y por eso infinidad de veces lo rehuyó.

Seguramente otras personas también lo notaron, pero a pesar de eso, era un muchacho simpático que pasaba las horas contemplando la lejanía, espionando la marcha lenta de Zhúe, cosa que solían hacer sólo los sacerdotes o sus entrenados. Muy a menudo buscaba a Tatí para conversar sobre el viaje al centro de la tierra que hacen los hombres después de que mueren. Lo inquietaba con sus reflexiones sobre la vida en el más allá. ¿Sólo merecían mejor destino los hombres que morían en la guerra, combatiendo por la patria, o las mujeres que morían de parto? Para Kuni no era suficiente que sólo los nobles y los güechas, que además disfrutaban de privilegios en su paso por la tierra, tuvieran mejores labranzas en el más allá. Creía que cualquier hombre común que viviera en la observancia de las leyes, aunque no muriera por rayo, debía ser acogido por los dioses y ayudado en su viaje, igual que los elegidos. Tatí no entendía sus razonamientos. Pensaba que, en verdad, no todos los hombres eran iguales porque tenían diferente valor según la dificultad y el esfuerzo de corazón que requirieran sus acciones. No le contradecía el parlamento, pero



estaba seguro de que la igualdad ante los dioses pregonada por Kuni entrañaba el peligro de no desear jamás empeñarse en obtener favores divinos.

Los dos muchachos se quedaron juntos, ajenos al alborozo de los demás, uno con la desilusión por la dualidad de sus deseos y pensamientos y el otro con la vocación de la pereza atada a él, sin esperanza de que alguien le perdonara una falta tan grave. Tomados de la mano, se prometieron lealtad en cualquier circunstancia y en cualquier tiempo que los encontrara juntos. Su comunicación iba más allá de las palabras y de las miradas, hasta el fondo mismo del corazón. Desde allí se hicieron solidarios en la tristeza y cómplices en el desconcierto, el fastidio y el cansancio. Planearon su desacato a la ley antigua, pues estaban convencidos de que no era justo un final tan deshonroso para ninguno de los dos.

Triste como estaba, Tatí no se dio cuenta de que aún colgaba de su pecho el collar que tomó en la ceremonia ni de que Suazagascachía lo miraba fijo, oculta detrás de un viejísimo cedro.



## —CUHUPCÚA—

### Zhangué

EN LA MONTAÑA amarilla, el comienzo del sendero al templo de la laguna se escondía como trocha de venado y avanzaba sin prisa antes de convertirse en una suna amplia y limpia.

—Hemos venido Kuni y yo sin el permiso de ninguno de nuestros padres. Nadie nos ha visto llegar hasta aquí, pero estamos seguros de que sólo tu sabiduría puede darnos el consuelo que necesitamos —Tatí había empezado a hablar tan pronto descubrió a Zhangué en un rincón oscuro rascando piedra sobre piedra. El sacerdote estuvo mirándolos un rato sin curiosidad hasta que por fin les respondió:

—El destino del hombre llega estampado en el propio corazón; está grabado desde los tiempos primigenios y se anuncia en los actos de los caciques y de los ancianos y hasta de los ordinarios del clan. A veces nos parece oscuro el designio de los dioses, pero nunca se ha equivocado el sino de un muisca el día de su iniciación. Tú, Tatí, no debes estar triste; deseabas ser un guerrero y lo serás aunque en un momento hayas dudado, y tú, Kuni, has renunciado, por una voluntad bien escondida en ti, a la vida de trabajo. Nada más hay que decir, todo ha sido ya anunciado y no hay conjuro ni poder para cambiarlo. Sólo voy a añadir que aunque ninguna ley prohíbe expresamente su amistad, es mejor que dejen separarse sus caminos, pues nada ata a un futuro güeche y a un joven que no sabe aún lo que quiere o lo que le conviene.

Los muchachos se sentían peor que antes; no habían venido a escuchar lo que ya sabían, sino a buscar las razones de su suerte amarga. Se disponían a salir del templo cuando Zhangué los hizo detenerse:

—Quiero contarles una larga historia. De ella deben aprender que son muy afortunados por estar, en estos tiempos agitados y raros, bajo la protección de Saguanmanchica y de sus dioses. Aprenderán que la ley no se cambia, porque ella mantiene el orden dictado por Bachué y por Bochica para que nuestro pueblo sea el más grande de cuantos conocemos.

Tatí y Kuni se sentaron muy juntos en un banco de madera que estaba al lado de la imagen de Chibafrume. Zhangué esperó que se acomodaran y comenzó a decir despacio, en voz baja, ronca, apretada entre los dientes:

—Hace mucho tiempo, en edades que ya nadie cuenta, los muiscas que poblaron Gantina Masca se sorprendieron, más que de las demás cosas, de la cantidad de agua que vieron brotar de la tierra y de las peñas. Corría entre los enredijos del monte, coronaba las colinas, se descolgaba del cielo, resbalaba en las cañadas y descansaba en el vientre de las flores.

“Estaba en todas partes; en los recovecos de las grietas, en las cuevas, en los valles; a veces delgada y fría, a veces tronante, otras, humeante y de calor insoportable o amarilla y picante, pero siempre buena, vigilante de las criaturas a las que acogía como madre vieja, como una hembra de entraña reseca que sin haber parido delira por los hijos. Los recién llegados hicieron pacto con ella. Acataron la fuerza de su voz y la llamaron hermana y la adoraron para que nunca se fuera, para que velara por ellos, para que los cubriera y les escuchara los secretos; para que les diera alimento fácil y puro. Agradecieron también a la luna sus promesas y su presencia siempre predicha, y a las ranas sus cantos puntuales y a las hormigas sus caminos habladores y entendieron los mensajes, los avisos de los buenos y los malos tiempos, pero jamás como ahora entendieron, o al menos sospecharon, lo que nosotros ya sabemos con certeza. Para eso fue necesario que viniera Bochica y dijera sus leyes. Su padre era Zhúe, el dios más poderoso, que con su sola voluntad gobernaba el mundo del que Chiminigagua era sólo un pregonero. Bochica habló con palabras que ellos comprendieron y así les dijo que escucharan porque era la voz sabia de su padre.

“Ya los muiscas conocían, de lo hablado por Bachué en su despedida, el respeto y el aprecio de unos por otros, el cuidado de los ancianos, de los niños y de los enfermos, el amor al trabajo, la fidelidad a los amigos, el apego a la tierra, el odio al engaño, los ritos de la fertilidad y el poder de las mujeres para transmitir brío uterino a la tierra, pero no conocían el modo de disminuir los trabajos y acrecentar el conocimiento. Desde la llegada del anciano Bochica, hará unas veinte edades, los hombres hicieron sus casas más abrigadas y espaciosas y sus lechos dejaron de ser hojas sobre el suelo para convertirse en confortables quines de cañas y chihize.

“Observó atentamente y conoció el corazón y las inclinaciones de la gente. Por eso a cada uno le fue enseñando labores diferentes, y así adiestró a algunos en el arte de cocer el barro y modelado y dibujarlo con rasgos de animales, entre los que los hombres prefirieron a la rana, ya muy amada y prefigurada en las imaginaciones, compañera incansable de Sié a la que seguían llamando la diosa amable. Después se copiaron a sí mismos en las alcarrazas y en las múcuras que contenían el alimento que pedía Zhúe. Las vasijas, antes toscas y simples, lucieron entonces pulidas, bellas con tanta marca, resguardadas del mal con muy precisos trazos negros y colorados. A otros les enseñó a construir telares y a fabricar mantas de tamaños diversos con las que se vistieron a la manera del maestro. Les descubrió el secreto de estamparlas, de teñirlas, de usarlas según la ocasión, el sexo y el rango, y les asignó valor para que comerciaran libremente con ellas.

“A algunos más les mostró el modo de reconocer el buen oro, de fundirlo y trabajarlo como hoy lo hacen los guatavitas, y en las tierras del zaque, a extraer las verdes guacatas que tanto gustan a los dioses y a los gobernantes. Encontró para ellos las tierras verdes y azules de donde se sacan todavía los tintes del barro y del vestido. En tantos diversos oficios adiestró a las gentes, que las manos ya no pudieron estarse quietas y vino a ser delito ignorar el trabajo que tan naturalmente engrandecía al pueblo.

“En la apariencia física los hombres se iban haciendo como su amado Bochica, y también en el espíritu comenzaron a

parecersele porque sus palabras eran el eco y el resumen de lo que sus corazones anhelaban, pero que por sí solos no podían exteriorizar. Cuando Bochica hablaba, tanta gente se agolpaba a su alrededor, que en cada pueblo visitado cavaban fosos para separarlo de la multitud.

“Finalmente, de cada población escogió los hombres de mayor entendimiento, los más interesados en sus prédicas, y los instruyó sobre el modo de agradar a los dioses mediante las ofrendas y los sacrificios; de aplacar sus iras y tratar con los espíritus de la desdicha y la enfermedad; de entender las mudanzas del tiempo y, por las señales celestes, de pronosticar las sequías, los vientos, las lluvias y las heladas. Les encargó realizar las labores espirituales en el nombre de los demás hombres. Les dio el rango de chuques y los coronó para que se distinguieran de las gentes comunes y fueran respetados, temidos y queridos, con obligación para las tribus de que a cambio del bienestar que procuraban les retribuyeran con comida, vestido y todo cuanto necesitaran para acrecentar su conocimiento. Cada chuque debía formar a su sucesor eligiéndolo entre los hijos de sus hermanas, pues dejaba el poder de la comunicación con el más allá en los únicos linajes consagrados. Los chuques actuales se preparan en las Cucas, entre muchos otros sacerdotes y con mayor celo que antes, enfrentados como quedan, a afanes cada día crecientes. Puesto delante de un dios enfurecido, un sacerdote solo, alejado del apoyo de los demás chuques, es tan inútil como un hombre cualquiera, o como un niño que no sabe.

“En cada pueblo consagró caciques a los hombres más valientes y osados, a los que de alguna manera ya tenían ganado el rango de capitanes de guerra. Les grabó en el alma la necesidad del ejercicio físico permanente y la vocación de las armas y las estrategias del combate. Los coronó con mayores galas que a los chuques, Y les dio pregoneros para que hablaran sus palabras, y cada hombre fue súbdito de algún señor, con la obligación de entregar parte de sus bienes y el derecho a esperar justicia y asistencia en caso de necesidad.

“Todo esto lo hizo Bochica por amor a los habitantes de Gantina Masca. Nos eligió a nosotros porque nos vio pacientes y esforzados, porque tenemos el alma llena del perfume de la tierra que pisamos. Los hombres de aquel entonces respondieron con devoción y sólo la maligna Huytaca osó oponerse a sus enseñanzas.

“Antes de irse para siempre, les dejó un sacerdote más capaz que todos los demás en el pueblo de Iraca, un lugar donde los hombres eran, y siguen siendo, déspotas y sanguinarios aunque se esfuerzan mucho con el culto de Zhúe y le agradan, de tiempo en tiempo, con sacrificios de moxas y de prisioneros. Allá en la sagrada Iraca erigieron los chuques el más bello y rico templo que puedan imaginar sus locas cabezas. Las láminas de oro no se cuentan fácilmente; el esparto coloreado mulle todo el suelo, y las momias encandilan la mirada con sus ricos atavíos.

“Tales hombres, guiados por tal maestro, son nuestros antepasados, y como ellos, ustedes y yo, y cualquier muisca, acataremos lo enseñado por la ley de Bochica, sin dudarlo ni siquiera el tiempo que dura el aleteo del cóndor cuando baja de la montaña”.

Tatí se perdió en un mundo claro y luminoso; sentía la boca reseca y la mente escapándose detrás de imágenes informes y de pedazos de pensamientos que lo dejaban verse sin penachos ni nariguera ni armas como requería Zhangué, y en cambio sí con el calabazo al pecho, el pelo largo y suelto y varias vueltas de hilo de caracoles alrededor del cuello, tal como si fuera un hechicero. No repudió la visión. Se sintió complacido con su imagen, cómodo, fuerte como podía ser sólo un tigre, pero lo sacó de su reflexión la voz impetuosa de Kuni:

—Casi todo esto ya lo habíamos oído, aunque reconozco que no del mismo modo.

El sacerdote dejó resbalar sus ojos sobre la figurita desafiante de Kuni y dio vueltas a la piedra negra del calendario que había tenido todo el tiempo de la amonestación entre las manos.

—Es posible que sí —dijo—, pero lo que no sabían es que entre las cosas enseñadas a los chuques ha sido anunciado otro caudillo que nos dará nuevas enseñanzas y nos mostrará más fáciles caminos. Un día, que ya no está lejano, él vendrá de la nación más fuerte y próspera de estas tierras y por eso es nuestro deber procurar que Bacatá llegue a ser la más grande provincia de todas las que existen. Alguno de los zipas del templo de la luna será el hombre que esperamos.

Hizo una pausa y con voz cavernosa continuó:

—Tú serás un guerrero, Tatí. Jamás deberás dudarlo. Te prepararás como corresponde y defenderás tu tierra y tu señor de todo lo que atente contra ellos. Nunca, como han dicho algunas voces, se verá que el nuevo maestro tenga su cuna en las tierras del hunza, pues he visto que el caudillo provendrá de la gran familia Chía, y más exactamente del linaje de los Cana.

—Chía es también mi familia —dijo Tatí—, y de chías vienen mi herencia y mi nombre y ellos vengarán las ofensas que recaigan sobre mí, pero Chía ahora tributa a Bacatá y a ella estamos atados por juramento de vasallaje, aunque la estirpe de Saganmanchica sea grande sólo por guerrera. Y creo que Chía, si a alguien debe tributo es a Guatavita, como antes de que todo lo cambiaran las guerras, como en los tiempos de Hykibasuta.

—Jamás deberás repetirlo —bramó el sacerdote—. El Bacatá es ahora nuestro señor. Ha demostrado que su gloria se extiende y nos cobija. Tu lealtad y la mía y la de los habitantes de sus nuevos dominios deben ser para él antes que para ningún otro, porque no es momento de hablar de señoríos perdidos ni por alcanzar. Poco a poco los hombres de este reino han aprendido a manejar las armas con la velocidad y la fuerza del rayo y a actuar con el sigilo y la astucia de los guerreros verdaderos, por las enseñanzas de los zipas. La justicia estará por siempre de nuestro lado si actuamos en favor de quien gobierna con sabiduría. Es raro que alguien esté tan lejos, como tú o como yo, de la familia y de sus ancianos, y este es motivo de recordar con mayor necesidad lo que nos agrupa y



une o de lo contrario comenzaremos a errar, como ahora tú yerras.

Zhangué pasó su mano huesuda por el brazo y Tatí le vio las marcas sanguinolientas y los rayones morados y amarillos. Se preguntó cómo podría tenderse en su lecho de tierra si así tenía todo el cuerpo. Ningún hombre entrenado en la Cuca tenía miedo al dolor, pero Zhangué parecía desafiarlo con saña. No imaginaba la confusión en el pecho del hermano, la duda que lo acosaba y lo hacía torturarse más allá de su capacidad. Usurpador de un puesto que no le correspondía, interpuesto de una casta que el hijo del sol no escogió, buscaba serle agradable de otros modos para que no le hiciera tan difícil echar vuelo y remontar el cielo en las alas de los pájaros del templo.

—Te perdono tus palabras porque eres joven todavía y porque hasta ti, puesto que eres amigo de la noche, puede haber llegado el aliento de Huytaca soplándole a tu corazón querellas y discordias o simples necesidades, como hizo con los hombres antiguos cuando les entorpeció el corazón y el entendimiento y les enseñó lo opuesto al mandato de Bochica. Tal vez recelas del dios que ha igualado el poder de los hombres con el de las mujeres, e ingenuamente crees las palabras festivas de la hija de la luna. Bochica siempre regresará a auxiliarnos, a salvarnos de la vuelta al orden viejo. Ya una vez convirtió a Huytaca en lechuzas, en criatura de la noche, y volverá a hacerlo las veces que vuelva a levantarse contra él. Mantente lejos de las lechuzas. No dejes ni siquiera que dirijan sus ojos quietos hacia ti en tus vigiliás, porque meterían en tu corazón los hilos que enredan la razón.

Zhangué calló. Kuni se quedó esperando las palabras dirigidas a él, pero no las escuchó, no fueron pronunciadas, y los jóvenes supieron que no hablaría más. Caminaron de espaldas a la puerta, mirando a la figura inmóvil y torturada del sacerdote, y ya afuera echaron a correr sin mirar para atrás una sola vez. Kuni se veía a sí mismo como un ser al que nadie podía sentir ni mirar. No tenía sitio en las actividades cotidianas y ni siquiera se le requeriría en las guerras, cuando nunca sobraban brazos que se aprestaran a la lucha.

Tatí había vuelto a dudar. Increíblemente, por vez primera, en la imponente presencia del hermano, su pensamiento había dejado de ser claro, había perdido el cauce trazado y se extraviaba, a pesar de tener tan bien grabado el anhelo de güecha victorioso. Volvió a sentir que las imágenes se mezclaban en su cabeza y que el mundo se le oscurecía alrededor. No entraban ahora en ninguno de sus recuerdos las palabras de Zhangué. No se encontraban con ninguna de las otras palabras, las que llevaba por dentro, las que se formaban cuando oía a Sikicha o a los ancianos del pueblo cada vez que fue a Chía a celebrar los ritos. En su delirio escuchó a los sacerdotes hablando del heredero de Saguanmanchica, Nemequene, un guerrero atrevido de palabra fácil, que a pesar de la juventud estaba ya en los ayunos de la sucesión, y a la vieja de negro amenazando con palabras que no entendía, bailando danzas guerreras, como un hombre. Separó las imágenes entremezcladas de Chía y Guatavita que para su corazón engañado habían compartido siempre la misma esencia. No sintió nada más.

## —SUHUZA—

### Sikicha

**POCO A POCO** la oscuridad se fue poblando de manchas de color y la claridad ganó espacio en el pozo profundo donde Tatí estaba atrapado. Alcanzaba a oír las palabras de Xiety como un murmullo de viento entre las rocas.

—Pronto vendrá Sutakone, el viejo zachua. Tu padre no ha querido llevarte otra vez con Suegata ni solicitar permiso para una nueva visita a los sabios del csmuy, pues el alivio que te dan no permanece y la enfermedad regresa porque la suya no es medicina para la gente como nosotros. Parecería que los dioses se apiadan más fácil de los poderosos que de los trabajadores de la tierra. Ya ni siquiera se conduelen de los artífices de las cosas bellas —Hablaba con voz tranquila pasando y repasando su mano sobre los cabellos y el rostro amarillo del hijo.

—Sikicha cree que si el hechicero pone las manos sobre ti, los malignos abandonarán tu cuerpo y volverá a tu alma la alegría alocada de antes de las fiebres.

Xiety intentaba acallar con el siseo de sus interminables palabras el temor de que este mal de su hijo fuera un castigo para ella, por la imprudencia y ligereza de los actos pasados. Se torturaba en la espera de la revancha de los dioses que le miraban el corazón; se culpaba sin tregua, se mantenía en la creencia de ser la causante de cualquier dolencia de Tatí. Había dormido en el quine de Sikicha en el tiempo en que todavía Siechoua tomaba su leche como alimento único, aunque sabía muy bien que estaba prohibido hacerlo. Los dos habían transgredido la ley de Bachué y habían quedado expuestos al castigo.

Sikicha no tenía otra mujer, pero a pesar de que ella trabajaba con esmero habría sido bueno tener una compañera

para las labores pesadas del campo, ya que él pasaba la mayor parte del tiempo en la ocupación de orífice. Sabía cocinar y tejer como la mejor y cuidar bien de la huerta y de la roza. Era diligente, aunque melancólica, y de joven nunca temió a la responsabilidad de encargarse sola de ayudarle al marido y atenderle los caprichos y desempeñar sus mandados, porque era un buen hombre que la amaba y la respetaba, que no le dio más que los empujones merecidos cuando no completó algún oficio. Sin embargo, muchas veces llegó a pensar que no bastaban su sola presencia y su solo trabajo para organizar la familia que Sikicha anhelaba. Xiety lo amaba. Gustaba de su figura gruesa y musculosa; del rostro bazo, de los ojos profundos y las manos pequeñas pero fuertes, del pecho terso, de la voz templada que no hablaba mucho con ella, pero que tampoco le anunciaba imposiciones excesivas. Para pedirla por esposa, pagó a sus padres una carga de maíz y dos mantas ordinarias, como se pagaba por una mujer común, pero les dio también dos figurillas de oro sin que nadie lo hubiera urgido a hacerlo. Xiety tuvo otros pretendientes, pero cuando llegaron a su puerta a dejar el pago y a hacer ruido no encontraron la respuesta suya ni la puerta abierta ni la totuma con chicha ni su risa, pues no habían pagado lo que exigían por ella. Los padres no tomaron los presentes de los otros muchachos, campesinos todos, porque además de ser de poquísima monta, supieron antes que ella del interés de Sikicha y de los rumores acerca de su trabajo de orfèbre, por lo que, con toda certeza, nunca faltarían en su casa la buena comida ni el abrigo ni las figuras de devoción. La enviaron tranquilamente a Guatavita, dándose por bien retribuidos, aunque no era usual ver marcharse los hijos tan lejos del propio cacicazgo.

Xiety se había sentido dichosa cuando por fin llegaron a Guatavita y encontró el limpísimo bohío de Sikicha, un suhuzy-muy como pocos: las paredes de bahareque cubiertas con esteras, el suelo perfectamente apisonado y el empajado del techo parejo y apretado. Imaginó a su marido esforzándose en brindar comida y chicha durante quién sabe cuántos días a los amigos, para poder realizar ese trabajo irreprochable,

sin equivocación en la forma ni en la ubicación en lo alto de la ladera, con la puerta hacia el sol que nace y el rincón del telar con vista al crepúsculo del atardecer. Podía contemplar todas las esquinas del cielo desde ahí, y el humo de los bohíos vecinos y los montes y los adoratorios y el camino del río y la gran suna del cushman.

A pocos pasos de la casa, por entre las cañas del corral, los sucuyes asomaban los bigotes temblorosos y Xiety vio tantas hembras preñadas que, si Bachué lo permitía, además de alimento juntarían animales de sobra para intercambiar por algodón o coca. Recogió la más gordita de todas y la acunó entre las manos hasta entibiar sus patas frías. Sobre ellos, en el árbol, dos guacamayas armaban un escándalo atroz, como si entonaran un canto para la alegría que le escarbaba el pecho. Se sentía casi rica con tanto animalejo en el hogar, con la posibilidad de obtener galas para el cuerpo y el bohío y provisiones para cualquier labor adicional y chicha para Nencatacoa si necesitaban otros corrales. Le agradeció a Sikicha la gentileza con que le ofreció sus posesiones y, sería pero sin vergüenza, entró con él al bohío. Dos días más tarde, antes de enfrentarse al trabajo de la huerta y la sementera, fue sola a cada lindero de la parcela y, en todos, enterró ranitas negras de madera. Eran una ofrenda para Chaquén, el dios de los agricultores, dios humilde que no exigía oro ni guacatas y se conformaba con chuzos de madera o de algodón o de barro y con palabras simples, con oraciones sencillas que hablaran de los frutos de la tierra y de los cuidados y el amor que exige a cambio. Corría la luna de las deshieras y habitarían en ese bohío por un tiempo más bien corto, pero después irían a la casa del pueblo, junto al cercado, donde Tybiba almacenaba carbón suficiente y cera y arcilla para hacer más fácil la labor de los orfebres. Pronto otros se encargarían de los trabajos duros de la sementera, de lo que Xiety no pudiera hacer, para que Sikicha tuviera las manos limpias y libres para el oro.

Poco tiempo después de celebrado el matrimonio, Sikicha recibió a Zhangué como a su propio hijo y le dio de su comida y le asignó un lugar en el piso para la estera. Intentó enseñarle

a ser un muisca con orgullo de guatavita, y aunque pasó un tiempo largo antes de que Tybiba le ampliara la parcela para alimentar a Zhangué, Sikicha no le imputó ni a su esposa ni al niño la culpa de que eso ocurriera. Derribó los árboles y adecuó el terreno para la siembra en largas jornadas, y cuando los vecinos vinieron a ayudarle en los quehaceres más agobiantes, él les procuró alimento y bebida con generosidad. Nunca supo que la demora de Tybiba se debió a una larga disputa surgida entre los sacerdotes y los caciques. Era la época en que el hermano de Xiety elevaba su petición al iraca y en el cismuy discutían si Zhangué permanecería como guatavita cuando fuese adulto, o si de todos modos regresaría a Chía. Tramaron mantenerlo en el pueblo si le otorgaban el permiso de entrar en la Cuca, y si no, tan pronto fuese mayor, regresarlo al clan de donde había salido. Cuando conocieron la respuesta del iraca, Tybiba se apresuró a asignarle parcela para alegar derechos frente a los chías, porque ni tan siquiera él con todo su poder supo que las negociaciones iban más allá. Saguanmanchica comenzaba su bélico reinado y tenía inteligencia suficiente para no querer dejar cabos sueltos en ninguna parte. Si el iraca accedía al sacerdocio del muchacho, a nadie escaparía que era un acto especial que desmentía la autoridad divina, así que estaba dispuesto a hacer lo necesario para que el niño continuara perteneciendo a Chía, tribu de clanes especiales, donde podía esperarse que casi todo sucediera sin quebrantar algún mandato. Y si eso significaba empezar una guazábara contra Tybiba, pues mejor. El Guatavita no era más que un rebelde sometido flojamente a su gobierno, y este altercado podría convertirse en una buena ocasión para hacerle jurar vasallaje. Sikicha no se enteró nunca de que sucesos tan extraordinarios ocurrían tan cerca de él. Toda una gran guazábara pudo haberse dado a causa de tomar una mujer lejos de su propio cacicazgo y de recibirle los parientes en la casa. No lo habría creído ni aunque se lo hubiese gritado el pregonero al oído. Siendo en todos los actos de su vida un hombre desprevenido que no consideraría posible alegar algo en contra de la sabiduría de la ley antigua, no advirtió la calamidad enroscándose en la puerta del bohío. Cuando, muchos años después, él le reclamó

a Xiety venir a su lado, ella corrió sin preguntas, a sabiendas de que no era bueno que dejaran a Siechoua sola en la estera. Los dos conocían la prohibición pero disfrutaron el encuentro ignorando el castigo que de todos modos sería para ambos. Quizá esta extraña enfermedad de Tatí no se curaría hasta que no hicieran más sacrificios que calmaran a la diosa y les purificara el corazón, o quizá esto sólo fuera un anuncio y sus culpas todavía aguardaran a que ella volviera a concebir, para hacerle parir gemelos.

Kuni apenas había alcanzado a balbucir que Tatí estaba dormido en el camino y no quería despertar, cuando ya Sikicha salía como flecha de guerrero caribe, en su mejor carrera por el hijo.

Soplaba un viento helado y con la neblina se dificultaba la búsqueda. “Habría sido mejor venir con Kuni en vez de confiar en sus palabras”, pensaba Sikicha con angustia. Era precisamente en esos días de la luna quihica bosa cuando debían ir más abrigados y usar gorros y mantas gruesas, la luna en que se alcanzaban a perder cosechas enteras de legumbres y hortalizas en las noches sin nubes y en los amaneceres helados. “¡Pobre Tatí!”, se decía, y se alegraba de que aún faltara tanto para la oscuridad.

Agradecía el viento que barría la boira, pero se desesperaba cuando se espesaba y no dejaba ver más allá de unos pasos. Al fin llegó hasta la roca donde Kuni lo había dejado lo más abrigado que pudo con su propia manta, y aún así lo encontró inmóvil. El pecho subía brusco con la respiración desigual y la frente ardía como si perteneciera a otro cuerpo menos yerto y menos blanco. Lo abrigó mucho más, y con él en brazos regresó al bohío. Lo dejó con Xiety y Kuni y fue a buscar a Sutakone, casi seguro de que ni zachua ni sacerdote podrían hacer nada por él.

Xiety se angustiaba y pasaba los ojos del cuerpo de Tatí a la imagen de barro de Cuchavira, repleta de collares de arcilla y caracoles, y le remojaba la frente y los labios con agua fresca de borraja mientras le susurraba palabras tiernas:

—Has dejado de ser un niño a los ojos de todo el pueblo para convertirte en un hombre joven. Demasiado joven a mi propia mirada. Empezarás solo el viaje al centro de la tierra, sin dejarte ablandar por el miedo y sin mostrar asombro. Si ha llegado el momento de que el alma se desprenda de ti, debes caminar confiado. Recuerda que pasarás, primero, por larguísimos caminos de tierra negra y después por otros de tierra amarilla y que yo pondré a tu lado comida suficiente para que no tengas hambre ni sed mientras dura el recorrido.

Kuni, sentado en un rincón, miraba triste, tratando en vano de escuchar las palabras de Xiety, dichas muy bajito con la voz enronquecida. Procuraba evitar los juegos de Siechoua que se trepaba por sus rodillas, buscándole los hombros para acomodarse en ellos. Le revolvió el pelo, le tiraba las orejas, lo invitaba a jugar, pero él no quería. Sólo quería dejar sus ojos fijos en Tatí, su amigo del corazón. La niña al fin pudo conquistarlo un momento para sus juegos, y relajó la pose y aflojó los labios mientras Xiety continuaba diciendo:

—Cuando llegues al río, espera a que las arañas construyan la balsa y revisa cuidadosamente el trabajo. Hay quien, por afanarse a alcanzar el destino final, cae en medio de las aguas y extravía el rumbo. Reconocerás tu sementera y en ella te instalarás y trabajarás solo hasta que nosotros te alcancemos —Xiety contenía el llanto y seguía hablando con voz dulce, ya del todo inaudible para Kuni—. Serás muy feliz. El trabajo no podrá herir tus manos ni encorvar tu espalda. Lo que siembres se dará abundante y fértil. Estaremos contigo, Sikicha y yo, cuando el alma quiera abandonar nuestros cuerpos.

Ya no se notaba el corazón de Tatí latir dentro del pecho, cuando aparecieron Sikicha y Sutakone, bien entrada la tarde. Delante del zachua, Kuni y Siechoua guardaron silencio, y el bullicio de las ranas y los grillos y los guácharos se coló por las paredes del bohío como un estruendo. Un instante después, Kuni se fue a su casa y Siechoua se quedó dormida en el rincón. Antes de marcharse, Kuni le había dado a la niña algo de fruta y una torta de maíz dura y fría que encontró dentro de una olla. Más tranquila con la presencia del zachua, Xiety apartó



los ojos de Tatí, pensando con desaliento en el desamparo de su hija dormida sin su leche, y se llenó de presagios de mala fortuna para las dos, pero luego reflexionó mejor y decidió que había venido el tiempo de no volver a darle el pecho.

Sutakone miraba fijo al joven. Le parecía un muchacho robusto y sintió tristeza por su intensa palidez y agitación. No interrogó a los padres sobre sus faltas, como temía Xiety ni habló de castigos. Palpó el cuerpo de Tatí y lo sintió gemir débilmente al pasar las manos sobre el vientre. Los mandó a que se volvieran de espaldas y comenzó a masajear con movimientos circulares el torso de Tatí, mientras pronunciaba extrañas palabras. Un rato más tarde le entregó a Xiety unas hierbas para un cocimiento untoso con el que empapó a Tatí y del que, a intervalos, le hacía beber algunas gotas. Tatí se movía un poco más, pero no despertaba del todo. La fiebre no bajaba y entonces Sutakone sorbió algo que llevaba en un calabazo y esperó a que su mente se nublara y se marchara detrás de innumerables visiones. Enviaba a su propia alma en pos de la de Tatí que se iba más lejos cada vez. Por fin, después de mucho vagar y buscar en vano, la encontró, pequeña y encogida, alejándose velozmente. Sutakone le hablaba, la persuadía de que aún no era hora de abandonar esa habitación fuerte y joven dentro de la que realizaría grandes cosas. El alma se iba y Sutakone la asía y le decía nuevas palabras que por fin la sedujeron y convencieron de volver de su mano. En ese momento el viejo tomó de la pared una despulida caracola y despertó del trance. Feliz por descubrirse las manos ocupadas, sonrió levemente a los padres y con la caracola tocó la frente de Tatí para que el alma entrara de nuevo a su sitio. El joven se movió y cuando Xiety se acercó, lo encontró sosegado y fresco. Respiraba mejor y el gesto no se retorció como antes. Cagüí filtraba sus rayos brillantes por entre el esparto de la puerta y Sutakone salió y miró hacia arriba, hacia un lucero al otro lado del cielo, espía de la trasnochada Chía en su viaje de regreso a la oscuridad. Sikicha y el zachua bajaron a la quebrada a purificarse, a agradecer a Sié, a lavar en el agua su cansancio y su tristeza de antes.

Cuando regresaron, Xiety ya tenía preparada una mazamorra espesa de paico y bollos salados de arracacha, y Tatí sentado en el quine, pálido todavía, bebía el resto de poción. No se fijaron en Siechoua, que calladita en el rincón dejaba deslizar grandes lágrimas, afligida porque su mamá no quería darle algo que a ella le gustaba más que todas las demás cosas.

## Turmequé

**UNOS DÍAS ANTES** del Huán llegaron hasta el cercado de Tibatigua dos mensajeros de Saguanmanchica. Habían recorrido en sólo un día y medio el largo trayecto que separaba los dos poblados y estaban cansados. El barro se les pegaba a los pies como una costra y el pelo se salía de sus ataduras y se les desparramaba desordenadamente por las mejillas y la espalda. El guatavita recogió las mantas y las joyas enviadas por el zipa sin pronunciar una palabra sobre la belleza de los presentes ni sobre la generosidad de su señor. Lo dejaban más bien indiferente las muestras de esa amistad que de muy buena gana terminaría para siempre. Las mujeres corrieron a traer agua que les refrescara el rostro a los visitantes, y suque y chicha para que apagaran la sed y recobraran el aliento.

Habían llegado en un momento de actividad inusitada dentro del cusmuy. Era época de fríos intensos y el cacique había tenido que adelantar el llamado anual a casi una veintena de sus súbditos para reforzar con cañas, barro y tejidos de esparto las partes de los bohíos más expuestas a la reciedumbre de los vientos. Ataban los juncos nuevos con bejucos suaves como pelo de sucuyes, pero fuertes como colas de gatos del monte. El trabajo era lento. La madera se resistía a ser cortada con las hachas de piedra y eran muchos los golpes que los hombres daban antes de obtener un corte parejo.

Dentro del cercado, Chuinsúe, sin querer, llamaba la atención de los emisarios del zipa. Con el pelo suelto y flotante, el paso ligero y su risa de mazorca que la separaba del gentío, era como una aurora deslumbrante, como un soplo de aire fresco en un día de sol, como un baño tibio para el cuerpo dolorido y el alma cansada. Así la veían, hermosa y ausente de los festejos de la bienvenida, ocupada en la complicada

tarea de tinter un largo manto con el azul brillante que requería el chuque que iba a presidir las danzas del Huán. El color se obtenía mezclando tierras que solamente se conseguían en una mina de Siachoque, un pueblo cercano a Hunza. Las manos hábiles de Chuinsúe iban dando el tono adecuado para que resaltara a lo lejos entre los mantos rojos de los otros doce danzarines.

Los mensajeros descansaron en los aposentos del cuscumuy y por la noche, frente al fuego, los músicos de Guatavita tocaron tambores y cantaron para ellos y los chocarreros representaron a Thomagata, con una máscara de un solo ojo y una cola larguísima asomada por debajo del vestido, en el momento de convertir a un hombre en monito de la selva y hacerlo huir despavorido, suplicando perdón entre gritos y chillidos. Las cortesanas más jóvenes conversaban con los mensajeros y celebraban toda ocurrencia con carcajadas estruendosas. Otras mujeres danzaban y otras cocinaban guisos aromosos y llenaban las totumas de chicha cada vez que se quedaban vacías. Era imposible darse cuenta del carácter urgente del mensaje de los quemes en el ambiente de meloserías que les procuró Tibatigua. Muy distintos, sin embargo, fueron los sucesos de la mañana siguiente cuando, serias, las mujeres les acercaron mantas y gorros y el pregonero del cuscumuy los condujo al templo. Tibatigua los esperaba con el gesto indescifrable, sentado en su trono brillante junto a tres ancianos del consejo. De pie, los hombres dieron comienzo a su embajada:

—No parece que se comprenda aún la obra del poderoso Saguanmanchica. Michúa de Hunza incita a otros caciques, muiscas o hasta bárbaros, para que emprendan la guerra contra el zipa, sin llegar nunca, él mismo, a declarar hostilidades. Busca el poder y está celoso de los triunfos de mi señor, pero es cobarde y astuto y toma acción por mano ajena. Desconoce la profecía de que el nuevo caudillo vendrá de Chía y pretende que provenga de sus tierras. Dice que sus hombres son descendientes de Goranchancha, el que ellos llaman hijo del sol, pero no deberían ignorar que Saguanmanchica es un chía poderoso y sabio. Por sus sueños se ha profetizado que

vivirá en gloria muchísimos años. He ahí, pues, que él es el caudillo y que nada debe oponerse a su paso —La emoción había ido elevando el tono de la voz y el color de las mejillas del que hablaba. Hizo una pausa sin que Tibatigua retirara los ojos de los suyos—. Ahora, Michúa ha intercambiado embajadas con Usathama de Fusagasugá y Usathama se ha aliado con Gueyta, el tibacuy, y por su consejo se ha rebelado y ha declarado la guerra al bacatá. El combate va a realizarse dentro de veintiocho soles. Saguanmanchica irá al encuentro del ejército de los rebeldes y trabarán batalla en un pequeño valle a mitad de camino entre las dos poblaciones. El zipa no desconoce el poder militar de los fusagasugaes acostumbrados a guerrear contra los panches, y tampoco desconoce que es un pueblo importante de la frontera ni que es un vecino preferible a otros caribes menos pulidos y más sanguinarios. Tampoco puede permitir rebeldes en ese lugar preciso del comienzo de la tierra caliente, que sigan estrechando sus dominios, pero a pesar de ser tan grave la situación y tan urgente la victoria, no caeremos por sorpresa, pues Usathama es un noble señor y Saguanmanchica concertó con él las condiciones de la guazábara.

Tibatigua hizo tronar los dedos e inmediatamente vino, todavía somnolienta, Chibchigua, la más reciente de sus thiguyes, y les trajo tabaco y hayo en grandes caracolas doradas. El guatavita no pronunció ni una sola palabra durante la pausa que hicieron para mascar las hojas que les trajo la joven. En el fondo de su corazón le regocijaba que algunos caciques reclamaran lo suyo y se atrevieran contra el tirano. Algún día, cuando él consolidara mejor su gobierno y sus alianzas, reclamaría también la tierra y la gloria que fueron de sus antepasados. Por ahora debía respetar el pacto y el juramento de fidelidad hecho a Saguanmanchica, a pesar de sentirse en deuda con Michúa por la ayuda que le prestó a Tybiba poco antes de que la muerte lo sorprendiera conspirando las últimas acciones contra el zipa en las tierras del ubaque.

—Hemos venido con un mensaje del zipa —volvió a decir el emisario—. Te pide que reclutes mil hombres de

los más valientes de tu territorio y los envíes a acuartelarse en Bacatá, bien provistos de armas y con escudos nuevos. Deberán estar allí, a lo sumo, dentro de siete soles para que se acoplen a la formación de nuestros guerreros. Mi señor sabe que competimos contra el andar de Zhúe, pero confía en tu habilidad y en tu alianza.

—Todos los habitantes de estos territorios y aun los de tierras lejanas conocen el poder del que soy dueño y el más grande aún de mis antecesores —respondió Tibatigua—. Los gobernantes de Guatavita no somos chías, como lo es Saguanmanchica, pero somos los hombres a quienes el sol da su protección y el día llegará en que se decida quién es más digno portador del nombre del caudillo, aunque para demostrarlo debemos enfrentarnos Saguanmanchica y yo. Por ahora le estoy sujeto por el juramento de vasallaje de Tybiba. Soy hombre que cumple la palabra empeñada, mientras se respeten los acuerdos, y si el poderoso zipa necesita de mis hombres para engrosar su ejército, puede contar con ellos. Las armas que están en el cuscuy yo las pondré a su servicio y mis güechas no serán vencidos en la batalla contra Usathama y Gueyta.

Realmente Tibatigua sabía que muchos de esos jóvenes no regresarían, pero tenía que mostrar una confianza mayor que la que acudía a su pecho. Las escuelas militares de su pueblo, dirigidas por Ytaque y Chutama, eran reconocidas por su disciplina y por la sabiduría de sus estrategias. Pocos hombres en Gantina Masca eran tan diestros en el arte de acertar con los dardos o de confundirse con la naturaleza y tender emboscadas. Pero Tibatigua no sabía de cuánto iba a servirles esto en la guerra que se avecinaba, peleando por territorios que no eran los suyos y comandados por otros que no eran sus jefes naturales.

Estuvieron un rato más discutiendo acerca del tipo de armas que los hombres llevarían y acerca de la clase de terreno donde se realizaría la batalla. Los mensajeros le hicieron una reverencia a Tibatigua y salieron del recinto sin que sus expresiones calmadas denotaran los intensos sentimientos que

se debatían en sus corazones.

El cielo era profundamente azul y la sombra adelante de Ta una mancha corta pegada de su pie. El cacique los condujo al bohío de Chuinsúe donde ella les sirvió carne fresca de venado y mazamorra simple de maíz y arracacha. Les sirvió en sus más primorosos trastes, los dibujados con rojo y negro, y esperó a que terminaran la última hilacha de carne antes de comer su propia porción. Mucho más tarde, un chuque joven vino por los visitantes y los llevó a otro templo para que adoraran las imágenes de los dioses y se maravillaran del esplendor de las momias y participaran en una ceremonia que oficiaban todos los chuques guatavitas. Después los condujeron a la quebrada a tomar juntos un corto baño por el éxito de la embajada.

Tibatigua envió de vuelta al zipa un pectoral de oro puro con la forma impresionante del sol enfurecido y la promesa de que tendría los hombres que envió a buscar. Los viajeros partieron mucho antes del amanecer y el cacique no fue a despedirlos. Estaba solo en su quine, pues no había querido ni siquiera que Chuinsúe fuera esa noche a su lado. Ninguna otra persona, aparte de él mismo, debía conocer la discordia que le agitaba el corazón. Sería tanto como permitirle estar afuera donde todos pudieran verla.

## II

—En un día tan radiante, de cielo tan azul, nada malo puede ocurrir —pensó Sikicha, viendo a Tatí otra vez corretear cerca del corral. Llevaban unos días viviendo en el bohío de la montaña, mientras duraba la cosecha de yomas, y tal vez fue el aire frío lo que terminó de sacarle la enfermedad del cuerpo y el tinte amarillo de la piel. Se le acercó y le anunció con los ojos maliciosos: —Iremos a ver a Chutama y él nos indicará cuándo comenzarás tu entrenamiento, pero antes le pediremos que te permita ir a Turmequé. Deseo que conozcas el mercado y las sunas de todo lo que antes fue imperio de Guatavita.

Tatí sonreía mientras ayudaba a Xiety a atar cordeles en las mazorcas para colgarlas sobre el fuego. Secas así, durarían

hasta la próxima cosecha o al menos hasta que Sikicha consiguiera una carga en tierras más templadas. A ellos nunca les faltó el maíz porque Sikicha cambiaba con ventaja su trabajo, sin que le opusieran regateo. Todo el día, Tatí estuvo como alelado, pensando en lo pronto del momento de poner sus pies sobre todos los pedazos de Gantina Masca. Pisar cada valle y cada colina y las altas montañas del norte y del oriente y recorrer la sabana a lo largo y a lo ancho y reconocer los árboles y las hierbas aferradas a los suelos y descubrirles los secretos y poderes. Le venía la urgencia de hacerlo desde un pozo a medio llenar en su estómago.

Al día siguiente salieron temprano al pueblo para buscar a Chutama y encontraron un movimiento desacostumbrado. El guerrero acababa de llegar del cercado real y conversaba con varios capitanes. Tatí alcanzó a ver a Puyquichin, un amigo guatavita, y se sentaron un rato a conversar, mientras Sikicha esperaba poder hablar con Chutama. Puyquichin le contó sobre el pedido del zipa:

—Quiere que vayamos a combatir al fusagasugá y ha mandado a reclutar mil hombres. De la escuela iremos poco más de seis veces sesenta y los demás vendrán de otros pueblos.

—Te ves contento como el viento que levanta remolinos por el suelo —dijo Tatí.

—Esta será mi primera batalla verdadera y estoy emocionado, aunque esté prohibido que capture prisioneros. Creo que si pudieras venir a observar el encuentro verías que voy a batirme sin miedo. No me importaría perder la vida en la batalla porque esa es una muerte agradable a los dioses e imborrable de la memoria de los que me han amado, pero quisiera sobrevivir y cubrirme las narices y el pecho de gloria.

—No será ésta la ocasión para verte. Ahuyenta los enemigos, pero guarda tus lances mejores para cuando estemos juntos en la guazábara. Y no invoques a la muerte ni tampoco la desprecies porque entorpeces el andar de tu destino. En estos días, mi padre tiene para mí planes en nada relacionados con las batallas. Yo quisiera con el alma ser ya un guerrero



y participar a tu lado en la contienda, pero siento un deseo enorme de ir a Turmequé, si es que podemos todavía hacerlo y Sikicha no se marcha también a la guerra.

—No creo que tenga que hacerlo —dijo Puyquichin con suficiencia.

—Hay muchos hombres solteros dispuestos a ir. Mira cuánto muchacho revolotea por aquí a la espera de ser llamado.

Tatí miró y vio a Ubni apartado del resto de la gente, con el rostro taciturno y las manos recogidas detrás del cuerpo. Se despidió de Puyquichin y corrió hacia donde se encontraba el amigo.

Ubni le tomó las manos y le hizo señas de que guardara silencio.

—No hables. Tu loca alegría hoy no podrá borrar mi tristeza. Es preciso, en este instante, que todos me comprendan, que el gran Tibatigua me dispense, que mis amigos no se rían ni malentiendan mi actitud... No puedo ir a la guerra, Tatí —Hablabla precipitadamente—. Esa guerra es también contra mi pueblo. Los sutataos son los señores de mi madre y de mis tíos. A Sutatá volverá mi madre cuando mi padre muera. No pueden pedirme que vaya allí y arrase lo que de esa manera es mío. Nadie es dueño de la tierra, sólo el cacique puede serlo, pero de sus frutos se nutre mi parentela. No iré a la guerra, Tatí. Mi corazón me dice que no puedo hacerlo. Seguiré el mandato de Tibatigua en todas las demás acciones que él disponga, pero me niego a ir. Si me obligan, no moveré un dedo en la batalla, nada haré que pueda herir a uno de mi pueblo. Es triste el destino que me enfrenta a elegir entre dos cosas que amo de igual manera.

Tatí no sabía qué decir. Le parecía muy honda la aflicción de su amigo y sólo podía mirar sus ojos negros a punto de soltar el llanto. En ese momento oyó la voz de Sikicha que lo llamaba a gritos tratando de hacerse oír entre la multitud. Entonces alcanzó a decirle a Ubni: —Ve donde Zhangué. Él es sabio y podrá ayudarte. Yo debo marcharme ahora. Adiós.

Tatí hizo el camino hasta donde su padre sin dejar de mirar hacia atrás. Le daba pena abandonar a Ubni en un momento

en el que se hallaba tan desesperado y triste. No se atrevió tampoco a perturbar el silencio de su padre. Presentía que era grave todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Hasta cuando llegaron al bohío, Sikicha permaneció callado y ya allí se acurrucó en un rincón, a mascar coca mientras llegaba Xiety.

—Mañana partiré con Tatí a Turmequé. Chutama lo recibirá como su alumno en unas cuantas lunas, cuando se haya recuperado completamente y mejorado su aspecto. Estos soles que se acercan son buenos días para llevarlo al mercado.

Xiety nada dijo. Reparaba pensativa en el ceño fruncido del muchacho, que por alguna extraña razón no se mostraba alegre por el viaje.

—Ahora Saguanmanchica prepara la guerra contra el tibacuy y el cacique de Sutatá. Había gran movimiento en el pueblo y he visto que Tatí dejaba a su amigo Ubni a punto de llorar. Reclutarán a nuestros mejores jóvenes, pues el zipa, insaciable, le ha pedido mil guerreros al guatavita.

Xiety pensó que era bueno que su hijo fuera un guerrero. También ella soñaba con sus triunfos y confiaba en su valor y en su astucia, pero se alegraba de que no fuera a pelear en esta guerra y de que, de alguna manera, aún fuera su pequeño niño.

### III

El viaje fue como un sueño. Tres jornadas hicieron de camino con escasas paradas a descansar y a comer. En las noches se acercaban a algún bohío y si estaba habitado pedían permiso para descansar en el corredor, pero todas las veces los dejaron entrar y dormir en esteras al calor de la lumbre. Preferían refugiarse donde pudieran ver gente y escuchar cuentos e historias o comentarios de la guerra, a meterse en los bohíos deshabitados de las labranzas altas.

Sikicha le dijo a Tatí que se estaba comportando como un viajero paciente, pues en ningún momento dejó de seguirle el paso y no se quejó de cansancio ni aburrimiento. Disfrutó el paisaje observando con atención los arbustos, los pájaros sobre los árboles, las colinas verdes, los sembrados apretados de los campesinos, los infinitos chihines de flores amarillas que ofrecían sombra en el borde de los caminos. En muchas partes caminaron entre el humo de las malezas incendiadas, pues algunos ya preparaban la siembra.

El primer día cruzaron los cercados de los caciques de Sesquilé y Suesuca, pueblos ricos que extraían sal de las minas y rendían tributo desde mucho tiempo atrás al guatavita. Ahora ese tributo Tibatigua lo daba casi todo al zipa, quien así agigantaba su poder. La sal era una mercadería que necesitaban no sólo las gentes de Gantina Masca sino también las de todos los territorios conocidos. Por ella obtenían los súbditos del zipa oro en polvo, algodón o aves y alimentos exóticos de los llanos y otras regiones calientes. En algunas épocas la transportaban en canoa a través del gran río Guacacayo, muy lejos, hasta el mar y allí la cambiaban por conchas, caracoles grandes, frutos y hojas de palmas, chaquiras y tejidos delicados. Pero ya no eran solamente los muiscas quienes realizaban este comercio, porque los panches les habían arrebatado la mayor parte de las tierras de las orillas del río. Los pocos comerciantes que se atrevían a llegar hasta La Tora preferían hacerlo pasando los mil trabajos de la sierra del Opón por no arriesgarse a un enfrentamiento con los panches del río.

Esto se lo contó Sikicha por el camino, repitiendo las mismas alabanzas una y otra vez, pero a Tatí le parecía más bello y grande el cercado de Tibatigua, aunque no poseyera fuentes saladas. Ningún lugar le agradó tanto como su propio pueblo. Tal vez, delante de los palacios inmensos del zipa o del zaque cambiara de opinión.

También le dijo que Suesuca era un pueblo de gente brava e impaciente. Que después de que el cacique enviaba el tributo a Bacatá, un grupo de hombres que nadie conocía, asaltaba el cercado para recuperar la contribución y esconderla.

Saguanmanchica no había podido castigarlos porque nunca encontró nada en el pueblo ni en los alrededores por más que los funcionarios bacataes hicieran averiguaciones y gritaran amenazas en los bohíos de los campesinos.

El segundo día de viaje llegaron hasta Chocontá. Encontraron posada cómoda y buena comida. Nada especial o diferente recordaría Tatí de ese día aparte de un cielo más azul que todos los cielos azules que había visto antes y los extensos bosques de dividivis mecidos por el ventarrón.

La tercera jornada fue también fácil. El camino recostado siempre a la sierra estaba tupido en sus orillas de zarzamosas de frutos dulces, más oscuros y fragantes que los que Tatí recogía en Guatavita. Cada vez iban sintiendo más frío el aire que les tocaba el rostro y se les metía por debajo de las túnicas sin llegar a molestarlos. Era tarde y ya soplabá mucho el viento cuando llegaron al bohío de Sochi, un viejo amigo de Sikicha. Estaban muy cerca de Turmequé y sólo tendrían que esperar el amanecer para encaminarse al mercado. Descansaron y comieron con apetito el mute simple que Sochi les ofreció. El anciano lamentó no tener mejor alimento, pero a pesar de la escasez en que vivía era muy ceremonioso y pulcro. Le dio a Sikicha su propia calabaza y cuchara y su vasija con agua de violetas para lavarse los dedos. Conversaron un rato largo y después durmieron arrullados con el canto de los guácharos y el chirrido de los grillos.

Salieron en la mañana, antes de que los tocara el rayo primero de Zhúe y llegaron pronto al mercado. Tatí se impresionó con la cantidad de gente que había allí. Eran un espectáculo los hombres vestidos de blanco, silenciosos, tantos y tan juntos, unos con mantas y esteras a los pies; otros con pequeñas bolsas sin teñir de las que se escapaba el brillo verde de las guacatas. Casi nadie traía grandes objetos de oro, pero abundaban los tunjos y las figurillas de devoción. Sikicha dio vueltas mirando las esmeraldas y mostrando la mercancía que ofrecía. Tatí iba detrás conteniendo su deseo de hablar, dejando resbalar la mirada por todos los rincones y viendo llegar más y más gente. Por fin Sikicha encontró lo que

estaba buscando: un chorote lleno de polvo de oro. También consiguió arcilla blanca para los crisoles de la fundición. Realmente no necesitaba haber viajado hasta allí para obtener esas cosas, pero lo que le importaba era que Tatí conociera el mercado y aprendiera el regateo y sobre todo el silencio, que era el verdadero sentido, la verdadera hermandad entre propios y extranjeros. Regresaron donde Sochi y pasaron el día siguiente ayudándole a cosechar yomas. El anciano estaba solo con su mujer y una hija joven porque los hombres ya habían sido reclutados para la guerra. En todo el vecindario se empezaban a echar de menos los brazos fuertes de los trabajadores del campo. En el camino de vuelta a Guatavita la gente les iba dando noticias sobre el número de guerreros que ya estaban acuartelados en Bacatá.

Llegaron a casa cansados, con la enorme carga de arcilla a la espalda, pero se daban cuenta de que la gente no se ocupaba en preparar los festejos de fin de año. Nadie hablaba de los danzantes del Huán ni de las procesiones, y en cambio sí podían oírse los ruegos a Chibafuime y Bochica para que otorgara la victoria a los jóvenes soldados enviados a la guerra del zipa. Se hablaba mucho de la actitud de Ubni, se repetían los argumentos sin aburrirse, sin agotar el sentido ni las posibilidades de la audiencia con Tibatigua. Sikicha pensaba que Ubni estaba loco, pero lo quería bien porque era un amigo amado de Tatí y se ofreció delante del padre para hablar con el joven y tratar de convencerlo de que su comportamiento entrañaba una rebeldía peligrosa y por demás alejada de toda oportunidad de éxito. Cuando Sikicha lo encontró se condeñó de su postura rígida y de su mirada obstinadamente baja como la de un hombre que mira con dolor hacia su propio corazón:

—He oído que te niegas a ir a Bacatá contraviniendo con eso las órdenes de Tibatigua y exponiéndote, además, al castigo del zipa.

—La gente del pueblo, mis amigos y mi familia, conocen y comprenden el dolor que está en mi alma —le contestó cansadamente Ubni—, y con mayor razón habrá de entenderlo el guatavita cuando yo se lo haga conocer. Él, que es noble

señor, sabrá que no está en mis manos la obediencia ciega ante la que siempre me inclino. Sabrá que es una necesidad del alma el no volcar mi ira de guerrero contra mi propia sangre, contra mis hermanos y contra sus pertenencias y sus tierras. Y tampoco permitirá que sea su consejo de ancianos el que decida por mí, que soy un sutatao.

—Se comprende fácilmente lo que acabas de decir, pero también tú debes entender lo que sucede a tu alrededor —le replicó Sikicha—. Los sutataos te han confiado a tu padre y al señor que lo gobierna para que te sustenten, te protejan y ayuden durante toda tu formación. Es tu deber cumplir con la parte que te corresponde —Sikicha se tomó las manos, antes de continuar—. A cambio del cuidado ofrecido para tu madre y para ti debes obedecer y acudir cuando se te necesite. Ya no debes pensar en Sutatá como tu pueblo, ni en su cacique como tu señor. Eres un guatavita al igual que nosotros. Quienes te asisten son los de este poblado. Quien te da grandeza o humillación es Tibatigua. Tus amigos están aquí. Quienes construyen tu casa, cosechan para ti en las malas épocas y alaban tus triunfos somos nosotros. Y si quieres quedarte, desde aquí partirás a tu viaje al centro de la tierra. No necesitas nada más, yo te lo aseguro, para saber que tu lealtad la debes a Tibatigua sin mirar quién es el enemigo.

—No quiero parecer ingrato —respondió Ubni, tratando de que Sikicha pudiera verle el alma en los labios y en los ojos—, pero tampoco puedo ignorar mis sentimientos. Puedo pelear contra los panches o los muzos porque ellos no adoran nuestros dioses, porque no hablan nuestras palabras y porque ni siquiera utilizan el alimento de la misma manera que hacemos nosotros. Puedo pelear también contra el que quiera venir a llevarse por la fuerza lo que es nuestro, pero no puedo golpear con un mazo, ni herir con una piedra o aún golpear con un puño a quien, además de ser mi hermano o mi amigo, o amigo de quienes me aman, reclama lo que le pertenece. No entiendo a Saguanmanchica y sus conquistas. Me desconcierta el hecho de que podamos llamar aliado a Michúa, más extraño a nuestras costumbres que el zipa mismo. Saguanmanchica, en

nombre de la defensa en común y una grandeza que sólo nos roza un poco, se lleva lo que es nuestro y nos manipula para su propia gloria y la del ruin círculo de gentes que lo rodean.

Sikicha se alarmaba por la fuerza de las palabras del amigo de su hijo, pero estaba empeñado en hacerlo cambiar de opinión y le dijo:

—Creo que más que el amor a los tuyos, lo que te mueve a la desobediencia es el odio al zipa. No está bien que un hombre como tú opine sobre lo que dispone un elegido de los dioses. Es cierto que Saguanmanchica se lleva lo mejor que producen los guatavitas, pero también es cierto que desde que él es príncipe se han hecho escasos los ataques de los bárbaros y se han acrecentado los caminos y las tierras útiles. No olvides tampoco que permite a los chuques más tiempo para estudiar los astros y las plantas que curan. Ha dejado que los zachus presencien las curaciones de los personajes de la corte para que aprendan de los sacerdotes el arte de curar y comunicarse con las almas de los enfermos y la fuerza de los espíritus, y luego lo practiquen con los cultivadores y los artesanos. Permite que...

—Nada de eso nos beneficia a nosotros —le interrumpió Ubni—; perdona mis palabras que no llevan intento de ofenderte, pero siendo mi mente más joven que la tuya, puede entender más claramente los acontecimientos: todo progreso sólo facilita las cosas del zipa, vuelve más grandes sus botines de guerra y sus tributos. No vas a convencerme, Sikicha. He pedido audiencia con Tibatigua o con el susa para que consideren mi caso. Cuando esté resuelto volveré a ti. Agradezco tu consejo, pero permíteme no tomarlo porque es contrario al sentir de mi corazón. Adiós... no robes y no mientas.





## —UBCHIHICA—

### Usathama

**NO FUE FÁCIL** para Tatí conciliar el sueño en aquellos días. Sus noches más parecían una procesión de imágenes vivas saliendo de su manta a cumplir mandatos hazañosos, que un tiempo para olvidarlo todo y descansar. Muchas veces se sorprendió sentado en la estera, esperando un ruido, un canto agorero, una señal de que los acontecimientos transcurrían bien para los guatavitas. Escarbaba en los sueños, pero se le marchaban obstinadamente mudos y tal vez fuese mejor que no le hablaran a que le contaran desgracias. Desde que regresó de Turmequé lo obsesionaba, sentía que era parte de lo que tenía que ser, el deseo de pertenecer rápidamente a la escuela de Ytake, comenzar a ejercitarse y salir a combatir cualquier batalla, con más ardor y anhelo, si el enemigo eran los caribes. Estaría listo siempre, pronto a la llamada, codicioso de la recompensa, altivo, inquebrantable.

Sikicha y Xiety no disimulaban la excitación, casi tan frenética e impulsiva como la del hijo. Era inútil intentar parecer calmados cuando nadie lo estaba, y cuando la montonera era como un enjambre rondando noticias de la batalla en el cercado. Trataban de enterarse de los más mínimos detalles de la lucha, los nombres, los caídos, los adelantados, la luz, la sombra, las palabras, los trofeos, pues se decía que el zipa era en realidad un hombre extraordinario, puesto en la tierra para la felicidad de los protegidos de Chibchacún. O tal vez un hijo de dioses que viviría para siempre en la historia de los muiscas. Tibatigua no le ocultaba a su gente los sucesos, los dejaba cuchichear y rumorar porque algún día Saguanmanchica y su fantasma de grandeza caerían a sus pies. Él mismo impulsaba al pregonero a contar los detalles, a despecho de los chuques que aconsejaban no excitar a la multitud, pues por aplastante que fuera la victoria, muchos güechas no regresarían. Los

quemes alababan la bravura del zipa. Lo llamaban El Feroz, lo reconocían veloz de mente y brazos, solidario con los hombres, animoso, un jefe que no daba tregua ni a los suyos ni a los contrarios. Todo el tiempo se paseaba al lado de las momias de sus guerreros, arengando, gritando, exigiendo, mostrando su cuerpo descomunal sobre las andas, pidiendo sólo agua y hayo para reponer las fuerzas, convencido de que la muerte no estaba más cerca de él que de los enemigos. Adelante y atrás, de lado a lado, momento a momento, indicaba la posición a los cargueros para estar a la vista hasta del último de sus güechas.

Atrás habían dejado Bacatá. Se les fue amontonando en una franja desteñida la extensa y serena sabana y comenzaron a bajar por el monte de Fusungá. Marchaban cerca de quince mil hombres bien entrenados, que podían transitar sin protestar por esos parajes helados, a veces cubiertos de escarcha. Con ellos venían mujeres pesarasas pero resueltas, cargadas con provisiones. Ningún obstáculo les mermó el arresto que traían y en cuatro días alcanzaron el valle caliente, sembrado de arbolillos de coca y algodón, tierras de las fronteras, donde los esperaban los contrarios. Avanzaban llenos de confianza, de coraje anticipado, de visiones gananciosas de muertes ajenas, y eufóricos por la promesa de victoria y oro que les hizo el zipa.

A la sola vista de ese ejército de soldados incontables, indistinguibles, irrecordables, de apariencia tan feroz y decidida, los hombres de Usathama se acobardaron y gritaron atrozmente y sin aviso le lanzaron alaridos al miedo que no podían dejar ver. Estuvieron frente a frente dos días, sin iniciar hostilidades, mientras el fusagasugá se impacientaba esperando los refuerzos de Michúa que nunca llegaron. Al tercer día, después de varios mensajes cruzados entre los dos bandos, la batalla dio comienzo y para Saguanmanchica fue fácil derrotar a sus enemigos, con la hábil estrategia de atacar desde dos puntos diferentes. Los desconcertados fusagasugaes, más asustados que golpeados, se dispersaron y sólo al anochecer estaban los últimos desatando la calma y viniendo a buscar consuelo al campamento. Usathama no quiso escuchar los

consejos de su aliado Gueyta, el tibacuy, herido levemente, que le mostraba las ventajas de la rendición inmediata para evitar una matanza inútil mientras todavía tenían lejos el descalabro. Si paraban la batalla, podrían rendirse sin aceptar más condiciones que el tributo de siempre, y regresar a sus dominios, como si poca cosa hubiese sucedido. Tibacuy consideraba un error el haber comenzado las hostilidades sin la ayuda de Michúa, ya que solos jamás le ganarían al ejército inmenso de Saguanmanchica.

—No sería yo un gobernante digno si tan fácilmente renunciara al mando y a los planes del concilio de los capitanes —le respondió Usathama—. La desventaja de hoy obedece a la sorpresa de encontramos enfrentados al ejército enorme del zipa. Conoces mi experiencia en las batallas y la altanería de mi espíritu, que es bien distinta de la sumisión de muchos gobiernos de Gantina Masca. Estoy empeñado en no pagar tributo, y si esto no es lo mismo que tú propones, puedes marcharte, pero la gloria o la muerte serán para mi gente, y tú comenzarás irremediabilmente a ser esclavo también en tu corazón.

Usathama era aguerrido, nadie lo dudaba. Resistente como un tronco viejo. Toda la noche estuvo despierto de cuclillas, mascando tabaco y rumiando alguna estrategia, mientras sus oídos esperaban los ruidos lejanos que anunciaran la llegada de refuerzos. Esperó terca, pacientemente, al borde de la desesperanza, a los guerreros que envió por la ruta de llegada del zaque. Llamó a sus mohanes para que inciensaran, pero le dijeron que era tarde para cualquier ceremonia. Ni era tampoco tiempo de ayuno ni de danzas. Si los dioses le negaban la victoria, alguna venganza debía motivar su proceder. Usathama, sin embargo, no atendió las pocas razones que le daban, porque más fuerte era la humillación de su alma por el yugo impuesto y por el reguero de muertos alrededor del campamento. Llorarlos veinte soles sobre ese mismo campo, al modo de los muiscas, no bastaría para aplacarle la tristeza y la rabia. En la mañana con las primeras luces reorganizó a sus hombres, seguro ya de que Michúa había desistido de

proporcionarle ayuda. Reconoció que sus alianzas no podían ser más que uniones peregrinas porque su palabra cargaba con el lastre de su origen bárbaro y la mixtura de gentes que intentaban liberar. Si con el mismo tibacuy, que al igual que él gobernaba gente de diversa naturaleza, los acuerdos se quebraban por el miedo y la desconfianza, qué podría esperar de los hunzanos, a los que mal conocía, y de los panches que lo acompañaban sin conocimiento de las leyes obligantes del honor. Habían venido juntos, cada ejército con sus motivos, pero unidos todos por el odio a los zipas, cada vez más tiránicos a pesar de que ningún anuncio divino legitimaba todavía sus pretensiones. En las estrellas del amanecer, en las palabras de Gueyta, en la mirada de los panches, en su autoridad tan mermada, tan atónita, tan impotente para unirlos, para hacerlos un solo cuerpo, vio que habían llegado al campo condenados de antemano a la derrota. En vez de arengar a cada bando por separado llamó al total de los hombres, y a los arqueros panches, los únicos que tal vez podían dañar seriamente a los bacataes, los formó adelante. Los enemigos que no lograran detener las flechas, habrían de encontrarse con los de la segunda fila, tibacuyes, sutagaos, fusagasugaes y muiscas, los más corpulentos y menos golpeados de todos los grupos, entre ellos Ubni, un joven muisca de la capitania de Siatobaguya, que se presentó sin ser llamado, por cuenta propia, con un sentimiento exaltado como pocos. Lo había visto dejar fuera de combate a varios contrarios, confirmándole el palpito que le provocaron sus palabras cuando lo recibió en el cercado.

Le había creído desde el principio, desde que pronunció la primera palabra, porque vio en él su misma rebeldía y su misma resuelta voluntad, a pesar de las sospechas de los capitanes, en el sentido de que fuera un espía del zipa. Fue en vano que los chuques muiscas de Sutatá le aconsejaran tener cuidado y que los mohanes sutagaos le sugirieran encantamientos adivinatorios. Ninguna argucia pudo hacerlo recelar del regreso brusco al clan, pues en cualquier parte reconocería las vicisitudes de los corazones errabundos.

El vocingileo en los dos bandos era atronador. No cesaba

ni allá ni aquí. Era un modo de lucha en la que no necesitaban tocarse, sólo enredar los gritos a la maleza junto a los caminos para infundir temor al espanto de las ánimas acobardadas. Cuando se vinieron a las manos, los bacataes hicieron estragos. Eran constantemente renovados, y los recién llegados, frescos y deseosos de lucir su destreza, acababan fácilmente con los cansados y adoloridos fusagasugaes. Al comienzo las flechas panches pasaban certeras, mortales, amplias entre los escudos pequeños de los bacataes que se habían armado solamente para enfrentar tiraderas. Pero de tal modo eran tantos, como avisipas perturbadas por el humo, que en medio día sobrepasaron la barrera de arqueros. Después la lucha cuerpo a cuerpo fue sanguinaria y desigual.

Toda la noche aullaron como monos en abstinencia, y en la mañana, el fusagasugá, con el corazón hecho un nudo, envió un mensaje al campamento de Saguanmanchica pidiendo la paz. En el campo se quedaban los muertos y los cientos de heridos que gemían lastimosamente esperando turno para el agua y las palabras dulces de las mujeres.

Usathama no salió de su refugio y la gente se lamentó con un lloro ronco, con grandes voces, con gritos inarticulados, rugidos de las entrañas avergonzadas. Unos invocaban al sol y otros a Bochica, culpaban a sus faltas pasadas de la ruina del ejército e imploraban ahora clemencia y piedad del vencedor. Los chuques cantaron con voz de lástima otras derrotas y otros muertos, se pintaron de rojo y escondieron el rostro en las sombras del silencio, para que Zhúe no los viera. Los mohanes también se escondieron en sus ranchos sin ventanas, en parajes embrujados, que nadie pisaba. Los bacataes, en el desenfreno de la ventaja buscaron las pequeñas aldeas cercanas y tomaron las mantas y los ornamentos de los bohíos y los ídolos de las chozas. A los muisca les estaba prohibido que hicieran esclavos de su misma gente, pero Pkwakahuin encontró una jovencita de dientes afilados, muy alta y delgada a la que arrastró por la fuerza en dirección al campamento. La joven no era muisca ni fusagasugá, y Pkwakahuin no entendió por qué se quedó en ese bohío tan grande y llamativo, aunque

lleno de bochinche. Quien quiera que fuese el dueño, había dejado sola a la muchacha, sentada sobre unas mantas viejas, que no eran más que una cubierta improvisada para casi media carga de hojas de coca. Muy probablemente ella no vivía ahí ni conocía las reglas de la derrota, porque chilló como un runcho herido cuando él quiso sacarla, e intentó defenderse con las uñas duras de sus interminables dedos. Pkwakahuin no le hizo caso y la obligó a tomar la coca sobre los hombros. Si detenía la marcha la arrastraba por el pelo, y si soltaba el bulto le atenazaba los brazos o las piernas con una brusquedad que no le podía dejar duda sobre las intenciones de maltratarla peor si seguía resistiendo. Aunque ella era mucho más alta, él tenía dos veces el ancho de su cuerpo y podía obligarla a obedecer, esquivando los mordiscos y los arañazos. La llevó delante del zipa para que descansara sus afanes y se regocijara en ella, pero Saguanmanchica ya no era joven, no tanto como para conservar el brío de la hombría después del ajeteo y la tensión de la batalla. En el cercado tenía más de cien mujeres, casi todas muiscas y si bien esta esclava podría usarse para aumentar el caudal de su hacienda, no le apetecía para el placer del cuerpo. La miró casi distraído y le dijo a Pkwakahuin que podía quedarse con ella. “Si procreas hijos de su vientre tendrán tanto derecho a tu nombre y protección como el primogénito de tu hermana, y si tú mueres, tus pertenencias y el fruto de tus labranzas serán repartidos con ellos. No tiene hogar al cual regresar cuando tú mueras, así que su patria será Bacatá. Si ella muere de parto quedarás libre de rescate, pero no de la abstinencia que ella quiera imponerte. De hoy en adelante esta mujer será llamada Faoa, que significa niebla, para indicar su origen escondido, y será tu deber iniciarla en el culto de nuestros dioses y la observancia de nuestras normas. Si no lo cumples, mi castigo caerá sobre ti y tu familia”. Pkwakahuin no deseaba aún una mujer. No tenía suficiente reserva de mantas y joyas para mantener un hogar. Prefería buscar caricias furtivamente por los campos en los días de asueto. Ahora Saguanmanchica lo había comprometido en una empresa mayor que su voluntad y su capacidad. Se sentía abrumado, pero tenía que sonreír a su señor y agradecerle el

privilegio de tener mujer-esclava, que preparara el hogar para la llegada de la esposa muisca.

El zipa concedió la paz a cambio de que Usathama hiciera un nuevo juramento de vasallaje y sometimiento ante el sol, y además aceptara mantener en sus tierras un destacamento de sus propios güechas, atentos a cualquier nuevo intento de rebelión. Debía alimentarlos y darles vestido y techo en los sitios que ellos escogieran y durante todo el tiempo que permaneciesen allí, sin hablarles ni seducirlos, acatando sus voluntades a través de un capitán, que sería uno de toda su confianza. Gueyta, en cambio, no solicitó paz ni ofreció nuevas alianzas. Comprendió que en las circunstancias de una guerra perdida, con la marca de la derrota en su diadema, cualquier acuerdo sería nada más la formalización de la rapiña, la aceptación del vapuleo, y decidió marcharse con algunos hombres y refugiarse en algún pueblo amistoso.

Saguanmanchica lo persiguió sin respiro, hasta casi darle alcance en Guatavita. A las afueras del cercado, los últimos hombres del tibacuy enfrentaron a los bacataes, los retrasaron para que su señor pudiera ponerse a salvo. Habría sido una ocasión excelente para Tibatigua si hubiese estado preparado para presentar pelea, si hubiese tenido a mano suficientes hombres armados, pues los de Saguanmanchica se veían cansados, mermados, doloridos. Se dolió de desaprovecharla, pero se conformó con simplemente aprovisionar a Gueyta, darle unos pocos hombres y dejarlos pasar con rumbo al territorio del zaque. Hasta Chocontá los acosaron los hombres del zipa, pero no se atrevieron a reclamarlo y a enfrentarse a los hunzanos en su propia tierra. Michúa tenía armados más del doble de los guerreros del sur.

Los ejércitos retornaron a sus pueblos, cargando los muertos y los heridos. Detrás volvían también las mujeres que habían marchado con ellos, todavía con las manos llenas de comestibles y trebejos y los ojos tristes por la pena de tanto pariente o amigo caído. El zipa les otorgó regalos a los güechas más destacados, los que sacaron del campo a más enemigos, los más crueles, los que miraron a los otros como

bultos pesados obstaculizando la victoria. Muchos eran de pueblos distintos a Bacatá, y sin embargo pasaron a ser parte de su ejército regular. Los demás volvieron a sus escuelas o a sus hogares y a sus ocupaciones cotidianas, pero de todas maneras, revestidos de una aureola que ningún conocido podría ignorar.

Saguanmanchica revalidó su condición de estratega astuto, y a Fusagasugá destinó hombres de la escuela de Cajicá, los únicos en quienes realmente confiaba. Los de Guatavita eran inmejorables soldados, hábiles y sagaces, pero ni siquiera por eso contó con ellos para la vigilancia de los rebeldes. La mitad de su vida había estado sujetando al guatavita en guazábaras o en consejos, a él y a otros caciques de otros pueblos que no acababan de someterse ni comprender que la unidad de Gantina Masca era una garantía para sobrevivir y mantener las fronteras. Por fortuna, ahora ya podía compartir estrategias militares y políticas con su heredero, su sobrino Nemequene, muy joven para ir a la batalla, pero inteligente y sagaz como nunca conocieron los ancianos. Había completado antes de tiempo su formación en la Cuca y a sus diecisiete años, hablaba con razones de guerra y de justicia inspiradas por los mismos dioses, pues ningún chuque, con toda la sabiduría de sus letanías podría habérselas enseñado. Nemequene era a su parecer el mejor caudillo llegado al mundo, elocuente y bravo, el hombre llamado a llevar a los bacataes al gobierno de la sabana.

Tatí esperaba saber qué había sucedido con Ubni. No lo volvieron a ver desde que dijo que pedía la audiencia con Tibatigua, pero supieron que aunque el cacique no lo obligó a marchar contra los fusagasugaes, sí le negó protección y auxilio como miembro de la tribu. Le dio a entender que simpatizaba con sus sentimientos, y que dejaba intacta la estimación por su nombre y su persona, pero le invalidó el derecho a buscar mujer guatavita o a asomarse al pueblo en épocas distintas de las de festividades. Era más de lo que cualquiera podía esperar en una situación similar. Sikicha había temido que, en caso de no ser condenado a tortura o muerte por traición, al menos



sería echado para siempre de los dominios guatavitas.

Tatí y Kuni fueron solos al pueblo el día de mercado, que era el adecuado para encontrar las noticias que les calmaran la ansiedad. Ingenuos, se inquietaban en medio de la euforia de los demás, por el resultado de la refriega. Casi todos los jóvenes regresaron bien, y los que no, fueron atendidos por los propios chuques en los templos y en el cercado. Estuvieron un rato remoloneando alrededor de los grupos, escuchando impertinentes, los comentarios de los adultos y de las mujeres, y después de mucho dudar decidieron ir detrás de un joven de baja estatura, vestido con falda y liquira y adornado con una flor en la cabeza, que daba vueltas sin sentido. Cuando se acercaron, el joven trató de marcharse, pero lo alcanzaron y le suplicaron que hablara más tarde con ellos entre la arboleda de la colina. Accedió solamente después de hacerse rogar con toda clase de promesas. Sentía temor de que lo vieran con los muchachos o con cualquier persona y le dieran un escarmiento más afrentoso todavía que el castigo que ya soportaba por cobardía en la batalla. Los tres sabían que incurrirían en una falta grave, pero Tatí, a diferencia de los otros dos, estaba dispuesto a encarar las consecuencias de esa desobediencia si a cambio podía obtener pormenores de la guazábara y sobre todo de la suerte de Ubni.

Después del mediodía, muy rápidamente, el güecha vestido de mujer les contó que él se había retirado del campo de batalla de modo discreto porque, aunque veía a su bando dominar la situación, sentía temor de que algún dardo le diera alcance, o de enfrentarse cuerpo a cuerpo con un panche carnicero. Desde su escondite pudo observar algunos detalles, y les aseguró que conocía bien a los jóvenes de Guatavita y que vio cuando Ubni, que había peleado con una fuerza descomunal y dejado fuera de combate a varios bacataes, era derribado por una lanza arrojada desde atrás de él, y que le cortaran la lengua los chuques si mentía al decir que fue Pkwakahuin el atacante. Lo recordaba muy bien porque desde ese día siempre estaba pensando en esa desgraciada manera de morir y de matar. De todos los sucesos de la batalla, éste le parecía, sin duda, el más

lamentable, aunque ningún chuque lo gritara y los capitanes se desentendieran.

Tatí escuchó el resto de la conversación como si flotara en una nube y las palabras le llegaran desde muy lejos y no alcanzaran a entrar en sus oídos. Ya no le interesaba saber nada de la guazábara, ni de la humillación de Usathama y la euforia de los bacataes. Después tendría tiempo para averiguar quiénes habían sido los premiados por el zipa y ensalzados en su corte. Se sentía encogido, aprisionado por una pared de tierra dura y fría. Le faltaba el aire, pero estaba seguro de que nada tenía que ver su enfermedad pasada, sino que era un sufrimiento del alma que mira una realidad que no comprende. Sentía peso en los pies y vacío en el resto del cuerpo. ¿De qué servían el triunfo y la gloria, si era a cambio de tanto horror? ¿Qué sentiría ahora Pkwakahuin? ¿Que habría sentido cuando, al ir por su enemigo caído, se encontró con el rostro amado de Ubni? Ahora entendía por qué nadie en el bohío le hablaba directamente de la guazábara y asumían una actitud como de indiferencia ante su bien sabida necesidad de noticias.

Estaba seguro de que los guatavitas conocían el hecho y sin embargo se negaban a hablar de él, tal vez para evitar la vergüenza de que estas cosas sucediesen, o tal vez para que, al ignorarlo, algo así no alcanzara a sus propios hijos. ¿Sería, acaso, que a nadie se podía pedir venganza y retribución por un acto tan atroz? No alcanzaba a responder la cantidad asombrosa de preguntas que pasaban por su mente en un instante tan corto.

Nadie iba a poder respondérselas. Iría donde Zhangué, pero solamente a exponerle su ira y su pena porque estaba seguro de que no había guerra ni ventaja ni causa que mereciera ser cambiada por un dolor que era más grande que las demás congojas juntas. Un amigo es parte del propio ser, es un pedazo del corazón que conoce todas las desventuras y todas las alegrías del otro. Un amigo son dos manos que trabajan con las de uno, es un espíritu que puede encontrar al propio cuando está extraviado. Perder al amigo fue algo que le dolió y lo dejó desamparado. Pero Pkwakahuin le había dado muerte

y debía tener el alma oscurecida para siempre. Ciertamente en ese momento era él quien más compasión merecía, pues Ubni al menos había tenido una muerte grata a los dioses.

Tatí tardó un rato en regresar a la realidad. Volvió a oír la voz del joven diciendo que Saguanmanchica fue magnánimo, el más generoso jefe de cuantos habían existido en Gantina Masca porque permitió a Usathama, un sutagao desleal, continuar en el cacicazgo y gozar reconocimiento de los propios y también de los clanes muiscas recién asentados en la frontera, sin imponerle el destierro como a Gueyta. Pocas veces se escuchó en el campo una ovación tan sentida y sincera como la que recibió el zipa y también pocas veces se vio un señor tan arrogante, majestuoso y seguro de merecer tal ovación. La generosidad de las condiciones de la rendición convirtió su victoria fácil en una acción inolvidable que el pueblo cantaría hasta después de la propia muerte, en la boca de los hijos, para hacerla imborrable de la memoria de los hombres aunque todavía no hubieran nacido.

Se despidieron del joven y se encaminaron directamente al bohío de Zhangué. Dejaron la algarabía del mercado sin miradas inculpantes sobre ellos, pero de todos modos sin alivio, y tomaron el sendero hacia el paraje solitario donde habitaba. Lo encontraron meditando, cubierto apenas con una tenue manta de maures encendidos. No parecía sentir frío ni hambre, aunque la palidez delataba varios soles de ayuno. Sabían que se purificaba para el Huán y que eran días duros para cualquier chuque participante en el ritual.

A pesar de haberle repetido que no lo habrían interrumpido de no traer tanta urgencia en los corazones, Zhangué los atendió un poco de mala manera, pues esas no eran jornadas para mitigar penas, ni dar consejo. Cuando le contaron lo sucedido con Ubni les dijo que conocía los detalles sobradamente, pues ya se había discutido la situación con Tibatigua. También lo sabían los chuques y los capitanes y los ancianos del consejo y nadie aparte de ellos había mostrado extrañeza, porque era una cosa que tarde o temprano tendría que ocurrir.

—Pkwakahuin estaba en su derecho de atacar a Ubni —les dijo—. En ese momento no eran dos amigos, sino dos combatientes puestos en la misma guazábara, enfrentados por ideales diferentes y obedeciendo a dos señores enemigos. Pkwakahuin no tiene, y no está obligado a tener, pesadumbre en el alma. Fue el guerrero más valiente de la batalla y en este día y los que siguen estará tranquilo y feliz disfrutando el agradecimiento del zipa y sus favores en la corte. Pronto, cuando alcance la edad adecuada, será ascendido a capitán y con toda seguridad llegará a ser el jefe guerrero del zipa.

—No comprendo a dónde va la esencia de la amistad —dijo Tatí—, ni qué se hace el lazo que une a los amigos cuando sus caminos se separan de esa forma... Si el deber cambia, ¿debemos entender que también se hacen otras las experiencias pasadas y que se ocultan, donde no los podemos ni siquiera atisbar, los afectos que nos reconfortaron en los tiempos viejos? —Hizo una pausa que Zhangué no interrumpió para permitirle desahogarse, y de nuevo interrogó Tatí: —Si, como dices, fue el destino quien los enfrentó el mismo destino los volverá a unir algún día en sus ideales y ellos de todo ese vaivén habrán salvado sólo su amistad. ¿Levantarías tú tu mano contra mí, Zhangué?

El chuque guardó silencio un rato largo y después con voz cansada les dijo: —Son jóvenes todavía para comprender que llegan a ser más grandes los juicios y cavilaciones de nuestra mente que los sentimientos de nuestros corazones. Yo no fui educado como un guerrero y por eso no puedo responder a tu pregunta, Tatí, pero necesitas saber que un güecha se debe a los designios de su gobernante porque esto es lo que hace grande a un pueblo frente a los demás. Los afectos del corazón son variables como el río que riega diferentes tierras, y como el amor, a veces se desborda y otras se reseca. Pero los ideales de la guerra deben ser inmutables como la roca que permanece siempre quieta frente a la mirada y las acciones de los dioses y los hombres.

Zhangué parecía querer agregar algo más. Tatí veía brillar sus ojos como si hablaran al silencio. Por fin dijo: A nadie

más lo diré. Yo mismo aconsejé a Ubni partir hacia su patria porque comprendí su desazón. Como él, soy un extranjero en esta tierra y sin embargo permanecer aquí me obliga a actuar como guatavita.

Lamento haber animado a Ubni con las palabras y las nostalgias de mi propio corazón, aunque sea vano el arrepentimiento de quien todo lo debe saber. Nadie ha escapado a su destino a pesar de las celadas para evadirlo.

Tatí no dijo nada más, pero se marchó seguro de que el querer de su pecho era tan invariable como la presencia de Zhúe en el cielo y tan fiel como la luz de Chía que siempre regresaba. No pensó que las últimas palabras de Zhangué fueran una especie de desahogo, un entierro de los amuletos ya usados, algo de lo que no precisaron jamás los chuques. Pensaba sólo en sí mismo. Era la primera vez que se sentía amargado frente a su destino de güecha.

No lo hacían ya feliz sus pensamientos de grandeza. Las guazábaras no eran sólo el modo de terminar con lo que dañaba la armonía y el bienestar de los hombres, sino que eran, también, una manera de acabar con las delicias viejas del alma. Entendió todo lo que Zhangué le dijo, pero no lo creyó y estaba asustado porque sus palabras no le curaban las heridas, sino, por el contrario, se las hacían aún más grandes. Nada de eso le dijo a Kuni, pues creía que era necesario meditar mejor sobre sus sentimientos y no atormentar, quizás en vano, a su amigo. Cuando estuviera menos confuso hablaría con él. Mas una cosa sí era cierta: en aquel momento estaba solo frente a sus pensamientos y no conocía a nadie que pudiera darle respuesta a sus dudas e inquietudes.



## —QUIHICA ATA—

### Suazagascachía

**POR AQUELLOS DÍAS**, Tatí realizó con ahínco actividades que hasta entonces sólo había emprendido a medias y adoptó también un aire taciturno y como de melancolía extrema. Esquivaba las conversaciones con Xiety y regresó a la vieja costumbre de mantenerse solitario. Pasaba el día por fuera del bohío buscando más leña y barro de los que Sikicha necesitaba, tratando de aturdir la rabia con trabajo y convertirla en fuerza de los brazos y del vientre. Iba durante horas enteras a la quebrada a echar la red o simplemente a meditar y a descifrar en el rumor del agua la voz que daba alivio a sus congojas. Se perdía en los bosques y se alejaba hasta el monte sin preocuparse de tigrillos, culebras o arañas venenosas.

No esperó que su vida del mundo adulto le trajera tanta desidia.

Le parecía que lo seguían tratando como a un niño. ¿De qué servía que pudiera tomar ya mujer o participar en los ritos de los iniciados o ir sin sus padres fuera del poblado y hasta adornarse con plumas, si nadie comprendía sus razones, si se estaba dando cuenta de que la ley antigua ocultaba en su palabra tantos desatinos? Las fiestas del Huán transcurrieron sin emoción y sin alegría. Por primera vez asistió a la ceremonia solemne de los sacerdotes y lo hizo con el gesto helado y ajeno al ardor de las gentes que adoraban y agradecían al sol. No cantaba alabanzas con todos como debía hacerlo. Tampoco lamentaba a grandes voces los sucesos tristes de las historias que se relataban ni la suerte amarga de los hombres por ser mortales. Menos aún se admiró del esplendor de los vistosos mantos rojos y del azul, el que tintó Chuinsúe, ni de la pompa y magnificencia del cacique y sus cortesanos; apenas si se regocijó cuando Zhangué apareció tembloroso, con su joven rostro transfigurado por el ayuno y el fervor de sus plegarias.

Quería ser uno más de ellos, quería estar en el círculo de los exaltados y tomarse de la mano con cualquiera y sentir que su corazón se hacía uno con el corazón del gentío, pero no podía apartar de su mente el recuerdo de Ubni. Sintió una rabia inmensa, un calor que lo envolvió y le encendió la piel y el alma cuando vio entre los güechas a Pkwakahuin danzando ufano como si nunca hubiera cometido falta alguna, y prefirió huir callado, pero que no notaran la prisa de su carrera. No quiso quedarse para ver cómo todo el frenesí de esa gente se convertiría en júbilo desbordado cuando se llenaran de chicha las barrigas y las cabezas.

Después de las festividades decidió no volver a frecuentar el bohío de Zhangué y se sintió libre del peso de tener que mentir y buscar excusas para verlo. Se decía a sí mismo que no era sensato buscar su apoyo, cuando sus pensamientos eran tan diferentes. Tal vez algún día regresaría al hábito viejo de interrogarlo, pero eso sería cuando estuviera seguro del valor de sus propias palabras y tuviese muchas acciones vividas y realizadas para demostrar que sus sentimientos eran duraderos y buenos y que también agradaban a Bochica.

El comportamiento del muchacho era extraño no sólo para Xiety y Sikicha, que ya comenzaban a preocuparse, sino también para sus amigos, especialmente para Kuni. Ya no compartían juegos ni charlas como antes. No buscaban palomitas dentro de los capullos del arbusto de los pájaros, ni engañaban al cirirí en el nido para gozar sus picotazos. Desaparecieron de su rostro la risa que en otro tiempo llenó inoportunamente los rincones y la expresión triunfante cuando entraba en el bohío cargado con tesoros del monte. Era como si ahora estuviera vacío de alegría y lleno solamente de quebranto. Xiety buscó ayuda en Zhangué pero el sacerdote la tranquilizó diciendo que eran actitudes propias del momento que vivía. Le aseguró que, más que a otros jóvenes, a Tatí le estaba afectando el hecho de enfrentarse a la tarea de ser un muisca adulto y al futuro ineludible de sobresalir como güecha. Dijo que había dejado de ser niño sin tener la disponibilidad para acometer su aprendizaje y que tanto tiempo transcurrido en vano le



agriaba el gesto y le gastaba el corazón, y más por permanecer en Guatavita sin poder regresar a Chía, donde debería estar realmente. Zhangué le confesó que se preocupaba por ello y que aconsejaba dejar transcurrir solamente los primeros cuatro años del entrenamiento para enviarlo a su tierra. No era bueno que un joven desperdiciara sus mayores energías, sus mejores momentos, dando gloria a un señor que no era el propio.

Las lunas fueron alternándose, sucediéndose una a otra y de nuevo regresaron las gentes a los trabajos de la siembra. Volvieron también a los sacrificios y las plegarias para que los dioses impidieran a la lluvia y a los ríos venir a inundar los campos. Repasaron una y otra vez los surcos, limpiaron las malas hierbas y excavaron las zanjas que debían llevarse a los arroyos el agua del cielo. Pescaban, cazaban, intercambiaban, trabajaban y festejaban manteniéndose en un ciclo que se repetía perezosamente, en el que nada más los jóvenes encontraban novedad. Los sacerdotes congregaban al gentío de tiempo en tiempo y explicaban parsimoniosamente el cambio de actividades según el dictado de sus calendarios enredados. Muchas veces antes, sorprendieron a la nación con el anuncio de sequías e inundaciones, pero en este buen año que corría no se habían escuchado todavía los funestos augurios. Los caciques acrecían su nombre patrocinando con chicha y carne los festejos que remataban las ceremonias. Pero de todos esos sucesos Tatí sólo se interesó en los que celebraron, solitarios, los escasos chías de Guatavita. A medida que su pensamiento se reconcentraba más y más sí mismo y buscaba armonía con la naturaleza, su cuerpo iba tomando también una forma más fuerte y bella. Sentía cómo las cosas se transformaban dentro y fuera de su ser y que tomaba cuerpo el deseo de vivir apartado de los que lo amaban, porque como una maldición eran ellos los que se empeñaban en hacerle creer razones imposibles. Pero presentía al mismo tiempo que no podría solo encontrar sus propios motivos y que debía hallar cuanto antes una mano segura que lo guiara.

Un brillante medio día, de los de rebullir imaginaciones junto al río, lo sorprendió un vuelco brusco del corazón,

cuando vio venir por el camino a Suazagascachía con su cascada de pelo al viento. Llegó hasta él con una leve sonrisa dibujada en los labios y la mirada prendida de sus ojos. Pensó que le parecía muy hermosa, que le gustaría estar junto a ella muchos días y muchas noches y notó, a pesar de que no había tenido su imagen en la mente desde el día de la iniciación y de que tampoco extrañó su presencia en las fiestas del Huán, ni en las ceremonias de los chías, que se le entibiaba el cuerpo cuando le escuchó la voz.

—Dicen en el pueblo que has cambiado y que hablas muy poco con la gente desde la guazábara con Usathama. He buscado un momento para verte y decirte lo que grita mi ánima —Hizo una pausa y Tatí bajó un momento los ojos de los suyos para que continuara—. No te portas como güecha. No se entiende tu tristeza por una pelea que terminó en victoria, cuando tu corazón debe latir al compás de las ventajas de tu señor.

Tatí sintió, de pronto, deseos de decirle a esa niña que le hablaba con palabras entrecortadas, todo lo que había conocido en los aciagos días que siguieron a la muerte de Ubni, pero decidió hablar poco y guardar ese torrente de sentimientos para otro momento y otros oídos y habló como si estuviese pronunciando las palabras más plácidas que le pudieran asomar a los labios.

—En unos cuantos días comenzaré el entrenamiento y por fin corre sereno mi ánimo. Estoy destinado a ser un güecha hazañoso. Mis sueños me lo dicen y los chuques lo señalaron así el día de mi iniciación. Pero he conocido también que no iré a cualquier batalla aunque me condene a mí mismo a soportar castigo o morir. Ubni perdió la vida por ello y estoy dispuesto también a perderla en esta guerra de las voluntades, que no se pelea con macanas ni con dardos.

Suazagascachía guardó silencio y Tatí se lo agradeció a su boca quieta, pues quería cuanto antes librarse de los enmarañados pensamientos que incontenibles asomarían a sus labios si continuaba preguntando. Acababa de descubrir que estaba listo para comenzar el aprendizaje con Chutama en las

palabras que vinieron libres. Le pareció que flotaba, que estaba casi feliz, y le propuso a la joven meterse al río a disfrutar el agua.

Suazagascachía aceptó sin remilgos bañarse con él. Se ató despacio el pelo y desanudó su chicate, sin fijarse en que Tatí dejaba la mirada inmóvil, puesta sobre la morena visión que iba apareciendo desnuda ante sus ojos. No era el cuerpo de una niña lo que veía, sino una forma casi de mujer, llenita y suave. Se sintió turbado cuando ella le preguntó, entre risas, si se le había volado el alma, y lo apuró para que también se desnudara. Fue entonces su turno de enmudecer con la imagen que se mostraba y, por fin, después de un agitado momento, les llegó la risa a burlarse de lo que acababan de sentir y a ayudarles a hacerse dueños de la confianza. Tatí caminó antes que ella y la tomó de la mano para entrar al charco. Estaban alegres como niños pequeños a la espalda de su madre. Jugaron y se rieron, pero poco a poco trocaron el bullicio en suspiros temblorosos, y la alegría en tímida inquietud. Muy despacio fueron reconociendo con las manos los contornos de sus cuerpos, aventurando caricias casi imperceptibles, tiernas pero urgentes, regalándose uno al otro la armonía y advirtiendo otra nueva forma de hermandad. Y mientras ellos despertaban dormidas sensaciones, Zhúe subía en el cielo y entibiaba el agua que propiciaba sus delicias.

Tatí estaba ya saliendo cuando escuchó detrás de él, el grito ahogado de Suazagascachía al tiempo que la veía llevarse una mano al hombro. Casi voló para ayudarla y le impresionó la hinchazón que crecía delante de sus ojos y le deformaba el brazo. Era obvio el dolor oculto en su silencio. Observó con cuidado y vio en el centro de la inflamación, en el sitio más encendido, una espina negra y ancha. Tatí no sabía de dónde había podido salir algo así, tan grande, sin que Suazagascachía lo hubiera notado. Se lo preguntó y ella le mostró el bejuco que flotaba con una masa negra adherida a él. Tatí lavó con muchísimo cuidado la herida y la cubrió con un atado de hojas anchas. Echaron a andar por el sendero, Tatí cargado con la mochila de uchuvas y con su propia mochila llena

también de frutas silvestres, pero aún sin carga en los brazos, Suazagascachía sentía el dolor. Tatí le ayudaba a caminar empujándola por la cintura, y decidieron ir a la choza de Sutakone que era el sitio más cercano.

El río corría paralelo al sendero, pero pronto llegaría el momento de atravesarlo. Aunque bajaran de prisa no alcanzarían el puente antes del atardecer, pero Tatí conocía un sitio de agua baja y piedras grandes, por las que podrían ganar la otra orilla y llegar a la choza con tiempo de ir luego al bohío de Suazagascachía. Apuraron el ritmo de la caminata todo lo que Suazagascachía pudo. Tatí cambiaba el atado de hojas de cuando en cuando para refrescarle el ardor y la calentura y varias veces también sacó de la mochila pequeña de la cintura hojas de coca que ponía en los labios de ella con sus propios labios.

Caminaban sin prestar atención al paisaje ni a las mariposas ni a los bichos que se iban topando. Estaban pendientes sólo de su deseo de estar abrazados en silencio, consolándose la fatiga en el contacto de la piel recién mudada.

De pronto los sobresaltó un rugido furioso y desgarrado. El primer impulso fue echar a correr, pero se escondieron sin ruido, detrás de un matorral espeso y se quedaron esperando con la garganta empolvada. La voz del animal no volvió a oírse y, en cambio, comenzaron a sonar palabras de hombres excitadas y confusas, cada vez más fuertes. Un momento después vieron aparecer por el camino, casi en el mismo lugar en el que ellos habían estado, cuatro hombres que traían un cachorro de tigrillo en una red. El de adelante estaba vestido de rojo; debía ser, entonces, un tigrillo para Tibatigua. Los muchachos alcanzaron a distinguir palabras sueltas entre la algarabía y los maullidos.

—Fue fácil tomar el cachorro.

—Porque estaba lejos de la madre —dijo otro.

—Habríamos tenido que matarla y quedarnos nosotros con su mala suerte.

Tatí y Suazagascachía podían verlos claramente y también a la bestezuela de enormes ojos abiertos, chillando asustada dentro de su prisión de cuerdas, tratando inútilmente de escapar. El grupo terminó de pasar y ellos se quedaron un rato más detrás del matojo antes de salir. Sabían por qué permanecieron escondidos aun cuando necesitaban ayuda para el dolor de ella. Lo que hacían estaba prohibido. Tal vez, también, porque el susto por el rugido no había pasado del todo o porque deseaban disfrutar de su soledad un rato más. Recomenzaron tranquilos el trayecto pues sabían bien que una fiera no se atrevía a salir a sitio descubierto. Suazagascachía olvidaba su propio dolor y hablaba sobre la tristeza del cachorro.

—En un tiempo se acostumbrará a los hombres, pero ahora debe sentirse aterrado y solo.

—Ese tigrillo no pasará hambre —dijo Tatí— pero ya no será rey del monte y perderá la fuerza de la voz para hablarle al viento. Su destino será el de ir de un bohío a otro, castigando a quienes no completen su tributo y olvidará que su lugar está en las alturas donde no llegan ni muiscas ni panches ni nada. Su reinado terminó sin empezar, sin dormir ni una vez debajo de la mirada del águila que vigila el horizonte.

Tatí pensaba en el animal como en sí mismo o como en Ubni, atrapados por una fuerza que domina pero que no es superior, una fuerza que obliga pero que no se hace comprender. Aprisionada la bestia por hilos que no podía romper, y ellos por razones que no podían asimilarse porque estaban dichas con palabras que desconocían el sentido. El joven se sentía inquieto con esos pensamientos, pero rápidamente volvió su atención sobre la muchacha, rato a rato más hermosa. No quería apresurarse y sin embargo pensaba que si no fueran hermanos, al llegar el tiempo propicio la pediría a sus padres por esposa. Podría conseguir nombre y posición entre los güechas para ser digno de ella y construirle un gran bohío de amplio corredor y llenarlo de curíes y guacamayas bulliciosas. Conseguirle collares de caracoles y piedras de colorines fabulosos traídos de las lejanas tierras junto al mar y topos hermosos para su liquira y cueros de venado y serpientes para

tender en el suelo que pisaran sus pies. La imaginaba coronada de flores yaciendo en su mismo quine, gobernando su casa, esperando fielmente sus regresos. Era necedad imaginar tantas cosas, pero Tatí decidió que no perdería de vista ese futuro grato y que trabajaría por lograrlo. Tal vez algún día llegaran a la corte, bajo la protección de Tibatigua o del Zipa, si se esforzaba suficientemente en la guerra.

La voz de ella lo sacó de sus meditaciones.

—Casi hemos llegado al bohío del zachua. Puedo oír la voz de las loras aunque no entiendo lo que dicen.

—Escuchas demasiado de las cosas que están lejanas, pues faltan muchos pasos para que lleguemos; conozco de memoria el camino, y no pienses que es por haber hablado con el brujo sino por venir siempre al mismo sendero, al mismo río que me escucha y me comprende.

—Sutakone es un viejo malencarado, un brujo malo que me asusta y asusta a mi madre y a mi abuela. Me chocan su figura flaca y el pelo siempre revuelto y los ojos como fuego de la hoguera.

Suazagascachía usaba su mano buena para alborotarse el pelo y remedar la postura del zachua. Y era aquello una actitud imprudente, un reto a los malignos, a los espíritus de los antiguos zachuas de mal corazón que podrían estar vigilando y planeando tomar venganza.

—Es lo de menos su apariencia, Suazagascachía. Sólo esa figura deformada puede asustar a los espíritus de la enfermedad y la muerte. Veo, cuando lo miro, a un hombre sabio, como los viejos de los cuentos de abuelas, que devuelve a los cuerpos la salud perdida. Quisiera ese poder para mí mismo, y si no fuera porque nací con mi destino señalado y porque ya ha sido confirmada mi tarea, yo escogería el camino del zachua que es el camino de la vida. Vencer el dolor, hacerlo huir lleno de espanto y vergüenza del cuerpo dolido de un amigo es casi tan fructífero como empeñarse en traerlo y dejarlo hacer festín en el cuerpo de los enemigos.

El día iba tocando a su fin y también el viaje. Las nubes se

arremolinaban presagiando una noche lluviosa y fría. Tendrían que apurarse para llegar al pueblo, y aún así parecía difícil que lo lograran. No era una noche de luna y en la oscuridad no se podía caminar. De la casa del zachua a la de Suazagascachía había un trecho largo y Tatí comenzaba a preocuparse por la madre de la joven que no sabía lo que ocurría y posiblemente ya estaría esperando su regreso. Él no le preguntó qué hacía en el monte, porque no se le había ocurrido hasta ese momento que era extraño que una mujer estuviera sola tan lejos del bohío.

—¿Qué estabas buscando por los lados del río? ¿Quién te concedió el permiso de venir?

—Sólo Kuni sabe que he venido a buscarte. Tenía que hacerlo porque tu imagen no se separa de mi corazón. En mis sueños te veo dando vueltas alrededor de una montaña yerta, sin labranzas para sustentarte. Sin ningún bohío para refugiarte. Por eso vengo a verte, para saber que nada malo está ocurriéndote.

Tatí no respondió, y sólo mucho tiempo después anunció:

—Ya estamos cerca... Pronto tu dolor se irá.

Comenzaron a dar voces para avisarle a Sutakone su presencia, pero se pararon de golpe, cuando lo vieron estático mirando al sendero por donde venían.

—Debe excusar nuestros gritos si lo hemos perturbado, dijo Tatí con voz baja aunque resuelta. Suazagascachía trae una espina en el hombro. Está débil y tiene dolor.

A la joven no le gustaba la manera como el zachua la miraba ni que no los hiciera entrar en la choza.

—¿Quien te ató la hoja a la herida?

—Fui yo, señor. El quiebrabarrigo es fresco y rebaja las hinchazones.

Tatí había oído decir eso a Zhangué alguna vez, pero no precisaba la forma de llegada del recuerdo a su mente. Por eso cuando el zachua le preguntó cómo lo sabía, él respondió que de la misma manera como sabía que hay pájaros que hacen

sus nidos en el cielo. El viejo entró al bohío y trajo chicha fuerte para la enferma, y sólo después de que la bebió los hizo pasar adentro, solos sin sus mochilas. Era un bohío grande, pero oscuro. En las paredes, por todas partes, había manojos de hierbas y flores. Del techo colgaban calabazas de diferentes tamaños y en un rincón junto a la lumbre se amontonaban chorotos, múcuras y otras vasijas. También en un rincón tenía tres cráneos brillantes, uno de ellos de niño, y escobillas hechas con colas de tigres y conejos. Suazagascachía no se sentía cómoda entre el olor a orines y a quenopodio. Le parecía un lugar lúgubre y sobrecogedor. No veía quine ni estera donde el viejo pudiera descansar, y se preguntó si nunca dormiría acostado y si por esa razón mantendría los ojos siempre tan abiertos y como perdidos.

El hombre avivó el fuego y puso a cocinar hierbas frescas de amorseco. Cuando el agua hirvió bastante y se tornó de color verde intenso, sacó un cuero de venado y lo extendió en el suelo junto a la lumbre y en él hizo sentar a la muchacha. Se arrodilló detrás de ella y de un solo tirón extrajo la espina.

Suazagascachía ahogó un grito al tiempo que él comenzó a escarbarle la herida con un diminuto topo. Sudaba con un sudor frío que le enfriaba la piel y la hacía olvidarse del dolor.

Cuando el viejo estuvo seguro de haber extraído todos los trozos de la espina, trajo el agua verde, todavía tibia, y la lavó una y otra vez. Suazagascachía sentía alivio y bienestar con el agua que corría por su pobre brazo maltratado.

El rubor azafranado volvió a encenderse en sus mejillas cuando el calor del agua logró reconfortarle el cuerpo y transmitirle su mágico poder. La voz del viejo se volvió a oír, esta vez evidentemente dirigida a la joven, aunque sin mirarla.

—Este monte y estas aguas no son lugar para mujeres. Las mujeres no saben cuidar de sus cuerpos ni defender los de las amenazas que por ahí se esconden.

Tatí tuvo deseos de reír. Era cierto que las mujeres jóvenes se metían en empresas mayores que sus fuerzas y que los



hombres debían ayudarlas a terminar esos asuntos. A veces se comportaban como niños que no saben y, como a ellos, tenían que ignorarlas, esperar a que aprendieran solas, que crecieran y se hicieran mujeres mayores que ya no equivocaran el comportamiento. Pero Tatí no llegó a dejar libre su risa, por la mirada dura de Suazagascachía, recorriendo cada parte del cuerpo del viejo. Ella le preguntó a Tatí si ya podían irse a casa, pero el zachua dijo que no tenían sol para llegar hasta el pueblo. Sería imprudente que se marcharan solos, cuando podían quedarse a dormir allí sobre el lecho improvisado. No se atrevieron a contradecirle y le agradecieron el lugar mullido que les daba. Estaban hambrientos, pero ni veían algo que pudiera comerse, ni el viejo les ofreció comida ni les trajo las mochilas. Los dejó parados en la mitad del bohío y salió sin despedirse. Un rato después Tatí se preguntó por qué no regresaba y se asomó. Lo vio inmóvil, sentado en el corredor mirando a las estrellas sin dejarse intimidar del frío. Corrió al lecho y se acostó junto a Suazagascachía y le cubrió los pies desnudos con su manto. Se abrazaron y permanecieron en silencio. No podían oírse nada más que las voces enredadas de las ranas anunciando lluvia y la respiración fuerte de Sutakone tan cerca de ellos pero a la vez tan lejano.



## —QUIHICA BOSA—

### Kuni

**DESPUÉS DE DEJAR** a Suazagascachía en su bohío, Tatí buscó con afán a Xiety para contarle lo que había sucedido con Sutakone y con la joven y para decirle también que ya los pesares de su alma habían resuelto dejarle el cuerpo libre para que pudiera comenzar el entrenamiento.

—Pronto me presentaré ante Chutama y te prometo que seré un soldado valiente. Tus ojos brillarán como luceros cuando los chuques canten mis hazañas.

Tatí quería hablarle a su madre solemnemente, como hablaban los güechas a sus superiores, los hombres a las mujeres, o los sacerdotes a las gentes, pero los animalillos imprudentes que le caminaban dentro del cuerpo lo hacían parlotear con ligereza y sin reflexión, como si le contara un cuento a un amigo o como si fuera un niño hablándole a su madre.

—Deberás ir paso a paso, como la luna, como el tigrillo cuando busca su presa, como los chuques cuando ofrendan a Sié —dijo ella—. Si te precipitas, sólo lograrás una muerte temprana. No permitas tampoco que la cobardía de los que obran sin razones te alcance, pues te haría pensar con yerro y deshonorarías a tus tíos y a los tíos de ellos. Confío en que darás cabida a la prudencia en el combate y a la piedad en la victoria, como pide Bochica. En el final de la guazábara escucharás la voz de Chibafuime que es sanguinaria y cruel, y será el rencor que dejes entrar en tu corazón el que te incline el oído a escucharla. Es todo cuanto yo puedo decirte. Pensaré en ti, ofrendaré a los dioses para que no te aparten del camino que elegiste y esperaré con todo mi amor tu vuelta.

Tatí también habló con Sikicha. Trataba de disculparse por no seguir ayudándole con su trabajo tan pesado y fatigoso.

Sikicha se reía de la inquietud de su hijo y lo tranquilizaba diciéndole lo que él ya sabía. Nadie podía rehuir su destino, y ningún otro, ni siquiera el cacique, podría pedirle cuentas por lo que los dioses le dictaran.

—Además de esto, ya ha sido demorada tu partida muchos soles y yo he disfrutado de tu ayuda más tiempo del que cualquier padre espera. Está muy bien que partas ahora con la luna creciente, hacia el esplendor de tu hombría. Muestra delante de todos el vigor de tu estirpe y regresa coronado de triunfos. No robes y no mientas.

El joven se retiró un rato a la orilla de la quebrada y se tendió bajo el gris parejo del cielo. Ayudaba a disolver los mechones despeinados de las nubes y jugaba a descubrir las formas que escondían en su caprichoso viaje sin rumbo. Sentía el aire fresco, la hierba húmeda y el canto del agua y de los pájaros, pero poco a poco esas sensaciones se recogieron para dejarle lugar a la estampa de Suazagascachía llena de otros colores, de otra tibieza y de un inconfundible olor a humo de cedrela. Estaba mal que él pusiera sus ojos en ella, estaba mal que sus manos quisieran recorrerla y buscaran un lugar en su cintura, estaba mal que su pensamiento se enredara en las hebras negras de su pelo y estaba muy mal que anhelara tan desesperadamente su presencia. Trataría de no verla, pero si su corazón se negaba a obedecerle iría donde tuviera que ir, donde Zhangué si fuera necesario, para que él hablara con Bachué. Le pediría a la diosa que lo dispensara de la observancia del tabú. Suazagascachía era su hermana de clan, pero sin ninguna culpa ni intención se enamoraron. Era otra vez la ley antigua impidiéndole a su alma el disfrute del sentimiento.

A esa altura de sus pensamientos recordó a Kuni, su pequeño compañero. No era capaz de recordarlo como un muchacho que se iba convirtiendo en hombre. Lo seguía imaginando como su amigo de juegos, como su cómplice perfecto en las cacerías de pájaros y de ratones. Los dos gustaban de las mismas cosas, disfrutaban enormemente construyendo diminutos bohíos de barro y se olvidaban del tiempo y las palabras, concentrados en su labor improvisada de alfareros. Ahora necesitaba verlo y

decidió buscarlo. Se sentía culpable por haber tenido olvidada, así, su amistad, sin preguntar a nadie por sus tribulaciones o sus alegrías. Iría a pedirle perdón y a tratar de conseguir de nuevo su cariño.

Lo encontró en un rincón de la roza de su padre y se sorprendió de verle la expresión feliz en los ojos y de oírle la voz sin reproches y tan llena de afecto como siempre.

—Es la última vez que cuido de la sementera de mis padres. El zipaquirá le ha concedido permiso a mi tío para aprovechar una fuente de agua salada y viajaré allí para ayudarle. Estoy feliz por la partida, pero lamento que estaré lejos de ti.

—El zipaquirá es anciano y enfermó hace muchas lunas. ¿Cómo puede tu tío recibir favores de un cacique moribundo? Se lo preguntó con gesto escéptico, buscando las razones del engaño.

—No fue el cacique quien dio su permiso, sino su sobrino, Güicha. Zipaquirá le debía algunos favores a mi tío y con esta concesión se los devuelve. Él le dará al cacique parte de la sal que obtenga para compensar el derecho de explotarla... Pero ahora no hablemos de mí sino de ti.

—No Kuni, el tiempo de mis desdichas ha terminado. Quiero oír sobre tus cosas. Parece que estás burlando tu destino. Es extraño que vayas al trabajo si ni siquiera ha transcurrido un año zocam desde la iniciación. Kuni se reía maliciosamente, pues ya esperaba las dudas de su amigo.

—Los chuques no pudieron vislumbrar mi sino, pues ni siquiera me ofrecieron las oportunidades que merecía. No te lo he dicho todo aún. Mi tío será quien obtenga la sal, y al principio, yo solamente iré por los caminos consiguiendo buenas gachas para hacer los panes, o llevándolos para el intercambio. De esta manera, visitando un sitio y otro podré obtener mi sustento, y al mismo tiempo alcanzaré mi viejo anhelo de llegar al mar. Ya escuché su sonido atrapado en una caracola gigantesca y siento que es amplio y sereno como mi alma. De sus aguas brotan mil maravillas que quiero tener en mis manos: piedras, peces, conchas, carne deliciosa y plantas

que curan. Yo traeré todo cuanto puedan abarcar mis brazos y los de mis cargueros. Mi tío y yo daremos al zipaquirá y al guatavita lo más precioso de la carga y volveré a ser a los ojos de mis señores un vasallo útil. Otros de aquí, de probada estirpe, vendrán a continuar mis andanzas y a recuperar el oficio de mercader que los guatavitas desprecian por ser una tarea no enseñada por Bochica, propia de errabundos y ociosos. Mi tío dice que el comercio acerca a los hombres y los hermana en el conocimiento de lo que hacen las manos de los que están lejos. Que no es humillación librarse del trabajo propio si la intención es la de acortar distancias.

Tatí se sentía impresionado con las palabras del amigo. Ya no sonaban como charla de niño. Se iban encauzando, consiguiendo sentido, despertando simpatía. Realmente los chuques no lo podían saber. Hasta hacía poco tiempo, sólo quien fabricaba con sus manos o cosechaba de su tierra podía comerciar. Pero tenía razón Kuni. Un viajero tenía mucha libertad para llevar y traer cuanto quisiese y también el artesano que entregaba su mercadería tenía más tiempo para el trabajo. Después pensaría un poco más en los reparos hechos por los guatavitas y en el desprecio con que miraban a los mercaderes. Ahora quería conversar con Kuni, contarle que él también se disponía a comenzar su tarea. Que de ese momento en adelante quedaría sometido al juicio de los ancianos y acataría sus sentencias.

Estuvieron juntos hasta que un trozo de luna tímida, casi invisible, se asomó en el cielo y comenzó el repaso de las huellas de Zhúe.

## II

El día indicado, Tatí se presentó muy temprano ante Chutama. El jefe guerrero estaba de pie a la entrada del cercado de los güechas. No parecía deponer nunca su aire marcial y le dio al joven una bienvenida fría.

—Ha tardado tu cuerpo en reponerse y estar listo para el

servicio, pero ya no importa. Estarás, a partir de hoy, bajo mi guía y la protección de Chibafuime. Trabajarás duro. Templarás tu cuerpo y tu espíritu, haciendo de cada uno el soporte del otro. Toda tu atención se dirigirá a convertir los músculos en un arma tan poderosa como una lanza y hacer de tu mente la ventaja del ojo alerta, del oído atento y de la mano veloz.

—Estoy listo, señor. Haré todo cuanto se me indique. No tengo otro propósito que no sea el de ser un soldado fiel y capaz de cumplir la voluntad de Tibatigua.

Chutama lo interrumpió:

—La voluntad de Tibatigua y la de Saguanmanchica quien es nuestro verdadero preceptor en los asuntos de la guerra. La voz de ellos dos llegará a ti a través de mis palabras, y cumpliendo mis mandatos estarás acatando sus voluntades. Creo en ti, en la fuerza de tu cuerpo que se está haciendo alto como el de los más altos y en la agudeza de tus sentidos para encontrar caminos cuando estés solo o debas guiar a los demás. Sabes que vivirás aquí con otros muchachos, que debes ser considerado, que colaborarás en las tareas diarias, que no esconderás tus debilidades en otras mayores que veas a tu alrededor. Dirás de tus compañeros lo que tus ojos vean o lo que escuchen tus oídos si ves u oyes cosas que se apartan de la disciplina. Dejarás de sentirte a ti mismo como hasta ahora le has sentido. Has comenzado a ser parte de un grupo y tu bienestar y tus logros dependerán de la marcha armoniosa de todos. Ahora ve donde Capa para que él adecúe tu cuerpo de forma que yo pueda tomar tu juramento.

Tatí se despidió. Se veían muchos hombres y muchachos ocupados en diferentes tareas. Entró en uno de los sugües y vio a algunos de los más jóvenes ayudando con las ollas a las dos únicas mujeres que había por allí. Reconoció en una de ellas a la vieja de negro del día de la iniciación. Al verla recordó la terrible sensación de mareo que tuvo cuando tomó el brebaje que ella había preparado. La mujer le sonrió, en señal de saludo, pero él bajó la cabeza y la ignoró. Era una mujer siniestra que seguramente gozaría con el padecimiento

de los demás. Después recapacitó e imaginó que si no era su amigo, ella pondría en su comida alguna mala hierba que lo irritara o indispusiera, y pensó entonces dedicarle la mejor de sus sonrisas, pero ella ya no lo miraba. Estuvo un rato esperando que se volviera para verlo, pero fue inútil. Era como si se hubiese vuelto invisible para sus ojillos fríos de culebra. Salió del sugüe con una vaga sensación de malestar, de algo malo que podría ocurrirle si no desagraviaba de alguna manera a la vieja. Se acercó a uno de los muchachos y preguntó por Capa.

—Está en el templo, pero tendrás que esperar si quieres hablarle. Este es el momento del día en que ofrenda sus armas a Chibafruime.

Tatí se sentó afuera a esperar. La escuela era un cercado grande, con cuatro sugües amplios y separados. El que acababa de dejar servía para preparar la comida y almacenar la leña y las provisiones. Otro, en el que oraba Capa, se usaba para atender asuntos generales y también para el culto religioso, y en los otros dos se alojaban los aspirantes a güechas, pues los que solamente venían a cumplir con el servicio obligatorio debían ir a sus bohíos y venir cada vez que se requiriera su presencia en el cercado, durante los dos años que duraba la obligación militar. Los cuatro eran idénticos, pero estaban defendidos por diferentes cercas. En el centro había un espacio despejado, con un lugar para las hogueras. Debía ser el sitio de los ejercicios de entrenamiento y las danzas rituales. Calculó más de cuatro veces veinte personas en movimiento. Otros estarían dentro de los sugües o en tareas por fuera del cercado. Se podía sentir la fuerza de todos los brazos juntos, de tantas voluntades unidas en el mismo destino, preparando el modo de doblagar el mismo afán.

Se podía sentir también la magia, la presencia de los dioses bendiciendo esa esperanza y ese esfuerzo acompasado. No se escuchaba algarabía, sólo murmullo. No se oían risas, pero los rostros se miraban satisfechos. La mesura y serenidad de los hombres daba la medida de la confianza en su capacidad y en su certeza. Cada cierto tiempo Tatí escuchaba un grito agudo,



pero no podía ver el sitio de donde provenían esas voces. Estaba sobrecogido pero feliz, con el sólo miedo de no tener el talante adecuado para estar ahí.

Alguien vino a decirle que Capa ya podía recibirlo. Entró en el sugüe del centro y vio al guerrero que le pareció un hombre demasiado joven para colgarse de la nariz tantos canutillos. Lo intimidaba su apariencia fiera, pero pronto lo calmaron sus palabras.

—Por fin has venido, Tatí. Ya nos inquietaba tu tardanza. Pensamos que el señor de los brujos y los zachuas, el viejo Cuchavira, te había ganado al fin para su causa —pareció que esperaba una respuesta, pero continuó—. Estarás bien aquí, lo sé por tu mirada. Ahora, frente a Chibafruime daré a tu cuerpo lo que le falta para ser por fuera cuerpo de güecha. Tú le darás lo que se necesita adentro, con el empeño que en ello pongas.

Lo hizo acostarse sobre una gran piedra con la cabeza colgando por fuera de ella y vuelta hacia el altar donde refulgían algunas imágenes. En esa posición tuvo que esperar el tiempo que duró el canto de Capa ofreciendo el nuevo pupilo al dios guerrero. Al tiempo que cantaba, Tatí percibía algo de danza frenética, por el movimiento de las plumas en la cabeza, los codos y los tobillos de Capa que hacían una mancha de color. Tatí no debía moverse, lo intuía, evitaba parpadear y les impedía a su corazón y al aire que lindaba por su cuerpo agitarle el pecho. Empezó a sentirse un solo ser con aquel que cantaba ese canto lento. Sentía que era su voz la voz recia y melancólica que llenaba el espacio donde estaba a solas con el dios. No tenía miedo. Nada podía hacerle daño. Él mismo se ofrecía, se entregaba sin ninguna condición a Chibafruime quien lo contemplaba con orgullo. Vio a Capa situarse frente a sus ojos y levantar un negro cuchillo de piedra reluciente. Con fuerza, el hombre empezó a cortarle mechones de pelo hasta terminar con su melena. Después lo vio tomar un pequeño disco de oro y una aguja delgada. El canto terminó en el momento preciso en que rompió su nariz dejándole dos orificios y un canutillo de hueso incrustado en cada uno. Abandonó inmediatamente el lugar dejando a Tatí solo y

adolorido. El muchacho estuvo mucho tiempo ahí meditando sobre lo que acababa de ocurrir. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero le disminuía el dolor el pensamiento de que eran hombres grandiosos los que iban a guiarle, hombres que tenían el poder de hacer de la guerra el modo de vida no sólo suyo, sino también de otros. Ese hombre había podido, durante un momento, hablar con el dios y confiarle su alumno. Tatí se había sentido tocado por la divinidad en un instante de sublime compenetración pero seguía temiendo no encajar en ese sitio, no ser capaz de alcanzar para sí la grandeza del güecha. De todas formas intentaría llegar a ser el amado de Chibafrume y el favorito de Capa. Cuando salió, los demás acababan de oír una de las frecuentes arengas de Chutama, y muchos se dirigían al río a bañarse antes de los combates de prueba.

Al día siguiente, muy temprano, lo encaminaron a lo alto de una colina cercana. Con él venían Chutama, Capa, Ytaque y otros güechas no muy jóvenes. El cielo comenzaba ya a clarear cuando estuvieron arriba, y pronto Zhúe pintó de oro las nubes del oriente. El cuerpo desnudo de Tatí, en medio de los hombres, resplandeciente con esa clara luz mañanera, recibió de manos de Capa la lanza que iba a ser siempre suya, la que no podía dejarse arrebatar de ningún contrario en la batalla. Chutama le ciñó una diadema de plumas y le obsequió la manta corta que llevaría de ahora en adelante como vestido. Le tomó juramento de lealtad a sus señores y a las leyes de sus padres. Tatí prometió acatar la disciplina de la escuela y nunca reparar en el daño de su persona o en el temor de perder la vida, antes que en el bienestar del pueblo y sus señores. Con esta ceremonia simple, sin sacerdotes, sin tambores, sólo entre guerreros, Tatí vino a ser miembro reconocido del grupo y ahora cualquier güecha podía confiar en él como en sí mismo.

Llevaba apenas una luna en el cercado y ya se destacaba en el manejo de la lanza. Tenía brazos robustos y vista aguda por lo que casi siempre acertó sus tiros desde el comienzo. Le interesaban los prisioneros panches. Attendía fijamente cuando les enseñaban a templar el arco y a disparar las flechas, pues sus enemigos eran los mejores arqueros de la tierra y esa, la razón

para que tantas veces los hubieran derrotado. Los prisioneros se negaban a aprender su lengua y eran toscos en el trato con los jóvenes aprendices. Tatí no se acostumbraba todavía a mirar con naturalidad los cráneos piramidales y sus dientes puntiagudos. Conservaba el temor infantil de ser devorado por uno de ellos, aunque Capa le explicó que no era cierta tal cosa. Los panches comían hombres solamente en algunas ceremonias militares y en caso de que quisieran hacerlo, en medio de tantos enemigos no se atreverían a causarle ningún mal. De todas formas, Tatí no se permitió albergar sentimientos de odio contra los panches que cumplían bien con su trabajo de adiestrarlos, porque además de que le atraería mala suerte el hecho de querer mal a un maestro, sentía compasión por quienes se encontraban lejos de sus amigos y del consuelo de tener cerca los huesos protectores de sus muertos. No podía imaginarse a sí mismo sin sus hermanos para entonar cantos, sin sus chuques para tomar aliento, sin la imagen de los dioses para adorarlos e implorar ayuda. Por fortuna a él le quedaría, siempre y en todos los lugares donde estuviese, la imagen de Chía brillando en cualquier cielo.

Una tarde llegaron tres desconocidos con galas rojas y cara de pocos amigos, preguntando por Chutama. Venían acompañados por el pregonero de Tibatigua, y aunque no hablaron con ningún güecha, ellos inmediatamente supieron que esa visita tenía que ver con las dos mariposas negras que llegaron tres días antes y les anunciaron malas noticias.

Cuando los hombres se marcharon, Capa llamó a algunos güechas, Tatí entre ellos, y les comunicó lo que ocurría.

—El zipaquirá ha muerto. Inmediatamente debe partir un destacamento de hombres que acompañarán a los chuques y a Tibatigua a orar en la despedida del anciano que emprendió tan dolorosamente y sin ninguna queja, su viaje al centro de la tierra.

Ese mismo día al anochecer partieron un centenar de soldados, cinco chuques viejos, Zhangué, el propio Tibatigua y los cargueros de relevo. Tatí era el más joven de los güechas

que formaban la comitiva, y más que en la marcha a un funeral, él participaba en un viaje a un lugar desconocido, muy poblado y muy rico, según se decía, y donde tendría la oportunidad de indagar noticias de Kuni. Quería verlo para hablarle de Suazagascachía y de su gran amor y de la triste verdad de no poder verla ni amarla ni hacer planes de vivir su vida con ella. Por todo el trayecto estuvo recordándola sin esforzarse por apartar su imagen. No sintió deseos de acercarse a Zhangué. Lo saludó con respeto, pero caminó lejos de él. Zhangué era un amigo de los dioses, un hombre que conocía el pasado y el porvenir y que por eso mismo conocería también, la solución de su problema, pero sentía animadversión por su condición de chuque que no entiende las razones del alma de los hombres simples y que ni siquiera se interesaba en dar respuesta clara a sus conflictos. Tatí no recordó que él ya no era un hombre simple, que sus acciones adecuadas y no, serían recordadas por las gentes de su pueblo, que ya marchaba de la mano de los poderosos y que de acercarse a Zhangué obtendría otras respuestas.

Llegaron al cercado del zipaquirá poco después del amanecer. Por toda la aldea deambulaban gentes embriagadas y llorosas, con, el cuerpo pintado de rojo. Zhangué y los otros chuques penetraron al adoratorio donde ayudaron a embalsamar el consumido cuerpo del anciano. Tibatigua recibió el tratamiento de invitado principal al mismo adoratorio que había sido de su tío, donde se encontraban el ubaque y el susa, el único gobernante que a veces interpelaba las decisiones de los ancianos del sur de Gantina Masca.

A los güechas les pintaron el cuerpo y el cabello de rojo, les dieron algo de comer y los situaron alrededor del cercado. Podía suceder que algún otro sobrino del cacique, alentado por las novedades y los rumores acerca del pensamiento de Saguanmanchica, se creyera con derecho a sucederle en el trono y provocara una rebelión para disputar la legitimidad de la sucesión de Güicha. Zipaquirá era realmente un pueblo bien abastecido, donde se derrochaban provisiones y trofeos. Saguanmanchica y antes que él los otros zipas, encontraron

motivos para llegarse allí y celebrar como en su propio cercado, sin menoscabo de su hacienda. Siempre fueron bien recibidos, pues nadie sospechó que sus motivos se apartaban del propósito de estrechar la amistad y celebrar las victorias con los más seguros aliados. Los zipaquiraes eran dueños de la sal que necesitaban todas las tribus muiscas y las naciones bárbaras. Muchas veces en el pasado, caciques vecinos intentaron apoderarse por la fuerza de las fuentes saladas, pero ahora Güicha no iba a permitir que eso volviera a suceder. Saganmanchica había hecho pacto con su tío para asegurarle la protección del territorio y ni siquiera desconfió de su palabra por el hecho de no asistir a la ceremonia. La inquietud que lo asaltó al principio, cuando no lo vio en la caravana de bacataes se calmó fácilmente con las excusas y las razones de guerra que alegaron los pregoneros.

A medida que avanzaba el día llegaban más y más hombres a compartir el duelo. Tatí esperaba ver a Kuni y hablarle aunque fuera un solo momento. Necesitaba de nuevo su complicidad y su comprensión y su alegría, para descargar el alma de la pesadez de sus pensamientos oscuros. Las gentes se emborrachaban, cantaban cantos tristes y a veces gritaban con profunda aflicción. Los más ancianos recitaban en largas letanías las obras y la vida del cacique y alababan sus muchas victorias y lloraban sus derrotas. Cada uno relataba una parte y entre todos reproducían los catorce años de gobierno del hombre que accedió ya viejo al cacicazgo y que, sin embargo, en alianza con el zipa pacífico su pueblo y le dio prosperidad.

Los chuques zipaquiraes habían escogido en secreto el sitio de la sepultura y habían excavado y revestido de pizarras el foso y aguardado inútilmente, con más anticipación de la supuesta, en un ayuno casi eterno, el momento de su muerte.

El segundo día de permanencia en el pueblo Tatí pudo ver a Kuni, pero no acercarse a él. Tendría que esperar un tiempo prudente hasta hallar un momento para separarse de los otros güechas y hablarle. Ese momento llegó cuando comenzó el barullo de la procesión hacia la guaca. Adelante venían las andas de Güicha y de los caciques visitantes. Todos

los atuendos eran rojo vivo. Los rostros pálidos denotaban la noche en vela, pasada, hablando quizá, de los nuevos tratos y alianzas entre ellos. Transportaban el cuerpo del anciano en un tronco hueco y, detrás, rodeados por un corro amplio de chuques, traían también en andas a una esposa del cacique y a tres sirvientes medio adormilados por el borrachero que les habían hecho consumir. Más atrás aun, caminaban algunos funcionarios con el oro y las vasijas de chicha y viandas para el muerto. La gritería atronó cuando la procesión partió al sitio escondido del entierro, aunque además de los nobles sólo viajaran con el cacique unos pocos güechas, que de todos modos tampoco llegarían hasta el foso.

La esposa y los siervos bajaron a la guaca sin pronunciar palabra y tomaron lentamente posición junto al cacique, al que acomodaron sentado con todas las insignias de su mando. Sobre las losas del piso colocaron comida suficiente para que pudiera hacer su viaje sin tener que soportar penurias ni afanes, mientras los chuques cantaban y lograban de los capadores lóbregos lamentos para acompañar la pena.

Los siervos y la esposa se quedaron allí, acurrucados a un lado del anciano para seguir atendiendo sus deseos en el centro de la tierra, sin saber ni poder ni querer hacer otra cosa, tan alucinados con las bebidas consumidas y la firmeza de sus voluntades, que casi no escucharon el ruido de la piedra que selló la entrada ni los golpes monótonos del madero que apisonaba la tierra sobre ellos ni el bullicio de las cochas sobre los sembrados. Voluntariamente se separaban de los hombres y nadie se atrevería a perturbar su comunidad ni sus sueños. A ninguna persona le sería revelado este lugar secreto para evitar que viniesen hasta allí cada día a suplicar ayuda y a perturbar el espíritu de los enterrados.

Ese tiempo que estuvieron lejos los caciques, lo aprovechó Tatí para conversar con su amigo y abrirle el corazón. Nada sacó en claro, pero le bastó con que Kuni hablara de la posibilidad de buscar ayuda del iraca, para que comenzara a planear una visita a las tierras de Suamox. Kuni le contó que estaba listo para emprender un corto viaje a Ráquira, con los

mercaderes de esa ruta, pero sin ninguna responsabilidad para él solo. Era un viaje de entrenamiento en el que aprendería a reconocer las calidades de las gachas y las habilidades del regateo. En una semana entraría en ayuno y oración con los demás viajeros para que nada malo le ocurriese a la caravana. Se despidieron prometiendo volver a verse pronto y orar el uno por el otro todos los días que no estuviesen juntos. Era extraña la sensación de encontrarse conversando bajito entre la algarabía que no cesaba ni un momento. El duelo duraría veinte días, pero Tibatigua partiría hacia Guatavita al anochecer del día siguiente, pues no le gustaba estar lejos de sus güechas.

### III

De regreso, Tatí obtuvo permiso para descansar en el bohío de su padre. Encontró a Xiety y Suazagascachía trabajando juntas en el telar, contentas y sin preocupación. Se alegró de ver a la joven, pero se preguntó qué hacía por allí, si tendría que estar en Chía con sus padres. Los dos se sentían turbados delante de Xiety. Disimulaban la alegría, hablaban a través de las palabras de ella y se mostraban serios como si no sintieran nada más que el reposado afecto.

Xiety tampoco mostró abiertamente su felicidad por la vuelta del hijo, pues habría humillado con ello la hombría de Tatí. Miraba con admiración su rostro tan cambiado, su piel endurecida y su cuerpo ya más grande que el de ella. Parecía un momento igual a todos y sin embargo no lo era. Cada uno dominaba su sentimiento, apretando con los dientes y sosteniendo la mirada. Después de un rato, Suazagascachía lo interrogó sobre el viaje.

—Tienes a los dioses de tu lado, Tatí. Acabas de ingresar a la escuela y ya vas con los mejores. Pronto serás capitán de guerra o algo más —soñaba con Tatí convertido en el pregonero de algún príncipe, y ella de algún modo cerca de él—. ¿Has estado junto a Saganmanchica? ¿Le has visto el rostro de cerca?

—El Zipa no acompañó a Güicha. Confirmará su cacicazgo solamente dentro de una luna, pues ahora sostiene una pequeña guazábara con los colimas que se meten por el río Negro y pretenden entrar a los pueblos a robar mujeres y niños.

Conversaron un rato y Tatí se ofreció para acompañar a Suazagascachía a su bohío. Mientras caminaban le preguntó si había pensado en que no debían seguir viéndose más.

—Estoy segura de que lograremos permiso para amarnos, si tú consigues el favor de Tibatigua.

—Este es un asunto de los dioses y no de los hombres. Ningún cacique, ni siquiera el mismo zipa, podría ayudarnos. Bachué es quien debe apiadarse de nosotros y dispensarnos por boca del iraca.

Ninguno de los dos dijo más palabras durante un rato largo. Después fue Suazagascachía quien habló como si nada sucediera, al tiempo que ponía la mano sobre el hombro de Tatí.

—Te ves bien con ese atuendo que ocultas con el manto, y sin tu pelo largo pareces mayor y más fuerte.

—No pongas tus manos sobre mí, ni digas palabras que agraden mis oídos y no busquemos más halagar nuestros sentidos antes de saber que no ofendemos a nadie por hacerlo.

Tatí, de pronto, se interrumpió y habló como si recibiera inspiración de algún espíritu.

—Si no logramos nuestro propósito, ¿estaría pronto tu corazón a dejarlo todo y venir conmigo a tierra extraña?

—No quiero huir de aquí ni perder la grandeza que cobija mi pueblo. A tu lado alcanzaré las cosas que anhelo. Deseo estar cerca de los chuques y del zipa y servirles como mejor pueda para sentirme más amada por Bochica y por su cielo.

Tatí quería para sí mismo parte de la seguridad que ella tenía en la bondades del porvenir. Él deseaba ser el guerrero indispensable del guatavita, pero todavía no podía encontrar esa imagen de sí mismo cuando la buscaba dentro del pecho.

—Parece que tú no temes a nada, Luna del Amanecer



—dijo Tatí mirándola a los ojos.

—Sí temo algo —dijo ella, poniendo una mano en el corazón para que las palabras no se le metieran allí después de dichas—; temo que no pueda engendrar un hijo, que tu semilla no fructifique en mí cuando estemos casados y que tú me repudies, como repudió Mongatá a su estéril esposa Mayavita.

El canto de los pájaros se entrometía grosero en el silencio instalado entre los dos, y sólo mucho rato después Tatí la interrogó.

—¿Te irías de aquí y derramarías tu sangre, como lo hizo ella al sentirse rechazada?

—Sí —dijo Suazagascachía con convicción—. Y si fuera el deseo de los dioses y si mi dolor creciera tanto que mereciera ser visto por todos, y si mi sangre y las fuerzas me alcanzaran, pintaría otras hojas para que se hicieran pájaros más bellos que las guacamayas que brotaron de la pena y la sangre de Mayavita.

Tatí nada dijo. Era cierto que los hombres se unían a las mujeres para engendrar hijos y engrandecer al pueblo. Era cierto que se debía tomar otra esposa y repudiar a la mujer estéril y que esa mujer no tendría a dónde ir. Las parcelas se entregaban a los hombres para el sustento de la familia, y la mujer no era dueña de los frutos de la tierra ni tenía tampoco asignado un lugar para el bohío. Pero Tatí creía que era difícil que una mujer naciera sin fertilidad en el vientre y no le inquietaba en lo más mínimo el problema. Sin embargo, le dio una pequeña palmada en la espalda a la joven para transmitirle consuelo. Se despidió de ella con tristeza y se encaminó al bohío de Sutakone. Cuando llegó al sembrado, el viejo salió a recibirlo y por vez primera lo vio sonreír. Tatí dijo que no quería molestar. Había venido sin saber por qué, con la sensación de ser requerido para algo urgente.

—No tienes que preocuparte. Yo estaba esperando que llegaras.

Tenías que venir porque me necesitas y porque también yo necesito de ti. Debes irte ahora, pero regresa mañana al

amanecer. Toca tres veces a mi puerta con esta caracola y no me preguntes sobre mis actos aunque te sorprendan. Observa atentamente y habla sólo cuando yo te llame por tu nombre.

Tatí no esperaba ninguna de estas palabras y aunque sentía que no podía cambiarlas ni para entenderlas, nada preguntó y se marchó sin inquietud. La noche sin luna lo cubría como si quisiera vaciarle el corazón.

## —QUIHICA MICA—

### Sutakone

**LAS ESTRELLAS** campeaban por el cielo del amanecer. El frío se colaba por debajo de la capa blanca de Tatí, pero él continuaba su marcha sin inmutarse. De vez en cuando se frotaba las manos y se palpaba las orejas. Llevaba el pensamiento fijo en Sutakone y sus palabras. Al llegar a la choza golpeó con la caracola y esperó. No se escuchaba siquiera el bullicio de las loras ni de los pajules ni de los otros pájaros que el viejo mantenía en los corrales.

Tuvo que esperar un rato largo, sin atreverse a golpear de nuevo. Las aletas de la nariz se le ensanchaban y cerraban, sin que se diera cuenta, como hociquito de sucuy, percibiendo un olor pesado, montado en la oscuridad de la madrugada. Podía ser que el zachua estuviese dormido y no hubiese escuchado, pero si llamaba otra vez, podría disgustarlo. Tatí había notado claramente el énfasis del brujo en el número de golpes que se podían dar con la caracola: tres, el número favorito de Sutakone, el más perfecto después de veinte. El especial, el número de la variedad, de todo lo posible, el que además representaba a Chía en su impasible transformación.

Por fin, el viejo apareció en la puerta, y sin hablar lo hizo seguir. Era evidente que no acababa de despertar, que estaba bien despabilado y que no tenía ningún cocimiento en el fogón, pero Tatí no se afanó por desentrañar el misterio del encantamiento terminado antes de abrir la puerta. Le dio coca de un calabazo y mascaron juntos durante un rato. Tatí comenzó a excitarse. Nunca la había consumido en tal cantidad, y las pocas veces que lo hizo mascó hojas puras, sin mezcla de cal. Desaparecieron de su cuerpo el frío y la ansiedad y sus sentidos se aprestaron a percibir cualquier cambio en lo visto o escuchado. Nada era insignificante para su mente en aquel momento.

Se acurrucó en un rincón y oyó mermada la voz del zachua:

—Pronto vendrá una mujer enferma. El alma de su vientre le hace brotar sangre de la boca y amenaza con marcharse.

Hablaba pausadamente, mascando la coca de vez en cuando y haciendo que el muchacho mascara también.

“Esta mujer fue acusada de adulterio hace unas lunas. Posee un cuerpo fuerte que resistió más engargantamiento de ají del que aguanta una mujer delante de sus jueces. Hizo todo lo que pudo por tolerar el juicio y salir libre de sospecha, pero no fue posible que el martirio cesara. Por el incendio del vientre comenzaba ya a confesar la falta, cuando llegó el amante a pagar rescate por ella. El marido es muisca pobre y aceptó las mantas y se llevó a su mujer de nuevo a casa, lejos de los verdugos, pero ella no le agradeció ni quiere la vida. Invoca los espíritus de la enfermedad para que permanezcan en su cuerpo y le asusten el alma, y aunque el marido sabe que ella es cruel, no quiere que muera de esa tristeza para que no lo haga culpable ni le imponga castidad”.

Tatí escuchaba en silencio sin interrumpir las palabras ni las largas pausas que el viejo hacía. No podía ni quería hablar. Sutakone relataba los sucesos de modo que las cosas no sonaban ni malas ni buenas. Según él, la mujer incumplió su promesa de fidelidad, pero el marido tuvo recompensa y desagravio por sufrir la falta, de manera que se había obrado con justicia.

Le iba pareciendo que el zachua no quería bien a las mujeres por la forma de llamar a la adúltera y porque de la ocasión anterior, cuando vino con Suazagascachía, recordó un modo poco suave para mencionar su nombre o evocar sus acciones. La voz del brujo lo sacó de sus pensamientos cada vez más difíciles de atender.

—Hace mucho tiempo, cuando el guatavita era aún el mayor señor de estas tierras, tomó por esposa a una bellísima mujer de un pueblo del norte. Ella era su favorita, le ofrecía presentes, consentía sus caprichos, le permitía juegos y risas

y preguntas fuera de tiempo, pero la cacica, sin reparar en tanto amor, sedujo con sus gracias a un joven de la corte. No hizo falta mucho tiempo para que el rumor de la traición en sus ausencias, llegara a oídos del cacique, quien hizo castigar al desleal como se castiga a todos los seductores de mujeres nobles: cortaron su sexo y en un lugar junto al cercado lo empalaron con una estaca espinosa para que muriera frente a todos y se corrompiera después sin sepultura.

“No satisfecho aún, el guatavita ofreció un banquete público en el que hizo comer a la esposa lo que le habían cortado al amante e hizo cantar este suceso por todos los rincones para escarmiento de las mujeres y castigo de la infiel.

“La cacica no soportó esta acción que más que castigo era una afrenta, y un claro día, al descuido del esposo, tomó en brazos a la hija y se encaminó a la laguna. Cuando llegó, oró un momento, lanzó a la niña a las aguas y la siguió de inmediato. Los chuques de los bohíos de las orillas salieron al escuchar los golpes secos en el agua y, reconociendo al instante lo sucedido, corrieron a avisar al cacique.

“El guatavita subió a la colina rápido como el viento de la cordillera y exigió a los chuques que sacaran a su thiguy con vida. Los sacerdotes estuvieron haciendo encantamientos y recitando conjuros sin que eso sirviera de nada. Entonces uno de ellos se arrojó al agua y buceó hasta el fondo. Al salir, dijo al guatavita que la cacica no quería volver junto a él, pues se había desposado con la serpiente de la laguna y habitaba feliz en su palacio. Él pidió entonces que trajeran a la niña porque era la luz de su corazón. Un chuque volvió a sumergirse y con las piedras que llevaba en la mano pudo permanecer más que los otros en el fondo, pero encontró a la niña ya rígida y sin ojos. Se la presentó al cacique diciéndole que el dragoncillo enviaba un mensaje al señor de la tierra: “Privada de la vista, la niña no se acomodará al mundo de los hombres y es lo más sabio dejar que viva en el lago junto a la madre”. El guatavita comprendió que esto era lo que debía hacer y se retiró al cercado con el corazón encogido por la pena, pues amaba mucho a su esposa y a su pequeña hija”.

El zachua terminó de contarle la historia y se quedó en silencio con los ojos cerrados, como dormido.

—Puede ser cierto que quien ya no desea la vida, logre que la muerte le penetre en el cuerpo de un solo golpe, como hizo la cacica, o poquito a poco como hace la mujer que van a traer —pensó Tatí, mientras mascaba frenéticamente su nueva ración de coca. No sentía hambre ni deseo de salir al monte. Se esforzaba por comprender por qué el zachua no se lo decía todo. Esperaba a que meditara, y en eso se parecía muy poco a Zhangué. Zhangué trataba de modelar su pensamiento para que no se apartase de las leyes ni siquiera una palabra. Lo acusaba de pretender alejarse de los dioses, cuando sucedía exactamente lo contrario: la ley lo arrancaba a él del orden del mundo sin revelarle ninguna explicación, sin dejarle siquiera un consuelo. Según su hermano, debería simplemente acatar las leyes, pero él no haría cosa distinta de empeñarse en desentrañar los significados siempre que se le mostraran oscuros. Comprender era el privilegio de los chuques y los demás hombres nada más actuaban según sus palabras, pero tal vez por ser él un hijo de Chía, su voluntad se oponía a la de los adoradores de Bochica.

La claridad del crepúsculo despertaba y se filtraba por las paredes del bohío y el ambiente se iba poblando con los colores del aire y el bullicio de los pájaros. Tatí comenzó a percibir un ruido muy débil que no lograba identificar y pronto se dio cuenta de que eran voces y pasos lejanos. Miró al viejo interrogativamente, y él le dijo, como hablando solo:

—Llegan en el momento justo. Estamos preparados.

Sin embargo pasó un tiempo que a Tatí le pareció una eternidad, antes de que llegaran al bohío.

La mujer había hecho parte del trayecto a la espalda del marido, como si fuera una niña. Estaba delgada y pálida y se notaban en sus movimientos el desgano y la ausencia.

Ya dentro de la choza, sentada en un rincón en penumbra, asintió a algo que el viejo dijo a su oído. Sutakone aspiró polvos de yopo e hizo que Tatí también los aspirara. A la enferma y

al marido les ofreció pócimas diferentes, pues necesitaba que en distintos grados y de desigual manera, los sentidos de todos los presentes se aprestaran al encantamiento.

Afuera el ruido de las loras se hizo ensordecedor y el cielo se oscureció de repente. El viento comenzó a soplar y les llegó el olor penetrante de la tierra mojada y el lamento de la sembrera azotada por el golpe de las inmensas gotas que cayeron sin aviso.

El viejo desnudó a la mujer y el esposo señaló a Tatí diciendo que el muchacho no podía mirar la desnudez de una mujer casada. Sutakone replicó que el joven era su aprendiz y que era necesaria la fuerza que poseía su alma nueva para el alivio del mal que encontraban las almas escurridizas como la de ella. Tatí sentía que el zachua descubría su verdad. Comprendió que esa era la fuerza que pugnaba por salir en las largas noches en que no acudía el sueño, cuando adivinaba luces y formas sin sentido en la oscuridad.

El zachua dijo de pronto con una voz que sonó a eco: Tatí, Canción de la Labranza, mira el moco que fluye de mi nariz y dime cómo corre.

—Hace camino por la comisura izquierda de tu labio —contestó apresuradamente el muchacho, percibiendo también su voz como atrapada en una caña hueca.

Sutakone frunció el ceño, pues esta manera de fluir su esencia le indicaba que iba a ser tarea difícil recuperar la salud de la enferma.

La volteó bocabajo, sintiéndola como una madeja floja y la frotó despacio con un bálsamo tibio y le masajéó en círculos, con fuerza, la espalda y las nalgas. Todo el cuerpo de Sutakone temblaba. Pronunciaba sin parar palabras que ninguno de ellos comprendía y Tatí pensaba, mientras lo veía, que solamente parecía viejo, porque conservaba intacto el brío de la juventud. Sus ojos brillaban tanto como los de un muchacho y sus dedos se clavaban en la carne de la mujer con la misma precisión con que un güecha trituraba las sienes de los enemigos.

Después, con una cañita delgada, Sutakone chupó sin descanso toda la piel, todos los poros de la mujer y Tatí, detrás

de él, palpaba el cuerpo que iba quedando ondulado y rojo. Mucho rato estuvieron haciendo la misma cosa, pero ella continuaba con las piernas frías y los ojos cerrados como si durmiera mecida por una mano amiga. Sutakone, entonces, caminó en cuclillas dibujando círculos y gruñó y gritó y aspiró más y más yopo hasta que la mucosidad, más amarilla, corrió derecha hacia el centro de la boca.

Casi de golpe se aplacaron la lluvia y el parloteo de los pájaros. El aire se coló brillante y limpio, y los nubarrones se disolvieron tan rápidamente como se habían formado, y en medio de la calma invocada por el poder del zachua, la mujer comenzó a despertar y a decir cosas que no alcanzaban a escucharse.

Sutakone acercó su oído y atendió. El cuerpo del viejo se iba relajando, se iba aquietando el temblor que lo recorría y de nuevo tomaron color sus mejillas y los ojos volvieron a mirar los objetos y personas de este mundo.

Cuando la mujer se incorporó por su propia fuerza, Sutakone le ató al cuello un collar de cuentas de barro de color verde, casi claro, intercaladas con nueve caracoles blancos, que debería usar exactamente durante tres lunas. El día que se cumpliera este plazo tendría que venir sola a regresarlo al zachua. El collar terminaría de sacar la enfermedad del cuerpo y el viejo los enterraría en un lugar secreto donde nadie los pudiera encontrar jamás. En ese tiempo tampoco podría comer carne ni condimentos ni beber bebidas fermentadas, y tomar diariamente un triturado de raíz de palo rojo.

—Dentro de tres lunas tu mujer estará curada —dijo Sutakone al marido—. Ahora ella ya no llamará más a la enfermedad ni a la muerte. Si después de este tiempo la sangre torna a brotar de su boca, sabrán que mi medicina no puede hacer nada más. Deberás acudir entonces a los chuques y orar para que el guatavita les conceda licencia para curarla.

El marido sacó de su mochila una pequeña manta estampada y la entregó al zachua, prometiéndole curies y yomas si la esposa se curaba. Se marcharon cuando ella recobró el sentido. Para Tatí era increíble que caminara firmemente cuando había



llegado casi sin aliento. Quería hablar, interrogarlo aunque lo reprendiera, pero no acertaba a decir nada adecuado. Le asombraba el poder del zachua pero más lo acosaban las palabras que dijo sobre su naturaleza. Necesitaba con urgencia saber qué misterio encerraba su alma inexperta para que el viejo hubiera necesitado de ella en esa curación.

Sutakone no le dio el momento para hablarle, lo dejó solo un rato largo, sin autorizarle la partida y después vino del monte a darle un poco de jarabe dulce y lavarle la cara y las manos junto al fuego para que no quedara en ellas nada de la morbosidad que habían palpado. Le indicó que ya era el tiempo de marcharse y que muy seguramente pronto volvería a buscarlo. El joven abandonó el bohío con disgusto, con el desconcierto de no haber conocido el sentido de su presencia. Había tenido por un momento la sensación de que las manos del zachua eran sus manos y que las palabras que salían de la boca del anciano eran dichas con su voz, pero no podía creer que tal cosa fuera cierta. Tal vez había sido un sueño en la vigilia. Tal vez... No se le ocurría ninguna razón que convenciera a su alma, pero estaba tan cansado que pensaría después en ello.

Al salir lo encandiló la luz brillante de Zhúe que lo tocó desde el ocaso.



## —QUIHICA MUIHICA—

### Suamox

**TATÍ REGRESÓ** a los duros ejercicios del entrenamiento y halló la manera de desgajar fruto por fruto el racimo de encuentros clandestinos que inició con Suazagascachía. En todos los días libres buscaba su presencia porque comenzó a necesitar la risa y las palabras de ella que poseían la magia de conjurar las dificultades. Aprendió a imprimir una fuerza colosal a cada uno de sus lances en la escuela, trayendo su tibia imagen a la mente e invocando su nombre y evocando sus augurios.

Sin poderlo remediar, una límpida tarde de la séptima luna ignoraron sus últimos reparos y, en un nido de espigas rojas, desorientadas entre el verdor del bosque, a la vista de la tierra y del cielo hicieron el amor. Incrédulos, los dos estrenaban la ternura y ejercían plenamente la inconsciencia del instinto. Tatí aprendía de memoria las picudas curvas de los senos y la rispidez incipiente del sexo que no agotaba su deseo y ella se complacía recorriendo con los ojos y las manos la descomunal forma que exhibía con malicia Tatí y reía con cada caricia que inventaban. Pudieron haber ignorado, también, el paso de Zhúe, siempre caminando adelante, marcando un tiempo que no regresa, pero no se quedaron más rato del necesario para saber que ahora tendrían que amarse para siempre porque eran cómplices en la dicha y en el pecado.

Sus encuentros eran cortos y espaciados, para que nadie descubriera sus amores. Tatí pensaba que de todas maneras sólo estaban aplazando lo inevitable, pues pronto tendrían que confiarlo a alguien o negar el cariño que tan fuertemente los ataba. Suazagascachía, en cambio, parecía poder soportar la situación indefinidamente, por lo que a veces Tatí la increpaba con brusquedad.

—Llegará un día en que tu madre diga que debes encontrar un marido y abandonar el bohío. No podrás permanecer soltera muchos años más, metiendo la mala fortuna debajo de sus quines.

Suazagascachía lo calmaba diciendo que encontraría la manera de que su madre les consintiera casarse si él continuaba haciendo méritos en las prácticas de la escuela. No era fácil conseguir un marido que camina sus primeros pasos bajo el manto de los preferidos del guatavita, al menos no tanto como buscar sucuyes o palomas o frutillos silvestres.

—No sólo serás un güecha destacado, sino que lograrás llegar muy alto y estarás cerca de los gobernantes. Mucha gente conocerá nuestra desgracia y alguno habrá que se apiade de ella —le aseguraba desde el fondo de sus presentimientos.

Tatí no esperaba con la misma certeza que se rompieran normas por problemas que incumbían sólo a dos personas, pero lo repetía en cada encuentro no como una tortura sino para que sus réplicas le mermaran algo la angustia y le pusieran paz en el corazón.

—No debes confiar tanto en la felicidad de mi destino ni en el apego ciego de los poderosos hacia aquellos que les sirven. Antes que ser ayudado, o tan siquiera tolerado, creo que seré repudiado por cualquiera que sepa lo que pretendemos.

Eran palabras y sentimientos que venían una y otra vez, disfrazados de muchas maneras distintas, en cada encuentro que lograban realizar.

Poco antes de la cosecha, las lluvias de la luna suhuza, llamada cola o rabo y festejada con atuendos de osos y zorros, arreciaron sin tiempo. Los hombres comenzaron a temer la inundación y se apuraron a recoger el maíz, aun antes de que las mazorcas alcanzaran la plena madurez. Muchos se quedaron sin poder hacer siquiera eso, pues durante la siguiente luna, la luna aca, la de los bienes, los aguaceros fueron torrenciales y desbordaron los ríos. Par alguna razón, los dioses les pedían cuentas de sus actos y los castigaban. En Guatavita y los otros poblados levantados en el valle del Siecha hubo escasez y

temor. Peor aun fue el desbordamiento, en Bacatá y Soacha, de otros ríos mayores que no contuvieron en su cauce la furia de Sié. Las aguas no alcanzaron a despeñarse por el Tekendama, sino que se quedaron sobre las sementeras, ahogando todo lo que crecía en ellas.

Los caciques recibieron la información que trajeron los funcionarios y enviaron a los pregoneros a decir sus palabras y a otorgar su ayuda a quienes perdieron todo. Las familias se retiraron a las labranzas de las tierras altas, el único sitio en el que se podía estar a salvo, pero donde encontraban nada más yomas y cubios y pequeñas moras. Los chuques sacrificaban y oraban. Estaba cerca el final del primer cuarto de la edad y los dioses pedían sacrificios y mostraban la capacidad de su poder para que nadie se olvidara de venerarlos. Siempre al final de cada revolución, había que esperar venganza por las faltas y descuidos en el culto. Zhúe sólo se calmaba con el sacrificio humano y por ello en Suamox, el sumo sacerdote, en nombre de toda la nación muisca, inmolaba un moxa puro que llevara las plegarias y el llanto de los mortales al dios.

Los güechas debieron prestar auxilio a las gentes afectadas por las lluvias, transportar cargas de víveres desde el cusmuy a los bohíos y ayudar a separar la materia putrefacta cuando las aguas se retiraron. Estuvieron presentes en cualquier tiempo que otros necesitaron la fuerza de sus brazos o la generosidad de sus corazones. Tatí fue de un lado a otro trabajando sin descanso durante los interminables soles que duró el azote. Ni siquiera los niños retozaron en los charcos en esos calamitosos días y la fiesta de la cosecha se transformó en una procesión de lamentos y oraciones. Los sacerdotes ayunaron mucho más que de costumbre y afanados buscaron las pocas quebradas mansas que quedaban para sumergirse en sus aguas y purificar el cuerpo y el alma, a fin de elevar sus voces limpias a lo alto. A punto estuvieron de colgar en una jaula izada en uno de los Ta, a un panche viejo para que muriera flechado por los guerreros. La sangre humana, recogida y dispersada desde altos montes a todos los rincones del cielo, siempre era bebida con gusto por el vengativo Zhúe.

Tatí no esperó a ser llamado y uno de aquellos días subió hasta el bohío de Sutakone. El zachua no había aparecido en ninguna de las rogativas públicas y lo encontró desfigurado y macilento. Se estaba preparando para hacer su propia súplica, porque había llegado el día de ser escuchado. Le pidió a Tatí que viniera al amanecer, a ayudarlo a llegar al monte donde elevaría su demanda de ayuda a Bochica. Le aseguró que lo había llamado y por eso sus pasos lo condujeron a la choza, que poseía poder para hablar sin boca, para encontrar el oído del espíritu de quienes quisieran escucharlo. Tatí no dudó y le prometió que ayunaría y se mantendría solo hasta la hora del rito, como se lo pedía.

Algunas personas se dieron cuenta del suceso y treparon la colina detrás de ellos. Llegaron antes de que saliera el sol, cuando caía una llovizna blanca que calaba los huesos. Sutakone se quedó inmóvil, con la mirada hacia el oriente esperando el resplandor de Zhúe. Miró fijamente a los ojos de Tatí, de nuevo al cielo y otra vez a sus ojos. Le tomó la mano y se tendieron bocabajo sobre el suelo empapado. Tatí sentía temor. No sabía a qué obedecía ese movimiento de ojos tan desapacible, pero al contacto de la mano del anciano el miedo se calmaba, y el frío se iba transformando en un calor reconfortante, capaz de alcanzar no sólo sus cuerpos, sino también el aire del entorno. Mucho rato después las nubes se adelgazaron y se disolvieron dejando espacio al círculo encandilante de Zhúe, apiadado por fin de los hombres.

Sutakone no se movía de su sitio ni lo podía hacer tampoco Tatí. El viejo parecía dormido en su quietud, pero tenía los ojos bien abiertos. Permanecieron en esa actitud hasta que el sol recorrió una buena parte de su camino. Los pájaros hablaron en el desorden de tanto resplandor y las voces de las gentes cantaron con ellos el poder del brujo. Sutakone hizo una señal y Tatí lo ayudó a levantarse. No miraba a nadie. Tenía el cuerpo yerto pero los ojos incendiados. Por su delgadez Tatí no tenía que hacer ningún esfuerzo para llevarlo. La gente estuvo viéndolos bajar hasta que llegaron al camino y se perdieron en el sendero que moría en el bohío del viejo.

En el poblado comentaron el suceso de la colina durante mucho tiempo y en los días de mercado extendieron la noticia por toda la sabana. Empezaron a consultar al brujo, siempre con recelo, pero atónitos ante su poder mayor que el de los chuques. Ahora que tenían cerca un mejor intermediario para las transacciones divinas, se volcaron a solicitar su ayuda y a alabar sus ritos. Tatí también oyó decir lo mismo a sus compañeros, cada vez en tono creciente. Un día fue llamado por Capa e interrogado por su participación en el sortilegio.

—No puedo prohibir tus andanzas con el zachua, pero es mi obligación aconsejarte que no dejes distraer tu espíritu en la ejecución de tareas que no te corresponden. No comprendo cómo disfrutas la compañía de un viejo brujo casi demente.

—Sutakone sabe lo que hace y he presenciado sus curaciones y la plegaria del desagravio a Zhúe. Él ha dicho que necesita de mí, no comprendo por qué, pero siento pujar una fuerza dentro de mi pecho. Es una voz hablándole a mi espíritu y al espíritu de las cosas, para hacerme más habilidoso y facilitar mi aprendizaje —Tatí decía sus palabras con una rapidez asombrosa, convencido de que era una certeza con espacio reservado desde siempre en su corazón.

—Hay otras razones para que tengas cuidado —insistió Capa—. Los chuques no están contentos. Recelan del poder de Sutakone, sólo en apariencia mayor que el suyo. La gente acabará por perder la fe en su ciencia, pero ellos harán lo necesario para demostrar que no es cierto lo que ahora parece indiscutible. Ya sospechan del maligno que inspira a Sutakone, muy posiblemente Chía que regresa a sus andanzas, celosa porque su culto disminuye.

Capa hacía un esfuerzo para decirle aquello. Realmente amaba a Tatí y no quería que recayera sobre él la enemistad de ningún poderoso de la corte.

—Te digo estas palabras porque es importante para mí que mis alumnos se comporten siempre adecuadamente. Soy tu guía en los asuntos espirituales y tu mejor acción será la de alejarte del brujo.

Le hizo una señal para que se retirara y Tatí fue directamente al comedor. Mientras comía sintió una mirada clavada en su nuca y vio a la mujer de negro recorriéndolo con sus ojillos asquerosos. Si fuera aún un niño, seguramente podría aojarlo, pero por fortuna ya tenía suficiente vitalidad para contrarrestar la perversidad encerrada en ese cuerpo deforme de mujer. Cada día pasado en la escuela, había advertido una fuerza siniestra oponiéndose a la tranquilidad de su espíritu y acababa de cerciorarse de que emanaba de la vieja.

Las fiestas del Huán menguaron aquel año. El tributo para el zipa no fue tan abundante como otras veces, pero ya no se hablaba de lo perdido y de nuevo todos comentaban los mejores tiempos que habrían de venir. Ignoraban, de intento, la cercanía del fin del período y los desastres que siempre llegaban con él, porque no era posible que los dioses reclamaran más desagravios e impusieran nuevas calamidades.

Los días se fueron amontonando en semanas llenas de claridad y suave tibieza. Zhúe bebía como antes la humedad rezagada y la luna quihica bosa, la que significa el cerco que se construye alrededor de las sementeras, llegó radiante. Tatí seguía viendo a Suazagascachía y un día decidió hablar con Xiety de sus amoríos. Su madre, una mujer sensata tal vez conocería alguna solución, y si no, al menos le permitiría descargar la inquietud del pecho.

—Hace mucho tiempo —empezó a decir Xiety, después de escuchar las cuitas del hijo— vivió en los dominios del zaque un guerrero llamado Hunzahúa, que engrandeció el reino como nunca soñaron sus gobernantes. Sometió tributarios de esmeraldas, de cerámicas, de fique trabajado y de otras riquezas para el zaque. A la muerte de su señor, Hunzahúa fue coronado por mérito de sus hazañas y muchas doncellas le fueron ofrecidas, pero él no se sentía halagado por ninguna. Su corazón sufría porque se había llenado de un amor maldito. Hunzahúa se había enamorado de su hermana, y como ella le correspondía, se amaron con un amor que les rebasó el entendimiento. El zaque acudió a la madre, como haces tú ahora conmigo, para solicitar que bendijera sus relaciones,



pero la mujer se aterrorizó. Los dioses no permitían de ninguna manera el amor de los hermanos, que expresamente habían prohibido.

“Hunzahúa no pudo convencerla a ella ni a los sacerdotes de ninguna de sus disparatadas razones y entonces los enamorados resolvieron renunciar a todo y marcharse de la tierra en la que habían crecido. El cacique no sintió dolor por dejar abandonadas riqueza y gloria. Tomó a su enamorada y se alejaron del pueblo por sierras y montañas hasta lugares que nadie conocía. Detuvieron la marcha en un vallecito fragante y allí se amaron días y noches sin descanso para olvidar que su amor era un pecado. No pensaban en nada que no fueran ellos y sus sentimientos inmensos como el cielo.

“Poco a poco el vientre crecido de ella les hizo comprender que no podrían seguir viviendo apartados del bienestar que merecía el niño por ser el heredero del zacazgo.

“La madre se alegró con el regreso, pero al comprender la gravidez de la hija, levantó contra ella su garrote. Por fortuna el golpe dio en un cántaro de chicha, pero con tal odio, que hoy todavía corre líquido del pozo que allí se formó.

“El hermano tomó a su amada en los brazos y huyó de nuevo, después de maldecir la tierra de sus padres y condenarla a la esterilidad eterna. En las afueras del pueblo, sacó una flecha del carcaj y templando violentamente el arco la lanzó para que les indicara el camino. Llegaron hasta una gruta oscura y fría, y entre el chillido de los murciélagos, improvisaron un lecho donde ella dio a luz. Descansaron toda la noche, pero al despertar, la madre descubrió que la criatura se había convertido en roca y se alejaron aterrorizados sin mirar otra vez lo que dejaban.

“El cacique de nuevo disparó su flecha del destino y la siguieron hasta el Tekendama. A sabiendas de que no lograrían cruzar el torrente, Hunzahúa extendió el brazo para ayudarle a la esposa, pero al juntar las manos se convirtieron en las rocas que aún están ahí para recordar a todos que ninguno, ni siquiera un poderoso señor, puede infringir la ley de Bachué”.

Las palabras de Xiety le trastornaron el corazón a Tatí. Había escuchado la historia de los amantes incestuosos hacía muchísimo tiempo, cuando aún era un niño que no entiende. Se la había contado una anciana como una historia de amor y no como una pena para el escarmiento. Ahora las palabras de su madre le abrían una grieta de desgano, pues lo hacían imaginarse a sí mismo y a Suazagascachía soportando el duro castigo de ser piedras. Ciertamente los dioses no se amaban y por eso no entendían los corazones y cerraban los oídos a los clamores del afecto.

Xiety intentó una sonrisa, pero Tatí endureció el gesto para despedirse y marcharse al monte, donde nadie le mirara la tristeza.

No volvió a buscar a Suazagascachía y se aplicó aún más en sus tareas. Capa y Chutama contaban con él. Le hablaban de todo lo que sucedía en la corte del Zipa y en la de los aliados. Cuando había escaramuzas le daban detalles de las refriegas y le decían que ya pronto podría él mismo participar en alguna guazábara. Escudándose en esos asuntos no pensaba en Suazagascachía y borraba con furia las evocaciones de su frustrado amor.

Durante la tercera luna, la luna mica, abonaron y sembraron y celebraron una vez más la fiesta de la fertilidad. Los guerreros danzaron y también los chuques. Después danzaron los demás hombres y las mujeres se les unieron poco a poco. La danza cadenciosa y lenta atrapaba los sentidos y en una comunicación sin límite los hombres amaron a las mujeres y ellas los amaron y todos amaron a la tierra y le entregaron sin reserva su simiente.

Tatí no podía sumarse al desenfreno, pues aún era demasiado joven para impedir que el suelo le robara la incipiente hombría. Se retiró del campo con los demás jóvenes tan pronto terminaron las danzas, pero alcanzó a ver a Suazagascachía, más hermosa que nunca antes, más hermosa que todas las muchachas que danzaban. Se fue pensando en ella, en sus suspiros y risas debajo del peso de otro hombre. Le daba rabia que tuviera la edad suficiente para unirse al

amor común de esa celebración y que él, con sus mismos años, aún no la alcanzara. No podía impedirle que participara. No debía ni siquiera hablarle de aquello, pero no era capaz de evitar sentir algo como un gusano, caminar por sus entrañas haciéndolo enfadar.

En todos los días que siguieron, de nada le valió a Tatí que se dedicara a las prácticas de tiro y a levantar piedras para dejar de pensar en ella. Aumentaba su fuerza con los ejercicios, pero el corazón se le empequeñecía con la lejanía. Se empeñaba en no verla, eludía la melancolía y la nostalgia, pero se le hizo grande la pena hasta el punto de transformarlo en un muchacho tosco y huraño con los compañeros. Para Capa era un cambio provechoso, pues no lo distraían los juegos ni las diversiones que acostumbraban los demás.

Cuando se cansó de la banalidad de sus intentos diarios, Tatí decidió volver donde el zachua, pero no a contarle sus cuitas, porque ningún filtro ni pócima podría terminar con su tristeza, sino a beber en la fuente de su sabiduría, a acrecentar la potencia de las facultades que Sutakone adivinó en su alma. Sabía que Capa se disgustaría mucho, pero prefería el enojo del maestro a la desazón del cuerpo. Pocos días antes, Capa se entusiasmó hablando del momento de consagrarlo definitivamente como güecha, pasada ya la prueba inicial de los dos primeros años. Prometió conseguirle las plumas de la diadema de la ceremonia con un mercader de la sierra y las orillas del Guavio. Capa gustaba de lo exótico y de los ornamentos venidos de la llanura grande: serpientes y cocodrilos embalsamados, plumas de garzas y papagayos, telas y gorros de corteza machacada, cestos, collarejos de semillas perfumadas y pieles de animales inimaginados. Con esos objetos desfilaba en las grandes celebraciones y Tatí sospechaba que los utilizaba más que todo para invocar el poder de transformarse en bestia, el mismo de algunos magos guerreros de la antigüedad.

El zachua lo recibió con entusiasmo, pero le reprochó la ausencia durante tantos soles:

—El día de la luna llena del segundo mes envié a buscarte.

Deseaba enseñarte la estrella de la fortuna encerrada en el grupo de la serpiente, mucho más brillante que todas ellas, vencedora de la adversidad. Es tiempo de que conozcas lo que anuncia el cielo para que puedas hacer caso de sus advertencias y de sus augurios. No hablaré de tu respuesta que sólo fue una disculpa sin sentido. Tus ocupaciones en el cercado no pueden impedir tu verdadero destino —Tatí no sabía de qué destino hablaba—, es hora de que lo sepas, porque yo estuve junto a ti en tu iniciación y te vi empuñar los objetos que te buscaban desesperadamente el alma. Y sé también del collar olvidado en tu cuello. Cuando lo recuperes entenderás cuál es el camino y por fin actuarás como corresponde.

Tatí comenzaba ya a entender. El recuerdo de lo ocurrido ese día se le había quedado escondido detrás de una cortina de niebla que ahora se desvanecía. Jamás fueron sus reparos una alternativa para su destino, sino, más bien, un obstáculo para su empeño, pero Sutakone tenía tal vez razón cuando afirmaba:

—Los chuques no quieren a los zachuas. Temen nuestro poder y tratan de disminuirlo. A ti te han hecho creer que solamente hallarás la dicha y el amparo de los dioses si eres güecha. Yo dejé que lo creyeras, pero se acerca el momento de la verdad. Aún no sabes de tí todo lo que yo conozco y es por eso mismo por lo que te necesito. Presiento que se acerca un nuevo tiempo. Vete y reflexiona. Estás libre para buscar tu collar o para dejarlo enterrado para siempre, pero si lo buscas, trata de hacerlo durante el amanecer de la luna nueva.

## II

Tatí sentía alivio, pero seguía albergando muchas dudas. Se encontraba a gusto en compañía de Capa y los güechas. Le entusiasaban los ejercicios de práctica, las competencias amistosas con los compañeros, la pompa de los maestros, las enseñanzas de los caribes, todo lo que se realizaba en la escuela, pero sobre todo lo animaba el anhelo de complacer a

Suazagascachía que no imaginaba para él una forma distinta de la de güecha para ser hombre ilustre y amigo de los dioses. Su problema era maravillarse tan asombrosamente de la sabiduría de Sutakone para entender los sucesos y la gente. Era una verdadera necesidad de su alma saber cómo podía alcanzarse tal entendimiento y compenetración con la naturaleza entera y trataba de imaginar un modo de vida que no lo apartara de ninguno de sus dos deseos. Lo peor era el silencio de Sutakone en torno a la guerra y los guerreros. Parecía hacer de cuenta que Tatí, fuera de la choza, no realizaba ninguna tarea porque nunca le preguntaba por lo sucedido cuando no estaban juntos. Tatí siguió viendo con alguna frecuencia a Suazagascachía porque ella, tercamente, hacía coincidir de algún modo sus visitas al río con las de los jóvenes güechas. No volvieron a hablar, pero reemplazaron las palabras con miradas largas, de animales cautivos. La invocaba en todos los momentos y en todos los lugares y decidió decir nuevamente su angustia a Xiety.

Ella aceptó que Tatí había hecho un buen esfuerzo, pero aunque conocía sus rarezas no dejó de sorprenderse de su inmensa desazón en medio de la aparente simpleza de su alma. Se apiadó él y le aconsejó buscar la mediación del iraca, pues había escuchado algunas habladurías de amores de hermanos, pero siempre en tierras del zaque, donde los ancianos hacían menos caso de los dictados de Bachué. Tal vez se tratara de licencias especiales, concedidas a los poderosos y a los nuevos güechas encumbrados, sucesos extraños de las tierras del norte, como el caso escandaloso de unos capitanes que desheredaron a los sobrinos y prefirieron a los hijos.

Tatí sintió deseos de decir mil palabras por la brisita fresca que Xiety le sopló al oído, pero apenas sonrió y prendió largamente los ojos a los ojos calmosos de ella.

Solicitó permiso a Chutama y a Capa para emprender el viaje a Suamox. Quería partir con los comerciantes que saldrían con la luna llena. Solo, seguramente extraviaría el camino, y no merecía la pena arriesgarse cuando ellos estaban dispuestos a guiarlo a cambio de que se sometiera a transportar parte de la

carga. Se le hizo el cuerpo leve como colita de sucuy, cuando Chutama autorizó el viaje. Buscó una ocasión para hablar con Suazagascachía y ella le avisó que también la llevarían a hacer oración y penitencia en el adoratorio de la laguna grande de Saguacinsá cerca de Tausa, o probablemente a Iguaque, al propio adoratorio de Bachué, el doble templo de las imágenes milagreras.

—Es solamente una petición de perdón y ayuda —dijo ella—. Mi madre cree que los dioses estarán de nuestro lado y que nos será concedida la dispensa. Partiremos dentro de una semana. Espero que te veré a mi vuelta y que entonces me permitirás decirte todos los halagos que acuden a mi boca cuando te veo. No es bueno truncar las palabras y las caricias tanto tiempo, porque pueden ser reclamadas por algún ánima traviesa.

Tatí la escuchaba queriendo creer, pero sabía que a pesar de tanta palabrería, de tanto suspiro contenido en el medio del cuerpo, acataría sólo lo dicho por el iraca.

Se despidieron sin ninguna caricia, sin revuelo, sin reproches, atenedos únicamente a la esperanza, con plena conciencia de que cada uno entendería las razones del otro en el momento final.

Tatí tenía la seguridad de que Suazagascachía encontraría el auxilio adecuado. Muchas veces oyó hablar a Zhangué de la magnificencia y el fervor de los sacerdotes del adoratorio de Saguacinsá, un lago inmenso donde se reposaban unos ríos y se renovaban para inventar cursos diferentes y llamarse con otros nombres. En medio de la laguna descansaban dos islotes en los que se alzaban sendos templos atendidos por más de cien sacerdotes.

Tatí imaginaba la fascinación de contemplar la cantidad de vestidos rojos, todos en movimiento a la vez. Los muiscas habían adorado y ofrendado y pedido auxilio en aquellas aguas desde un tiempo tan antiguo, que ya nadie sabía decir cuándo comenzó. Suazagascachía tendría que encontrar ahí la palabra que precisaba su desamparo, aunque no fuera la que deseara escuchar.

Capa lo encomendó a los dioses y Tatí partió con la caravana de comerciantes un amanecer lleno de estrellas trasnochadas. Era tiempo seco y no esperaban lluvias. Los caminantes venían alegres, convencidos de que nada malo les ocurriría, pues habían ayunado y hecho sus ofrendas antes de partir. Casi todos eran jóvenes, y aunque no eran dueños de la mercadería, sabían que tendrían una buena paga en mantas o provisiones. Tatí pensaba en Kuni y en su propia incredulidad. Jamás imaginó posible que él o su amigo transportarían cargas en medio de los comerciantes. Ciertamente eran muchos los modos de alcanzar el destino final.

El objetivo de la caravana era el lejano mercado de La Tora en las orillas del Guacacayo. Intentaban conseguir oro en polvo a cambio de sal y mantas estampadas, y un poco más allá del poblado iban a buscar betún negro. Lo necesitaban para aliviar el cansancio de las piernas y del cuerpo, pero pocos se arriesgaban a llegar hasta el pozo de donde brotaba, porque se hallaba casi en las tierras de los muzos. El pozo realmente pertenecía a los guanes, amigos de los muiscas que gustaban de los tratos con ellos por la calidad de la mercadería, las artesanías y los panes de sal. Pero los muzos cada día se apoderaban de tierras nuevas y desalojaban a los pacíficos guanes y los privaban de lo que les pertenecía. Recientemente también a los muiscas les arrebataron los montes altos del adoratorio de Furatena apartándolos para siempre de su devoción. Los mercaderes experimentados instruían a los novatos sobre lo que encontrarían. Ensayaban los regateos y las palabras de alabanza para los hombres con los que tendrían que tratar. Pero de lo que más les contaban palabras asombradas era de la gran piedra, blancuzca y tintineante, alrededor de la cual se reunirían para el intercambio. Era una piedra descomunal, llegada misteriosamente un día, sin que se supiese cómo, y que nadie pudo mover jamás, ni con la fuerza de los seis hombres que lograban abarcarla.

Se detuvieron en cada uno de los numerosos pueblos por los que pasaron. Tatí recorrió sin sorpresa el camino ya hecho con su padre en el viaje a Turmequé, pero más allá encontró

senderos y paisajes cautivantes. No se detenían más que el tiempo necesario para las transacciones y para un corto descanso. La curiosidad se le quedaba siempre insatisfecha porque él habría querido conocer mejor cada lugar, cada cercado, cada persona, hacer muchas preguntas, examinar todo con sus propios ojos.

En Hunza, se dejó deslumbrar por la riqueza del zaque. Solamente podía ver el cercado desde afuera, pero no necesitaba mirar más para darse cuenta perfectamente de cuán grande era su poder, y no era solamente por su propio cercado, sino por el de los muchos ricos señores que eran sus súbditos. Ya comprendía por qué Saguanmanchica aplazaba continuamente la guerra con Michúa y por qué necesitaba tanto hacerla. Varias veces en Hunza preguntaron al jefe de la caravana qué hacía un güecha entre mercaderes y cada vez debían explicar el motivo por el cual viajaba Tatí por aquellos parajes. No era fácil comunicarse con los guardianes. No decían las palabras de igual manera ni atribuían el mismo significado a los gestos y expresiones. Seguramente recelarían también de cualquiera que viniera del zipazgo, por ser tan grande la enemistad que existía entre los dos poderosos jefes, pero se tranquilizaban cuando respondían que era un guatavita que tenía necesidad del consejo del iraca.

Los pueblos le parecieron más grandes y más juntos que los del sur. Casi llegaba a confundir la fisonomía de cada uno en sus recuerdos. En Iza la caravana se separó de él, prometiendo volver en unos trece o catorce soles para el viaje de regreso. Tatí caminó solo por los fríos campos de aquella población y su pecho se llenó de gozo cuando divisó desde las colinas el fértil valle de Suamox. Algunas gentes lo encaminaron por los dominios del paipa y después por los del poderoso príncipe de Tundama. Ni aun el aguerrido zaque había podido someterlo y el tundama gobernaba a su manera sobre sus súbditos y prestaba auxilio a quien mejor le pareciese, sin recibir orden de ningún señor más fuerte o rico que él.

A la puesta del sol Tatí llegó a Suamox. Estaba oscuro, pero permaneció cerca del gran templo y pasó la noche en un bohío



de sacerdotes. No le hicieron muchas preguntas porque se apiadaron de su cansancio y su emoción. Sólo lo interrogaron lo suficiente para saber que la ofrenda que traía halagaría a Zhúe y a su pontífice.

Tatí abrió los ojos cuando aún no amanecía, seguro de que el rayo de la luna debería estar acompañándole en aquel instante, pero no lograba descubrir la claridad en ningún lado. Tardó en darse cuenta de que el bohío estaba cerrado completamente a la luz de Chía. Descansaba en la tierra de los adoradores del sol y sintió inquietud, separado de su amada diosa de la noche.

En la mañana lo despertaron los hilos de luz que penetraban por una pequeña ventana abierta y el currucuteo de la tórtola de los caminos que presagiaba siempre despedidas indeseadas. No supo a qué partida atribuirlo y pensó que seguramente era un canto para alguno de los chuques porque arrullaba demasiado cerca. Los sacerdotes le dieron algo de beber y lo invitaron a bañarse con ellos en el río. Cuando salieron, vio otra vez la tórtola sobre un montón de leña insistiendo en su canto: “que se fue, que se fue”. Empezó a preocuparle el hecho de que la hubiera visto y escuchado tan claramente. Ahora estaba seguro de que arrullaba para él. Los chuques le dijeron que el iraca lo recibiría después del cenit y por lo tanto tendría tiempo para hablar con ellos.

Tatí les contó de dónde venía y su intención de hablar con el sumo sacerdote de un asunto propio, pero no les dijo el motivo concreto de sus vacilaciones. No confiaba en esos hombres que miraban con gesto altanero, Ellos hablaron de la cercanía del sacrificio del moxa, cuando expirara la revolución que comenzaba en ata y terminaba en hisca, e iniciaron una serie de cálculos sobre sus piedras negras, pero Tatí pensó que lo hacían por molestarlo, pues de sobra conocían que un güecha no manejaba los misterios del calendario. Cada quince años, de los años agrícolas, cuando finalizaban las revoluciones, debían sacrificar un joven para evitar el enojo del dios y propiciar sus favores y este conocimiento era el único que alcanzaba Tatí. Pero de todos modos los miraba a los ojos y asentía como si

fuesen palabras fáciles, para que no logran su propósito de amedrentarlo.

Después, a medida que explicaban el rito, Tatí imaginaba a la pobre víctima, nacida y criada para el momento de su muerte. Compadecía a ese joven que nunca vería el rostro del sol ni pisaría la tibieza de la tierra, ni acariciaría la piel de una mujer, ni saborearía ají, ni tendría verdaderos amigos con quienes jugar y a quienes confiar los pesares que los hombres guardan en sus pechos. —¿Qué podría pensar un muchacho que sólo tenía contacto con sacerdotes o mujeres viejas? ¿Qué sentiría al saber que la finalidad de su vida era brindar su sangre al sol? —Tatí se preguntaba esas cosas y no le parecía que la recompensa de la acogida cierta por parte de Zhúe, fuera suficiente retribución después de tantas privaciones.

—Deben perdonar que no pueda regocijarme con ustedes por sus festejos. Nunca mis ojos presenciaron un sacrificio en el que la víctima se inmolará voluntariamente y no logro congraciarme con la idea.

—Hablaremos, entonces, de nuestro pasado —respondió un chuque tratando de disimular la extrañeza que le provocaba este joven guerrero que se espantaba por un poco de sangre extranjera.

—Podemos contarte de Goranchancha, el hijo del sol, nacido para iniciar la divina dinastía de los zaques —dijo otro de los sacerdotes.

De esa manera Tatí conoció que Goranchancha nació de una doncella de Guachetá fecundada por el sol. No había llegado al mundo con forma humana, sino convertido en una guacata que crecía y ganaba verdor cada día por la fertilidad del pecho y el calor del amor de la madre. Por la fuerza de sus besos, la guacata se transformó en niño, en hermosa criatura que se hizo hombre. Nadie le disputó el derecho de reclamar su corte cuando tuvo edad para ser gobernante porque comprendieron que era, en verdad, hijo del sol. Goranchancha comenzó a hacer sacrificios a su padre y revivió el culto que les enseñó Bochica, a quien le dio el nombre de Sadigua, “nuestro padre” y para quien impuso el sacrificio de los moxas.

Tatí entreveía su crueldad y adivinaba que las artimañas de su magia sólo buscaban asustar a los súbditos para que no le disputaran nunca el trono. Goranchancha, al final de su reinado, adquirió capacidad para ver lo que aún no había sucedido y vaticinar el porvenir. Vio para su pueblo la tragedia. Les anunció entre lágrimas que otros vendrían y tomarían por la fuerza sus tierras y los objetos de su culto y sus propias personas y les harían inclinar la frente hasta el mismo suelo. Pero en vez de quedarse con ellos para impedir el ultraje, decidió alejarse, perderse hasta una hora mejor, cuando la ventura regresara.

Tatí organizó muy bien su manto y su cabello antes de ver al iraca. El corazón le palpitaba con fuerza, pero llegó hasta el cercado con el paso firme y sin vacilación. El sacerdote era un hombre corpulento y de mirada dura. No tenía la dulzura que Tatí imaginó encontrar y pensó que difícilmente albergaría sentimientos de amor. Bajo sus atavíos dorados, se notaba su musculatura intacta, a pesar de estar ya viejo. Todo era esplendoroso en sus aposentos. Cortinas de esparto fino intercaladas con laminillas doradas, y pieles de zorros, tigres y venados sobre el suelo y la silla hecha del mismo oro amarillo y puro. Venía preparado para no asombrarse, pero no pudo evitar quedarse atrapado en las esmeraldas de las imágenes de sus dioses tutelares. Era cierto, entonces, que era el señor más poderoso después del zaque.

Se inclinó, sin mirar al sumo sacerdote a los ojos, mientras le relataba su caso.

La voz del hombre era ronca cuando respondió:

—Eres joven, inteligente y perseverante, Tatí de Chía. Esas cualidades habrán de servirte para ser un noble defensor de tus tierras y de tus señores. Es inútil decirte que alejes de ti lo que siente tu corazón, pero he de decirte que lo que siente el corazón de un hombre joven no es la verdad de su esencia, pues lo engañan sus sentidos. Los hombres deben amar a la mujer y respetarla. Amarla, enamorados, porque es necesaria la femineidad para que lo viril sobreviva. No somos más que partes de un acomodo en el que participan también los

animales y las plantas y es nuestra obligación que así continúe en un ciclo perpetuo, sin daño de ninguna de las partes.

“Tu alma se ha prendido de un alma emparentada contigo por una misma sangre de mujer... Hombres sabios han venido a tener revelaciones y a decir que importa más emparentarse por la sangre de los hombres, pues son ellos los que develan los secretos de los dioses y de la naturaleza. Yo creo en ellos. Creo que es la fortaleza del semen lo que se sobrepone a la pasividad del útero, pero no podemos desacatar la ley antigua por banales motivos inciertos.

“La belleza de tu amada ha embriagado tus sentidos como si tomaras el zumo de una hierba alucinante. Deberás alejarte de ella. No sólo no volverás a hablarle ni a verla, sino que partirás a un sitio lejano y entenderás, finalmente, que el amor del hombre puede despertarse delante de cualquier mujer, aunque ahora te parezca imposible. Pero es mi promesa, que se cumplirá aunque yo ya no esté en este mundo, que a tu regreso, si aún la amas, se te concederá dispensa para casarte con ella. Has faltado a la ley y parte de tu castigo será la lejanía. No regresarás con tu gente hasta que transcurran al menos tres años zocam, de modo que al volver tu juventud haya florecido y tu corazón sepa con certeza lo que desea”.

El trueno de la voz del anciano se calmó y Tatí salió de allí caminando hacia atrás, con la cabeza baja. El iraca le había parecido un hombre sabio, más sereno de lo que revelaba el gesto, pero le dejaba el corazón herido. Condenarlo a la lejanía era un castigo difícil de soportar. Estaba seguro de que podrían pasar mil años y seguiría amando a Suazagascachía y eso sería lo único que alentaría su esperanza mientras el tiempo transcurriera.

Caminó hacia el templo para orar y pedir al sol valor para soportar la penitencia. Se quedó un rato afuera escuchando el canto de la tórtola que arrullaba mientras daba saltitos hacia oriente.

## —QUIHICA HISCA—

### Chibchigua

TATÍ NO HABÍA ido a despedirse del zachua, pero el viejo supo ese mismo amanecer que se quedaba solo. Lo buscó con ansiedad entre la maraña de ánimas sueltas, inútiles, y echó de menos su cercanía cuando vio a Quichahuin comenzar el camino enredado de la choza. No era porque se inquietara, a esa altura se necesitaba mucho más que un pregonero altanero para inquietarlo, sino porque no lograba adivinar la razón que lo traía. Miró a otro lado y siguió en sus meditaciones, como si no lo viese. Nunca pudieron hacer nada el uno por el otro a causa de una ceguera de espíritus que comenzó antes de que llegaran a conocerse, y era mejor que así continuaran. Ni siquiera tenían la afinidad de haber nacido en la misma patria, aunque quizá Quichahuin lo ignorara. Hacía tiempo que nadie le preguntaba al zachua de dónde había llegado y cómo podía hablar con tanto acierto sus palabras. Parecían haber olvidado que era un extranjero que se instaló sin el favor de los caciques o al menos de los capitanes, sin protección ni alianza, en el comienzo del monte. Al principio lo miraban con extrañeza y temor por los ojos extraviados y la figura flaca y el silencio obstinado, pero después se acostumbraron a su presencia. Ni los cobradores de tributo se acercaban a molestar a su choza. Siempre parecía en trance y sólo habló cuando le llevaron un enfermo y después otro y otro, y finalmente un muchacho, que no quiso aceptar, para que le ayudara y aprendiera su ciencia. Comenzaron a llamarlo zachua, como a los demás brujos, pero sabían que tenía una magia diferente. No buscaba la morbosidad que se metía en los cuerpos, no interrogaba, no indagaba las culpas. Conjuraba la enfermedad con otras palabras, con otras danzas. Más parecía implorar que asustar, pero fuera lo que fuese, lograba sanar a muchos de sus enfermos. Al comienzo no todos pudieron aceptarlo, pero al

menos lo dejaron en paz porque no molestaba a nadie ni nada reclamaba. Llegó a ser uno más del pueblo, uno que curaba, uno que hablaba con los dioses del monte y de las aguas y las cuevas. Uno que no buscaba alabanza y beneficio del cacique. Uno muy extraño que veía extraño a un cortesano en su camino. Estaba seguro de que en ningún otro punto del sueño o la vigilia podría encontrarse con su alma, así que lo ignoró. ¿Qué podía intentar él con su sabiduría despulida que no fuera superado por el portentoso conocimiento de los chuques? Ya había logrado deshacerse del recuerdo primero, y ponía todo su empeño en adivinar lo que llegaba a rodearlo cuando sintió los pasos cercanos del pregonero.

—Es preciso que tomes tu mochila y tus collares y tu calabazo y vengas conmigo al cercado. Mi señor, Tibatigua, requiere tu presencia.

Ni siquiera pronunció su nombre. Ni siquiera esbozó un gesto atento de reconocimiento por su edad. Sutakone no dijo ninguna palabra de saludo, pero hizo lo que el hombre decía. Aquí extraño, a Tatí aún más, y confirmó que se hallaba lejos. Conocía muy bien su alma desde cuando la había obligado a volver, y no la hallaba a pesar del esfuerzo. No se mecía en las copas de los árboles ni en las telarañas, ni se escondía en las plumas de las guacamayas ni en la cola de los monos. No la hallaba, pero no podía dejar de imaginarla.

En el camino, Quichahuin le explicó que una de las thiguyes del cacique había comenzado a tener sueños sangrientos y grotescos en los que ella y Tibatigua se cubrían de sangre y adentro de los cuerpos se llenaban de una arena roja y seca que los ahogaba. Que perdía la razón días enteros y lloraba de pronto sin ningún motivo aparente, o estallaba en accesos de risa incontrolada. Que otras veces se ausentaba y entraba en un mundo de ensoñación donde no oía las palabras y miraba los rostros sin poder ver las muecas y que adoptaba en esos momentos una expresión de espanto, una quietud alhelada, como si contemplara algo como un demonio perverso.

Sutakone, más que las palabras, oía la aspereza de la voz del pregonero. ¿De dónde le vendría a ese hombre el derecho

de desconocer su edad y hablar con tal descortesía? Resolvió ignorarlo de nuevo y fue tomando forma la imagen de la pobre mujer joven y loca. El pregonero hablaba sin pausa y sin mirarlo. Le dijo que los chuques le habían avisado a Tibatigua que el espíritu agresor era un cazador de mujeres para los serrallos malignos, y que le aconsejaron aislarla y dejar que muriera de locura.

—Lo han tranquilizado convenciéndolo de que sus sueños nada dicen porque está melancólica y perturbada. Intentaron curarla, pero cada día la locura le retuerce más el comportamiento y son peores los gritos y los alaridos y las carcajadas y las ausencias; que el demonio hizo bien el trabajo y casi seguro ya no pueden arrebatarle la presa. Pero Tibatigua no los escucha. Desea, con desesperación, verla sana, pues es la mejor amiga de Chuinsúe, su mujer.

Realmente eran buenas amigas. Juntas hilaban y tejían. Compartían sus trastos de comer y cuchicheaban y echaban a volar las manos por sus cuerpos cuando veían aparecer a su señor. Tenían la misma picardía en los ojos y la misma alegría en la risa. Chuinsúe se olvidaba de ser una princesa seria cuando Chibchigua venía a su lado. Muchas veces durmieron juntas, cuando él reclamaba otra esposa, y estrecharon mucho más el cerco de su afecto el día que se confesaron la tristeza por no ver crecer sus vientres, a pesar de las ricas ofrendas a los dioses.

El pregonero por un momento mostró su corazón, pero a Sutakone le pareció un corazón feo y atrevido.

—Nadie quiere un demonio rondando cerca, viviendo en un cuerpo que uno puede ver y a veces hasta tocar. Debes convencer al cacique de que la encierre y deje morir de hambre porque ya no es ella la que habita en su morada. Si la miras bien verás que ha comenzado a transformar su figura. De mujer ya sólo le quedan la risa y los ojos para embaucar a mi señor y perderle el entendimiento y la fuerza y la razón. Él acude a ti inspirado por la misma maldad que se pasea en el cusmuy, pero tú debes dar tu consejo en contra de la mujer. Sé que muy pronto la princesa puede reponerse de la tristeza

porque hay otras esposas jóvenes y alegres para acompañarla y conquistarle el ánimo.

Cuando llegaron al cercado había un barullo aterrador. No encontraban a la enferma ni a su esclava en ningún lado. Sabían que le gustaba ir a un paraje del río donde el agua era más fría, pero nadie la había visto salir de donde estaban encerradas.

Sutakone pidió ver el sitio del río y Chuinsúe se ofreció a llevarlo. Le había impresionado el zachua y comenzaba otra vez a tener confianza. Estaba disgustada con los chuques por decir que, sin remedio, la voluntad de Chibchigua se trocaba en deseo de irse a un lugar donde nadie la tocara. Ella conocía demasiado bien las alegrías y la felicidad más íntima de la muchacha, para creer hasta la certeza, en un mal anuncio de los chuques.

Tibatigua la retuvo a su lado, no tenía que salir ella a esos menesteres, y el zachua se marchó con otros.

Caminaron un buen rato hasta un sitio de ensueño. El río y el cielo se deslizaban sin ruido, entre una arboleda frondosa, toda florecida con inmensos ramilletes anaranjados. La hierba cubría la tierra como una manta, como un reguero de aceite, como pelo perfumado de mujer. Sutakone notó en el aire un olor penetrante cuando se detuvieron en la leve curva del río. Chibchigua estaba en el agua, flotando boca arriba, con los ojos cerrados, respirando despacio. La esclava la miraba desde la orilla, vigilando su quietud, sin pestañear, estática también, ensimismada. No se dieron cuenta de que habían llegado por ellas, pero Chibchigua salió y se dejó conducir sin alboroto, llena de la tranquilidad del río. Después de que todos se fueron, Sutakone se sentó en la orilla y metió la mano en el agua. Realmente estaba fría, pero con una frialdad que subía del fondo. Miró las flores que tintaban la superficie, amontonadas un poco arriba del sitio donde se bañaba la muchacha. Tomó una y se acuclilló en el planchón de un peñasco, lejos de la orilla, y mascó coca y aspiró su yopo. Sólo escuchaba el viento agitando suave el follaje y los cañizales lejanos. Sintió la falta del canto de los pájaros y percibió en ese momento el motivo de los sucesos. Profanaban la morada de algún espíritu del



bosque, cruel y maligno, que pretendía espantar a todo lo que se acercara y viniera a perturbarlo. Miró la flor de su mano, pero lo distrajo una manada de venados caminando hacia el río. Eran más de sesenta venados y bebieron evitando la fila de árboles florecidos. Sutakone no movía más que la mandíbula que nunca estaba quieta. Observaba los pasos nerviosos, la masticación desasosegada, las miradas atentas, los cuerpos levemente inclinados al espacio abierto. Los vio pastar un corto momento, olisquear el aire y huir despavoridos, todos al tiempo. Reparó su flor. ¿Cómo podía verse así, lozana, si ya había abandonado su casa del árbol? Se acercó al agua de nuevo. Casi todas las flores estaban tan intactas como la que tenía en la mano. Aplastó la bolsita sobre la que se abría el vientre de la flor y le cayó un líquido amarillento, con un olor que le recordaba la orina de unos insectos que conoció en otros lugares. Aspiró y sintió que se adormecía. Puso la lengua despacio y sintió el sabor amargo. La mano ardía sin quemar, sin ponerse del color triste de la cochinilla. Muy dentro de sí, supo por qué ninguna de las personas que vio pudo darle el nombre con el que se llamaban aquellos árboles, diciendo de ellos que eran los árboles solos. Pudo ir a lavarse en el sitio donde bebieron los venados, pero necesitaba conocer lo que iba a pasar en su mente. Debía saber cómo iban a cambiar las cosas que lo rodeaban y abrió muy bien los ojos. Comenzó a sentir que se cubría de un aura destemplada, y recordó algo parecido, en las tierras de otras tribus, cuando un brujo en forma de tigre trepaba por bejucos y ramas, sacudiendo sobre las aguas un frutillo rojo para que a quien bebiera del río se le turbara la razón. Perdió el recuerdo, y vio la hierba crecer descomunadamente en un momento y a los bejucos alargarse como serpientes entre las ramas de los arbustos y los matorrales. Intentó salir de prisa mientras escuchaba los chillidos de una pareja de ardillas atrapadas en el manigal que se espesaba sin tregua. No oía las voces de otros animales, sólo sentía los chillidos y el ruido del herbazal al crecer y el pegachento olor de las amargas pelusillas desorientadas. Tenía el paso cerrado. No podía avanzar ni un palmo. Iba a quedarse atrapado en el filo de las hojas o debajo de la nubazón verde

que se acercaba y que de un momento a otro alcanzaría a cubrirlo, Retrocedió. Encontró detrás su propia senda aún abierta y corrió hasta alcanzar el río. Nadó contra la corriente sin ver nada, sin buscar nada, sin esperar nada, hasta que los oídos se le fueron llenando de estruendo de ranas y grillos. Se orilló y descansó en la arena blanca bañada de luz de luna. No caminó esa noche. Durmió un momento y esperó el alba ya sin ansiedad y pensó en Tatí con tristeza. Realmente no sabía si el muchacho escaparía a su verdadero destino. Sabía que no podía ser, que nadie escapa, que son inútiles las travesías, las emboscadas, los aplazamientos. Pensó en su propia niñez, encerrado en el templo del sol, destinado a un fin que no fue el suyo. Se preguntó, no cuando todo se trastrocó sino después, antes del regreso, si había sido burla del destino o equivocación de sus mayores. Tanto dolor y soledad habrían bastado para purgar el desacato, si hubiera sido desacato. Quizá nunca lo sabría con seguridad, pero era el enigma que animaba su existencia. Llegaba a pensar que no tendrían final ni su vida ni su muerte. Cualquier final le cupo y le cabía a su futuro espurio. Criado para ser moxa. Cultivado para ser alimento de Zhúe y finalmente desterrado, rechazado, humillado. Sin patria, sin destino, condenado a la soledad. ¿Qué hacía, entonces, Tatí metido en su pensamiento, asentado en su alma, acechando en sus alboradas? No pensó en lo que acababa de ocurrirle que era algo ya pasado, que no se repetiría otra vez de igual manera, y poquito a poco su paso se tornó seguro y la mirada buscó otra vez el horizonte.

Cuando estuvo en el cercado, Tibatigua lo hizo llamar al adoratorio.

—No indagué tu rastro que camina pasos misteriosos, pero hasta mí llegó la noticia de tu piedad y tu poder para invocar a las deidades que pueblan nuestro cielo. Tampoco haré diferencia entre tu medicina y la de los demás, aunque los chuques y los ubzaques se opongan a que tenga trato con los zachuas. Ellos han agotado ya su ciencia en mi thiguy, sin mostrar resultado. Acudo a ti para que le devuelvas la calma, y evites que el corazón y la risa de Chuinsúe se marchiten con

la muerte de Chibchigua. Si tus ardidés adivinatorios pueden descubrir lo que sucederá, quiero que lo hagan pronto y que me digas lo que vean.

—He visto, señor, que tu thiguy se curará si cortas hoy mismo los árboles solos e impides que ella vuelva a ese lugar. Los señores del monte han recobrado lo que les pertenece. En la noche y sólo una vez más tu gente irá al lugar. No permitirás que vayan los que alguna vez posaron sus ojos sobre ese paisaje que ya no es lo que fue, que ha vuelto a ser como antes de que tu thiguy lo alcanzara. Es mejor que envíes jóvenes y pescadores que recojan las flores del agua como si fueran peces y, sin tocarlas, las lleven a un sitio apartado para quemarlas y enterrar sus cenizas. De mi mano sólo saldrá el remedio para el mal que ya está hecho, y de ti dependerá que no se haga más grave. Vendré durante nueve soles y libraré el cuerpo y la mente de tu thiguy del cruel castigo que la atormenta. Es necesario que los chuques cesen sus intentos de curarla porque impedirían que mi bálsamo le alivie el sufrimiento.

El cacique cerró los ojos un instante tan corto y brusco como un zarpazo.

—¿Qué opinas de los sueños de la thiguy? —preguntó en tono bajo, de confianza, de recogimiento, con mucho interés.

—Significa que tu muerte será la de un guerrero que muere en la batalla y tu pueblo entero se bañará en tu sangre, y tu familia y tu gente llorarán tu muerte y cantarán tu derrota muchos años, porque contigo se perderá la grandeza que aún conserva Guatavita.

Sutakone no volvió a ver al cacique en los días de la curación, pero al final de esa luna fue llamado nuevamente ante el soberano.

Tuvo la impresión de que la gente le daba la espalda cuando pasaba. Caminó como perdido. No se acostumbraba al aspecto imponente de las paredes y puertas de los aposentos porque le hacían parecer encogida el alma y achaparrado el cuerpo. Chuinsúe vino a su encuentro y le dijo palabras reconfortantes que saltaban impetuosas de su alegría.

—Chibchigua ha recuperado la salud y ha vuelto a mirarme con sus ojos y a decirme sus ternezas. Sólo tiene revuelto el estómago y el sueño se mece en sus pestañas muchas horas del día. De todas formas, aunque no comprendo cómo has logrado lo que los chuques no obtuvieron, tienes mi gratitud y cuando necesites de mí envía un mensaje, que yo acudiré sin dudar.

Chuinsúe se quitó del cuello un collar con cien ranitas y tresavecillas y lo entregó al zachua.

—Ha sido fabricado por manos que se mueven por el dictado de un dios.

—Yo no puedo recibir tal presente —le dijo el viejo—. No sabría ni siquiera qué hacer con él.

—Ofréndalo a los dioses, si quieres, o consérvalo para halagar tus propios ojos —insistió la joven y se marchó.

El zachua siguió el camino del adoratorio y le pareció que el cercado estaba más solo que otras veces. Tibatigua oraba de pie delante de una de sus momias cuando Sutakone llegó, y sin volverse para verlo le dijo:

—Has cumplido tu palabra de curación, pero no creo en tus augurios. Antes me fue vaticinado que viviré largos años y que moriré tranquilamente en mi cercado.

Como el zachua no respondía, el cacique se volvió a mirarlo.

No sabía qué creer. Algo lo detenía para hacerle exigencias al brujo y se daba cuenta de que no hablaría otra vez. Le colgó en el pecho la serpiente enrollada que quitó de la frente de la momia.

—Te concedo permiso para que lleves esta joya todos los días de tu vida y para que a tu muerte, si no precisas de ella en el más allá, la dejes a quien quieras, pues ya sé que no tienes herederos.

Le entregó también un cuchillo de piedra verde, igual a los que usaban los chuques en las ceremonias.

—No vengas más a mi cercado. Hemos tenido un trato y cumplimos cada uno la parte que nos correspondía. Los

chuques están recelosos y no conviene que ellos metan la discordia en el cismuy. No emprenderé tu defensa, pues no estás bajo mi protección y creo que tampoco necesitas de ella. Puedes irte a tu choza convencido de que mi gratitud es grande, pero no puede manifestarse mientras mi poder no abarque completamente Gantina Masca.

Sutakone había mirado los ojos del señor de Guatavita y no se habían herido los suyos. Era suficiente compensación. Mejor que el collar y la diadema que llevaba. Entendía las razones de Tibatigua y no le reprochaba que no quisiera verlo más. El cacique estaba solo en su grandeza y sospechaba que siempre lo estaría porque no podía tener al mismo tiempo la fuerza de las armas y la comunicación con los dioses. Hasta el fin sería su condena.



## —QUIHICA TA—

### Guémuy

**EL AIRE FRÍO** penetraba a través de la manta y la gorra de Tatí y le endurecía la piel hasta tensarla como la de un tigre recién muerto. Tenía poco deseo de comer y definitivamente se le fruncía el ceño, se le reseca la lengua en presencia de los sacerdotes del sol. Algo impreciso en sus miradas lo mantenía a distancia, el demasiado orgullo o la altivez o la confianza descomedida en sus poderes. Suamox era un pueblo donde casi todos eran sacerdotes o guerreros. Tatí no se había dado cuenta, pero faltaban niños y ancianos y los pocos que a veces veía mantenían el mismo gesto odioso y duro. En los templos se extraviaba acuclillado frente al fuego, entre las cabezas de los caimanes y los dragoncillos de barro que habitaban las vasijas ceremoniales. Nada rústico junto a los dioses. Todo precioso, todo de oro, oro a montón, recordándoles que Zhúe fecundó la tierra, por lo que de sus entrañas brotaba el metal dorado que halagaba los espíritus del cielo y de las aguas. Las marcas en las paredes, en las mantas, en las esteras, en los restos, en los ofrendarios, guardaban mensajes para esos hombres misteriosos que buscaban en ellas como si fuera posible atrapar y dejar en las cosas de afuera lo que ni siquiera hallaba acomodo en la memoria. Sobre la mesa, las máscaras y los cuerpos inánimes de los pájaros y los cráneos cumplían algo más que con la protección. Humillaban, asustaban, cerraban el espíritu de los que no pertenecían al templo. Pensó que sería bueno conocer a Michúa el hijo predilecto del sol según él mismo decía, pero nada más verlo de lejos y comprobarle en la luz de la mirada si la alianza que decía mantener con Tibatigua era cierta. Cada vez que intentaba el recuerdo de los objetos, los sentimientos o la gente de esta tierra extraña le venía algo parecido a la visión de una capa de ceniza que ocultaba el suelo verdadero.

Sentía desasosiego. Le faltaban el verdor de Guatavita, el olor de su aire, la bruma sobre sus montes, el ruido aplanado del Siecha, la cercanía de la gente que lo amaba. Podía soportarlo, habría podido estar allí mucho tiempo, porque tampoco era un cobarde, pero elegiría otro lugar si pudiera conducir sus pasos a voluntad.

Un día antes de lo previsto, obedeciendo a una corazonada, se despidió de los sacerdotes y emprendió el regreso a Hunza. Caminó despacio, como guatín extraviado, como las nubes perezosas que dormitaban en el cielo arisco que lo cubría. Masticó coca en el camino, como le enseñaron los mercaderes y se le espantaron el hambre y el cansancio. No quería realmente llegar a ningún lugar. Sabía que la caravana se demoraría unos soles más, y se sintió libre para vagar, para sentarse donde escogiera, para meterse a los ríos y escuchar hasta dormirse la canción de Sié. Ponía especial empeño en no recordar a Suazagascachía y le daba cualquier rostro a las evocaciones de su deseo. Pensaba en Capa, en lo que diría cuando supiera que tenía que marcharse. Le constaba que Capa lo amaba y que confiaba en él para los asuntos más delicados. Le dolía dejarlo y dejar al zachua y dejar a su padre. ¿Quién le diría a dónde ir? Tal vez los mercaderes supieran conducirlo a un sitio que se pareciera a su corazón, uno que no lo rechazara, que no le pusiera enfermedad en el cuerpo ni inquietud en el alma. Caminó desgano; comiendo apenas, buscando aves pequeñas para asar y algo de frutas, chulupas, principalmente. El sabor ácido le contrariaba un poco la desidia y el recelo. Casi siempre en los pueblos le ofrecían suque y chicha y le llenaban los calabazos, pero agotaba muy pronto la provisión. ¡Qué diría Sikicha cuando se enterara! Le daba vergüenza recordar a su padre, tan callado, tan sereno, tan falto de malicia, e imaginar su rostro cuando conociera la historia de su amor. Tantos pueblos con tantas sybin, tantas sybin con tantas utas, tantas utas con tantos clanes y él tenía que enamorarse precisamente de una mujer de su mismo clan. Era como una burla, sobre todo para él que estuvo separado de su gente casi toda la vida. ¿Qué hacían en Guatavita los dos cuando sus ojos



se hablaron con ese lenguaje de amor? Tuvo la certeza de que era nuevamente su destino poniéndole pruebas y zancadillas. Había nacido un día tercero del medio de la luna Ta. Un día ordinario, pero del último año de la última revolución del siglo y quizá eso fuera lo que enredaba el entretejido de su existencia. Xiety le dijo que nació en la sexta luna, en un día que no señalaba ni tragedia ni dicha suprema. Lo que no le dijo claramente era que estaban, entonces como ahora, en el año del moxa y del desagravio al sol. Tal vez ocurriera que su madre se empeñó en marcar sus días sin nombrar a Zhúe. Comprendió que Xiety lo temía demasiado y por eso acataba solo a Chía. No recordó el nombre del dios en los labios de ella. Invocaba a Bachué y a Cuchavira y sobre todo a Chía, pero no pronunciaba el nombre del sol, ni ofrendaba en sus ruegos nada del color del oro. Le dio temor imaginar esa Xiety sublevada, perdida. Prefería borrarla de la mente, ponerla en el último lugar de los recuerdos, como hizo con la imagen de su hermano y como empezaba a hacer con la de Suazagascachía. Visitó cercados, sonriendo forzosamente, pero complaciendo su curiosidad y acercando su corazón a otros modos, a jóvenes que eran como él, que soñaban con ser los preferidos de sus capitanes y sus dioses. Corazones alebrestados, confiados, desprevenidos, iguales al suyo antes de la iniciación. Llegó a Iza un día después de lo acordado con los mercaderes. Hasta para el encuentro se sintió apático, pero le preocupaba la idea de regresar solo. Preguntó en el cercado por ellos y nadie mencionó haberlos visto. Los únicos extranjeros esa semana habían sido unos mercaderes pobres del pie del monte, de la tribu de los arawak. Tatí lamentó no haberlos visto porque sabía que eran gente rara, pero pacífica, que vestían túnicas simples de las que comerciaban con los muiscas, pero que se adornaban con la más increíble y exótica plumería que pudiera imaginarse y que eran alegres y descomplicados como niños pequeños.

Desde el comienzo del viaje, reposaban, olvidadas en el fondo de su mochila, unas miniaturas de hueso que le dio Sikicha unos días antes de partir. Sus dedos tropezaron con

ellas mientras rebuscaba raíces secas para darles a los dientes algo de morder.

Representaban aves extrañas de larguísimos picos y colmillos afilados de felino y patas con dos dedos sin uñas. Tatí no le preguntó a su padre qué significaba aquello, ni qué nombre se podía dar a esos seres, pero supuso que en algún lugar existirían y que serían poderosos por la magnificencia de la pose y la ferocidad del gesto. Se alojó en un bohío triste y deshabitado, bastante lejos del cercado, pero que era suficiente cobijo. Juntó leña y encendió el fogón y descolgó del techo dos mazorcas viejas, medio carcomidas, que no iban a calmarle mucho la fatiga.

Planeó ir al día siguiente al mercado y cambiar una de sus miniaturas por una totuma de mazamorra y alguna otra succulenta comida. Era hora también de que consiguiera cal y coca para su pequeño poporo vacío. Se tendió en el suelo y se durmió pensando en Xiety, en su figura eternamente abultada alrededor del vientre, junto al fogón o sobre los quines o en el camino del río, y de nuevo junto al fuego, sobre una olla humeante, cobijada de aromas de paico y cidrón. La memoraba vertiéndole en la calabaza un guisado de arracacha, espeso y sabroso, o alcanzando agua de violetas a Sikicha para que a la hora de comer se lavara antes que los demás. Amaba a su madre por la serenidad que no le abandonaba el gesto, por la fortaleza que le habitaba el pecho y por su piel suave y tibia que olía a humo y canela al mismo tiempo. Iba a intentar borrar de ese recuerdo las palabras, las señales, los cantos, las plegarias, todo lo que no fuera figura o calor, porque temía su desacato a la ley de Bochica. ¡Pobre Xiety! Ojalá Zhúe no se vengara de ella en las sementeras del más allá.

Muy temprano lo despertó un arrullo de tórtola. Gateó detrás del ruido hasta que se le perdió la armonía del canto y se cambió por un chillido destemplado y apremiante. Por el lado de afuera de la pared, oculto entre dos cañas, encontró un nido con cuatro pichones emplumados, viejos ya para no estar volando afuera.

Esperó con paciencia, quieto hasta encalambrarse, los saltos

afanados de la madre. Iba a prepararse un reconfortante caldo de pájaro. Ya podía esperar el mercado de Iza. Ya no corría tanta prisa su trueque, pero de todos modos, más tarde iría. Sin coca no podían quedarse su poporo y el filoso cansancio de su alma.

Aunque casi le daba igual marcharse sin los mercaderes, anduvo por el pueblo hasta muy entrada la tarde, preguntando por ellos. Se acuclilló hasta el anochecer, de cara a la suna abierta al norte, por donde debían aparecer. De cualquier modo disfrutó la espera, pues cerca alguien tocaba un caramillo quedamente, con una música vieja que le devolvía visiones olvidadas. Decidió aguardarlos dos días más de lo previsto pues de sobra conocía veinte razones que podían causarles retraso. Sabía que tomarían una ruta diferente en el camino de vuelta, que atravesarían ríos, montes, montañas, valles y cumbres difíciles y espesas, pobladas de ánimas y espíritus de todas las calañas acostumbrados a otros hombres, y de fieras y bichos venenosos, antes de alcanzar los pueblos del zaque. Los viajeros estaban siempre expuestos a que los habitantes traviesos o malignos de los bosques les extraviaran el camino, atrayéndolos con cantos o espantándolos con lamentos tétricos. Ya lo había experimentado por sí mismo, antes de los días de las fiebres, una mañana limpia, que se refugió con Kuni en el monte. Estuvieron persiguiendo un ruidito festivo durante las horas frescas de Suamena, para darse cuenta luego, de que estaban perdidos y no sabían regresar. Fue una de las pocas veces que tuvo deseos de llorar, más aun cuando escucharon claramente una risa incontenible de niño, de alegría loca, contagiosa para quien no estuviera tan asustado como ellos.

Comprendió que habían sido engañados, que debían calmarse y buscar otra vez su ruta. Fue difícil hallarla. Comenzaba a ocultarse Zhúe cuando pusieron sus pies en el camino del bohío, pero juró que nunca más iba a permitirle la distracción a sus sentidos cuando caminara por lugares desconocidos.

Cerca del bohío donde se alojaba, corría un riachuelo dando voces parecidas a los cantos del Siecha desde el fondo

oculto de la ladera. Era una de las pocas cosas que Tatí no acertaba resistir. Comenzaba a imaginar el frescor del agua lamiendo sus pies, envolviéndole el cuerpo, lavándole el cansancio, calmando sus ardores. Corrió entre la multitud de flores moradas del campo de yomas, parejo y desmalezado, que pronto daría su cosecha y traería habitantes al bohío. Ya sentía cerca el rumor del agua y alcanzó a ver gente en la otra orilla. Los pies perseguían el estrecho senderito de hierba recién pisada, mientras los ojos se esforzaban en distinguir los rostros de los que chapoteaban en el agua. Eran tres mujeres que lavaban ropa y niños que jugaban. En otra ocasión habría dado marcha atrás, pero fue más su curiosidad por ver a las mujeres, mirarles el rostro, sorprenderlas y decirles algunas palabras de saludo si lo miraban a los ojos.

Caminó despacio, agarrándose de las ramas largas de los matorrales que iban reemplazando poco a poco las matas de yoma.

Procuraba no hacer ruido. Sentía un deseo inmenso de mirar sin ser visto. Ya alcanzaba a verles el rostro y a oír sus voces chillonas, que hablaban de un joven muisca, cautivo en Muzo. Una de ellas se quitó la liquira y se perdió bajo el agua para reaparecer en medio del grupo de niños que rieron destempladamente, con un bullicio de pajiles después de un chaparrón. Vio cómo regresaba otra vez a su sitio y entregaba la liquira con un puñado de semillas negras, fruticas de palma, cuando uno de los niños comenzó a dar gritos y a señalarlo a él.

Se sintió humillado por la mirada burlona de los niños, pero se tranquilizó al escuchar las risas de ellas, desvergonzadas y libres de rencor. De todas formas se sintió cogido en falta.

Lamentaba haber sido descubierto tan rápidamente, tan descaradamente como si él no supiese esconderse bien, como si no fuera un soldado entrenado para el sigilo y las emboscadas. Se devolvió sin haberles dicho una palabra siquiera, apenado delante de sí mismo.

No miró más hacia el río y, aturdido por la rabia, tampoco notó los pasos de los niños detrás de los suyos. Vagabundéó

un rato por senderos estrechos, sin deseo de comer la fruta que encontraba a montón en las enredaderas, y tan pronto llegó al bohío se tendió en el suelo e intentó dormir. El sueño no llegaba a sus ojos. Tenía todavía mucho resentimiento, además de que no lograba calentarse debajo de la manta. Se levantó y prendió fuego, y cerca de él logró adormilarse. Lo despertó el estremecimiento de un soplo súbito, venido de no sabía dónde. Se acercó un poco más al rescoldo caliente y tuvo la sensación de haber dormido un tiempo demasiado largo, que extrañamente lo hacía necesitar aún más sueño. Soñó el rostro de Suazagascachía cubierto de lágrimas, corriendo detrás de algo que se movía de prisa, sobre un suelo enlodado. Desde muy lejos él tuvo aviso del peligro, pero aunque corrió gritándole que el pantano iba a llegarle al pecho, ella no escuchaba porque su voz se desbarataba entre los vientos contrarios. Se despertó violentamente, asustado, examinando por instinto el presagio de un sueño con pantano. Sintió que algo no iba bien, pero no sólo por el sueño que le advertía de un mal inminente para alguien muy cercano, sino también por algo que percibía ahí, en el bohío, a su espalda, y un estremecimiento desagradable le bajó por la columna vertebral y se le quedó en el vientre. Esperó quietamente y de pronto se volvió a mirar hacia atrás con todo el cuerpo. Quedó a cuatro patas, observando sorprendido hacia arriba de unas piernas de mujer desnuda, arriba de la cintura, despacio, arriba de los senos, hasta la boca que reía con una risa sofocada y a los ojos que preguntaban si había sido muy grande el susto recibido y si era bienvenida. Tatí no sabía si sentir furia o agrado por esa presencia que se le imponía así, de modo tan brusco, tan inesperado. Revisó de nuevo su piel morena y reconoció que era la muchacha del río, la que había dado el susto a los niños. Por lo ya visto disfrutaba asustando y molestando a los demás. Y por lo que ahora podía ver se sabía bella, con su cabello brillante y ordenado, con los hombros altos, con esos senos inmensos como calabazas tiernas y el pubis amplio y túrgido. Pensó en darle una lección y le habló con voz airada. “No deberías andar por ahí, importunando el descanso de los hombres. Eres una muchacha que se comporta mal, que no sabe esperar a ser

llamada”. La joven se quedó mirándolo inquieta. No sabía si decía la verdad o si simplemente quería molestarla. Decidió que era esto último y se acurrucó, dejando su rostro frente al de Tatí, muy cerca. Con el movimiento le vino ya, como un golpe de viento en la cara, el olor agridulce del cuello y los brazos de ella, pero, todavía adrede, no aflojó la tensión de los músculos. Permaneció en su postura de animal al acecho y volvió a tronar con tono de reproche. “¿Qué haces aquí junto a un extraño? Será mejor que vayas a tu casa y busques un hombre de los tuyos”. La joven le respondió que lo había visto en la tarde y le había parecido fuerte y hermoso, con los ojos tristes y solos. Que había averiguado con los niños y ellos habían espiado hasta dar con su casa, pero que no esperó importunar y que ya se marchaba si prefería la soledad a la compañía. Tatí le cogió con brusquedad el brazo y la hizo tenderse en el suelo. Quedó de cuclillas sobre su cara y mirándola así del revés volvió a pensar que era bella, casi tanto como Suazagascachía, y se acomodó sobre su cuerpo. Dejó que los sentidos se le llenaran de esa muchacha de la que ni siquiera conocía el nombre. Seguramente estaba loca. Cómo podía haberse acercado a un hombre sin preguntar ni el nombre ni la patria ni el oficio. Tal vez estuviera soñando todavía, podía ser que fuese una mujer del mundo de los sueños y que por eso extraviaba sus comportamientos, pero pronto dejó de pensar y la abrazó con fuerza y por un momento perdió gloriosamente la conciencia de ser de algún mundo, y flotó prendido como garrapata a ese cuerpo joven que se deleitaba sin reserva. “No has preguntado mi nombre y eso me hace sentir triste”, comentó la muchacha cuando la calma retornó a los cuerpos. Le reclamó que ella tampoco conocía el suyo, pero vivazmente le dijo que todos en Iza sabían que era un güecha de Guatavita que había venido en peregrinación donde el iraca y que en esos días esperaba a unos mercaderes que llegarían pronto del Guacacayo. No cesaba de darle sorpresas. Era fácil en todos los pueblos distinguir a los forasteros e informarse de los motivos de sus andanzas, pero no entendía cómo podían saber cosa alguna sobre él, si con nadie había hablado más que para preguntar por los mercaderes del río.

En cierto sentido le alegró que ella supiera todo eso, pues entonces ya no había motivo para pensar que estaba loca. Pensaba que vino porque se sintió enamorada, atraída, emocionada por su cuerpo y sus modos, y volvió a sentir vergüenza ante ella, ahora por haberla tomado así, sin hablar apenas, sin preguntar por su pueblo ni sus padres. No tenía justificación y esperó que ella supusiera que sufría un mal espíritu que lo obligaba a comportarse así con las mujeres. Para afincar esa idea no la miró otra vez a los ojos, no le habló con ternura como le provocaba hacerlo para disculparse. Más bien se dejó ir con su desconsuelo y se soltó poco a poco de los brazos que fueron aflojando despacio la presión a medida que se adormilaban. Resolvió irse del pueblo en ese mismo instante, sin esperar siquiera a sus compañeros. Si perdía la ruta, le daría igual. Parecía que todo iba empeorando en su interior, que a su alma no llegaba ninguna luz, ninguna esperanza, ningún alivio. Lo obsesionaba el pensamiento de la separación, empezaba a dolerle en el vientre el presentimiento de la nostalgia. No extravió ni una vez el camino, marchó apático pero atento y a medida que se acercaba al pueblo el corazón le renacía a la confianza y la alegría. La idea de ver los rostros que amaba iba dándole forma a una calma desabrida pero cierta y duradera. Llegó a Turmequé casi al anoecer del quinto día, y sin embargo se sintió todavía con fuerza para alcanzar el bohío del anciano Sochi. Lo encontró vacío, desolado, polvoriento. La caña comenzaba a pudrirse en el rincón donde se almacenaban las yomas, y en todas partes olía a moho y tierra descompuesta. Iba entrando despacio, sacudiendo con brusquedad las telarañas que se le enredaban en el pelo y las piernas.

¿Cómo podía estar abandonado hasta ese punto el bohío del anciano, si era un buen bohío del campo, amplio, y si el viejo y sus hijos eran forzudos y animosos? Salió otra vez al corredor y miró la sementera enmalezada que la luz de Chía apeñuscaba aún más. Se le ocurrió pensar que los muchachos no habían regresado de la guerra y que tal vez Sochi se refugiara en la casa de algún pariente y hubiese devuelto al cacique el

derecho sobre el pedazo de tierra que sustentó a la familia. Tal vez Sochi ya hubiese partido a su viaje al centro de la tierra. Barrió con ramas de verbena y con pedazos de esparto apartó el desorden, golpeó las paredes, sacudió el techo, y veló casi toda la noche, acurrucado, calentándose apenas porque dejó la puerta abierta. Sentía que su diosa compañera tenía que estar con él en el medio de esa casa gastada. Por fin al amanecer se quedó dormido, y partió nuevamente después del medio día. Lo acosaba el afán de respirar el aire fragante de Guatavita, de tomar consuelo de las manos de Sutakone, de contarle a Xiety su pena, de ver una vez, aunque fuera desde lejos, a Suazagascachía, de explicarle su infortunio a Capa y que Capa le dijera que eso sería sólo una pausa, que después retomarían la práctica donde la habían dejado y harían de cuenta que estuvo dormido todos esos días, que igualmente podía ser el mejor güecha, que cuidara su cuerpo y su alma y los guardara del daño y los vanos esfuerzos para que continuara fresco su espíritu y firme su disposición, que el resto lo harían las oraciones y su espera confiada. A veces corrió por los caminos, y dos días después comenzó a entrarle en el cuerpo el olor del humo de los ranchos de Guatavita. Trepó a un pequeño cerro que conocía bien, y pudo observar con claridad el cercado, la escuela, los bohíos dispersos en medio de las rozas, el trazado de las sunas, las terrazas de cultivos, el sendero a la laguna, los riachuelos, el comienzo del monte y la casa de Sutakone. Le parecía que hasta podía distinguir a la gente que se movía entre el paisaje. Bajó y descansó un rato, ya sabía que estaba bastante cerca, mascó coca y reinició la marcha a paso lento. Ahora que estaba ahí, en su tierra, no deseaba apurar la estancia. Casi de repente se encontró en el centro del pueblo, encaminando sus pasos a la escuela, preparando sus palabras para Capa y no para Sutakone como planeó hacer al comienzo. Todo estuvo bien. Capa prometió esperar por él un tiempo prudente, y lo dejó libre para jamás volver si por algún motivo perdía la nostalgia y el soplo de Guatavita. Ya podía buscar al viejo Sutakone. Quizá de algún modo, supuso que la noche oscura y larga los envolvería en su rancho y, sin saber que lo hacía, esperó a que se hiciera tarde para buscar



al anciano. Zhúe doraba todo el campo delante de él. Los arbustos lejanos parecían arder en una hoguera sin humo, y los trozos de río aparecían con brillo de lucero entre el follaje. Pasó cerca del bohío de Suazagascachía y esperó un rato con la esperanza de verla junto al telar. La vio salir del bohío. No podía distinguirle el gesto porque ya se iba el último poco de luz, pero veía claramente su silueta, su movimiento sinuoso, pausado, casi disminuido en el abandono al beso del aire. La vio volver sus ojos al cielo y permanecer en la postura del que dice una oración afanada a Cuchavira. Las nubes eran del color oscuro de la violeta, pero tenues y diferentes en cada instante. El viento comenzó a arrastrarlas, a desbaratar impetuoso sus formas, y Suazagascachía desapareció de nuevo en el bohío. El corazón de Tatí latía de prisa, le golpeaba el pecho como las patas de un tapir en la huída. Las lágrimas se amontonaron en la comisura de sus ojos, pero volvió a tragarlas.

La tenía al alcance de su grito y debía callar y llevarse esa imagen muda y triste para consuelo de su próxima soledad. Siguió el camino a tientas, ayudado sólo por la sabiduría de sus pies que no habían olvidado el sendero. Sutakone no se sorprendió por su llegada y Tatí se alegró tanto por verlo que no se dio cuenta del tono apagado de la voz del brujo. Con perplejidad fue conociendo que de alguna manera extraña sus destinos se arrollaban uno al otro, como si hubiese estado dicho desde el comienzo de sus vidas que deberían encontrarse y caminar juntos las sendas oscuras y tortuosas.

Mientras la noche se iba, Sutakone le contaba que ya Guatavita no lo aceptaría más. Desde que curó a la thiguy de Tibatigua sentía que su fuerza le abandonaba por el artificio de los chuques. No sabía cómo, pero le robaban la capacidad de entender la enfermedad y sanar. Hacía varios días que su espíritu no lograba salir del cuerpo y fundirse con los demás seres. Ya le era difícil hasta curar un niño de sarna. Cansado, dijo que no quería otro territorio muisca, ni de zipa ni de zaque ni de tundama ni de guaneté, y mucho menos de sugamuxi. En todos lados los seguidores de Bochica le tendrían animadversión cada vez que tuviesen que confrontar sus

sabidurías. Le propuso a Tatí que se marcharan juntos, muy lejos, a su patria. Allá quería morir, aunque tampoco fuera su tierra en el sentido completo de tener ahí los amigos y la parentela. Ahí, si llegaban a reconocerlo, lo repudiarían. Nada más quería ir porque aún la habitaban y protegían los mismos dioses que lo vieron nacer. Quizá ellos sí tuviesen compasión por su alma perdida, por su sino espurio y, quizá, al fin, le dieran reposo a su espíritu errante y le prendieran un lugar a sus ojos que le serenara la mirada. Tatí supo, mientras clareaba cagüí, que su admirado Sutakone era en realidad un hombre que tendría que haber afrontado su destino con menos suerte que la que había tenido en Guatavita. Tendría que haber sido un errabundo solitario y, en cambio, había ganado amigos, respeto, y alguna tranquilidad sin merecer nada de eso. ¿Qué dios lo habría compadecido? ¿Qué méritos habría hecho para sí mismo o para las deidades, para que se torciera así su camino? Torcerlo una vez era ya cosa del cielo, piedad o crueldad, como se quisiera mirar, pero hacerlo dos veces era casi como decir que quien vigila el paso de uno se ha cansado de hacerlo y lo deja extraviarse sin guía y sin auxilio. Sutakone era miembro de una tribu del llano, no le dijo el nombre, y sin embargo, desde algún sitio oyó que decían guajivo. Por la muerte de la madre fue criado para ser hijo del sol y cuando cumplió cinco años, los jefes lo llevaron a Sugamuxi y lo entregaron a los sacerdotes a cambio de oro y mantas.

En el templo todo era muy cómodo y bello. Querían que se sintiera ahí como en su propio hogar. Todo el tiempo lo cuidaron chuques jóvenes y ancianas de cabellos blancos y senos resecos, que le contaron las historias del pueblo, las penalidades que habían sufrido, el azote que eran los caribes. Le contaron de Thomagata, del Bermejo, de los dioses y las bestias del cielo. Le dieron nociones de astronomía. Conoció los cangrejos, las ranas, los tigres y los luceros del firmamento. También lo cuidaron, de vez en vez, dos hombres de su tribu, que se habían quedado al servicio del templo. Le hablaban historias distintas de su propio pueblo errante, perseguido por enemigos que se aprovechaban del trabajo y la mansedumbre

que eran sus preceptos. Le enseñaron a beber de un líquido amargo y a abandonar el cuerpo, al principio en forma de pájaro, de conejo y después con las formas más tenues del aire, del eco y del resplandor. Le advirtieron que los chuques no debían saber su poder para separarse y tomar formas prestadas, porque al no poder entenderlo recelarían y quizá lo repudiaran.

Aprendiendo de unos y de otros transcurrieron casi diez años. Sabía de memoria las palabras de los sacerdotes, sentía suyas esas quejas, podría repetirlas a Zhúe y conmoverlo con sus lágrimas porque la pena era auténtica cuando las decía. Soñaba con el día, su último, en que saldría con todo el cuerpo otra vez al campo abierto. No le importaba que fuera para morir con tal de ver el horizonte de su niñez. El verdor y espesura de las colinas y las montañas, en tanto tiempo, no pudo verlas más que por una diminuta ventana en su bohío. No le preocupaba la muerte temprana. Desde que tenía memoria sabía que la hora de su viaje al centro de la tierra llegaría pronto, que un sacerdote abriría su pecho y sacaría su corazón, palpitando todavía, para ofrecerlo a Zhúe, y que su pequeña alma flotaría por última vez al encuentro del dios para suplicar benevolencia en nombre de todos los muiscas. Se había torturado algunas veces imaginando el dolor de su carne herida con la caña afilada, pero los chuques le prometieron darle un bebedizo que no iba a dejar que sintiera ningún malestar. Creía ver en los ojos de ellos envidia por su suerte. Lo miraban como a una especie de tesoro que no podía perderse ni opacarse. Desde el comienzo habían sido buenos con él. Jamás le faltó suque recién hecho. Ni ropa limpia, ni sahumeros, ni agua perfumada para lavarse. Pero, quizá sin saber, él sí había faltado a lo pactado por los suyos al ocultar su capacidad de ocupar el espacio de otros seres y tal vez por esa causa las cosas torcieron el rumbo tan definitivamente.

Un día, por una pequeña grieta en la pared del bohío que le abría vista al templo, vio una joven hermosa a pesar de la mecha corta sobre la frente, que le trastornó los sentidos. Estaba sentada sobre los talones, el pelo pesado, oleoso, todo

sobre la espalda sin una hebra fuera de sitio, los ojos cerrados como líneas oblicuas, los altos senos descubiertos. Se pegó a la grieta y la contempló todo el tiempo que estuvo allí orando. Le habría gustado tocarla, olerla. La joven se levantó y buscó la gran boca de barro enterrada en el piso y la vio poner en ella un chuzo de madera y dar la espalda para marcharse. Sutakone perdió la visión y empezó a rascar los bejucos secos. La muchacha miró hacia él, los ojos alerta, negros, huidizos, de venado, y él intensificó los ruidos. Ella se paró y se acercó a la pared. Cuando descubrió el escondite de los ojos, maravillados, abiertos más de lo posible, sonrió y mostró los dientes inmensos, amarillos, con el brillo y el perfume que les pone el limoncillo. Creyó que iba a asustarse y se retiró un poco de la grieta para que entendiera que no intentaba tocarla ni hacerle daño. Sabía que le estaba prohibido hablar con mujeres jóvenes. Hasta mirarlas le estaba prohibido. Si su corazón no marchaba completamente puro al encuentro de Zhúe, perdería toda la fuerza y el dios no aceptaría el sacrificio. Pero nada de eso le importó en ese momento frente a esos ojos inquisidores. Cómo te llamas, pregunto ella con voz desprevenida. Amigo de las Nubes, respondió él, todavía asustado.

Sonrió como si aprobara el sentido de su nombre. El mío es Guémuy, dijo sin quitar la mirada de su rostro y comenzó a interrogar y él a responder todo lo que le iba preguntando, una cosa encima de otra, como hojas cayendo de un árbol por el viento. Prometió venir a verlo otra vez y Sutakone no pudo decirle, no se formaron las palabras en su boca, que estaba mal que se vieran.

En los días que siguieron pensaba más en ella que en las oraciones del culto y los cantos de los chuques. Estaba mal recordarla, pero se consolaba pensando que quizá Zhúe no la tendría en cuenta porque era una mujer castigada, que nadie mira, de la que no se hace caso. Deseaba con todo el corazón que la joven cumpliera su promesa, y la cumplió. Una noche entró por su estrecha ventana y precipitadamente pobló sus sentidos de todo cuanto les faltaba. Sutakone perdió el sueño y el apetito. Sólo deseaba ver a su Guémuy. No quiso decir a

los chuques lo que sucedió, pero sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo. Ya no tendría ningún sentido su muerte y era preferible que sacrificaran cualquier bestia en su lugar. Quizá unas guacamayas bien entrenadas fuesen preferibles, o aún otro de los moxas, de los que todavía estaban en la edad del juego, podrían llevar el mensaje con mejor opción de ser escuchados. La muchacha regresó una clara noche, seis lunas antes de la ceremonia del sacrificio.

Sutakone volvió a sucumbir al encanto que esta vez se develaba con menor afán. Se deleitó con el tacto resbaloso, toda como unguida con aceite de higuera, de su piel. Torpemente repitió lo que le enseñaba y halló más dulzura, perdido en sus brazos, que en el recuerdo del llano abierto de su niñez. No le importó que ella le contara que le habían cortado el pelo de la frente porque robó un collarito de chaquiras de colores a un mercader de la sierra junto al mar. Nunca había tenido nada mejor que collares de semilla y hueso y no creía que fuera mala por desear algo bello de verdad. Le había costado mucho trabajo distraer al mercader y ocultar el collar, pero el hombre se dio cuenta desde el principio de todo el engaño, y sólo se divertía retardando el tiempo de acusarla. Sutakone le veía los ojos llenos de tristeza ante el recuerdo y trató de decirle, lo decía para los dos, que lo más bello es lo que se puede poseer, no lo que adorna a los demás o lo que está lejos, pero ella se reía sobre su boca y le impedía las palabras. Hasta el pensamiento. Era una locura de su mente cansada, pero no quiso zafarse del embriagante delirio.

Empezaba a clarear el día cuando dijo que iba a marcharse, y no lo hacía. Volvía a recostarse en su pecho y a mordisquearle los hombros, las tetillas, el vientre. Sutakone sintió pasos que se acercaban al bohío y la apuró para que saliera. Demasiado tarde.

La puerta se abrió cuando aún no terminaba de saltar por la ventana. Sutakone se asustó y corrió detrás del chuque que trató de agarrarla. No sabía qué iba a pasar con ella, qué podrían hacerle si la atrapaban. Miró afuera y no logró verla. Buscó en todas las direcciones, pero sólo vio una serpiente,

verde, larguísima, que se alejaba a toda prisa, hacia el ocaso del sol.

El chuque gritó airadamente. Su voz tendría que estarse oyendo hasta el cercado del sugamuxi, pero Sutakone no escuchaba nada, sorprendido por lo que acababa de ver. No era posible que Guémuy se transformara en serpiente porque para lograrlo cualquier brujo necesitaría, antes, el tiempo de la entrega y el intercambio de la esencia de las almas. Pronto llegaron los otros chuques y comenzó a sentirse sucio y humillado. Lo interrogaron pero nada les contestó. Le hicieron beber miel de las abejas que liban en los borracheros y con la razón confusa, dijo a los chuques toda su historia con la muchacha. Parecieron sorprendidos y después le dijeron con desprecio y burla que ninguna mujer así como él decía pertenecía al pueblo de Suamox. Ninguna había sido trasquilada recientemente por tomar lo ajeno, y que si así hubiese sucedido, esa mujer se mantendría avergonzada en su casa y no estaría exhibiéndose en los caminos ni en los templos. Que habían sido, todos, víctimas del engaño de algún demonio. Lo echaron del pueblo. Lo condenaron a no tener descanso. Lo dejaron ir porque no valía la pena siquiera darle muerte. Peor era el castigo de vagar y vivir sin ser de ningún sitio. Sutakone no se llevó más que la manta que tenía puesta y un poco de raíces secas en la mochila. Los otros dos llaneros se escaparon y tal vez regresaron a su pueblo. Escaparon de él para que la maldición no los alcanzara, para que nadie supiera que tenían relación con el desterrado. En aquella época el adoratorio de Furatena aún les pertenecía a los muiscas y por allí vagó Sutakone, intentando piedad de los dioses, los suyos y los ajenos, deslumbrándose cada día con el verdor y la belleza de las praderas y los montes. No se acercaba a la gente. Dormía en los bohíos deshabitados y comía lo poco que encontraba en los arbustos. Los músculos empezaron a dibujársele por debajo de la piel como rejas duros, siempre tensionados. Mucho tiempo estuvo yendo de un lado al otro, aturdiéndose de cansancio y hambres. Un día, muy al norte, por las serranías del Opón, en el camino de La Tora, pensó

que había hallado la muerte de mala manera, pero se equivocó. El monte era espeso, más de lo que imaginó que podía ser un monte. Los mosquitos lo devoraban, los pastizales le laceraban el pellejo y caminaba sin saber siquiera si llegaría a algún lado. Había dejado los senderos hechos y se internó por una estrecha guía de ramas pisadas. Le pareció que avanzaba hacia un claro y se recostó a descansar en un tronco ya leñoso, sobre el que crecían mil diferentes plantas. Estaba quedándose dormido, cuando sintió un dolor agudo en el muslo. Lo había picado un bicho ponzoñoso, tal vez una serpiente, pero no vio nada que se estuviera moviendo. Estaba sentado sobre un agujero. Pensó en hacer fuego y obligar a salir el bicho con humo, pero el dolor que sentía lo hizo fijarse más bien en su pierna. Siguió caminando hacia el claro, con la pierna insensibilizándose cada vez más, con un ardor de carbón encendido, que se extendía poco a poco. No podía verse el sitio de la picadura, pero se tocaba inflamado y caliente. Llegó a un pequeño rancho, increíble en medio de esa maraña de peligros disimulados, de senderos inexistentes, y lo recibió un anciano de pelos ralos, largos y blancos en su cara arrugada. Le alcanzaron las fuerzas para mostrarle el sitio de la picadura y para darse cuenta por su voz de que no era un muisca.

Estaba en tierra de los guanes y no sabía cuánto podía ayudarle un hombre de tribu amiga, pero extraña. Vio al viejo mascar tabaco a toda velocidad y aplicarlo sobre la picadura. No recordó nada más. Despertó y no podía distinguir algo familiar en la penumbra. Le olía a humo de estoraque e incienso y a deliciosa mazamorra de paico. Recordó la mordedura pero no acertaba a precisar cuándo había sucedido. Movié la pierna y sintió dolor, un dolor grande regado en todo el muslo. Tocó y encontró un bejuco tierno amarrándole lo que dolía. Estuvo quieto un rato, hasta que apareció el anciano, hablando de manera parecida a la suya, señalando y dándole nombres nuevos a las cosas, y poco a poco, sin mucho esfuerzo, fue entendiendo lo que le decía. Le explicó que su pierna quizá nunca sanaría del todo porque el remedio había llegado demasiado tarde. El guaco se demoró para alcanzarle

al alma del vientre, desde donde tenía que buscar la de las extremidades. Había sido una sanación difícil, lenta, pero completa, aunque renquearía mucho tiempo. Sutakone quiso hacerse amigo del viejo, le tomaba aprecio, lo observaba, de vez en cuando le hablaba por su iniciativa, y empezó a hacer pequeños trabajos por él. Le conseguía leña y la cortaba, le limpiaba el rancho, le traía agua, le buscaba raíces y sembraba los granos de maíz. Aprendió a sacar peces del agua, usando las hilachas de manta que encontraba en los rincones, y los ponía con una gran sonrisa ante los ojos apagados del anciano. La carne blanca le reconfortó el espíritu. Era su comida favorita, casi la única que le daban en Suamox. Se quedó con el viejo mucho tiempo. Nadie lo visitaba, nadie le solicitaba curación y sin embargo se dio cuenta de que conocía el secreto que guardaban las plantas y las tierras para la salud. Despacio le enseñó todo cuanto sabía y Sutakone fue guardando en la memoria todas las palabras, todas las imágenes. En ese tiempo jamás practicó el desdoblamiento y temió haberlo olvidado, pero un día el viejo le mostró la raíz del árbol de donde se extraía el polvo alucinante. Estuvo parado un rato largo frente al árbol, con la expresión ensimismada, como si recitara un conjuro para su propio corazón. Masculló algo sobre muertos e invocaciones, y aunque no le dijo nada, Sutakone entendió el disgusto y el temor que le causaba. Por eso no le dijo que ya lo conocía y que sabía mirar lo que enseñaba.

Un día el viejo le pidió ir juntos a la ruta del comercio. Necesitaba caracoles para preparar sus próximas raciones de coca. Cuando se alejó del pueblo, calculó que la cal que se llevaba sería suficiente para toda la vida. No contó con que tendría que compartirla con otro solitario. Sólo entonces Sutakone comprendió que había llegado hasta allí por un designio que aún no entendía, pero tenían un problema que resolver y poco tiempo para pensar.

No poseían nada para dar a cambio de los caracoles. El viejo, entonces, le explicó al joven Sutakone cómo seguir el rastro de algunos animales. Lo único que Sutakone había atrapado en su vida eran peces y las tórtolas que caían en las



trampas que de ordinario mantenían puestas, y se emocionó con la idea de cazar un animal de la tierra. Un día entero estuvieron siguiendo la pista de un gurre, examinando los matorrales uno a uno, hasta que encontraron la cueva a ras del suelo. Con un tirón de la cola tuvieron ante los ojos al animal que se aferraba vanamente de la tierra.

En las lunas llenas los viajeros de la sierra junto al mar, los muiscas, los guanés y algunos llaneros se encontraban plenos de mercadería en La Tora, y antes de que comenzara a decrecer la luna, todos deshacían los caminos. Era a los muiscas, de regreso a sus pueblos de sal, a los que iban a esperar en el camino. Llegaron de mañana con su gurre bien atado, y pasado el medio día tenían hecha la transacción. Alguno dijo que sería mejor que se procuraran algodón, pues las mantas que llevaban no iban a abrigo mucho tiempo. Era cierto. Sutakone aplicó sus fuerzas a la cacería y en la siguiente luna obtuvo dos mantas pequeñas, de mala calidad, por dos inmensos gurres que llevó al camino. El viejo enfermó con las lluvias de la cuarta luna del segundo año de la tercera revolución y ya nunca sanó. Después de que fracasaron las hierbas, Sutakone intentó curarlo como le enseñaron sus maestros llaneros, pero cuando se desdobló y viajó al mundo de las almas encontró la del viejo que ya se iba alejando sin fuerza y sin deseo de volver. Murió al anochecer. Sutakone consiguió achiote y lo pintó lo mejor que pudo. Cavó un hueco profundo y estuvo puliendo las paredes, mientras reflexionaba sobre lo que haría sin su amigo. En todo el tiempo que estuvo allí no había dejado de pensar en Guémuy y en el fascinante momento de su desaparición. Muchos días había estado reuniendo fuerza para preguntarle al viejo si conocía el prodigio de un demonio que se transformaba en mujer y le había respondido que en un pueblo llamado Guatavita, en dominios recientes del zipa muisca, había una laguna donde habitaba una mujer transformada en serpiente, que de vez en cuando tomaba su forma humana y perturbaba a los hombres. Sutakone enterró al viejo con su manta y con dos múcuras repletas de chicha. Le colgó al cuello el poporo con cal y le puso entre las manos

suficiente coca para el viaje que emprendía. Decidió buscar la laguna y espiar a la serpiente hasta saber si era la misma forma de mujer que causó la desdicha que llevaría en el pecho hasta la muerte. Cantó los cantos sobre el más allá. Oró con las oraciones de los enterramientos e improvisó rimas con las pocas obras y el mucho saber del viejo. Se encerró en el bohío varios días y se quedó viviendo solo hasta que agotó la coca. En la soledad se hizo experto en la meditación, en el conocimiento profundo de su cuerpo y de la naturaleza que no dejaba de murmurar secretos y de develarse ante su ojo atento. Muchas lunas después se marchó siguiendo la ruta del comercio. Caminaba despacio, buscando las tierras del zipa. Procuraba viajar de noche para no tener que dar explicaciones a nadie, pero cuando no tenía luna lo hacía durante el día repitiéndoles a los que le preguntaban que era un peregrino que buscaba la paz del santuario de la laguna. Así había llegado a Guatavita. Se instaló furtivamente, primero al lado de la laguna, entre los árboles, moviéndose con sigilo por donde menos pudieran mirarlo los chuques. La gente lo creyó un poco loco, Un fanático de las deidades del agua, pero lo dejaron permanecer allí, como a los que estaban sólo de paso. Por fin, una noche completamente negra la cacica salió de su refugio, y recorrió el lago con la mitad del cuerpo sobre el agua. Sutakone podía distinguirle claramente la forma y el movimiento y se convenció de que no era la que buscaba. Se movía sinuosamente, jugaba con el viento, se mojaba el cabello y los senos con las manos y de frente a él ondeaba el cuerpo y lo llamaba con los brazos levantados y la cabeza reclinada sobre el hombro. Ni siquiera sintió deseo de acudir. Nunca más ninguna mujer sería dueña de su corazón, ni durante el más breve instante. Con Guémuy había tenido todo lo bueno y lo malo que un hombre puede tener de una mujer. Resolvió no buscarla más, pues si fuera bueno volver a ver la, ella misma vendría hasta él. Iba a instalarse de cualquier modo en Guatavita para que, mujer o demonio, tuviese un sitio dónde encontrarlo. Se retiró a vivir al mismo lugar solitario donde estaba ahora abriendo su corazón a Tatí.

Tatí no comprendió bien el sentido de lo que comenzó a responder. Las palabras se volaban de su boca como mariposas locas aleteando perdidas. Sentía dolor por Sutakone, asombro, alegría por haber sido puesto en su camino y ser su amigo. Al principio tuvo sensación de espanto por lo que oía, pero luego fue haciendo claridad, entendiendo que la humanidad castigada de Sutakone estaba destinada a cumplir algún propósito divino. Recordó la plegaria en la montaña y se le enfrió el pecho cuando aventuró la explicación de que el zachua era el amado de Zhúe. Tanto chía, tanto hunza pretendiendo serlo y quizá fuera este hombre, ni siquiera muisca, el que Thomagata anunció que vendría. Algunas cosas no estaban claras todavía, como el cilindro de piedra transparente, que encerraba luz de Zhúe y que le colgaba del pecho. Tomó la decisión de irse con él. Lo mismo daba cerca que lejos. De todos modos no podría ver a Suazagascachía ni a ninguno de los suyos. Al amanecer le dijo que iba a despedirse de sus padres y en dos días volvería para preparar el viaje.

Sin ninguna interrupción, Xiety escuchó su historia. Era más de lo que se podía esperar de los propios ancianos. Sikicha en cambio dijo que era un castigo leve para tanto atrevimiento. Que acataba la decisión del iraca, pero que él mismo no sólo no habría aprobado ninguna conciliación, sino que lo habría arrojado fuera de su vista. Lo habría hecho regresar de inmediato a Chía para que no volviera jamás a ponerse delante de sus ojos.

Tatí vagó todo ese día llenándose la mirada de espinas, de nubes, de bruma lejana, de río, de colores de Guatavita. Antes de marchar buscó el sitio donde enterró el collar de la iniciación.

Ya no debía oponerse a su destino. Se lo colgó del pecho y buscó de nuevo a Xiety para encargarle el cuidado de Suazagascachía y el amor de su alma. Le pidió decirle que su promesa era volver para amarla, porque estaba seguro de no ser retenido por nada en ningún otro lugar. Siechoua, que había seguido en silencio todo el drama del hermano, se prendió a sus piernas. Tatí le encomendó empezar a tener

pronto sus hijos, pues para ellos era el fruto de todo cuanto lograra conocer. Tomó el sendero del zachua y en su pecho se repetía el lamento del adiós.

*Hoy estoy viniendo de la punta de la sierra,  
estoy viniendo del monte que me enseñó la calma.  
Guarda mi corazón, Sié, diosa del agua;  
apacíguame la furia de tigre huérfano.  
Enséñame a ver con los ojos solos del cóndor.  
Guárdame el corazón, Sié, diosa amada  
porque abandono el monte,  
porque me arrancan de la punta de la sierra.  
Guárdame que pronto te daré mi ofrenda.*

Ningún pensamiento le dedicó a Zhangué en la despedida.

## —QUIHICA CUHUPCÚA—

### La llanura grande

**NO HABÍA LUNA** en el cielo y no habría durante tres noches más, por lo que Tatí demoró un sol el regreso a la choza del zachua. Tenía la esperanza de ver a Suazagascachía un poco más de tiempo, pero fue sin querer que el último día, caminando por la suna del Siecha, tropezó con ella, que venía de lavar ropa. Se miraron, Tatí serio con los dientes apretados y los ojos sin parpadeo a pesar del fuerte viento, y Suazagascachía sonriente. Tatí se acercó despacio hasta quedar al alcance de su aliento.

—Xiety te dirá todo lo que ha acontecido y la triste prueba que afrontaré para merecerte. Debo expiar con mi ausencia, con el castigo de no verte, la falta que quedará cometida al unir nuestros destinos. Tres años estaré fuera de Gantina Masca y también tú, con parte del pecado, tendrás parte de la pena al quedar sujeta a esperar mi regreso. Yo te dejo en libertad para que rompas tu amor y la espera, pero te prometo que vendré de vuelta y buscaré tu ser que me inclina tanto hacia tu cuerpo. Ahora debo irme, debes irte, debemos dejar que nuestros ojos y nuestros corazones busquen otros sitios y otras gentes para darse la alegría —Tatí lo decía serenamente, convencido de que era un regalo este instante junto a ella, mucho más de lo que esperó tener antes de la partida. Suazagascachía soltó su atado de ropa y le tomó las manos.

—Llévame contigo y busquemos nuestra alegría en lugares lejanos, pero siempre los dos, inseparables como las ranas y el agua. Ante la disyuntiva, preferiría separarme de mi gente toda, antes que de ti —mientras hablaba le repasaba el contorno de los brazos, hasta los hombros y la nuca, con el puño cerrado—. Acepto mil destierros, pero no tu ausencia.

—Dime Suazagascachía si es que aún no conoces a los muiscas. ¿Qué es un hombre sin su tierra o sin sus dioses?

¿Dónde se recostaría a dar comienzo a su último viaje? ¿Cómo sería posible que encontrara el camino a sus sementeras en el más allá? Dime cómo entiendes que alguien pudiera buscar por voluntad propia ser un espíritu que vaga, un ánima errante en tierras extrañas. Debes reflexionar en esto y pedir valor a Bachué para soportar la prueba y esperarme entre los tuyos.

—Entonces entrégame savia de tu cuerpo una vez más, una sola vez antes de que te vayas —dijo ella haciendo un cerco con los brazos alrededor de la cintura de Tatí, suplicando con la mirada baja y el pecho recogándose hacia el centro.

—Suéltame el cuerpo, Luna del Amanecer, y no quieras de mí lo que es imposible que te dé.

Tatí le metió la mano debajo del pelo y la hizo resbalar por la espalda y entre el chicate que el ventarrón agitaba, despacio por la cadera, y le besó la frente.

La dejó quedarse un rato largo recostada a su cara y olió su pelo mojado, el verdadero olor suyo, libre de humo y flores, y disfrutó el aroma como de chontaduro caliente de su cuello.

Después sin aviso la soltó y empezó a caminar con paso rápido. Suazagascachía corrió detrás de él pero se contuvo a tiempo y se resignó a solamente mirarlo hasta que desapareció en el camino del pueblo. El viento le daba vueltas en el oído e intentaba decirle secretos que no entendía. Se sentó en el suelo arenoso y duro del camino y lloró callada, sin poder soltar las lágrimas que le lavaran la aflicción.

Se quedaba triste, no nada más por la ausencia de Tatí que le parecía demasiado larga, sino también porque creía que iba a perder posición en el ejército de Capa. Otros muchachos menos capaces, tomarían su lugar y, cuando él regresara, si regresaba, tal vez ya solamente pudiera ser un güecha de rango menor porque, quién iba a continuar su entrenamiento en un lugar de bárbaros primitivos como ese a donde se dirigía. No sabía si le gustaría ser la esposa de un joven soldado del común, después de haber concebido tanta esperanza al lado de Tatí. Mientras razonaba, se le iban destruyendo de golpe las imaginaciones de una vida mejor para ella y para los hijos que tuviera. Su

matrimonio con Tatí llevaba la ventaja adicional, sobre cualquier otro matrimonio que le fuera permitido hacer, de que los hijos propios, junto con los de Siechoua, heredarían lo que Tatí obtuviera, porque no estaría desacatándose el mandato de dejar todo cargo o riqueza dentro del clan. Desde cuando la llevaron a Saguancinsá estuvo preocupándose con la idea de lo que harían los hijos de su vientre para ganar el sustento y la paz. En Chía estaban las familias más aristocráticas del sur de Gantina Masca, los Cana, clan de los zipas, los Anemchica, que eran pregoneros de los caciques de Chía y del cercado de Bacatá, y así, algunas otras pocas familias poderosas, de quemes y thiguyes, al lado de los numerosos cultivadores de la tierra y los tejedores de mantas.

Suazagascachía había sido testigo cercano de las diferencias, y soñó desde mucho antes de su timi, con hacer un matrimonio ventajoso para no tener que conformarse únicamente con el fruto de las labranzas. Envidiaba la alegría y los privilegios de los que vivían dentro de los cercados, la música que casi siempre estaba sonando dentro, la belleza de los vestidos, la pompa de los charoles, la cercanía de los chuques y los misterios del templo. Se sabía bella, pero conocía bien que era muy difícil que un cacique la tomara como thiguy, porque todas las mujeres llegaban a los cercados no únicamente por mérito de la hermosura, como en las fábulas de las abuelas, sino por razones de seguridad y por las alianzas que hacían unos guerreros con otros. Así, porque estos pensamientos se repetían cada sol en su mente, planeó un matrimonio con un capitán o al menos con un güecha, que le diera la oportunidad de estar cerca de los nobles. Lo que no planeó fue enamorarse de Tatí tan hondamente y sentirse necesitada de esperar su regreso, aunque no fuera más que para verlo convertido en un güecha de poca monta, o, peor, en un aprendiz de zachua, porque no dudaba que el odioso Sutakone tenía planes para atraparlo en el mundo enmarañado y oscuro de los brujos. En ese caso, más posición obtendría casándose con un artesano o con uno de los mercaderes que empezaban a aparecer por todas partes, pero irremediamente su corazón estaba atado

al de Tatí y la condenaba a esperar los tres muy largos años de la separación.

Tatí fue una vez más donde Capa para tomar sus cosas. El capitán tenía listo un manto largo, como el de los mercaderes y le pidió a Tatí usarlo sobre su manta de guerrero y aún le dio otra de las pequeñas y una mochila con coca para un viaje prolongado, un cuchillo afilado, dardos para la lanzadera y un calabazo grande de betún para el cansancio de las piernas. Le dijo que era lo mejor que podía darle después de sus oraciones y del permiso de sacarse el canutillo de la nariz para no provocar el miedo de las gentes que encontrara. Tatí prefirió llevarlo para no olvidarse nunca de su condición, y para estar prevenido de los encuentros con las tribu hostiles que temía topar, a pesar de la certeza de Sutakone de que la ruta al llano y a la selva existía libre de bárbaros. Tatí escuchaba a Capa con la cabeza baja, con desánimo, pero resuelto con toda su voluntad, a regresar a su maestro y a la escuela. Así, con la mirada menos triste observó a Capa y le vio el gesto extraño, entre excitado y confuso, pero con una chispa de luz en los ojos, más ardiente que en los otros tiempos.

—Aparte de que se duele tu ánimo por mi partida, guardas otro sentimiento que no quieres decirme, señor. Te ruego que me muestres lo que escondes tan celosamente en tí, si es que lo que ocultas me atañe de algún modo.

—Tatí, Canción de la Labranza, se ha cambiado muchas veces tu destino y sin embargo sigues conservando tu nombre primero porque nadie ha propuesto un porvenir cierto para tí. Hoy deberías estar a mi lado, escuchando las estrategias que usaremos en la guerra que se acerca. Saguanmanchica pretende recargarnos de tributo, igual que a los señores de Zipaquirá y Nemocón. Los espías que tenemos en la corte del zipa nos han informado su plan de traer güechas a nuestros cercados para vigilar nuestras acciones y cualquier aumento de nuestros caudales. Tibatigua ha enviado mensajeros a Ubaté y a Hunza y ha recibido respuestas favorables, pues ningún gran señor se aviene a la sujeción y rapiña de Saguanmanchica. Pronto comenzará la guerra, mi querido güecha, y no estarás para



combatir por tu pueblo. Vamos a aprovechar este momento, en que numerosos soldados del zipa continúan apostados en las fronteras del tibacuy y del fusagasugá conteniendo a los caribes. Lo que ignora Saguanmanchica es que Usathama ha sellado una alianza permanente con éstos, de la que desconozco los términos, pero que no cesará hasta no verlo derrotado y hasta que el último de sus güechas abandone las fronteras y devuelva las posesiones que poco a poco ha invadido. El zipa tiene también una guarnición de güechas acercándose a las tierras del ubaque, señor poderoso y casi tan rico como Tibatigua. Es claro que intenta entrar en sus dominios por la fuerza, y si no impedimos el logro de sus propósitos, seremos el próximo objeto de sus invasiones. Si dejamos que su poder, movido nada más por la ambición, siga creciendo como lo hace ahora, pronto estaremos doblando la rodilla en su cercado, despojados de nuestros derechos y abocados a la vergüenza de servir a un cacique extranjero. No somos cobardes, Canción de la Labranza, y hemos jurado morir antes que rendimos.

Tatí miraba perplejo a su maestro. Ensimismado en sus propios asuntos, había perdido el rumbo de los acontecimientos. Sintió turbación y no halló las palabras para responderle a Capa. El amor y el desespero le habían oscurecido los sitios que no habitaban Suazagascachía y Sutakone y no lo dejaron libre para volver el ánimo hacia su pueblo. El zipa había convocado a los grandes señores de Gantina Masca: Zipaquirá, Ubaque, Ubaté, Nemocón, Guasucá, Susa, y hasta señores del reino de Hunza.

Legiones de mensajeros llegaron con sus caciques a Tena, porque Saguanmanchica, inteligente como era, los había hecho venir a su ciudad de recreo, llena de jóvenes hermosas y baños calientes y bohíos bien provistos de quines y ornamentos, buscando adormecerles el alma con el placer del cuerpo, y les propuso una paz desigual, asustada, quebradiza como paja seca, ventajosa para Bacatá. Paseó sus güechas, hizo tronar los tambores, les metió un animal asustado en el pecho y pactó no iniciar ninguna guazábara, no meterse con sus soldados a ningún poblado y pedir menos güechas y menos tributo para

su cercado. Sólo uno de los llamados, el ubaque, no asistió, pretextando enfermedad de parto de su thiguy principal, pero tampoco llegaron los regalos de desagravio por su ausencia.

—Creo adivinar lo que sientes —terminó de decir Capa—, y creo también que tu gran aprendizaje será el de que un güecha, más que los demás hombres, debe asumir el desapego como forma de vida, mucho más porque nada le está prohibido. Ni la mujer ni las fiestas, ni el oro deben apartarlo del deber de procurar la grandeza de su cacique y su tierra. Tú deberías comprenderlo así, pero tu corazón se ha negado a confirmarte en tu tarea y por eso, muy sabiamente el iraca te envía a la lejanía. Sabe que un día conocerás con certeza lo que esperamos de ti, que de algún modo eres un hombre grato a tus señores. Vete ahora Tatí, o tendrás más confusión y vergüenza, y lo único que deseo es que guardes íntegra tu dignidad para el regreso. Está dicho que serás un gran señor, leal a tu pueblo.

Salió del templo, al principio con los pies pesados y después casi corriendo, y partió directamente al rancho del zachua, sin pasar otra vez por el bohío de sus padres. Le era muy desagradable todo. Más que nada, le molestaba pensar que de nuevo entrarían al pueblo al tomar el camino de Gachalá para desde ahí buscar las poblaciones calientes de la llanura grande.

Sutakone se empeñó en guardar ayuno estricto dos días antes de partir. A Tatí, el segundo día, el vientre se le revolvía en demanda de alimento, pero el zachua solamente le daba una escasa ración de coca y tabaco, y no podía hacer nada distinto de respetar sus disposiciones porque tenía plena confianza en lo que el viejo hacía, y trataba, entonces, de no pensar en su vientre, de no sentirlo y llevarse el ánimo del pensamiento a otras imaginaciones de llanos extensos y gentes extrañas, que los recibían con una fiesta fastuosa plena de chicha y pescado y bollos y mazamorra y frutas. Y otra vez el ánimo le miraba el vientre y se venía la saliva que limpia el alimento a llenarle la boca y a vaciarle de fuerza los brazos y las piernas.

Por fin el tercer día de la luna creciente partieron. Sutakone llevaba un envoltorio atado a la espalda y dos mochilas colgando del brazo. Tatí sentía que en una de las mochilas, la menos limpia, tintineaba algo como de oro, pero no preguntó nada. A él lo hizo cargarse con una bolsa llena de pescado seco, semillas de quinoa, cañas dulces y algunas tortas secas de maíz y pequeños panes de sal. Dijo que esa sal sería el mejor tesoro en la tierra a donde llegarían. Tatí no entendía que hubiera un sitio, tanto tan alejado, que los muisecas no conocieran, donde no pudieran llegar con su sal, pero, como siempre, aceptó las palabras del zachua y portó su pesada carga con todo el ánimo que podía juntar sobre la sensación de hambre, que aunque ya no lo torturaba, le encalabraba el cuerpo. A la mitad del primer día de viaje, por fin, comieron una escasa cantidad de pescado y maíz. Tatí comenzaba a preocuparse y a pensar que con esa ración de comida no soportaría un viaje tan largo, pero el zachua, dándose cuenta de su descontento, le aseguró que todo estaría bien. Que era parte de su nueva vida el estar siempre un poco hambriento, jamás repleto de comida, pues con ello se distraía el alma de su verdadera tarea que era el entendimiento y la comunión con la naturaleza. Apenas en ese instante Tatí se colgó el collar al cuello, y aunque el zachua se sintió íntimamente satisfecho, no dijo ninguna palabra, quizá porque se turbó de verlo en un cuerpo que usaba la nariz para asustar. Tatí aprendió a acoplar su sentimiento con el de Sutakone. A ser un espíritu igual al del viejo, otro que veía de la misma manera las montañas, las nieblas, los pantanos, los manglares agresivos y enmarañados, las zarzas espinosas, castigo de los espíritus del monte; los riachuelos plácidos; las niguas de los polveros resecos, haciendo nido entre los dedos; las cumbres escarchadas, los vallejos áridos, los cielos zarcos, todo lo bueno, lo malo, lo frío, lo caliente, lo seco, lo húmedo, lo hermoso y lo feo que iban encontrando. No tomaron la ruta del comercio porque tenían temor de enfrentar a los sutagaos, a veces amigos, pero otras, enemigos encarnizados. O por no encontrarse cara a cara con un guerrero cabeza-cuadrada, anolaima o tocaima que interpretara malignamente sus breves pasos en el terreno ajeno, o porque una horda completa de

ellos no se abalanzara a chuparles la sangre como vampiros. En el último cerro muisca, junto al pueblo de Gachalá, delante de las marcas rojas de las piedras que señalaban la frontera, Sutakone se despojó de sus vestidos y danzó extrañamente pasos y saltos que Tatí jamás había visto. Movía los brazos y repasaba las uñas sobre las piernas, el torso y la cabeza, y esparcía al aire los trocitos de piel reseca que se arrancaba, mientras en el canto repetía que los pedazos de su cuerpo se quedaban cuidando a los muiscas para que se convirtieran en gotas de lluvia si llegaba la sequía o en brasas ardientes para calentar los peñascos de las montañas y las piedras de los ríos si los azotaban las heladas. Terminó el baile exhausto y se sentó sobre la roca la noche entera, mascullando palabras que Tatí entendía sólo a medias. Desde allí llegaron a un río bravo y espumoso que no les dejaba paso posible por ninguno de los sitios que exploraron. Pero por fin, después de mucho intento, encontraron el puente de bejucos. Por un momento, Tatí se creyó incapaz, de atravesarlo y otra vez la voz del brujo le calmó el temor. Cuando tuvo los dos pies sobre las cuerdas, sintió moverse el mundo entero por abajo y por arriba de su cabeza, pero se empeñó en que el zachua no se diera cuenta de su flojera. Fue un tiempo largo el que estuvieron sobre el puente, avanzando pasito corto a pasito corto. Tatí sospechó que el zachua lo hacía tan lentamente por darle tregua a su inexperiencia, porque a ratos se olvidaba de él y movía los pies como si caminara sobre el suelo firme.

Sintió alivio cuando dejaron la montaña y divisaron el llano sin fin, los pastizales resecaos por el sol despiadado que encandilaba la vista y mecía la lejanía. El arrastrar de piernas de Sutakone y la pesadez de la nuca de los últimos días parecieron, entonces, los pasos difíciles de una danza recordatoria, pero nada más porque la tierra recuperada le devolvió fuerza a su esencia. Tatí se contagió de la paz que respiraba y como a él, se le humedecieron los ojos y se le envaró la espalda. El zachua le anunció que pronto, a más tardar media jornada, encontrarían un pueblo de mohanes guajivos, los que mantenían vírgenes para entregar a los chuques tundamas y

guanetaes. Opinaban, en esos sitios, al contrario de los otros muiscas, que la esencia femenina era más grata a Zhúe que la pureza insípida y sin sazón de los moxas. Tatí le preguntó cómo llegaban los chuques hasta el templo guajivo, y Sutakone le explicó que bajaban por el río Zulia y que si quería saber por qué no habían seguido ellos esos pasos más fáciles y rápidos, había sido por evitar los caminos de las tierras del iraca y los adoradores muiscas del sol, pues temía más ese poder que actuaba con odio y buscaba los cuerpos desprevenidos para descargarse, que la fuerza impulsiva y bruta de los bárbaros caribes. Sutakone estaba convencido de que todo chuque muisca se oponía a la sabiduría de los zachuas, y a la suya en particular, porque dos veces ya había demostrado ser más poderosa que su ciencia. Los últimos días no sólo no podía sanar la enfermedad, sino, ni siquiera, adivinar el amor, el robo, la buena fortuna o las distancias. Tampoco sentía claros los sueños que le consultaban, no percibía su ánima serena, no podía alcanzar su forma alada de pájaro y miraba los espíritus que llegaban a visitarlo como si fueran simples bultos que hablaban un idioma extraño. La única facultad que conservaba intacta era la de alcanzar su esencia vieja de tigre montuno, y de esa pequeña confianza era de donde tomaba la fuerza necesaria para desear alejarse y combatir los cercos malignos en que intentaban confinarlo los sacerdotes. Sin esa fuerza paciente y certera no habría emprendido el viaje al encuentro de nuevos poderes y se habría tendido a morir donde nadie hallara sus huesos.

Sutakone se presentó a los mohanes como un zachua peregrino, que buscaba cortezas y plantas medicinales y polvos de yopo y colorantes y plumería para las curaciones y los ritos, y a Tatí como su aprendiz. Comprendía y hablaba las palabras de los guajivos como si siempre hubiese vivido allí, y ellos los aceptaron y los alojaron en un bohío cercano al templo y les colmaron un cesto de piñas y plátanos maduros, un chorote de tortas picantes de yuca, un plato hondo de hormigas y maní tostados y un cántaro grande de chicha. Tatí no había comido nunca aquellas cosas, pero pensó que sería

delicioso quedarse a vivir allí cuando vio las frutas y las tortas y sobre todo cuando se refrescó el cansancio con la chicha limpia, no muy fermentada, que era también la bebida de las doncellas prohibidas. Tenía curiosidad por verlas y supuso que el mejor momento sería cuando buscaran el río para bañarse, pero el zachua le aclaró que serían bienvenidos en ese lugar los días que necesitaran para reponerse, siempre y cuando no intentaran ver ni hablar a las vírgenes del templo. Adivinaba el brutal sentimiento de Sutakone en lo ronco de las palabras cuando le salían de la boca. No le dio la medida de lo que podía comer o beber, pero le recordó que sin templanza no alcanzaría ninguna alta cualidad del espíritu. Lo odió un momento por todo lo que predicaba y vedaba. Se preguntaba por qué no iría el alimento al alma del vientre solamente y dejaba de pesarle a la del entendimiento, para poder calmar el gusano voraz que parecía dormitar en su garganta y en su estómago. Poco a poco fue dejando que su cuerpo entero se acostumbrara a las cosas nuevas que percibía para que dejaran de turbarlo. Lo primero que dejó de extrañar fue el olor, menos perfumado, menos penetrante, más amargo de la tierra. Después comenzó, despacio, a disfrutar el calor que al principio le embotaba el pensamiento y le ponía una desconocida cargazón en los párpados y en los pies, y mucho después se acostumbró al aleteo repentino de las garcetas y los alcaravanes y al canto alto de las paraulatas, al chillido de los micos, las picaduras de los mosquitos, el aire quieto, el sudor pegajoso debajo del pelo y junto al pubis, el pasar agitado de las aguas en los ríos, los árboles erizados, la lejanía inasible, invariable, abrumadora, vigilante.

Unos días después, salieron con rumbo al pueblo alto del cerco, un pueblo guerrero, con su ciudad fortificada por estacas de guayacanes y rodeada de fosos y trampas. Los moradores eran excelentes navegantes en invierno y en verano, conocedores de los ríos, de cada árbol prendido al fondo y de la fuerza de las aguas y el capricho de las corrientes y los remolinos. Necesitaban un guía que los llevara hasta las tierras húmedas y feraces de los tukano, una familia grande de

hombres sensitivos y payés capaces de tomar todas las formas de la naturaleza. Allá en ese sitio Sutakone esperaba encontrar sabiduría para entender por fin el parentesco del hombre con las cosas y develar el secreto de su comunión y las razones que los ataban desde siempre y no les permitían separarse. Con tal sapiencia podría encarar la enfermedad, la codicia y la tristeza e invocarlas o echarlas a voluntad del cuerpo de los hombres. Tatí oía al brujo en su esperanzado monólogo, en su desenfreno al hablar, como de niño, y se olvidaba un poco de la ansiedad que le llegaba cuando se imaginaba sobre aguas que nada sabían de ellos, viviendo bajo cielos descubiertos, inermes, sin una ofrenda a mano, expuestos al ojo avizor de Zhúe. Personalmente su búsqueda era más simple, pues se limitaba a encontrar un tiempo de reflexión y de prueba, algo de lo que conocía de antemano el resultado. Momentos antes del viaje aspiraron una ración completa de yopo por consejo de los guías, pues tendrían momentos difíciles y necesitaban estar atentos, no a lo que pudiera verse en el inmediato contorno de la canoa, sino a las ocultas maniobras del peligro y a la desconocida posibilidad de las propias fuerzas.





## —QUIHICASUHUZA—

### Yuruparí

**EMPEZABAN A** navegar por el Papamene cuando Sutakone le anunció a Tatí que ese día entraba una nueva revolución en el calendario muisca al mismo tiempo que el mes primero del ciclo agrícola. Acababa de terminar el quinto año cuhupcúa del siglo, y su última luna pasó inoficiosa para las actividades del campo, como cualquier luna intercalada, con la diferencia, esta vez, de haber sido la luna del sacrificio del moxa. Sutakone se empeñó en seguir una tediosa conversación sobre los signos del siglo, en dar nombres enigmáticos a sus dedos, pero Tatí no estaba interesado en aprenderlos porque siempre pensó que los sacerdotes sólo lograban comprender tales cosas en todos los años que duraba el entrenamiento de la Cuca. Repetía sin prestar mucha atención, pero poco a poco maravillándose de que las cuentas resultaran al final tan exactas, que los símbolos correspondieran a cada movimiento del sol y de la luna, que significaran el encuentro o la soledad de los astros, que se fueran envolviendo como enredaderas los difíciles días de los años cuhupcúa en los años zocam que él conocía, que a perpetuidad se repitieran los meses tan fielmente, que a los ojos abiertos de la luna siguieran los ojos cerrados siempre sin interrupción, sin equivocación y siempre los chuques conmemorando, celebrando cada ciclo, haciendo que la memoria de la gente guardara, sin saber, todo el precioso entretejido del tiempo. Cada vez más la atención iba quedándose fija en las palabras de Sutakone y la curiosidad haciéndole asomar preguntas a los labios. Sabía que mañana no recordaría, pero en el instante quería saber lo más posible, lo que cupiera en la boca del zachua. Dentro de dieciséis o dieciocho zocam tendría la misma edad que él, y esperaba que entonces podría repetir las cuentas, con la misma justa cabalidad.

Sólo cuando Sutakone dejó de hablar volvió a darse cuenta real del sitio y el tiempo pegachento en que se hallaba. Era el tercer día de viaje bajo un cielo distante, mudo, limpio, indiferente, que fastidiaba hasta a los guías y muy seguramente también a los grasientos ieguis que se consumirían sobre la tierra dura y reseca del rastrojo. Poco antes del cenit, lejos, en un diminuto claro entre la maraña alta del pajonal, distinguieron unas casuchas hechas con palos bastos y cubiertas de tela de algodón sin teñir ni estampar. Preguntó a quién habrían de servir aquellos toldos desprotegidos entre la multitud de bichos voladores, abiertos al calor despiadado y a los aguaceros, a las serpientes y a los espíritus nocturnos. Le explicaron que eran los ranchos de los guaiga, salteadores de las despensas de las tribus más pacíficas, parásitos humanos que no poseían ningún cultivo propio, ni vivienda fija, ni templos ni vestido, ni industria diferente de la de fabricar sonajeros de caracolas y semillas que enredaban a sus lanzas para avisar a la gente de los poblados atacados que se escondieran y los dejaran robar libremente para no tener que golpear a ninguno.

Cerró los ojos un momento y dejó de oír a los guías y las averiguaciones minuciosas del zachua y pensó en Guatavita. De golpe tuvo la certeza de que el azote del ciclo que terminó sin aparente castigo, habría de ser la guerra que anunciara Capa. La cosecha había sido más abundante que en los demás tiempos, los panches estaban controlados, las ofrendas pululaban en los templos, los ríos iban y venían llenos de sus criaturas tranquilas, los niños nacían saludables, los mercados exhibían objetos y comestibles variados, las lluvias que amenazaron acabar las labranzas fueron conjuradas por Sutakone antes de causar estragos verdaderos. Sólo quedaba, entonces, recibir castigo por directa causa de la torcedura del corazón de los hombres, indócil monstruo, impulso inmoderado de la necesidad de ejercer maldad sobre los cuerpos y las almas de los otros hombres. ¿Quién habría soplado al entendimiento del zipa que podía ser el gobernante único de las tierras de Gantina Masca, por encima de los legítimos dueños? A cambio, ¿por qué no ofrecía ayuda a los distintos territorios sin más pretensión que la de recibir justo reconocimiento por ella? ¿Por qué no quería

permitir que cada pueblo mantuviese sujeción solamente a sus propias leyes e intentaba entregar su sapiencia, si la poseía, a los consejos de ancianos? ¿Por qué los chuques no interponían su poder para cambiar lo que se avecinaba? Y, más que todo, ¿por qué él no iba a estar en Guatavita para ayudar a Tibatigua en la defensa, y por qué Sutakone omitía hablar de esa fecha como un tiempo inevitablemente nefasto en el que sucederían las cosas peores? Las correrías de Saguanmanchica eran el castigo, la venganza de Zhúe por la soberbia de los muiscas y las faltas en el culto. En cuanto a él, la ausencia iba haciéndose, cada vez más, una purga intolerable, una afrenta al ánimo formado para vivir y morir entre los propios. Pero, ¿cuánto pesaba su amor maldito, todavía sin expiar, en el alma del dios para moverlo a la punición? Se sintió solo debajo de la atmósfera cargada de humedad, sobre la espuma terrosa y brava del río, entre las voces y las palabras extrañas de los guías. Ni el recuerdo de la mano tibia de Xiety y la voz dulce de Suazagascachía ni la certeza de que Capa y sus amigos lo esperaban ni el encuentro con esta naturaleza agria y hosca pero nueva, pudieron aplacar su sensación de soledad. Se percibía abandonado de Chía, repudiado de Zhangué, apartado de la tierra, arrancado del tibio abrigo de las montañas. Su corazón se cerraba, el estómago nada le reclamaba y solamente en la boca le quedaba la sensación de algo amargo y quieto. El aire le sobraba en la nariz, le invadía el pecho, no le daba tregua al aliento. Inconscientemente tomó del poporo un poco de coca y mascó con la mente vacía, embotada con el rumor de las palabras chillonas y las pausas interminables de los guías, en desafinados altibajos sobre el canto del agua, como si fueran parte de la charla de las bandadas de patos de las orillas.

A medida que avanzaban, el calor se hacía más pegajoso, más asfixiante y las picaduras de los mosquitos empezaban a inflamarse y a doler. El sudor salado les lastimaba la piel enrojecida y tuvieron que aceptar el ofrecimiento inicial de los guías de quitarse las mantas y pintarse completamente el cuerpo de negro para evadir el calor y los picotones. Estar desnudo, con un diminuto taparrabo sobre el cuerpo, fue supremamente incómodo para Sutakone, pero nada más opuso

resistencia a cortarse el pelo. Necesitaba conservar algo de su apariencia habitual en medio de tanta novedad. Se miraba demasiado pequeño y delgado, desmesuradamente duro sin sus ropas, inerme casi, entre el paisaje descomedido. El pelo enmarañado, al menos, seguiría agrandando y protegiéndole la cabeza, prestándole el poder de convencer a quien lo mirara, garantizando que lo fundamental de su espíritu, el alma principal, permaneciera sin cambio.

Por las noches buscaban sitio dónde orillar la canoa y reponer las fuerzas, y tan pronto Cagüí se tintaba de violeta o dorado volvían a coger el camino del río. Habrían deseado llevar una hamaca como la de los guías y no tener que dormir dentro de la canoa tosca, llena de una humedad que los alcanzaba a través de todas las hojas y las mantas usadas como quine. No avistaron un ser humano en los largos días que duraba el viaje, hasta una mañana, cuando, en vez de echar a andar hacia el agua, los guías tomaron la canoa sobre sus cabezas y cogieron paso entre la maleza. Pisaban sobre la hojarasca pútrida y fastidiosa como la baba de los helechos, resbalosa por debajo de los árboles altos y plenos como un techo que no permitía a Zhúe calentar ni iluminar el suelo. Tatí sentía ese frío pesado igual al de las casas de los murciélagos en los torcales de Guatavita. Los guías les entregaron sendas varas blancas, blanquísimas y perfumadas, para que se ayudaran a apartar los bejucos espinosos que asomaban a trechos hasta el nivel de las caras. Explicaron que debían caminar dos días y, al paso lento del muchacho, tal vez tres, pues el río formaba corrientes y saltos que volcaban las canoas junto a los pedrejones donde se amontonaban peces voraces, a la espera de que algún animal de la tierra varara entre los palos y la basura que el torrente bajaba a los remolinos. Caminaban siempre paralelamente al río aunque sin verlo, sólo sintiendo el sonido sordo debajo de los gritos de los micos invisibles y los pájaros, sólo percibiendo el olor de agua aún crecida junto al hedor a musgo, a hierba mala, a aire sucio, cargado de lo que le iba sobrando a esa tierra abarrotada, exagerada, grávida de un engendro casi más pesado que ella. De pronto, algo fue cambiando como si tuvieran un sol de media noche, y se entibió el entorno de los

cuerpos, se aclaró la maraña, se despejó la pesadez del avance y, apenas sin aviso se encontraron en un claro gigantesco, un camino limpio sembrado de bejucos palmados y a pocos pasos un inmenso rancho y bullicio de niños, humo de fogones y rumor de agua mansa y mirada de mujeres desnudas, jóvenes, apenas niñas barrigudas, solas con las viejas y dos ancianos desdentados. Los guías dijeron que podían esperar a los hombres que andarían pescando, pero de otro rancho pequeño salió uno con gesto amenazante, y por la plumería reconocieron al kumú, el sacerdote de la tribu, el hombre que hablaba con los espíritus de las nubes y del río. Tatí lo miró a los ojos a pesar del miedo que intentaba meterles y encontró la misma intensidad, la misma chispa, la misma fijeza que habitaba en el fondo de la mirada de Sutakone, sólo que algo menos cansada. Pareció que fuera a levantar las manos para hacerlos huir y en cambio las extendió sin soltar la lanza y los invitó a sentarse sobre unas piedras grandes más cerca de su rancho que del de las mujeres. Les trajeron pequeños pescados ahumados y cazabe y una chicha amarga, cachirí, que les devolvía un poquito la alegría y les entonaba los cuerpos. Los guajivos pidieron un lugar para dormir, pero el kumú dijo que los hombres no regresarían hasta el día siguiente, por lo que solamente podrían quedarse mientras tuvieran luz del sol. Les permitió que colgaran las hamacas entre las palmas, al final de la chagra, junto a las matas de plátano, y que salieran tan pronto comenzara a clarear. Al amanecer, después de una noche confiada junto a los seres humanos, volvieron al río y ya no se detuvieron a dormir hasta encontrar el grueso de los poblados del Guaviare, que anunciaron su ubicación por la frecuencia cada vez mayor con que encontraban hombres desmalezando en las orillas. Buscaron llegar cerca de la desembocadura del Papamene y desde allí, por pequeños raudales y a veces por entre la maleza, alcanzaron el Boupé, el río de la fuerza, el que nutría y daba la vida a las tribus de los payés más poderosos, el Boupé, objeto final del viaje, asiento de las malocas de los hijos de la trucha, el sib de los boreka.

Llegaron a la aldea al final de la estación seca, el segundo día del comienzo de la luna suhuza. Las aguas de los ríos

estaban bajas y de muchas quebradas quedaba sólo el rastro del fondo. Los hombres salían de las malocas, buscando las últimas presas de caza, envenenando con bejuco de barbasco las aguas remanentes de los grandes ríos, rebuscando miel y querocha de abejas en lo profundo del monte antes que los aguaceros borrarán los caminos. Esperaron a Gaxki, el maxsatinge, el hermano mayor, el jefe del sib, que apareció un día después adelante de un grupo de cazadores. Traían dos venados, hembra y macho, y cinco o seis micos, en los que Tatí fijó los ojos asombrados. La hembra preñada del venado había muerto por error, porque era muy grande, y confundió a los cazadores. Waí-maxse no habría negociado la muerte de una hembra con ningún payé, ni siquiera a cambio del alma de todos los makú del pueblo. Cuando los hombres estuvieron cerca de la maloca, las mujeres hicieron entrar a los niños y les prohibieron salir por el resto del día. Las viejas salieron con tizones encendidos en los que quemaban hojas de tabaco y caminaron soplando el humo alrededor de la casa y por el comienzo de los caminos a las chagras y al monte. A Tatí, que no comprendía el sentido de tanto revuelo, le parecía que una resequedad se iba instalando en el centro de su cuerpo y que el sofoco no lo dejaba integrarse al ambiente, que lo separaba de todas las cosas de su entorno, y pensó que con esa sensación de orfandad telúrica sería muy difícil mantener la confianza para recibir los días. También lo desazonaba la vista continua de las mujeres desnudas cubiertas solamente de intrincados dibujos rojos y negros, que lo observaban todo el tiempo con exasperante curiosidad. No podía evitar excitarse cuando las miraba y le avergonzaba, sin saber por qué, el bulto bajo su cubresexo, por lo que trataba de no acercarse a la maloca y permanecía más bien junto al monte, en el final del camino de una de las chagras de mandioca. Sutakone parecía haberlo olvidado y procuraba, en cambio, la compañía del payé y del resto de los adultos, y únicamente buscó hacerse a su lado en el estrepitoso momento de la llegada de los cazadores. Ninguno mostró sorpresa por hallar extraños en la aldea. Gaxki habló primero con sus hombres y luego con los guías, y Tatí se maravilló una vez más de la capacidad que tenían

para comprender todas las lenguas que escuchaban. Ignoraba que la posesión de ese talento era una condición esencial para transitar por el llano y la selva, para estrechar la leve unidad de las tribus, y mantener la inevitable dependencia cuando se trataba de concertar matrimonios o conjurar desmanes de los espíritus del monte y las aguas.

Gaxki se acercó a ellos con cautela, a paso lento como si al caminar tuviera que ir rompiendo una tela de araña con las rodillas. Observó el cilindro ceniciento que Sutakone tenía al cuello, no tan grande como el suyo ni tan transparente, pero sí del tamaño y el color del de cualquier hombre dedicado al oficio de la caza, y entonces sonrió por primera vez con sus pequeños dientes amarillos. Se reunió con el kumú y le pidió que se comunicara con Vixó-maxse para saber si podía permitir que los recién llegados se quedaran un largo tiempo en las malocas del sib, y mientras el kumú recibía respuesta convidó con una fiesta de bienvenida a esos dos hermanos que durante el invierno largo y torturante serían muy útiles en las chagras. Les asignó un lugar en la maloca ceremonial y dijo a los guías que se marcharían después de la celebración, dos semanas más tarde cuando fermentara el cachirí y hubiesen conseguido un poco más de carne.

Pasados tres días, alucinado todavía, el kumú comunicó que auguraba gran prosperidad, pues el viejo traía maneras nuevas de fertilizar la tierra y hacer que abundaran las crías de las grandes bestias del monte, un encanto irresistible para Waí-maxse y sus hembras. El payé opinó que, por el contrario, los extraños sólo podían traer discordia, más necesidad de alimentos y vestidos, y tal vez Waí-maxse sintiera celos porque habría otros varones disputando las mujeres de la selva. Tatí lo veía gesticular, señalarlos con dedo acusador. No entendía ninguna palabra de las que decía, pero se daba perfecta cuenta de que no estaba siendo hospitalario, que le pedía al hermano mayor del sib que los obligara a marcharse cuanto antes, y por primera vez tuvo miedo de que el viaje hubiera sido inútil, que tuviesen que comenzar un peregrinar desasosegado, ir de un sitio a otro para hallar en todas partes un rechazo

similar. Haría cualquier cosa por poderse quedar, por sentir que de nuevo tenía patria. Gaxki no respondía. Escuchaba en silencio, mirando al payé. En realidad no sabía qué pensar, no estaba acostumbrado a las meditaciones muy largas, ni a tomar decisiones sobre asuntos inusuales. Confiaba en el payé para cualquier cuestión práctica, pero creía que la aceptación de extraños en el sib traspasaba la esfera de lo cotidiano y alcanzaba lo religioso. Uno de sus hombres estaba equivocado y le tocaba decidir cuál era. Su intuición y la piedra del hombre viejo lo inclinaban a aceptarlos, pero no podía atenerse a su parecer sino a las razones de los que miraban y hablaban a los espíritus del más allá. El kumú adoptó un gesto despectivo frente a la palabrería del payé, lo miraba fijo a los ojos sin retroceder cuando adelantaba los dedos y casi le rozaba el pecho. Había subido a la constelación de la madeja y hablado directamente a Emekóri-maxsa y estaba seguro del mensaje favorable a los extranjeros. Pidió permiso para hablar y dijo que la más importante consideración se refería a la dificultad de conseguir alimento en el invierno, que era responsabilidad del hermano mayor vigilar que el sib tuviese comida suficiente y sobreviviera a los aguaceros y que sería un desperdicio dejar partir a un hombre que tenía un poder parecido al de los payés para guardar el equilibrio de las presas de caza y el hambre de los niños; que era una necedad pensar en el rencor y la envidia.

Estuvo silencioso un rato, pero se comprendía que no había terminado de hablar. Dijo que había una manera muy fácil para evitar los celos de Waí-maxse, pues no los tenía nunca del varón ya casado. Gaxki asintió e hizo un gesto interrogativo al payé. Se notaba en la exagerada altitud del pecho que el payé no estaba satisfecho, que seguiría intentando dar razones convincentes a pesar de lo dicho por el kumú, pero finalmente asintió, todos asintieron y sin embargo Tatí creyó que algo no estaba bien.

Tenía como un presentimiento, muy claro y preciso, de que les esperaban malas influencias del brujo y se asustaba y en la superficie del alma se le instalaba una tristeza apretada que no



lo dejó alegrarse por la decisión del maxsatinge. El hermano mayor los llamó junto a su maloca y envió mensajeros a otros sibs para que vinieran a festejar con ellos la llegada de los hombres nuevos, hijos de la luna, que deseaban convivir con los boreka.

Pronto, tan pronto como se iniciaran en los ritos y las ceremonias del sib, serían enlazados en matrimonio con jóvenes hijas de la trucha para que Waí-maxse no tuviera celos de ellos. Sutakone había entendido lo esencial, sabía que los aceptaban a condición de que tomaran esposas boreka, es decir, de hacer parte verdadera del sib, lo que significaba iniciarse en todos los ritos, adoptar sus costumbres, hacerse cazadores o pescadores, obedecer a Gaxki, ingerir yajé y vixó cuando el kumú dispusiera, acatar al payé, solicitarle ayuda a él en caso de enfermedad o maleficio; entendió todo eso, pero no le dijo nada a Tatí, ni siquiera lo miró. Se mantuvo lejos, lo más lejos que podía sin dar la impresión de rechazo. No sabía si le gustaría la idea de tener una mujer diferente a Suazagascachía por esposa. Si era un joven tan resuelto al amor como para aceptar la distancia antes que renunciar a la amada, era lo natural que rechazara a las demás mujeres. Por otro lado, era necesario tener en cuenta la profundidad de la convicción religiosa que llevaban en el alma los chías y lo repulsiva que sería para Tatí la idea de adorar otros dioses. Cuando se quedaran solos lo convencería, por última vez le trastrocaría el alma, de hacer todo lo que dijeran los boreka, o de otra manera marcharse, emprender solo el regreso, pues él se hallaba ya en el punto final de su destino. Le entregó a Gaxki los panes de sal, sabedor de que era un regalo precioso para hombres acostumbrados al sabor amargo de la sal desabrada de la ceniza de palma.

Tatí al comienzo creyó que no entendía bien lo que escuchaba, que estarían hablando de un matrimonio que se celebraría en la misma fiesta de bienvenida, pero pronto se dio cuenta, por las miradas maliciosas de los jóvenes y por las risas pícaras cuando decían que pronto cogería la codorniz calentita de las hijas de la trucha, que hablaban de casarlo. Se

asustó. Recordó a Suazagascachía y su promesa de regresar para morir con ella. Ninguna mujer de aquí era tan hermosa ni tan dulce como Suazagascachía. Ninguna tenía esos modos insinuantes ni la risa tan franca, ni los ojos tan brillantes y abarcadores. Ninguna olería como ella. Empezó a apurar su totuma de cachirí sin percatarse de que los ojos empezaban a examinar muchachas buscando las más bellas y que cada vez iban sonando menos descaradas las risas, que las miradas se hacían más fijas, los cabellos más negros y más sueltos. Lo pensó mejor y le entró un deseo de tener en esa lejanía una mujer que le sirviera de consuelo en la soledad y la falta de su cielo, alguien que le colocara las manos sobre el sexo y lo apretara y se lo retuviera hasta hacerle olvidar que recibía castigo por amor.

De a poco el sentimiento se fue transformando en alegría imaginando el momento de su enlace. Espiaba a las mujeres. Medía su deseo de cada una y se integró con mucho entusiasmo al grupo de jóvenes que salía de pesca. Casi siempre estaban inventando obscenidades y riéndose de ellas y alentándolo a que buscara rápido una de las tantas muchachas del sib, ya que tenía la rara fortuna de vivir en el mismo sitio que ellas antes del casamiento. Aprendió a echar las trampas de barbasco y a venir luego a recoger los peces que flotaban en los improvisados diques de palo y piedra y en tanto rebuscar aguacates y racimos de chontaduro en el monte alto; a encontrar sitios en las orillas de las quebradas dónde hacer los pozos para que cuando llegaran las aguas crecidas vinieran a vivir en ellos las ranas comestibles. Se complacía pensando que iba acostumbrándose a andar y hasta a correr en la borusca putrefacta, aprendiendo a no oler lo picante que traía el aire, a entender las palabras largas y partidas de los boreka y a disfrutar la compañía de los jóvenes, a pintarlos y dejarse pintar, a la mandioca desabrida y monótona, a las gotas de ají en la nariz cada amanecer, a no extrañar los cantos sordos de los chuques, a estar maliciosamente lejos de las mujeres, a entender el mando por el tamaño y colorido de la plumería y la piedra del cuello, a ser una entidad distinta de Sutakone, que

por estos días lo evitaba como si fueran dos extraños que se tuviesen animadversión.

El día de la fiesta los convidados llegaron vestidos con faldas gruesas y toscas y plumería de todos los colores. Las mujeres también vestían faldas, más largas, pero del mismo material que las de los hombres, con los pechos al aire y pintadas de negro la cara y los brazos. Le entregaban pescado y carne de mico al maxsatinge y se iban acomodando sobre las piedras o dentro de la maloca en las esteras y en los bancos de tronco pulido. Tonamee, el payé, se sentó delante de la gente, donde todos, las casi cincuenta personas, pudieran verle la cara. Comenzó diciendo que Waí-maxse le había avisado en su sueño, con días de anticipación, que cuatro personas rojas, de lugares lejanos, se acercaban al poblado, pero que no pudo reconocer el olor de las hierbas bajo el cinturón de los cubre-sexos, por lo que no quiso alejarse ni un solo día de las mujeres. No había estado sorprendido de verlos venir, tan distintos, tan cansados y tan ignorantes de la tradición y las correctas maneras de llegar. Alabó a Tatí por su rápido aprendizaje del ritual de los baños matutinos, el poco rechazo a tener que provocarse el vómito cada amanecer, los intentos bien logrados de reproducir el sonido del tambor y la flauta, golpeando el agua de la quebrada. Pronto le darían sus propios instrumentos, después de que el kumú le asignara un nombre adecuado y agradable para los espíritus de la selva. Lo autorizaba, si quería, a tomar el nombre de oropéndolo, que era el que más le gustaba a los jóvenes. Después de eso se iniciaría con los demás muchachos, los más grandes, y según su capacidad para encontrar la constelación de la madeja al ingerir yajé, pasaría al grupo de cazadores o continuaría en las actividades de la pesca. Tatí sentía que el payé ya no escondía resentimientos, que el maxsatinge lo quería bien, que la gente lo recibía sin recelo, pero él necesitaba la sensación de su tierra amarilla y apretada bajo los pies para sentirse cómodo. Le habría dado igual que ofrecieran llamarlo boa o tigre o araña porque su nombre sería siempre Canción de la Labranza y extrañaba la calma que tomaba de las rozas espigadas y

del paso suave del Siecha. Poco faltó para que saliera de allí corriendo, más aún porque Sutakone persistía en su actitud y ya nunca le encontraba la mirada. Después el kumú contó historias de la creación del mundo, que a Tati le parecieron un disparate, un cuento mentiroso, lleno de animales imposibles. Siempre había pensado que Bachué fue la madre primera y que su stirpe salió del agua. Jamás imaginó que los pueblos pudiesen tener creadores variados, formas distintas de nacer, de hacerse multitud y completarse con las demás criaturas de los dioses. Con esta gente sólo podía adorar al sol y a la luna. Sus demás espíritus eran bien diferentes en modos y apetencias. Waí-maxse quería almas de hombres en los cerros y todo el tiempo instaba a los payés a traérselas a cambio de permitirles llevarse los animales de la selva. El sol de los desana creó personajes siniestros que hacían daño a la gente a través de los brujos y los encantamientos. No reservaba un tiempo para el castigo. En cualquier lugar, en cualquier momento estaba presente la maldad acechando disfrazada de pariente o de amigo.

Los hombres no hallaban tregua. Para ellos todo tiempo debía transcurrir en la protección de las malocas y sus personas con invocaciones y humo de tabaco. Siempre los payés y kumús estaban viajando a la constelación de la madeja a negociar el bienestar de la familia. No era un sol bueno como Zhúe, aunque pareciera el mismo. Se llamaba Pagé-abe y había cometido incesto con su propia hija impúber, e inventó el curare para matar a los hombres que se enamoraran de ella. De otra parte, con su luz amarilla protegía a la creación de las malas fieras, y había dejado al jaguar como guardián de la selva, con su mismo color en el cuerpo y con la voz del trueno para que lo alertara en caso de peligro.

Terminado el canto, vinieron unos hombres y tocaron tambores y flautas con una música rápida y alegre que metía ganas de bailar, pero se quedaron en su sitio, todos quietos, escuchando la melodía frenética. Esperaban a los muertos. Pasado un rato largo y desacomodado, el kumú dijo que invitaba a los varones adultos a beber yajé y repartió el

brebaje negro a todos los que permanecieron en su puesto, a Sutakone inmediatamente después de Gaxki. A la señal del kumú, todos bebieron en sorbos cortos y lentos y fumaron sus tabacos. Las mujeres corearon una letanía monótona, que Tatí no comprendía, y casi inmediatamente después de beber, algunos muchachos se retiraron del grupo con la cara pálida, descompuesta, y el torso doblado hacia adelante. Los demás se echaron un poco sobre las piernas de las mujeres, cerraron los ojos, aguzaron el oído, esperando en completo silencio las palabras del kumú. Tatí no entendía todo, no distinguía un muchacho de otro. Le parecían todos iguales con las caras brillantes y la plumería blanca. El kumú decía que era la persona central, la que estaba sentada en el centro, y que los guiaría por los sitios que ahora alcanzarían a ver. Preguntó si oían un ruido y dijo que era una corriente de aire, un viento fuerte que los arrastraba y sostenía en el ascenso a la constelación de la madeja. Muy corto tiempo estarían allí, pues debían continuar su viaje a Axpikón-diá, el paraíso, la morada verde de las almas de los muertos. Alcanzaban a ver formas coloreadas, cambiantes de tamaño, móviles, Pamurí-gaxsirú y Waí-maxse, en la casa de los cerros. Más tenues y rápidas Emekóri-maxsa, Diróa-maxse y la hija del sol. Un hombre preguntó por lo que estaba oyendo y el kumú sin dejar de sacudir su lanza sonajera contestó que empezaban a escuchar la voz del sol. Otras formas, otros colores fuertes chillones, Vixó-maxse con las águilas viejas y la hija de la trucha. Afuera, los más alucinados podían divisar la inmensidad azul, y contemplar la luz amarilla del sol. El colibrí pasó volando y los atronó el zumbido de su vuelo. Sutakone distinguió a la ardilla corriendo como loca de un arbusto a otro, al colibrí chupando la miel, al gallineto con la cola extendida en una llanura plácida. Tatí miró al payé que de pronto perdió la quietud del gesto y volteó hacia Sutakone, que en ese preciso instante declaraba estar viendo el rostro complacido del sol, detrás de un arco iris. Otros hombres hablaban. Los que no podían ver el rostro del sol se apenaron porque sólo escuchaban los ríos de la tierra corriendo entre sus lechos rojos hacia el lago de Axpikón-diá, y se quejaron

porque ahora todo era oscuro, negro como la noche, malo. El kumú les pidió que miraran hacia arriba para observar la tierra transparente como una gigantesca telaraña a través de la que se veía el brillo del sol.

Las mujeres continuaron la letanía: “beban, beban; bebiendo conocerán las tradiciones de los padres; ayudaremos a beber; bebiendo tendrán valor”. Algunos hombres no habían preguntado nada, dijeron que sólo pudieron ver cocuyos de colores y las mujeres se rieron a carcajadas de ellos y los hicieron alejarse avergonzados. El tiempo alucinado concluyó, pero los hombres siguieron sentados cerca de sus mujeres y Tonamee todavía no dejó de mirar a Sutakone. Tatí tuvo la certeza de no ser bien visto, pero el zachua pareció no darse cuenta. De todos los que bebieron yajé era el único que parecía seguir con las visiones.

Sintió deseo de advertir al zachua sobre la mirada del payé, pero luego pensó que no era propio acercarse a él después de haber pasado tantos días en esa actitud de lejanía como si le rogara dejarlo en paz. En la última conversación le había pedido que se comportara siempre como un adulto que sabe guardar sus sentimientos cuando no es conveniente mostrarlos, que entre los boreka actuara como si fuera uno de ellos, sin perturbar, sin comparar, sin añorar. Si los hijos de la trucha entregaban sin reserva su hospitalidad, casa, comida, mujer, cachirí, sería impertinente comportarse de otra manera. No le pedía que se olvidara de Chía, pero sí que tratara de ver lo mismo que los boreka veían. Cada territorio estaba protegido por espíritus propios, y los que allí estaban, con ser tan diferentes de los que amparaban a Gantina Masca, eran poderosos y más convenía conocerlos que disgustarlos. Después de eso lo ignoró, no aceptó respuesta, no le pidió meditar, no lo alentó a pedir ayuda si se sentía solo o albergaba dudas. Por fortuna no era a él al que Tonamee miraba tan recelosamente, ni el que tenía que responder por visiones, ni guardar ayuno y abstinencia sexual para luego excitarse en el monte con el olor de las bestias al ir de cacería. Se fijó en una niña de senitos apenas visibles y piernas demasiado largas y delgadas para el torso corto y

panzón, que lo miraba ocultándole a veces los ojos y riéndose con una sonrisa demasiado ancha para su cara menuda.

## II

Cualquiera habría estado bien, excepto ella. No la vio en ninguna de las ceremonias anteriores, ni en las malocas, ni trabajando en las chagras, ni en el río. Llegó a pensar que fuera una de los makú que vivían en los alrededores, una nixí-maxsa, gente que pide, desana dañados, pero desechó la suposición, pues en ese caso no podría estar formando parte del corrillo de mujeres anfitrionas. Mostró su peor gesto, levantó las cejas, apretó los labios, tragó saliva para que ella entendiera que le desagradaban sus miradas. Su amigo Omá le hizo señal de que podían levantarse y dejar el grupo. Todo había terminado por esa noche. Le preguntó quién era la muchacha con la cara de mono de mal agujero y Omá, riendo como un niño pequeño, dijo que era una joven apetecible, la codorniz más nuevecita del sib. Se llamaba Koré y acababa de tener su primer menstruó, el más peligroso de los que soportaría; una tibia pajarita con el cuerpo colmado de una sexualidad intacta que comenzaba a reclamar participación activa en el ciclo de poder. No había reparado antes en ella, porque estuvo en el grupo de los niños hasta que apareció la sangre y la encerraron en la diminuta choza, lejos de los cazadores y los jóvenes, en un sitio de la orilla del río, donde solamente hablaba con Tonamee, la madre y las mujeres viejas de su maloca. Conversaron casi hasta la salida del sol, el rato entero sobre mujeres, sobre el sexo de los habitantes de la selva, y de la posibilidad de una seducción prohibida a través del cuerpo de los amigos o los parientes. Omá le recomendó especialmente no acudir al payé ni al kumú a preguntar por esposa para aparentarle a Waí-maxse estar tranquilo y desafanado y conforme con todo lo que dispusieran acerca de su matrimonio. Se comprometió a enseñarle cómo protegerse los días que pudiera traer la mujer a la hamaca o tenderla sobre la hierba mullida del monte.

—Pamurí-gaxsirú, la canoa-culebra, llevaba dentro de su vientre a los pobladores de la tierra hacia las cabeceras de los ríos por orden del padre sol. Creyó sentir mucho ruido, como de invocaciones incompletas, y un movimiento extraño dentro de ella, y entonces hizo un alto para descansar, pues era cierto que ya duraba muchos soles el viaje desde Axpikón-díá. Como estaban en un lugar parecido a una pradera, ancho y fértil, cercano a los raudales y abrigado del viento por inmensas rocas, los hombres creyeron haber alcanzado su sitio de habitación, y sin esperar la orden, por un hueco de la cola del animal salieron a las orillas del Boupé; Pamurí-gaxsirú trató de impedirlo pero no encontró la manera y, resignado, le entregó a cada hombre los utensilios que le indicaban la actividad principal a la que se dedicarían ellos y sus descendientes; al desana le dio arco y flecha, y por eso somos cazadores; somos la familia más importante de la selva, por nuestra habilidad para atrapar las presas y procuramos alimento todo el año y por saber estar más cerca de los espíritus de la constelación de la madeja que cualquier otra criatura de Pagé-abe. A los pira-tapuya y a los tukano les dio vara de pescar, y al makú sólo un canasto y una cerbatana, con lo que los condenó a permanecer al lado de otras familias si querían sobrevivir; al kuripako le dio el rallo de yuca y al cubeo una máscara de corteza; a todos les entregó un cubresexo, pero al desana solamente una cuerda, la que todavía llevamos, y cuando tuvo su cuerda, el desana partió hacia las cabeceras del río antes de que Pamurí-gaxsirú les asignara domicilio. A nosotros nos gusta buscar esposa en los sibs de pescadores, los de los pira-tapuya, pues, después de la nuestra, son la familia con más poder. Saben negociar con Waí-maxse de las aguas para obtener su alimento sin menoscabo apreciable de vidas humanas; sus hombres aconsejan sensatamente y bailan sin equivocación y sin cansancio. Por un lado, tienes suerte al desposarte con una mujer desana y vivir como uno de nosotros en el sib y aspirar a ser un cazador, pero tengo miedo por ti. Sucede que tu matrimonio parece, se ve como si fueras a tener sexo con tu misma hermana, al no sacar mujer de ningún sib vecino. En la fiesta del Yuruparí pide permiso a Gaxki para casarte con una



pira-tapuya y yo bajaré contigo a sus malocas para enseñarte a enamorarlas.

Tatí no contestó y en cambio dijo que quería regresar con los demás. Estaba perplejo. Viajar tan lejos solamente para encontrarse en la misma situación de antes. ¿Quién se obstinaba en perseguirlo? ¿Quién cometió la falta que aún no acababa de expiar, cuando ya acumulaba otra encima? Concluyó que sería inútil todo cuanto hiciera intentando escapar a su destino y decidió dejar de oponer resistencia para cumplirlo y permitirle a los sucesos de su entorno acontecer como les correspondiera, como los fuera modelando su suerte porfiada. Cuando el momento llegara, tomaría la mujer asignada, Koré incluso, y esperaría el tiempo exacto para marcharse a buscar a Suazagascachía. Habría sido mejor hacer caso de sus palabras enamoradas, ir juntos a la tierra de nadie, como hicieron Hunzahúa y su hermana. Si de todas maneras vivía en el destierro, más valdría compartirlo con ella aunque tuvieran que empezar todo desde el principio, como los abuelos pobladores, o aunque tuvieran que vivir tan primitivamente como los hijos de la trucha, recolectando alimento, cumpliendo los sencillos ritos de alucinarsse, danzar, invocar, pedir perdón, encomendar y agradecer. De todas maneras era hijo de Bachué y a donde llegara lo alcanzaría su mandato. O tal vez se estuviera preocupando en vano pues, después de todo, quizá ante su diosa, no fuera muy valedera la forma de hermandad que los hijos de la trucha practicaban.

Durante la estación lluviosa estuvo asistiendo donde el kumú, escuchando la historia desana, practicando las danzas y recitando la religión, maravillándose de tanta simplicidad en las jerarquías, del descuido del linaje al pasar la herencia del varón al hijo, de la inmoralidad de Vixó-maxse, oferente del bien y del mal. Le gustaba —entre tanto desatino encontró un sentido— el significado de los sonidos de las flautas y de los tambores y a través de ellos aprendió a distinguir los silbidos, los zumbidos y las vibraciones de los animales del monte, las horas en que podía esperarlos, el canto de las bestias cuando su constelación aparecía en el horizonte y el llanto cuando

volvía a hundirse en el piso de abajo. Nadie sabía cuánta tierra se inundaría con las crecidas de los ríos y hacían incantaciones y sahumeros y rogativas, pero ni en los amaneceres más neblinosos y pesados pudo evitar el baño ritual en la quebrada, ni el juego en el agua con los demás muchachos ni el ají en la nariz ni los vomitivos ni la pintura complicada y mágica sobre su cara. Lo más difícil era encontrar entre tanta selva empapada, las yerbas que escogió como su perfume para colgárselas del cinturón y mascar el día entero la raíz. Omá decía que necesitaba expeler una fragancia grata a las fieras para que no opusieran resistencia a sus caricias. Después sabría que otra vez una fuerza ajena le dirigió las acciones, porque eligió precisamente la hierba de los venados. Cuando se acercaban a la casa para el primer alimento, le molestaba ver a Koré, rondando ya desde esas horas, parada en cualquier sitio entre el río y la maloca solamente para torturarlo con su sonrisa retorcida. No se comportaba diferente si caminaba solo o acompañado, y los demás no parecían darse cuenta de lo mortificante del encuentro. Más bien lo creían divertido y con malicia le gritaban: “Cuidado Koré, que te encontrarás la anaconda”. Al final del invierno, Tonamee juzgó que había cumplido bien todos los preceptos y estaba listo para participar con los adultos en la ceremonia del Yuruparí. Tan pronto empezaran a retirarse las aguas y fuera el momento de recolectar waxsú, toá y semé, harían la fiesta. Desde ya pediría a los maxsatinges de las otras tribus de la orilla del río traer sus muchachas casaderas a escoger esposo entre los iniciados. Mientras llegaba el momento, aprendió a perseguir con arpón los grandes peces rezagados de la subienda, a celebrar los bagres con cachirí y fortuneos augurios en el nuevo estado de adulto. Cuando el payé caminaba hacia su persona, se inquietaba por las palabras de Omá, pues tal vez viniera a indicarle cuál de las muchachas iba a ser su esposa, o, peor aún, a pronunciar el nombre de Koré. Sin embargo, no acababa de aceptar el consejo de buscar mujer en otro lado, empeñado como estaba en no apartarse de su decisión de acatar los dictados del más allá.

Las aguas se retiraron lentamente y dejaron a la vista los rechonchos árboles de las tierras bajas, frondosos y brillantes, como si en vez de una sepultura de agua que duraba casi tres lunas hubiese caído sobre ellos un breve chapuzón. Iban apareciendo otra vez los caminos, las voces de los grandes pájaros, las huellas de los marsupiales, el sol del amanecer sobre la maloca, el rugido distante del jaguar, el rumor de las palabras de los venados. Los hombres adultos se unieron a los jóvenes en los baños matutinos, y en los fogones de todas las malocas las mujeres prepararon los alimentos solamente hirviéndolos entre las ollas, para no contaminados con sabor a humo. Se acompañaron, jóvenes y viejos, en todo el ritual purificador, y un amanecer encandilante iniciaron el recorrido a la selva profunda. Era la mejor época para recoger los frutos dulces de las palmas y preparar las barbacoas. Tatí estaba emocionado. Los más viejos juntaban leña, levantaban los horcones y ponían a ahumar tente y pavas de monte, sin dejar a ningún muchacho cuidar las brasas o reconocer la carne. Cuando hubo suficiente fruta nyumú y asado, bajaron a dejarlos en la maloca y regresaron al mismo sitio de la recolección junto al rescoldo todavía caliente, donde debían permanecer hasta tener las flautas que tocarían en la ceremonia. Arrancaban trozos de cualquier corteza para fabricarlas, un par de instrumentos cada hombre, buscando el sonido chillón y monótono para las flautas ponemó y otro, cálido, como llamado apremiante de macho, para las poré.

Necesitó ayuda en el pulido y el acople exacto de las boquillas de macana, y sintió que su flauta masculina decía Koreeee y no poreeee como debía, pero Omá dijo que estaba bien, que era un trabajo perfecto de hombre que sabe. Tomaron un poco más de fruta de las palmas y bajaron al puerto y entonaron su endemoniada música, cada cual las notas que quiso, formando un barullo atronador.

Comenzaron a caminar hacia la maloca, sin dejar de soplar las flautas, y las mujeres jóvenes, que esperaban sentadas, corrieron a esconderse en la selva. Los hombres entraron y dejaron el nyumú junto a la viga del centro. Fingían buscar a

las mujeres en medio de los gritos, acosaban a preguntas a las viejas y las agredían y palpaban sin pudor con gajos de fruta o pedazos de la carne que habían dejado antes. Parecían enojados y otra vez salieron de la maloca al puerto y escondieron las flautas bajo el agua. Las viejas llamaron a las jóvenes y se quedaron esperando, sin mirar hacia el río, a los hombres que ahora traían más fruta y ramojos de ortiga. Llegaron en tropel, empujando al mujerío viejo que obstruía la entrada, persiguiendo a las muchachas con la ortiga, golpeándoles el pecho, la espalda, los brazos, las nalgas, cualquier parte que alcanzaran las ramas.

Ellas chillaban, fingían tener miedo e intentaban huir, pero poco a poco iban dejándose azotar, entre gritos que se volvían carcajadas y muecas graciosas. Sin darse cuenta, Tatí había estado acosando todo el tiempo a la misma joven pira-tapuya llenita, preciosa, de piel perfecta, que traía dibujado un pez en la cara. Los muchachos estaban suficientemente excitados cuando el payé los hizo terminar el juego y repartió la comida. Después los hombres bailaron en círculo y las mujeres al centro, en un círculo más apretado, bailaron cerca de ellos, a la luz cambiante y mágica de los fogones. Sutakone estaba entre el corro de los hombres junto a Tatí. Le sonreía como si se hablaran, como si acabaran de sellar un pacto o fueran cómplices esperando un mismo final. Danzaron hasta mucho más allá de la media noche y Tatí no se interesó en el zachua ni en su extraña actitud de fingida cercanía. Ni siquiera le molestaron las sonrisas de Koré, inquieto como estaba por la suelta cadencia de la recién llegada, el bamboleo leve de los senos y la caricia del pelo, largo para una mujer de la selva. Hablaron algunas veces, mientras las pausas para beber cachirí, y finalmente Omá se les acercó para decirle a ella, malicioso, con confianza de viejos amigos, que iba a encontrar prontito su anaconda. También el kumú se dio cuenta y lo anunció secretamente a Gaxki y a Tonamee. Le correspondía al payé iniciar inmediatamente la negociación, pero fue evidente que no iba a hablar con Sutakone para saber qué ofrecerían a los padres de Diakara, a cambio de entregarla a los boreka.

Todo sucedía a espaldas de los enamorados, ánimas ansiosas sin saber que sus deseos ya casi se realizaban. Tatí, violando a conciencia su anterior resolución, rogaba íntimamente el permiso de sacarla del sib, no sólo por evitar un nuevo incesto, sino porque era muy bella y festiva y tenía una voz suave y fácil, como el pasar del viento de la luna suhuza entre los sietecueros de la sabana. Tonamee esperó hasta la mañana siguiente y le pidió a Gaxki realizar la transacción con la autoridad de su rango, pues por tratarse de extraños, el ritual se le presentaba confuso sin el nombre de la trucha en la genealogía que requería invocar cuando hablara con los piratapuya. Sutakone percibía algo extraño en tanto ir y venir de Tonamee, lejos de él, que era parte interesada en el negocio del matrimonio, pero por fin vino Gaxki y, conecedor de la pobreza del zachua, le pidió el equivalente de diez canoas por Diakara.

El viejo ofreció veinte de las cien ranitas de oro del collar de Chuinsúe, pero el hermano mayor no supo qué clase de valor tendría ese pequeño tesoro para unos pescadores que lo que necesitaban eran barcas, cestas o arpones, a no ser que Tonamee confiara en el poder del oro como amuleto, como joya preciada para Waí-maxse de las aguas. Gaxki sentía una estimación inexplicable por sus dos huéspedes, la voluntad se le inclinaba cada vez más poderosamente hacia ellos y una desazón colérica lo invadió al intuir que Tonamee no quería participar en ninguna actividad que involucrara a Sutakone. Concibió la idea de enviar al zachua como aprendiz de payé a las malocas de los tukano y retardar así un encuentro, por todas las señas ya inevitable, entre los dos personajes. Ofreció, sin convicción llevar el mensaje a los padres de la muchacha, y encargarse personalmente de conseguir esposa para Tatí, como si estuviera buscando mujer para un hijo suyo. No se extrañó cuando le rechazaron la oferta del oro, y entonces tramó, consultando en secreto solamente al kumú, para evitar cualquier argucia del payé, convertirse en el receptor del oro y ofrecer parte de la caza ahumada, sobrante de la fiesta, y tres canoas del puerto. Lo hacía obedeciendo a su corazonada

de que Sutakone encarnaba a algún poderoso payé de la antigüedad, porque, ¿de dónde, si no, el cilindro del cuello, la luz de la mirada, la claridad de las visiones y los pasos de las danzas? Por otro lado el joven Tatí mostraba una vitalidad, una soltura de movimientos, una liviandad al andar que anunciaban sin duda su efectividad de seductor en las tretas de la cacería. El kumú aceptó. Creía con la misma pertinacia en el poder de los hijos de la luna, y realizaron el negocio prontamente, antes de que el capricho de Vixó-maxse o de los espíritus malignos viniera a impedirlo.

Después del pago, Tatí fue con sus amigos a las malocas de los pira-tapuya y esperaron escondidos que los hombres adultos salieran al río. Entraron sigilosamente y por la fuerza sacaron a Diakara. De nada valió que ella gritara y pataleara y pidiera ayuda a los guardianes de su casa y a la madre y a las ancianas. Los jóvenes siguieron arrastrándola hasta tenerla en una rala chagra de maíz. Ahí cesaron los movimientos bruscos de ella y los muchachos la soltaron. Habían actuado todos muy bien y los esposos caminaron adelante, cogidos por los hombros hasta un poco antes de las malocas desana, donde los compañeros se despidieron en el mismo tono malicioso que sostuvieron todo el camino. Les ofrecieron oraciones para que Tatí se luciera con su anaconda y un brujo malo no se la convirtiera en lombriz.

Solos, Diakara le pidió que fueran al monte y Tatí la llevó detrás de las chagras y la retuvo hasta que ella pidió regresar. Fue feliz durante esa luna. Le gustaba su mujer, la manera de bailar, la amistosa sonrisa para con su nueva familia, su tranquilo modo de amarlo, hasta su afanada voz cuando se escondían de todos entre las matas de plátano, o en los yucales, o aun en las piedras de las orillas del río, corriendo el riesgo de ser vistos por el celoso Waí-maxse.

Nadie le exigió ir de pesca ni salir a cazar ni ocuparse de ninguna labor manual. Por primera vez en su vida estaba ocioso, inutilizado, y sentía como un camino de hormigas yendo de la boca al estómago. No podían dejarlo en las actividades del grupo, pues Waí-maxse, con toda seguridad, como saber que la

luz del alma es amarilla, percibiría su olor de recién casado y amarraría sus animales. Omá dijo que pronto pasaría el tiempo del amor inutilizante y se haría cazador.

Se sabía con ventaja frente a los otros por no sufrir los temores que a ellos los mortificaban. Simplemente no creía en el boraro ni en el mismo Waí-maxse, no porque dudara de su existencia, sino porque los percibía impotentes para hacerle mal a su persona, siendo como él era, un adorador de Sié, la verdadera dueña de la selva, la que dividía el tiempo en seco y húmedo, más poderosa que todos los espíritus de Pagé-abe juntos. A nadie podía decirle sus pensamientos ni mostrarle la diferencia entre las deidades, pues un cazador del Boupé jamás lo entendería.

Omá le entretuvo un poco las horas cansadas de sus días de recién casado, enseñándole el correcto manejo del arco y las claves de las trampas y las invocaciones adecuadas para cada presa, hasta que, en la mitad del verano, cuando el calor oprimía más, llegó el tiempo de su primera cacería, su primera seducción a las hembras del dueño de los animales.

Tonamee llamó al grupo de cazadores para que fueran testigos de su viaje a la casa de los cerros de Waí-maxse. Solicitó, a nombre de los presentes, tres semanas de permiso para entrar en la selva y acariciar los animales grandes. Entregaba, a cambio, las almas de tres ancianos makú que enfermaron en el invierno y ofrecieron, sin miedo, por propia voluntad, ir a los cerros, y también la de un viejo payé enemigo, que andaba en la tribu disfrazado de amigo, engañando a Gaxki y al kumú, al que pronto iba a causarle la muerte. Tatí entendió que hablaba de Sutakone y le alarmó que ninguno de los hombres que escuchaban al payé dijera que estaba equivocado y que el viejo era un zachua y no un payé, que no tenía sentido decir de él ese oficio porque venía de otras tierras, libres de la tiranía del dueño de los animales. ¿Cómo se atrevía Tonamee a hablar mal de Sutakone en su presencia? ¿Creería que ya no eran amigos o que ya no lo amaba como a su maestro, o simplemente se olvidaba de que ahí estaba Tatí, Canción de la labranza, el que llegó con Sutakone, el que seguía creyendo

en todo cuanto le dijo antes en Gantina Masca? Este payé no conocía el alma muisca y, en su loca alucinación, daba salida al odio que lo animó desde el principio. No hallaba qué hacer. No sabía si era cierta la muerte que amenazaba o la causaba nada más en las visiones, pero era su deber hacerle la advertencia al zachua. El maldito payé decía que estaba hablando con otros brujos que también visitaban los cerros, y que efectivamente le confirmaron la malignidad del falso curandero infiltrado entre los boreka.

Tatí no resistió más palabrería absurda, y con toda la discreción que pudo se apartó despacio del grupo con rumbo a la maloca. Intentaría hablarle a Sutakone, le gritaría desde lejos si no lo miraba o se negaba a escucharlo. Le diría que salieran corriendo, que huyeran, que no se dio cuenta, hasta ese día, de que vivían en un engaño y estaban entre enemigos peores que los sacerdotes del sol. No lo encontró. Ni en la maloca ni con el kumú, y le preguntó a las viejas y alguien dijo que lo vio marcharse en una canoa, río abajo.

Buscó a Gaxki en las chagras de mandioca y lo halló charlando con las mujeres, revisando el trabajo, animándolas para que rescataran hasta la última raíz. Gaxki lo asustó con sus palabras, le contó que Sutakone desde el principio de los tiempos era un payé que podía ir más lejos que los demás, hasta ver el mismo rostro de Pagé-abe. Habían acordado que saliera a las malocas de los tukano y completara su aprendizaje sobre las plantas curativas y las incantaciones agradables a los espíritus selváticos. “No estés triste, Umusí, tu maestro se ha alejado de ti para que el mal no sepa que eres uno con él y no te toque. Ve con tu grupo y hazte cazador para que siempre seas bien recibido, mientras el espíritu de Sutakone entra en ti y tú continúas el poder de los payés errantes que alcanzaron tu tierra y tu espacio. Todo vuelve a su comienzo si no se opone resistencia al paso de las voluntades superiores. Corre, Umusí, que Tonamee no note tu ausencia y no sea vana la lejanía de tu maestro”.



### III

Todavía Tonamee bailaba con los animales en la fiesta de los cerros, cuando Tatí volvió a mezclarse con los hombres que lo miraban alelados. Nadie habría podido interrumpir la frenética danza de amor y seducción del payé, simplemente porque no era posible la comunicación entre los dos distintos espacios en que se movía. Tonamee aprovechó la momentánea salida de Waí-maxse de la maloca para cohabitar con sus mejores hembras, las venadas y las dantas, y dejarles semen puro y fértil. Con el mismo embeleso de los demás, Tatí aceptaba que Tonamee realmente no estaba allí. No lo afectaban el calor ni el cerrado círculo de los cazadores soplando su aliento sofocado tan cerca de él ni el tiempo que transcurría ni el movimiento ni el cansancio. Los ojos no miraban a nadie, no se posaban en nada. Veía más allá, tocaba más allá, escuchaba un viento diferente. El cuerpo de aquí sólo repetía los movimientos que su dueño realizaba en los cerros, o en la constelación de la madeja o donde quiera que estuviese. Tal vez sucedía que en esa selva rara, inestable, mojada, maloliente y misteriosa las criaturas obedecían las otras leyes y el poder de Waí-maxse si era lo inmenso que decían los boreka.

Gaxki acababa de confirmarle su nombre de cazador que, según Omá, le atraería el interés de las bestias enamoradas, para ser conquistadas y vencidas por sus tretas seductoras. Se lo atraerían tanto como las raíces y las ramas bajo el cinturón, ya que era un sonido agradable, Umusí, y era un bello e inteligente animal el oropéndolo, astuto para colgar de los árboles un nido fuerte y mantenerlo a salvo de los aguaceros y los monos. Gaxki había dicho que Sutakone seguía siendo su amigo y eso le bastó para sentirse bien, para coger nuevas fuerzas y creer, a pesar de lo que estaba viendo, que un día derrotarían el rencor del payé.

Tonamee comenzó a dar vueltas por la maloca, a sacudir las vigas, y en cada remezón caían uñas de perezoso, huesos

de venado, pelos de danta, cráneos de micos, y por cada animal ofrecía el alma de un hombre y prometía someterse al castigo sin intentar revancha, si no cumplía su parte del trato. Omá quedó encargado de vigilar a Tatí, que no comiera más que pececillos hervidos, que no tuviera relación sexual con su mujer, que ninguna mujer de su maloca tuviese la sangre menstrual; debía procurar impresionarlo con relatos del boraro y de venganzas de brujos antiguos para que sus sueños no le despertaran apetitos carnales distintos al deseo de las bestias que iban a buscar.

Fueron a bañarse juntos al puerto y vomitaron y absorbieron ají hasta que la nariz quedó lista para recibir cualquier olor de animal escondido. El payé había puesto ramas frescas y agua limpia, perfumada con piña madura en un sitio donde solían ir los venados y los cerdos a beber y revolcarse. Preparó la trampa en medio de su alucinación, cuando detectó a los animales cerca, buscando precisamente ese abrevadero. Fumaron tabaco y soplaron sobre sus cuerpos y sus arcos y formaron una cerca de humo alrededor del grupo. El tiempo era bueno, no había llovido en varios días y podían encontrar fácilmente los viejos caminos y las señales colocadas antes del invierno. El payé ya no deliraba y les dijo el lugar exacto de la cacería.

Omá no debía separarse en ningún momento de Tatí. Si alguno de ellos se dejaba seducir o concebía pensamientos impuros, el grupo entero solamente obtendría visiones de serpientes y la burla de los animales. Se pintaron unos a otros y Omá le dibujó un hueso rojo de venado en la mejilla y le entregó unas hojitas jaspeadas para que las fuera masticando despacio.

Estaba empecinado en que Tatí cazara un venado, con una terquedad estéril si tomaba en cuenta su andar desorientado entre tanta prohibición. No debía decirle nada a Omá, que un venado era sagrado, carne vedada, y jamás lo comería sin permiso de Tibatigua o del chía, además de que era pretensión exagerada para un cazador novato acertarle a un animal tan rápido y escurridizo entre la maraña espesa y resbalosa que era el bebedero a donde se dirigían.

Comenzaron la subida y el camino iba adelgazándose, sucumbiendo a la invasión de bejucos, de hierbas bajas, de arbolillos, de chamizos muertos, de varillones espinosos. Los que andaban adelante tenían que abrir espacio, golpear, desenterrar, conducir al resto al encuentro del sol, hacia los cerros estáticos. Cada vez estaba más lejos el rumor del río y venían otros sonidos chillones, cantos, lloros, llamados de amor de los pájaros y los animales sin dueño. Caminaban sigilosos, de vez en cuando una palabra, como si temieran que se escucharan sus voces. Pronto llegarían al abrevadero y, ya ahí, nada más tendrían que esperar escondidos, quietos, atentos, listos a disparar sus flechas.

Pararon a fumar tabaco para una nueva cerca de protección, no por miedo de que algo grave pasara mientras estuvieran juntos con sus amuletos prendidos de los brazaletes, sino cuando volvieran a la maloca, tocados por alguna venganza originada en un pensamiento insignificante, en un mal olor, en un paso inadecuado. Alcanzaron a soplar el humo sobre las armas y sobre Tatí y otro iniciado antes de parar en seco por un rugido potente, de jaguar dijo Omá, que lloraba como cogido en una trampa. Fue un solo llamado, un lloro ronco, un gruñido que más suplicaba que amenazaba, y Tatí evocó a Suazagascachía, todavía niña, cuando jugaron en el río y se compadecieron de otra cría y otro gato. Omá alcanzó a verle el gesto de ausencia concupiscente y le habló de Tonamee porque sospechaba sus recelos y entendía que era un pensamiento tan fuerte como los otros que intentaban metérsele en el alma.

El sol sobrepasaba el medio día cuando vio los árboles ordenarse en fila, como oponiendo una barrera que contenía detrás de ella la feracidad del monte. La charca, en mitad del claro, era suficientemente grande para que bebieran cien venados y todos examinaron la trocha por donde llegaban los animales, todos opinaron, vieron las pisadas hondas entre la tierra blanda y gredosa y rieron contentos, seguros de tener abundancia entre tanta bestia suelta. Tomaron posiciones detrás de los matorrales en grupos de dos o tres cazadores, agazapados, silenciosos, listos al disparo. A Tatí le pareció un

sitio agradable después de todo, con el sol manchado del suelo, con el aire oliente a comino, con la excitación de sus amigos, con las nubes rápidas del pedacito de cielo encima de su cabeza, dándole la sensación de brisa fresca sobre el encierro de la arboleda y el pesado zumbido de los mosquitos y las filas negras y rojas de hormigas gigantes. Omá le advirtió que podrían estar ahí hasta la noche y tendrían que soportar cualquier cosa hasta tener suficientes animales, no sentir frío ni calor ni calambres ni miedo.

Todo le parecía fácil, excepto que el silencio y la soledad y ese olor del aire y de las hierbas de su cinturón y del de su amigo le evocaran otros olores de Guatavita y con ellos el olor dulce de Suazagascachía. Omá le pidió que le hablara de su pueblo y sus príncipes, y sintió que el rubor le encendía el color de la pintura, por la vergüenza de haber sido pillado en falta, por la oportunidad de decir sus recuerdos, por la satisfacción de hermanarse con Omá en el conocimiento de la historia pasada de su pueblo. No alcanzó a decirle ninguna palabra porque oyeron de nuevo al jaguar con voz de llanto, como pidiendo auxilio, muy cerca de donde estaban, y Omá le preguntó si quería dejar de esperar a los venados e irse detrás del rugido del jaguar. Dijo que no. No deseaba seguir metido en la manigua, rasguñarse, researse, exponerse a un engaño por perseguir una bestia que de todos modos tenía que vivir lejos de ellos.

Los viejos los hicieron salir de nuevo al claro; era inútil aguardar unos animales asustados, espantados por la cercanía del gato. Armaron alboroto, cambiaron los planes una y otra vez, aguardaron en silencio un nuevo rugido y les llegó poderoso, pero aún más dolido. Fumaron tabaco e invocaron al jaguar, lo llamaron al abrevadero, le pidieron que viniera a beber agua dulce de piña y a deleitarse con la fragancia de los cuerpos de los enamorados que lo llamaban. Lo lisonjearon por la belleza de la piel, la fuerza de las garras, el poder de la voz, la velocidad de las patas, el brillo de los ojos, la sabiduría de los pasos.

Volvieron a esconderse y esperaron la noche entera a que

atendiera sus invocaciones y llegara al sitio donde acechaban. No encendieron fuego para no espantarlo y siguieron llamándolo en voz baja. Al amanecer decidieron dividir el grupo y marcharse unos hacia el jaguar y otros a esperar los animales que de cualquier forma necesitaban el agua de la charca, a pesar del olor inquietante del aire. Desde la mañana el calor venía insoportable y el sudor les descoloraba la pintura y los obligaba a repasar los trazos una y otra vez. Omá y Tatí se quedaron con otros dos grupos, escondidos cada uno en sitios diferentes. Tatí quería ver los animales pronto, disparar e irse a casa.

Disfrutaba mucho más la pesca, entre el agua limpia, en una buena canoa, riendo con los compañeros, enamorando los peces con miradas seductoras desde los peñascos, apurando los días junto a la placidez y la serenidad que siempre hallaba en el agua. Esto otro lo asimilaba sucio y pesado, caliente, monótono y cruel con las bestias.

Le pareció que no iba a aguantar más el calor e inmovilidad, cuando sintió la respiración detenida de Omá y vio agitarse algo más allá del pastizal de enfrente antes de escuchar el crujir del paso de la manada que llegaba a beber, vigilando el viento, caminando despacio a la charca, y por fin las patas metidas entre el agua. Omá le hizo la señal, le concedía la primicia, y tuvo que tensar el arco y disparar la flecha, veloz, certera, sobre el lomo de un gran venado. Una lluvia de flechas azuzó la manada en la huida y dejó tres animales tendidos en el suelo. A Tatí le temblaba el arco entre las manos. Acababa de cometer un gran pecado y los compañeros reían y hablaban tonterías, se maravillaban de la belleza de los animales caídos, del tamaño de la vulva de la hembra muerta y los testículos de los machos, como si jamás los hubiesen visto, y después cortaron las tres lenguas delante de sus ojos atónitos y las enterraron para que no le hablaran ninguna palabra de queja a Wai-maxse.

Fumaron tabaco sobre los cuerpos y se lamentaron y pidieron perdón. No podían ahumar los animales, al menos no el de Tatí, por lo que algunos debían volver con las presas

mientras los demás aguardaban nuevas oportunidades de caza y daban espera a los que se fueron tras el jaguar. Los jóvenes cargaron los venados a las malocas y Tatí agradecía haber entrenado largos trechos con un güecha a la espalda, pues de otro modo habría sido imposible bajar con el venado sobre los hombros.

Omá estaba feliz por el venado, por el amigo, por la maloca, porque tendrían carne deliciosa muchos días. Tonamee salió a recibirlos bastante arriba en el camino, y desde que vio a Tatí comenzó a pedir perdón, a implorar a Waí-maxse no vengarse del muchacho. Recibió el venado y lo pintó de rojo para que el dueño de los animales pudiera distinguir de qué presa hablaban. Invocó la sombra de la maloca e hizo una cerca alrededor de Tatí y lo cubrió de pies a cabeza de pintura también roja. Solicitó protección de los espíritus del techo de la maloca y le cercó el alma. Le dijo que comería su venado hervido con mucho achiote, que la mitad sería para él y la otra mitad para repartir con los que no cazaron. Tatí respondió que podían comerse todo el venado, que a él le bastaban la mandioca y los aguacates y los plátanos maduros, pero Omá le hizo una señal imperceptible y Tatí alcanzó a esbozar una sonrisa de aceptación antes de que el payé iniciara una de sus largas peroratas enseñándole el correcto comportamiento de los desana.

Los otros cazadores llegaron dos días después, extenuados, avergonzados, cargados apenas de conejos y un gurre vivo, tristes por las risas de los animales que los persiguieron todo el camino de vuelta. De todas maneras los niños se escondieron y las viejas cantaron y sahumaron los senderos como si hubieran traído danta o cerdo. Mientras ellos estuvieron afuera, Tonamee les dijo que después de la temporada de caza, cuando terminara el verano, pescarían en el río con barbasco y les permitiría a las mujeres participar y ayudar a recoger los peces muertos. Diakara estaba excitada. Tatí sentía ganas de reír con su alegría, pero sabía que la irritaba ser la causa de su risa y más bien la llevó al monte el resto del día. Al anochecer, el aire junto a la casa olía a cuero chamuscado, a carne hervida,

a sangre reseca y Tatí tuvo que vencer la aversión y sentarse a comer con los hombres de su maloca y con los que ellos invitaron.

Aquel verano, eludió la caza del venado, por lo difícil, dijo, y le pidió a Omá que lo ayudara con los micos. Extrañó a Sutakone, más porque sabía el motivo de su lejanía, que muy en el fondo agradecía, pues de otro modo habrían tenido que estar yendo y viniendo, u ocasionando peleas en todos los sitios donde pidieran hospitalidad. Gaxki le concretó el lugar de habitación del viejo, las malocas de los tukano, lejos, en la desembocadura del Papurí e hizo el inventario de lo que había llevado como pago por el año largo que estaría perfeccionando sus artes de payé. Tatí le preguntó qué haría al regresar, si Tonamee aún estaría allí y lo odiaría de la misma manera. Gaxki esperaba que para entonces el brujo tendría tanto respeto por Sutakone que se olvidaría de intentar cualquier treta o negocio en contra de él.

En el invierno Diakara empezó a transformarse, su forma cambiaba, se aquietaban los modos e intensificaba el trabajo en la chagra, por el niño que crecía en ella. El kumú auguró que sería un varón fuerte y hermoso, excelente cazador y bailarín, grande bebedor de yajé y viajero asiduo de la constelación de la madeja, pero se equivocó. Para el tiempo que esperaban la llegada de Sutakone, cuando se anunciaba una nueva sequía, Diakara, encorvada hacia atrás como las cañas en el ventarrón, se alejó con otras dos mujeres a la chagra. El niño no lloró. Murió al nacer, y las mujeres y el kumú y Tonamee dijeron que era un hijo de Waí-maxse de las aguas, concebido durante la pesca con barbasco y que la criatura no soportó cambiar el agua, sumergir su menudo cuerpo en el aire, tocarlo con la boca, y prefirió dejar salir el alma, transformarse en animal e ir al encuentro de su padre.

La gente no parecía triste, tampoco Diakara, y por su parte Tatí se alegraba algo por la muerte del hijo, pues ¿qué habría hecho con el niño al momento de partir hacia Guatavita? Era propio pensar en el regreso. Ya sobrepasaba, más o menos, la mitad del plazo impuesto por el Iraca, y afanosamente

esperaba a Sutakone para que se informara sobre la manera de salir, y el rescate que darían para llevarse a Diakara con ellos o para devolverla a sus padres.

Ella no recuperó completamente la salud y continuaba pálida, perdida la redondez de los brazos y las piernas mientras se le iban dibujando los huesos debajo del cuero desteñido. Tonamee le hacía beber aguas de hierbas y caldos de lagartos que le regresaron un poco la fuerza, pero nada de la belleza ni la risa. Sutakone demoraba demasiado su viaje y Tatí empezó a preguntarse si habría resuelto quedarse en la selva para siempre y le asaltó la idea de buscarlo de maloca en maloca, río abajo. Sabía que no había muerto porque no sintió su espíritu metiéndose dentro del suyo, como le dejó anunciado con Gaxki con sucedería.

Diakara concibió nuevamente y Tatí se entristecía, la veía como una niña flaca, de estómago inmenso, de ojos sucios y vencidos. No sentía amor por ella, no era ella, era sólo un vientre enorme creciendo sin parar, nutriéndose de ella, devorando su sonrisa. El kumú enmudeció cuando Tatí solicitó sus augurios. Dijo que Waí-maxse estaba interpuesto en su linaje, estaba celoso de tanta seductora vitalidad del cazador y tendrían que buscar un encantamiento que los protegiera de sus ardides. Antes del parto hicieron llamar a la madre de Diakara para que la asistiera, y el payé y el kumú fumaron sobre ellas, les ataron huesos y ojos de animales, oraron y cantaron y Tatí debió quedarse en la maloca con prohibición estricta de salir hasta la siguiente luna. Nació un varón de llanto fuerte, y lo cercaron apretadamente desde que le cortaron el ombligo hasta que entró en la maloca y lo escondieron celosos de Waí-maxse y no lo llevaron al río ni a las chagras hasta después de que la madrina le cortó las uñas y las quemó. Diakara soportó valientemente los dolores y el esfuerzo del parto, pero Tatí imaginaba que sería incapaz de sostener la lactancia mucho tiempo y que uno de los dos tendría que morir. Le parecía hermoso su hijo, como no vio jamás ningún niño, pero de todas formas, su vida no tenía todavía el valor de la de Diakara, a pesar del cuerpo fatigado y empequeñecido.



Sutakone apareció uno de esos días, con regalo de pescado para las tres malocas, como si hubiera faltado nada más unas pocas lunas, como si viniera a ofrecer una mujer al sib, pero esta vez, al menos, se acercó a Tatí y preguntó por la esposa y el hijo y Tatí le pidió hacer algo por ellos, pues no podrían marcharse mientras no supiera que todos sus asuntos estaban arreglados. ¿Para qué llevar detrás faltas sin enmendar o venganzas sin resolver? Le habló atropelladamente, presintiendo que sólo lo escucharía el tiempo corto que efectivamente lo hizo.

Sutakone se alejó de él y enfrentó con la mirada a Tonamee, lo desafió en silencio delante de los que salieron a recibirlo. Gaxki aparentaba no darse cuenta y comentaba el regalo de peces y dejaba que los dos payés decidieran su rivalidad de una vez para siempre. Los convidó a la fiesta de bienvenida para el siguiente día y les pidió a ambos presidir las danzas. Tatí caminó detrás de Sutakone hacia la maloca del kumú. “Guarda mejor tus sentimientos o continuarás pareciendo un niño que no cuida las palabras”. ¿Por qué tenía que traer siempre desconcierto a su vida Sutakone? ¿Cuándo tendría certeza sobre lo que esperaba de él, al menos algo de la confiada certeza que sentía cuando presenciaba sus conjuros para la enfermedad y la tragedia?

El hogar de Tatí en la maloca estaba bien provisto para el invierno porque las viejas se ofrecieron a hacer parte del trabajo de Diakara y cuando ella no tuvo fuerza para cocinar siempre hallaron otra familia que los convidara a comer la carne y el cazabe de sus fogones. Sutakone habló con la joven casi al anochecer y dijo que Waí-maxse seguía en su cuerpo desde que le guardó el hijo en el vientre, que intentaría sacarlo, pero de una manera tan dolorosa que le daba opción de no someterse a esa cura y cambiarla por cantos e incantaciones, menos seguros pero más sencillos y llevaderos. Diakara dijo que no tenía miedo y entonces el zachua no dejó a nadie quedarse con él. Tatí desde afuera oyó los gritos, después los gemidos, y por mucho rato no escuchó más que la voz recia cantando en la lengua extraña que usaba en las curaciones. Ojalá su medicina fuera útil para Diakara y ella lo dejara libre, porque lo cierto

era que no se marcharía mientras siguiera enferma, mientras le ocupara el rostro el gesto desamparado de los que pronto van a morir. Empezó a estar seguro de que sanaría, lo sintió en el brillo distinto del sol sobre la maloca, en la calma que se instaló en el ambiente y en la alegría juguetona que pasaba de sus labios a mover sin viento la hierba del piso. Quería meterse al agua, pero no era propio hacerlo en ese momento sin la curación terminada.

Diakara durmió dos días seguidos y Tatí debió separarse de ella, para no impregnarse de la maldad sanguinolenta que brotó de sus entrañas. El niño también estuvo lejos de los dos, en manos de otra mujer que lo amamantaba y le cantaba. Tatí no asistió a la fiesta, pues no podía estar a la vista del dueño de los animales por la obvia animadversión hacia su persona, y aunque moría por verlo, no presencié el encuentro de los payés, que bailaron sin tregua y sin triunfo más allá del amanecer. Diakara lentamente recobraba el color y las carnes y Tatí volvió a amarla y a decirle de Guatavita y de Suazagascachía y del oro y los templos, de las maravillosas cosas que encontraría si regresaba con él.

Ella no reparaba más que en el viaje mismo, en la dificultad de remontar ríos y caminos difíciles y peligrosos con un niño pequeño, que aún no caminaba sobre el suelo. Tatí decidió esperar la próxima estación seca, pues de todas formas el invierno era inminente y se había empeñado en ofrecerle el regalo de la mujer y el hijo a Suazagascachía. No sabía que lo que hacía era darse tiempo para hablar con Sutakone, que lo que secretamente esperaba era el hastío del zachua para que por su propia iniciativa lo conminara a salir del territorio desana. Iba a procurarle la comprobación de que Tonamee no lo soportaría y le causaría la muerte, para que saliera, por fin, a buscar la paz de Gantina Masca.

Tatí se hizo un cazador hábil, sobre todo de micos y gurres y perros de monte y lo premiaron con el pene del sol representado en un cilindro para el cuello. Nadie hablaba de la partida. Gaxki parecía haber olvidado que estaban solamente de paso y seguía buscando novedades para engatusarle el espíritu. Lo

autorizó a beber yajé con los adultos, un día que anunciaron su visita unos tejedores vecinos. El kumú lo previno para estar tranquilo, sin preocuparse por la altura que alcanzara su espíritu cuando saliera del cuerpo y Diakara le prometió estar a su lado, animado, ayudarlo a alcanzar las visiones que lo convencieran de la verdad de la historia desana. Ciertamente no tenía miedo por el yajé. Más le preocupaba el silencio de Sutakone con respecto al regreso y decidió enfrentar sus respuestas y caminó al peñasco de la orilla del río, donde sabía que lo encontraría.

No temió ni su ira ni sus reproches ni su desprecio, porque había escondido sus sentimientos demasiado tiempo. “No me marcharé, Umusí. Deberás irte solo si vas a cerrarle tu puerta a mi esencia de payé. Nadie vio que en mis alucinaciones me quitara el cubresexo o defecara. Ni escucharon la risa de los pájaros denunciando mi ignorancia porque ya mi corazón encerraba los secretos que otro espíritu le encomendó, los mismos que algún día recibirás. Aquí has tenido una parte de tu destino, pues las armas de tu iniciación no fueron las del guerrero sino las del cazador, y mírate el collar del pecho diciéndote que todo en tu vida es misterio. Vuelve a tu patria y a tu necio sueño de ser güecha o quédate a cumplir los dictados de tu dios. Olvídate de mí. Estamos solos a pesar de los amigos o los maestros. Olvídame, porque aquí moriré tranquilo. Quiero ir a los cerros de Waí-maxse, convertido en colibrí, y no a las labranzas del centro de la tierra, donde ni siquiera sé si habrá una parcela para mí. Cierra los ojos, cierra tu casa, cierra tus oídos, veinte veces mira a tu corazón y encontrarás la respuesta, que de sobra yo conozco”.

Sutakone no dejaba de sorprenderlo jamás y, empecinadamente, él seguía buscando sus palabras con la ingenuidad del que pregunta lo evidente, así que esta vez resolvió no decir nada, asumir la pose serena del silencio complaciente y dejar para más tarde el acertijo. Le vio por vez primera, desde el regreso, la sonrisa, y por vez primera lo sintió como un hombre igual a todos, procurándose el mejor modo de alcanzar el más allá, y tuvo claridad suficiente en el corazón para despedirse

desafiando su propuesta de morir en el destierro: “No robes y no mientas”.

Sintió un profundo malestar con el yajé. Al poco tiempo de beberlo se le desdibujaba la falda roja del kumú y se quedaron sus ojos fijos en las plumitas blancas y verdes del brazalet. Sentía el estómago lleno de la luz amarilla de su alma, pero soportó la sensación con el pecho inmóvil, con los ojos abiertos, hasta que oyó una voz decir que miraran al oriente la luz azul de la constelación de la madeja, pero Tatí no vio más que el rostro de Chía, blancogris, impertérrito, vuelto hacia el oeste, hacia la tierra de sus templos, pero pronto se lo borró el aletear de una bandada de guacamayas errabundas, atrapadas en una red invisible. El ruido de los pájaros no le dejaba escuchar al kumú, hasta que percibió la voz de Diakara diciéndole al oído que el del centro enseñaba la tradición a los demás. Intentó seguir las palabras que nombraban el sol, primer payé, y su incesto en los raudales del Wainabí. Y vio al sol caminar con el rostro perdido en su propio resplandor, lo vio encantando sin voz, vio a Tonamee disparándole a Sutakone las astillas negras de su antebrazo, hablándole a Vixó-maxse, implorándole la muerte del zachua. Diakara volvió a hablarle y escuchó al kumú explicar apremiante el río rojo de sangre que corría a Axpikón-día.

Se le disolvieron los colores en una bruma triste y buscó cachirí para alegrarse y olvidar la imagen de Tonamee metiéndole la muerte a su maestro. Respiró a fondo el aire opaco, lo retuvo en el vientre todo el tiempo que le demoró asimilar esta otra soledad tan definitiva, y extrañamente no tuvo miedo; simplemente comprendió que Sutakone un día, no lejano, se iría a los cerros para siempre. Vislumbró aliviado, con el último fulgor de la alucinación, que el viejo había hallado un lugar de reposo dónde terminar su vagar. Percibió el hilo tenue que iba tendiendo un puente nuevo entre ellos, distinto del que hasta ese día fluyó del maestro a él y prometió no marcharse, quedarse a protegerlo hasta estar seguro de que Tonamee no le causaría daño.

Los siguientes días miró otra imagen de Sutakone, más

vieja y cansada, achicharrada, más apoyada en la lanza que significando con ella su poder. Notó con alarma que ignoraba a Tonamee, que no lo enfrentaba sino lo rehuía, y le pidió ayuda al kumú para visitar a Vixó-maxse en su casa de la constelación de la madeja.

La única solución posible a ese Sutakone apocado era pedir la muerte de Tonamee, pero el kumú dictaminó dejar pasar un nuevo ciclo de sequía e inundación antes de alcanzar el día de alucinarse con vixó. No pudo hacer nada distinto de cumplir bien sus asignaciones para que ninguna falta le acarreará el castigo de alejar su encuentro con el vixó: cazar, pescar, desmalezar las chagras, enseñar al hijo, invocar, practicar danzas nuevas, deleitarse con el remozamiento de Diakara. Sutakone estuvo de acuerdo en atacar al payé, pero gastó la lucidez que le quedaba en la recomendación de extremar el cuidado porque Tonamee era un brujo muy poderoso que podía hacer volver contra uno el propio conjuro.

La ceremonia del vixó no tuvo la misma pompa ni el regocijo de la del yajé, tal vez porque no le llegó como algo merecido, al estilo de su piedra del cuello, sino como una imperiosa necesidad de conocer y manejar la alucinación. No vio a Tonamee atacar a Sutakone con la misma claridad de la primera visión, pero confirmó que seguía disparándole las espinas, por la lluvia negra que corría hasta el zachua desde un lugar inalcanzable del cielo.

Le dolió inmensamente la insospechada dejadez que la melancolía le ponía en los ojos y en los pasos. Invocó al complaciente Vixó-maxse con toda su fuerza. Apartaba cualquier figura, figuras gigantescas vestidas con túnicas y chicates, figuras de animales mudos, figuras que no querían dejarlo ver al dios. Terminó extenuado, en mitad de un día que no vio llegar, sin recuerdos de lo sucedido, con un deseo profundo de volver a su pueblo con Diakara y el hijo. No importaba si Sutakone iba también, porque había visto otra vez las montañas fieles, la tierra amarilla, el recogimiento del templo, el rostro de Capa urgiéndolo a volver sin más aplazamiento. Buscó a Suazagascachía y no pudo encontrarla

en el recuerdo. Vio su cuerpo, sus ropas, su movimiento pausado, pero en su cara se iluminaban los ojos de Diakara y se dibujaban sus labios inmensos y morados. Se preguntó qué significaría aquella confusión y lo angustió la idea de que ya nunca más encontraría a la amada. A pesar de que duplicaba el plazo para la vuelta, se había mantenido en la creencia de que Suazagascachía lo esperaba, pero en la falta del recuerdo de sus ojos, tuvo la certeza de que ningún amor podía sostener tan larga espera, y la prisa lo obligó a actuar con brusquedad, a respirar con la boca, a arreglar el precio de Diakara.

Le prometió a Sutakone hacer una última invocación a Vixó-maxse cuando los cazadores salieran a la selva, para tener a mano la cerca de sus amuletos en el momento de tenderse en cualquier charca a efectuar la invocación. Pero no solamente a Vixó-maxse, sino también a Waí-maxse, para que le prestara una forma de jaguar que atacara a Tonamee. Tendría que explicarle al jaguar, en detalle, la necesidad de dar muerte a Tonamee para sepultar el rencor que ensuciaba lo que tanto esfuerzo costaba purificar. Tatí cumplió su palabra y a pesar del miedo al jaguar, le habló tan pronto escuchó su rugido, le dijo todo de prisa porque sabía que el vixó equivocaba sus pensamientos y le enredaba las palabras o le ocultaba los recuerdos.

Se durmió después de la primera invocación y soñó días lejanos de otras eras, tierras extrañas, y comprendió de pronto que los conjuros de Sutakone se formaban en su pecho, que eran palabras fáciles si uno simplemente las dejaba brotar de los labios. Palpó sus collares y sintió la fuerza con que le retenían la mano. Un calor intenso, de ají pajarito, que lo abrasaba sin quemarlo, empezó a meterse por sus pies hasta la cabeza y tuvo sensación de náusea, pero retuvo el espasmo del vómito, porque de soltarlo habría dejado escapar la vida. Omá y sus amigos lo esperaron los días del sueño temiendo la seducción de una de las hembras del dueño de los animales a causa de haber venido impuro o haber sucumbido a evocaciones eróticas frente al abrevadero. Ninguno del grupo estaba tranquilo. Habían visto muy pocas presas grandes y

muchas víboras, demasiadas para dejar de adivinar que había un culpable entre ellos.

Cuando bajaron a las malocas, ni Tonamee ni Sutakone salieron a recibirlos y algo como un presagio colectivo los hizo correr hacia el humito blanco del comienzo del puerto. Un cuerpo se secaba sobre la barbacoa y sin asombro Tatí reconoció a Sutakone, enmudecido para siempre, estirado artificialmente con bejucos y sin embargo pequeñito, con su eterno gesto impasible. Buscó con la mirada a Tonamee y no lo vio junto a ninguna maloca, sólo al kumú cocinando un brebaje oscuro y espeso y a las viejas sahumando solas a los cazadores y, entonces, caminó detrás de Gaxki hasta el momento en que quedaron lejos de los oídos de los hombres.

Tonamee se había retirado al monte tan pronto como ellos salieron y durante las noches de la cacería escucharon un rugido de jaguar cerca de las malocas por los lados donde acampaba el payé. Dos noches enteras lo escucharon y al tercer día Gaxki salió a buscarlo a pesar de la insistencia de Sutakone en que era un negocio entre payés y debían dejarlo solo. Lo encontraron alucinado, distante, sucio, enloquecido, balbuciente, suplicando a Waí-maxse dejarle su forma de güío un poco más de tiempo hasta terminar con el enemigo que intentaba darle muerte. Lo observaron mucho rato con la fascinación que siempre les inducían sus viajes a las casas de los dioses.

Pero no debieron haber ido. Debieron haber hecho caso al zachua, pues en este negocio de payés, fue él quien tomó la parte de la muerte, en la maloca del kumú, picado por una serpiente venenosa.

Tal vez si alguno de los adultos hubiese estado cerca habría alcanzado a colocarle los emplastos que le retuvieran la vida un poco más de tiempo, hasta tener la ayuda de Vixó-maxse. Tatí se sentía culpable. No fueron efectivas sus invocaciones y más bien alertaron a Tonamee, probablemente por la voz descuidada, delante de los espíritus de la selva. El jaguar de la charca tampoco llegó por su llamado, y al contrario, la hembra vino a él, a seducirlo y traerle maleficio al más débil de los

suyos. Jamás imaginó que el espíritu de Sutakone abandonaría tan pronto el cuerpo gastado del viejo. Tampoco supo que ese espíritu ya casi se colaba completamente en su cuerpo y supuso con pena, que se quedaría vagando como colibrí, sin encontrar habitación, porque sería más imperioso el llamado del viento guatavita.

Al anochecer, varios hombres lo acompañaron a beber el caldo blanco de los huesos pequeños del brujo y en la mitad de la ceremonia apareció Tonamee cantando el poder de los payés con la voz temblorosa. Tatí sintió una ira profunda, otro rencor que le hacía palpar las sienas y lo impelía a planear una estrategia para obligarlo a huir sin despertar la animadversión del sib. Pero pronto la rabia se convirtió en asombro, en calma curiosa, en franca resolución. No supo cómo llegó a sus manos la lanza de Sutakone y cómo pudo moverla con ese ruido tan parejo y violento. Sólo tuvo claro el momento cuando Tonamee dobló las rodillas y tuvo la frente aplastada en el suelo, vencido delante de un espíritu invisible.

El amanecer trajo la calma y la merma de las intenciones maléficas y Tonamee durmió tranquilo mientras los demás cavaban en el centro de la maloca del kumú. Sin llanto ni pompa depositaron el cuerpo consumido y mutilado en la pequeña fosa. La esposa del kumú sacó los trebejos de la cocina y las hamacas y los acomodó bajo los árboles mientras construían una maloca nueva para ellos. Tatí enterró junto al viejo la lanza y la piedra del cuello y las ranitas restantes del collar de Chuinsúe. Gaxki le dejó vixó y tabaco en un calabacito y las mujeres cazabe y cachirí. Tatí guardó para sí las tres aves del collar, el poporo y la diadema de plumas que Sutakone usó desde su regreso de las tierras tukanas y todo lo demás se lo dejó en la fosa.

No deseaba hablar con nadie pero, porque era la despedida, escondió la pesadez engorrosa que lo adormilaba para no desanimarles los propósitos de festejo. Era increíble terminar el castigo crudelísimo del iraca, sintiendo que fue una purga vana porque tenía desanimada la resolución de mando, incompleto el recuerdo de Suazagascachía, triste el anhelo



de verla, agotada la ilusión de entregarle al hijo, tan callado y triste, al que prometía enseñar como un muisca verdadero que nunca extrañara esta tierra difícil e imprevisible como el aguacero que caía resplandeciente de sol.

No lo asustaba el viaje. Ni la sequedad del verano ni el merodeo de los gwaiga ni los pueblos tan lejanos ni la fragilidad de Diakara ni el hijo tan poseído de silencio, tan tierno, apenas un jovencito en la edad del juego, de musculatura insinuada igual que él en los días de las fiebres, pero distinto en la reserva de los sentimientos y en la fijeza de la mirada y en la vocación del miedo. A su pesar, aun entre los guatavitas, continuaría llamándolo Erimiri porque sólo el nombre propio podría despertarle el ánimo en caso de maleficio o aojamiento, pero sería ése el último nexo con la selva. Se alejó hasta el puerto. Miró el agua sucia y brava del río y vio al hijo caminando junto a Diakara, recostado a su cintura, con la mirada fija en lo invisible del entorno.

Tardarían en irse lo que sus manos demoraran en pulir el interior de la canoa que fabricaron Omá y sus amigos como regalo de despedida. Le alegraba salir de los dominios de Waí-maxse, tan posesivo, tan maligno, tan difícil de halagar, y de Pagé-abe tan evasivo, tan escondido en la esencia del yajé. Era lo único que lamentaba dejar para siempre, pues era más fácil aprender de los brebajes lo que Sutakone pretendió mostrarle por anticipado. Buscó su piedra de trabajo y bajo la llovizna luminosa golpeó el tronco hueco que lo llevaría al llano.



## —QUIHICA ACA—

### Cajicá

**EL AGUA HUMEABA** en el pozo caliente donde Saguanmanchica estaba sumergido hasta los hombros, con los ojos abiertos mirando la faz pálida de Chía y la constelación de la serpiente. Era el mismo sitio donde había reunido, hacía ya más de un zocam, a sus aliados de buena voluntad y a los vasallos rebeldes para hacerles prometer obediencia a cambio de protección, de sunas, de disminución en los tributos y de mantenerles una provisión constante de betún y esmeraldas. Con engaños y palabras dulces los había obligado a aceptar su paz y su amistad. No dejó sin ensayar ninguna argucia ni ninguna réplica a las vanas excusas de los indignados invitados a esa fiesta de la humillación y aprovechó cualquier razón que quisieron o temieron creer, pero de todos modos tuvo la sensación de que se marchaban descontentos y que era necesario intentar otra manera de tener las voluntades de esos caciques mejor dispuestas hacia el zipazgo y hacia la idea de sacrificar el señorío por el bien de los pueblos.

Necesitaba la paz con los suyos, no solamente porque pronto y de una vez para siempre se enfrentaría a Michúa, sino porque su corazón guerrero estaba cansado de batallas y comenzaba a disfrutar más los momentos entre sus mujeres, sin pregoneros acosando respuestas, sin capitanes solicitando mando, sin sacerdotes mendigando ofrendas, sin ancianos culpándolo por sus resoluciones, sin funerales de tanto portentoso güecha, sin gritas aturdidoras, solo entre el agua, sin afán, abrazado por el viento frío y la sensación de volar sobre los pájaros negros de Chiminigagua, abriendo con ellos caminos de luz. Planeó quedarse en Tena todo el tiempo de la celebración del sacrificio del moxa en vez de viajar a Sugamuxi como la vez anterior, recién coronado zipa, cuando la rivalidad entre Hunza y Bacatá no era tan pronunciada. Confiaba en que aún estando a

punto de declararse la hostilidad total y de llamar a guazábara, en los días del festejo no se haría diferencia entre sur y norte, entre devotos de la luna y adoradores del sol; los imaginaba en armonía, realmente amparados por las treguas que pactó el propio iraca con los sacerdotes de los pueblos en conflicto. Se quedaría en Tena a presidir los sacrificios sustitutivos de aves y las ceremonias de correr la tierra, y a visitar los santuarios de las lagunas, seguro de que los peregrinos regresarían fortalecidos con una certeza nueva que no contagiara malos augurios al inicio de su guerra.

Todos los rezos y los cantos y las maneras de implorar piedad se invocaban al final de las revoluciones del siglo para aplacar a Zhúe, y ninguna exageración era suficiente para un dios voraz, así, como el que se mostraba en el astro del día. Pero no todos los hombres eran cumplidores ni tan acatados como los peregrinos, o si lo eran, no exteriorizaban el temor, embebidos en los conjuros del peligro próximo, proveniente de enemigos menos poderosos que Zhúe, pero más cercanos y persistentes. Uno de esos impíos era Tibatigua, pues no había salido de su cercado para casi ninguna ceremonia. Oraba solo, a cualquier hora, una sola vez por día, y conferenciaba con los capitanes sin que las procesiones y el eco de los cantos logran hacerlo olvidar de Saguanmanchica. Seguía pensando en las afrentas y la forma definitiva de tomar venganza y terminar con la casta de los zipas, con el caos que acercaron a los pueblos, con su poderío, con su ejército de incontables güechas, que eran después de todo el único obstáculo, la única posesión más valiosa, el único respaldo verdadero a la usurpada posición. Cavilaba y se le aclaraba, firme, la estrategia que al comienzo le pareció nada más un sueño. Ocupar Chía, retomarla con todo derecho por haber sido dominio de sus antepasados, erigirse dueño del templo de la luna y de la Cuca, y expulsar al tan nombrado Nemequene y a los demás sobrinos de Saguanmanchica, aunque fuera a costa de acallar a los ancianos y llevarlos prisioneros a otros pueblos donde no tuvieran obligación de escucharles las amenazas y los llantos. Intensificó sus visitas a la escuela militar en las horas

de las prácticas que en su mayoría no se suspendieron pues, al contrario del zipa, prohibió a los guerreros la peregrinación santa. Inició una serie de conversaciones con los ubzaques de Cáqueza y Guasucá y, en mayor esperanza, con el señor que no asistió a la reunión de Tena, el ubaque, el único que conservaba intacto el orgullo porque disfrutaba todavía la vieja independencia que trajo al altiplano.

Con cada convocatoria enviaba un regalo espléndido, una imagen dorada de dioses o demonios borrados del recuerdo común de los pueblos asomados al llano, pero que tercios se modelaban de la esencia íntima del oro. A partir del mismo odio confesado, guatavita y ubaque estaban siempre a gusto uno en compañía del otro, confiados, solidarios, casi como en familia, y mientras Tibatigua mandaba a Guasucá orfebres y güechas y sacerdotes, mucho más de lo que Ybaquén solicitaba, ubaque hacía lo propio con el cacique de Chiguachí, guardando con esas actitudes las puertas de entrada a sus propios pueblos. De Guasucá salieron las niñas que velaban el cercado de Tibatigua, y en los concilios Ybakén siempre apoyó sus determinaciones y repitió sus palabras como un eco fiel pero monótono y presagioso. Cada vez que lo obsequiaba se deshacía en reverencias y malgastaba las palabras en expresar un sentimiento desbordado, como si no acabara de apropiarse de lo recibido, una gratitud desmesurada, que obligaba a desconfiar de la luz de su mirada. Guasucá guardaba perfectamente la entrada de las tierras guatavitas, alzado como estaba en el comienzo de la sierra, y era inútil, viniendo de la sabana, intentar entrar en ellas si Ybakén no franqueaba el paso. Se necesitaban y lo sabían, y mimaban su alianza añosa, de la misma empalagosa manera como un hombre consiente a la esposa moribunda.

Con el propósito de emprender la ofensiva ya bien acomodado en su pensamiento, Tibatigua aprovechó tácticamente hasta el deseo ardiente de Chuinsúe de asistir a Suamox, al sacrificio, y organizó alrededor de su viaje una rica embajada de thiguyes y güechas para Michúa, con una sobrina suya como principal presente. El pregonero tenía instrucciones

precisas de proponer un pacto para iniciar pronto una rebelión general, comandada por Guatavita y por Michúa mismo si aceptaba las condiciones. Chuinsúe ignoraba los planes de su señor, e igual que una momia encandilante, reflexionaba sobre lo que diría al sumo sacerdote, su confesión de la viejísima culpa, los sacrificios, las donaciones que le impondría y las danzas alrededor de su cuerpo estéril para darle la fecundidad que precisaba. No lograba acomodar la desgracia en su destino porque siempre procuró no cometer faltas ni omitir ofrendas; se volcaba a la alegría y al trabajo con una vocación porfiada en la que sobraron las recomendaciones, en la que no cupo ningún reproche, ni un pequeño llamado de atención de la madre o los ancianos.

Hizo lo indicado como si se tratara de un talento nato pegado para siempre a ella igual que una verruga molesta pero tranquilizadamente propia. Pasaba los días procurando espantar el miedo al repudio de Tibatigua, acrecentado al observar su afanado interés en los hijos casi más que en los sobrinos, y su engorroso empeño en que fueran igualmente capaces de heredarlo en fortuna y atributos. Jamás le reprochó ni la acosó, pero intuía su secreta añoranza, por el mimo que le prodigaba a sus mujeres paridas, por la increíble recompensa que envió a la familia de una thigüy muerta de parto, y porque cada vez más frecuentemente se encerraba en el templo, sin llamarla como antes, esquivándole la mirada, sobre todo durante las últimas lunas. No era difícil darse cuenta de que le concedió el permiso de irse con los peregrinos con mucho desprendimiento, demasiado para no dejarle mermada la seguridad de que la seguiría requiriendo. Recordaba claramente la amonestación de la esclava en los días de su niñez y la amenaza de bañarse en sangre, pero no logró entender cómo pudo merecerlo. Zhangué alguna vez le confirmó la sospecha de que la esclava había prefigurado su esterilidad en la contaminante sangre del timi que puntualmente llegaba para mortificarla y acrecentarle la desconfianza. Sin embargo siguió rogando el bulto en el vientre y la leche en los senos como muestra del perdón a su falta pueril.

Tibatigua aprovechó la ausencia del mujerío y convocó a todos los capitanes bajo su mando y a los caciques vecinos y a los ancianos, y por primera vez recibió apoyo de unos y de otros cuando expuso su intento de guerra. Itake invocó victorias viejas, glorias olvidadas, inspiraciones merecidas, y lo mismo hicieron Capa y Corazón de Piedra, el sobrino del cacique recién iniciado en las tareas de mando. Para el guatavita era un alivio declarar sus planes porque por fin podía descubrirse y entregarse como planeó hacer desde el principio. Anhelaba darse a conocer, no fingir más y actuar delante de todos como el caudillo destinado a terminar el vasallaje. Le crecía el orgullo con el entusiasmo de los suyos, con la algarabía y la decisión de triunfo acabada de renacer. Pidió a cada capitán hasta el último hombre y la más insignificante macana disponible con la idea de tomar a Chía.

Acordaron un espionaje sin tregua, no por parte de los güechas que podrían ser descubiertos y castigados, sino por parte de los orífices que solicitaba Saguanmanchica para sus pueblos. Debido a que el zipa esquilmba el oro de los panches y de las gentes de las fronteras sin ser señor de los súbditos capaces de modelarlo, vivía sometido a importar orfebres, en su mayoría guatavitas, y a tener sus pueblos llenos de extranjeros itinerantes. Por cada uno que recibía, enviaba dos pobres campesinos para que hiciesen cualquier cosa que al otro cacique se le ocurriera ordenarles. Inteligentemente, Tibatigua previó el provecho militar de esa situación, y aunque los capitanes entendieron que era una estratagema fácil, puesta misteriosamente en las manos, casi como un anuncio de victoria, los ancianos creyeron que era el modo que adoptaban los dioses justicieros para castigar la ambición descomedida y la rapiña. De cualquier manera que fuese, se esperanzó en esas gentes de apariencia tranquila, que fingirían dedicación exclusiva al trabajo de las manos para no levantar la más mínima sospecha. Confiaba, con sobrada razón, en el apoyo irrestricto de los ancianos para que los escogidos aceptaran el encargo como si se tratara de una misión sagrada y eludieran el malestar de no poseer entrenamiento ni serenidad en los oficios

de la guerra. Los consejeros mismos debían transmitirles la decisión y los capitanes ir proveyendo la escuela según los informes de los espías.

Tibatigua permitió que los chuques terminaran sus devociones antes de llamarlos, pero tan pronto comenzó a exponer su intento, notó el malestar de algunos pocos. Zhangué no levantaba la mirada, y por el contrario, evadía el entorno del cacique tan obstinadamente, que mostraba a las claras no estarlo haciendo por humildad o por extremo cuidado, sino por desagrado. Para su fortuna, en medio del júbilo alucinado, Tibatigua recibió la inspiración repentina de callar y conminarlos a decir sus sentimientos y su saber acerca de quién habría de conducir el destino de los pueblos de la sabana. Terminó su pedido, y como una salpicadura que no da espera, Zhangué invocó completo, un trozo de los cantos que hablaba de Chía victoriosa y de sus hijos gobernando a los hombres para darles la justicia de su templo. El cacique, sin abandonar la mirada pretenciosa del que escruta algo más que las palabras, escuchó la voz de todos los que quisieron hablar, pero no insistió en concluir la retahíla de agravios iniciada en la mañana. Ni se dio cuenta de que la noche llegaba.

Nadie sentía cansancio. Hablaban el mismo idioma, conocían los mismos cantos y cada uno esperaba el momento de decir y recordar a los demás dónde se asentaban los yerros. Estuvo tercamente silencioso durante un tiempo muy largo, hasta que en otro ordenamiento se le acomodaron las palabras de la historia y halló la clave y el modo evidente de convencer a los que no creían en el derecho de los guatavitas a gobernarse por sí mismos y a ser los dueños del templo de la luna. Aspiraba al mando del templo y de su culto, no porque creyera que Chía fuera mejor deidad que Zhúe, sino porque a través de su influencia en los asuntos religiosos tendría el poder para desanimar las pretensiones de los zipas. Esperó a que hicieran silencio, a que agotaran los argumentos para anunciar que la verdad no estaba ligada al nombre de los pueblos. “Las revelaciones antiguas no hablan de los hombres ni sus pueblos, sino de celos y rencillas entre dioses. Chía



no es solamente un cacicazgo o el nombre de la señora de la noche. Tenemos olvidado que alguna vez, en un tiempo que no está registrado ni se memora, Chía fue la diosa que presidió las ceremonias y recibió los tributos. Nadie sabe cómo Zhúe reclama las ofrendas porque perdimos el relato de sus discordias, pero hoy testificamos que lo tememos más, que lo regalamos más, que nos socorre mejor, y que aunque la diosa ilumina a unos cuantos y les presta determinación y consejo, no alcanza a doblegar al mundo a su antojo como antes y como debe seguir siendo su deseo. Contrario a lo que hemos supuesto, la predicción habla de un nuevo triunfo de Chía sobre Zhúe. No de los chías sobre Guatavita o sobre Ubaque o sobre Hunza o sobre cualquier otro pueblo de la sabana”.

Había dicho todo de golpe, muy de prisa para su costumbre de hablar con pausa, y sin embargo no fue porque las palabras le vinieran con cólera o precipitación. Él mismo se sorprendió escuchándolas salir de su boca incontenibles, como una cascada que se asoma al fondo sin temor. Zhangué llegó a confundirse. Más que ningún chuque, él lamentaba los enfrentamientos entre los dioses pues creía comprender que, salvo pequeños desacuerdos por obligaciones secundarias, el dominio sobre los hombres estaba resuelto para siempre. No imaginó esta pugna vana entre los dueños del día y de la noche, pero no se dejó desanimar ni permitió que el gesto delatara su afán por entender el nuevo misterio que tocaba. Intuía que podría acomodarlo sin alterar mayormente su sabiduría, y que la verdad, de todas maneras, seguiría favoreciendo a Saganmanchica. Tan grande era la confianza en que sólo él podría congrega las multitudes que soñaba para apropiarse de la fuerza del gentío y volar alto, a donde no pudo llegar jamás, hasta encontrarse cara a cara con los dioses.

Los sacerdotes no entendieron bien el propósito ni la urgencia de la reunión, aunque aceptaron sin protesta el gesto del cacique indicando que no hablaría más. Habían venido a un lugar profano a discutir materias sagradas de la sola incumbencia de los chuques, con caciques y capitanes que sin ser ajenos a las contingencias del cielo, no poseían autoridad

para decirlas. Se sintieron entrapados, acosados y finalmente aliviados por poder salir del cusmuy con rumbo a sus dominios, donde pisaban terreno seguro, donde la naturaleza obedecía sus mandatos y les mostraba todos los secretos. Si la reunión se hubiera celebrado junto a la laguna, Tibatigua no habría podido hablar a la manera tajante y arrebatada de los iracas. El rayo o el trueno lo habrían callado, o el viento borrado sus palabras antes de que tocaran los oídos ajenos.

Tibatigua no dejó que el desconcierto le ganara espacio en el corazón antes de que los sacerdotes abandonaran el cusmuy, pero después deshizo en gritos el nudo que le cerraba la garganta. Habló. Vociferó. Dejó que los capitanes vieran su encendida tristeza, su desolada decepción, la palidez que le enfriaba el rostro y las manos. No entendía que alguno de su pueblo no acogiera su clamor. Su mente estaba abierta buscando completar la revelación, intentando descifrar la indolencia de los chuques y poco a poco fue entendiendo que sin ellos tendría que ganar la guerra, que no precisaba ninguna palabra divina porque estaba dispuesto a tomar sus posiciones con o sin ayuda de los dioses.

Los capitanes esperaron a que el ánimo se le aquietara y le hicieron ver que no habían sido todos los sacerdotes los que se mostraron descontentos con la arenga. Que el principal oponente había sido Zhangué, el extranjero que estaba en Guatavita por la bondad de los caciques y que devolvía de manera tan imprudente la dilatada hospitalidad recibida. Le rogaron que lo expulsara sin contemplaciones, que lo regresara a Chía donde no podría dañar a ningún sacerdote guatavita, pero Tibatigua opinó que era más fácil vigilarlo mientras permaneciera cerca para saber cuántos chuques compartían su torcida inclinación de servicio a los zipas.

Desde el comienzo de su gobierno, los consejeros y en general los ancianos estuvieron proclamando las virtudes de ese hombre excepcional y sabio, dueño de una capacidad de ayuno y laceración como no se había visto en la casta guatavita. Decían que no necesitaba descanso ni mayor alimento, que estaba amarillo por dentro y por fuera, arenoso y frío porque

permanecería vivo más de una edad, ajeno a los estragos de la decadencia. Prácticamente no había ninguna mujer en el cercado que no hubiese buscado expresamente su consejo y su mediación para remedio de alguna necesidad. Suegata, tan conocedor de los hombres, lo había recibido como su ayudante predilecto y estableció, por la deferencia que le profesó y contra los pronósticos iniciales del iraca, que sería su sucesor en todo trance dificultoso de los cuerpos o las almas.

Capa dijo que tenía soldados capaces de llegar a la laguna y soportar quietud y frío, escondidos junto a los templos para espiar a los sacerdotes. Los muchachos, tres güechas jóvenes e increíblemente menudos para su oficio, salieron al anochecer del día siguiente por entre la negrura de una noche sin luna. Les habían advertido de alguna reunión en voz baja, tal vez casi sin fuego, dentro de alguno de los templos, pero a pesar del empeño no vieron nada. Se arrimaron a los bohíos y escucharon las respiraciones pausadas de los que duermen con sueño tranquilo, pero de todas formas se movieron con sigilo como si esperaran ser vistos en cualquier momento. Se alegraron de tocar la cima y alcanzar a vislumbrar, al menos, las sombras apocadas producidas por las innumerables fogatas junto a la laguna. Andaban separados, husmeando el aire en cada paso que lograban sostener sin ruido, mermando la esperanza de confirmar las sospechas de la conspiración que ya conocían en detalle.

Hasta el amanecer procurarían descubrir a los culpables y después se marcharía cada cual por su lado sin esperar a los demás, sin acudir si llamaban, sin correr, sin asustarse de nada, sin parar hasta llegar a la escuela y hablar con Capa. En un momento, los tres escucharon el mismo ruido y como tiraderas se movieron hacia el mismo bohío semioscuro y escucharon el bejuco cayendo sobre la carne desamparada y la respiración lenta acompañando los golpes, los jadeos, los gritos asfixiados, y aunque no pudieron ver y aunque eran tan jóvenes, supieron que escuchaban a Zhangué latigándose para obtener más efectiva comunicación con los dioses. Durante varias noches hicieron el mismo recorrido sin ver nada distinto de la primera

vez, pero afianzando la comprobación de que Zhangué estaba solo en su dolorosa empresa.

Dos caras de la luna alcanzaron a sucederse sin que ocurriera variación y concluyeron que los conspiradores no efectuaban sus reuniones en la noche sino a la plena luz del día, y en concordancia cambiaron la estrategia. Esta vez subieron solamente dos de ellos y buscaron directamente a Zhangué. Le dijeron que venían suplicando ayuda y protección porque, entendiendo como entendían que la autoridad divina se manifestaba en la persona de Saganmanchica, Tibatigua les pedía cometer una falta atroz ordenándoles ir a Bacatá a espiar los pasos y las decisiones del zipa. Como dos avezados actores se sobaron las manos una y otra vez para mostrar la indecisión y subieron el volumen de la voz y la frecuencia de las palabras, al modo del que ha perdido el control del habla por la emoción. Le hicieron sentir su propio acoso, le pusieron el dedo en la llaga, al suplicar una prueba suprema que les mostrara al verdadero caudillo que debían servir sin más alternativa.

Zhangué les pidió esperar un momento y regresó con tres chuques viejos que confirmaran la verdad de sus palabras, que era la simple evidencia del rumbo exacto dispuesto para ellos y no una imprecisa revelación como la que proclamó Tibatigua. Deducían la ascendencia divina de Saganmanchica del hecho de que ningún otro cacique disfrutó de sus mismos despampanantes triunfos.

Soberbiamente les prometió probar lo dicho dos lunas después, cuando Saganmanchica entrara por sorpresa en el territorio del ubaque y venciera al último señor rebelde y no se escuchara ninguna voz de hombre o de bestia o de deidad para imputarle ilegitimidad a la conquista. Les recomendó fingir estar de acuerdo con lo mandado por su cacique y esperar el resultado de la batalla, pero omitió decirles qué hacer en caso de que las cosas no resultaran como pronosticaba. Porfiaba en el triunfo y los alentó a aprovechar su asignación de espías para estar en Bacatá al momento de la victoria y ofrecer quedarse como güechas de servicio en las dificultosas campañas

contra los panches. Finalmente, les recomendó no exponer su sentimiento ni confesar las faltas referidas a ese propósito con ningún sacerdote diferente de los que en ese momento estaban frente a ellos.

Tibatigua se atuvo a los informes de uno y otro lado hasta colegir que de los cuarenta sacerdotes ocho planeaban su caída, pero solamente en sus alucinadas oraciones, pues a todos constaba que, a pesar de poseer acceso a alguna información a través de sus conciliábulos sagrados, no tenían ni malicia de los métodos militares y ni siquiera el buen sentido de llegar hasta algún capitán con mando e inquina suficientes para procurarle la derrota.

Descansó como no lo había hecho en mucho tiempo y pronunció sus propias oraciones, vehementes y alejadas de cualquier canto conocido y se retiró tranquilamente a la laguna del Siecha después de corroborar que en Cajicá el zipa acuartelaba no más de diez mil soldados. Acordó con el ubaque y con el guasucá reunir la mayor cantidad posible de gente, seguro de triplicar el número de güechas y de que el zipa se rendiría sin presentar batalla, apocado ante la magnificencia del ejército que iban a pasearle dentro de sus tierras. Quería reposar sin sobresaltos el tiempo que tomara concentrar el ejército en Guasucá, y aunque no había recibido todavía respuesta de Michúa, supuso que sería favorable por los sueños sosegados y la ausencia de sabandijas de mal agüero. Era la única cosa que le producía apremio, la única que faltaba para cerrar el círculo de su poder, y nadie vino para importunarlo mientras esperaba.

Estaba gratamente aislado con sus esclavas y los pregoneros, y sólo echaba de menos al viejo Suegata, porque no se acostumbraba del todo a estar sin los chuques y sus incensarios constantemente humeantes y sus voces roncadas implorando y alabando. De cierta manera se sentía abandonado del cielo, pero seguro de que era una calamidad que podía enfrentar sin pavor ni desconfianza si tomaba la precaución de ofrendar en las lagunas por mano de sacerdotes ajenos a los vericuetos de la política. Se alegraba de no tener cerca a ninguna de sus

esposas porque más que nunca amaba el refugio del silencio y todas sus thiguyes eran bulliciosas como chicharras, incluidas las ancianas, contagiadas, quizá, por la risa fácil de Chuinsúe y por la mirada curiosa que no se avergonzaba ni claudicaba ante nada distinto de sus requerimientos de amor.

Tuvo tiempo de serenar el ánimo y descansar el cuerpo para los afanes venideros antes de recibir a los pregoneros de Michúa. El zaque no estaba en condiciones de presentarse a la batalla, pero en las inmediaciones de Chocontá protegería su retirada en la emergencia de una rendición vergonzosa. En el fondo de su corazón Tibatigua jamás esperó ayuda de ese zaque curtido por los aplazamientos y las incertidumbres. Comprendía que los asuntos que resolvía Michúa no eran fáciles, que controlaba las invasiones de los muzos a las minas de esmeraldas, que mediaba en las intrigas del cercado del tundama y que azuzaba las rebeliones de las tierras del sur, todo a pesar de la corte de fanáticos religiosos que lo acosaban y le frenaban el impulso guerrero, pero con este menosprecio a sus propuestas estaba desaprovechando la oportunidad de deshacerse del peor enemigo que pudiera meter pie en sus fronteras.

Tibatigua no sufrió la decepción que presintió cuando vio la cara de pocos amigos de los quemes del zaque, pero en cambio lo acuchilló la prisa por empezar la guazábara y no esperó siquiera la llegada del amanecer. Envío mensajeros suyos a Guasucá, a Chiguachí y a Ubaque con la consigna de prepararlo todo para el combate. Si no se equivocaba, era tiempo de que Capa tuviera organizada su gente y la del llano, y la hora también de que el zipa estuviera casi listo al zarpazo final.

Él mismo llegó a Guasucá al día siguiente y no pudo creer a sus ojos la maravilla que veían. Desde la base del cerro hasta la cima había güechas armados, vestidos con sus pequeñas mantas inmaculadas, tintineantes y deslumbrantes como cascabeles. Capitanes y capitanes frente a sus grupos, emplumados con las mil galas de su rango y las mujeres en el valle, listas a partir detrás de los hombres, a llevar lo necesario, a gritar con ellos

y reconfortarlos. El cacique conferenció un momento con los capitanes y acordaron partir en masa hacia Bacatá e interceptar la fila de hombres del zipa que marchaban hacia Ubaque. Uno de los capitanes regresaría a Guatavita a montar sitio a los sacerdotes en su santuario y otros dos a reforzar la guardia del cusmuy para desanimar cualquier intento de saqueo mientras él estaba afuera.

Calculó que entre los hombres vistos y los imaginados sumarían veinte mil y presintió la gloria, se mareó con la certeza absoluta de poder realizar cualquier propósito y vinieron a mirarle el rostro sus antepasados, a soplarle el aliento del buen sentido para que culminara sin equivocación lo que tan bien comenzaba. Acordaron dividir el ejército, una parte para meterse en Chía y la otra para dar la batalla al Bacatá sin preámbulos, sin conversaciones ni pactos, en el mismo sitio donde lo alcanzaran. Sin embargo, otra vez cambiaron los planes debido a un nuevo informe de los espías: Saguanmanchica viajaba hacia Ubaque con dos mil soldados, pero los panches y los colimas iniciaban una invasión a las fuentes saladas del río Tausa y se apostaban a lo largo de toda la frontera de occidente.

## II

Teniendo a Saguanmanchica ocupado en varios frentes, con un número insuficiente de güechas y sin más remedio que retirarse a solicitar ayuda para detener a los caribes, Tibatigua y los suyos decidieron enviar a su encuentro los escasos soldados que el ubaque destinó a Guasucá, y el grueso del ejército dividirlo entre dos objetivos: una parte para quedarse en Chía, según el acuerdo inicial y la otra para atacar el fuerte de Cajicá, que forzosamente quedaría poco custodiado. Les pareció un plan perfecto aunque necesitaban, todavía, que la noticia de la invasión alcanzara al zipa para poner en práctica la estrategia, y mientras aguardaban, construyeron refugios improvisados, grandes barracas mal techadas que les permitieran quedarse los cuatro o cinco días que duraría la espera.

Entregado al entusiasmo de los detalles de la campaña, Tibatigua ni siquiera pensó en procurar la venida de Chuinsúe para una despedida decorosa, pero al menos tuvo la ocurrencia de enviar a uno de los quemes con la noticia de su partida y el encargo expreso para ella de velar por los niños del cuspuy y animarlo con sus augurios. La consolaba prometiéndole que regresaría más poderoso y resuelto de lo que se iba.

Sin embargo, a Chuinsúe, mejor que con un aliento para los propósitos de Tibatigua, le habría gustado devolver al queme con la nueva de su preñez, pero contuvo la lengua y dejó sin respuesta el mensaje. Con la ausencia, casi se le inutilizaron las manos y el ánimo, tocadas por la melancolía y un presentimiento impreciso de catástrofe. Se apartó de las demás thiguyes y buscó la compañía de los ancianos y de los güechas de la guardia. No alcanzó a percibir los acontecimientos en todo su significado, pero se dio cuenta de que algo grave retenía lejos a su señor, pues ahora era Corazón de Piedra, seco y toscó como un bejuco sin savia, el que dictaba las órdenes y convocaba a los ancianos y los capitanes. Se sintió prisionera. Molesta con tanto güecha rondando el cercado y las sunas impidiéndole el libre paso a la laguna y a los chuques, y tuvo nostalgia de Nemocón y de su padre franco y descomplicado que jamás le negó la palabra o la sonrisa. Por fortuna pronto se embebió en los embelecó de la maternidad y recuperó la risa y le regresaron la calma y el deseo de aunarse a las thiguyes.

Saguanmanchica entendió la calamidad que le acaecía, cuando ya empezaba a adentrarse en los valles del ubaque y tuvo un acceso de cólera como nunca antes, apabullante y difícil de contener en su alma envejecida. Por sobre todas las cosas lo amilanaban la juventud extrema de Nemequene, desprovisto de la suficiente madurez para venir en su ayuda, y la resistencia de sus consejeros para delegar en otros el mando de la campaña contra Ubaque, que amenazaba quedarse inconclusa. Era imperioso retroceder y marchar aceleradamente al encuentro de los caribes antes de que sobrepasaran la frontera y se fortalecieran junto a las fuentes de sal.



Sin descanso y sin claridad ni intenciones concretas, dio media vuelta con rumbo a Cajicá para sacar a todos sus hombres a la orilla del Tausa e intentar expulsar a los invasores en un tiempo tan breve que no alcanzaran a desbaratarse sus demás propósitos.

Mientras tanto, el ubaque, sin noticia del retiro se quedó esperando la incursión del zipa con la mayor parte de sus hombres ocultos entre las malezas o apostados en los barrancos, preguntándose qué podría estar reteniendo al tirano. Permaneció dos días con sus noches frente a unos tres mil güechas, a las puertas del cercado.

Los ancianos, las mujeres y los niños estaban a salvo en las colinas, así que se había quedado nada más por darse el gusto de ver salir al zipa de su pueblo con las manos vacías y con la contrariedad de no haberle metido miedo a nadie ni haberse aturcido con las alabanzas de los humildes. Estaba tranquilo porque no dejó a la vista ni los tesoros del cushman ni las provisiones de las despensas ni las imágenes del templo. No imaginó que Saguanmanchica tramaba mucho más que el saqueo y la rapiña. Esta vez no intentaba sólo entrar al pueblo y despojar e intimidar y mostrar su poder dejando al cacique empobrecido y humillado delante de los suyos. Pretendía trastornar el orden, asignarle nuevos dueños a la tierra, usurpar el mando, desterrar al cacique y dejar un capitán de los suyos aposentado en el cercado, disfrutando las mujeres y el prestigio ajenos, sin detenerse a considerar que era una atrocidad que nadie estaría dispuesto a soportar, un desatino que podría costarle el mando si los ancianos desacataban sus determinaciones. Iba decidido a arrancar al enemigo de la tierra, a convertirlo en un exiliado sin palabra y sin pregonero que le colectara buenas voluntades.

Durante más de veinte años ubaque y guatavita fueron los cirirís que lo obligaron a torcer el vuelo e iba a terminar con los dos eliminándolos de la memoria de su gente, borrándolos de los cantos, enviándolos a morir lejos de Gantina Masca para que nadie cantara sus guazábaras de resistencia al zipazgo. Borraría toda traza de sus pasos por la tierra de encima, en

la confianza de que los sacerdotes aplacarían las conciencias que se resistieran a dejar pasar los acontecimientos como naturales.

Llegó a Cajicá en el pleno medio día y sin mucho preámbulo sacó su gente con rumbo al norte y repartió quemes por todo el territorio con el fin de obligar a los caciques a enviar cada soldado disponible a los templos de la laguna de Suesuca, donde pensaba aposentarse a trazar los planes para desbaratar a los caribes.

Tibatigua avanzó al frente de los suyos, cuando supo que tenía libre el camino a Cajicá y no le costó gran trabajo asaltar a los desprevenidos güechas de la guardia. Los corretearon hasta las afueras del pueblo y les dispararon una lluvia de dardos que los convirtieron en puercoespines ensangrentados. Los guatavitas se desgranaban por las colinas, aparecían en el horizonte, invadían el fuerte, se amontonaban alrededor del cacique esperando sus órdenes, ansiosos de que les viera el rostro en esa circunstancia feliz y ya nunca se olvidara.

Empezaron a recorrer los altos muros, entre el laberinto de pasillos que los sacaba siempre al mismo sitio. Cada cierto trecho encontraban hachones encendidos y bohíos surtidos de macanas y garrotes y leña y maíz suficientes para alimentar el ejército durante lunas enteras. Tibatigua dejó hombres recostados a las paredes de los corredores que iban sobrepasando y así violó el secreto de la entrada disimulada en un bohío, detrás de un inmenso arrume de mantas toscas y sacos de carga. Ante ellos apareció el zanjón dibujado por un muro de tierra y piedra, alto como dos hombres y con sólo tres entradas en el amplio círculo.

Tibatigua pensó que todavía podía haber bacataes ocultos en la fortaleza y ordenó a varios güechas trepar a una voz, todos sobre el muro para rematar de susto a los que quedaran dentro. Estaba desierto el gran patio en el que se asentaban una docena de bohíos. En el centro todavía resplandecía una fogata, pero no había ni una sombra ni un ruido distinto al del viento en las palmas de los techos. Esperaron la claridad del día para entrar y explorar las construcciones.

Tibatigua se preguntó cómo fue posible que Saguanmanchica no tuviese ya el mundo entero entre las manos, si allí guardaba todo lo que da el poder a los gobernantes: coca, dardos, tiraderas, mantas, víveres, oro, esmeraldas, dioses de piedra, sal, arcos, flechas, carbón, vasijas, cuerdas, pinturas, todo un tesoro que en ningún otro lugar cabría junto. Se respondió que no sería nunca posible poseer los pueblos como las cosas si en las Cucas seguían formando hombres como él mismo, con el orgullo suficiente y el buen sentido necesario para oponerse a los desmanes y resistir el asedio de los tiranos.

Después de atisbar el último de los rincones y asignar la guardia a un grupo de unos mil güechas, se retiró a descansar y a esperar noticias de Chía. Dejó entrar mujeres para el servicio y a las demás que llegaron con ellos las devolvió a Guasucá, acompañadas de otro grupo de güechas tan numeroso como el que se quedaba, con el mensaje para su sobrino de redoblar la vigilancia de los sacerdotes y la entrada de la sierra.

Temía más que nada una represalia del zipa sobre la gente del cismuy, y entre tanto, ordenó construir largos sugües estrechos para albergar a sus soldados. No tuvo que esperar mucho tiempo las noticias de Capa, en las que le daba a entender lo fácil de la entrada a Chía. Pero no obstante encontrarla sin guardia, no usaron la fuerza para invadir el templo de la luna, y más bien aguardaron tranquilos a que Nemequene abandonara el pueblo por propia voluntad. Capa rápidamente se dio cuenta de la imposibilidad de tomar prisionero al sobrino del zipa, pues sabía a sus güechas supersticiosos e incapaces de profanar el templo o poner sus manos sobre un hombre considerado hijo de la luna. Contaba con que en unos soles más el príncipe estaría lejos y Tibatigua entraría a proclamarse dueño legítimo del cercado y las tierras de los chías, pero si de alguna manera, cuando los chuques marcaran la luna llena, Nemequene continuaba en la Cuca, prometía obligar a su gente a meterse al templo y sacarlo amarrado y humillado delante de los que lo veneraron hasta entonces.

Entre tanto, preparaba el cismuy para la llegada de su señor y arengaba a los del pueblo diciéndoles que entraría un mejor

orden, más acorde con los preceptos de Bochica, una mayor libertad para que bienes y tributos se quedaran en los pueblos donde eran producidos. Por primera vez se escucharon palabras tan sofocantes en boca de gentes tan ordinarias e ignorantes.

Los sacerdotes preguntaban desde cuándo los capitanes alteraban las disposiciones sagradas y desde cuándo los ancianos del consejo eran los últimos en conocer las leyes del pueblo. No ignoraban la pugna entre Guatavita y Bacatá por el dominio de Chía, pero se acostumbraron a mirarlo como asunto del pasado y olvidaron de quién era el derecho a su gobierno y llamaron a los recién llegados traidores y cobardes, aunque estuvieron dispuestos a proclamar señor a Tibatigua ya que no tenían más armas que el fastidio disimulado y unos desesperanzados rezos para que Chibafuime asistiera a Saguamanchica y le hiciera posible venir a rescatarlos.

Nemequene abandonó el templo rodeado de un séquito de sacerdotes, todos vestidos de rojo de pies a cabeza y Capa no movió un dedo para despojarlos de las joyas con que se sobreadornaron, porque respetaba a esos hombres a los que consideraba los más sabios de la tierra y porque sabía que la soldadesca se creería tocada de un mal presagio y se inclinaría indefectiblemente a la derrota.

Capa los llevó a interpretar el hecho de partir sin arengas para las mujeres y los ancianos y sin recriminaciones para ellos como una concesión para que Tibatigua se instalara en el cercado. Los hombres le creyeron y por fin perdieron el gesto de profanación que mantuvieron desde que se apostaron junto al templo.

Tibatigua entró con la majestad del orgullo renacido y la esperanza inacabada, libre de requerimientos ajenos al propósito de restablecer lo perdido. Oyó el tenue clamor de las gentes del pueblo por debajo de la portentosa ovación del ejército y no tuvo tristeza ni desconcierto, pues por ahora, aunque le apetecía mucho más que eso, sabía que era necedad exigirlo. Por el contrario, pensaba en el sentimiento solapado de los chías, enfrentándose a leyes extrañas que les

mermaban la seguridad y los acercaban al caos de los dominios demoníacos.

No estuvo mucho tiempo en el cercado. Recorrió el pueblo y los campos y oró en el imponente templo vacío de chuques y de dioses. Anduvo por la Cuca, también desierta, con la despensa abierta y el corral de los sucuyes abandonado y mal oliente. Mandó venir gente de la suya, chuques jóvenes que juraron fidelidad a su causa y estuvieron de acuerdo en su interpretación de las profecías para terminar con la rivalidad de las estirpes. Metió familias enteras al pueblo y les asignó parcelas y les repartió la reserva de víveres del cacique.

Después regresó a Cajicá dispuesto a quedarse ahí para siempre si el zipa no reconocía su derecho a permanecer en Chía. Envío a Guatavita por Chuinsúe y otras thiguyes, pero ella alegó indisposición, sin revelar tampoco esta vez su estado y se quedó en el cusmuy, guardando como una represalia, a no sabía qué, el secreto de su preñez. No permitió que los mensajeros la vieran, y fingió fiebre y dolor para ocultarles el vientre y los senos tan crecidos, sin adivinar que Corazón de Piedra se había apersonado del anuncio.

Con todo y la afición del sobrino de su marido a la música y el bullicio permanente de pitos y tambores que trajo al cusmuy, ella lo seguía viendo tan triste y parco como era. Todas las mañanas, Corazón de Piedra convocaba a los güechas con el sonido irritante de una caña hueca para mantenerlos al tanto de lo que ocurría en las batallas y así se enteró de las disposiciones nuevas de la herencia. Al principio la embargó una alegría loca y sucumbió a las ganas de repetir las cancioncillas sin sentido de los truhanes, pero después se alarmó con la falta de sustento de semejante presunción. Pidió compañía para ir a visitar a Zhangué en la laguna, pero le negaron todo contacto con él. Si quieres —le dijeron—, puedes hacer venir a cualquiera de los otros chuques jóvenes.

Ella no aceptó el ofrecimiento y cambió los remordimientos de su felicidad por la incertidumbre del acatamiento de Tibatigua a su propia ley, y se apresuró a enviarle la noticia cuando comprendió que el afecto de su señor se transferiría

sin trabas al hijo. En esos mismos días comenzó a sentirse mal y a perder el apetito, cosa atribuible al estado de excitación constante, pero pronto fue evidente que necesitaría la ayuda de los chuques.

Tibatigua se enteró del estado grávido de Chuinsúe, primero por boca del queme, y después de los detalles, por las thiguyes que llegaron a hacerle compañía. Que estaba hermosa, pero a ratos se dejaba ganar de la melancolía, que le tintaban el rostro colores como de bija, pero que mantenía una somnolencia en las pestañas que la apartaba mucho tiempo de las compañeras y del telar; que al atardecer miraba a la lejanía y se abstraía hasta la hora de encender el fuego en el cismuy; que abordaba a Corazón de Piedra cada mañana por saber si los sueños de él, al contrario de los suyos, mostraban el regreso de su señor.

Todos los niños del cismuy le significaron a Tibatigua algo especial, pero recibió la nueva con un alborozo distinto, mayor que el que sintió con el nacimiento de Corazón de Piedra. Muy a su pesar, el embeleso de las imágenes de Chuinsúe espantando los espectros de sus noches duró muy poco tiempo, pues empezaron a llegarle informes del Tausa, diciendo que Saguanmanchica peleaba como un tigre enfurecido y hacía retroceder a los caribes cada vez más al occidente.

Hubo días en los que estuvieron separados del zipa por unas pocas leguas y conocieron casi al instante su determinación de liberar un grupo de soldados para retomar Chía, Cajicá y el pueblo de Usme que ocupara ubaque cuando se vio al mando de un ejército armado y azuzado, esperando un ataque que no se dio, seguro de que los suyos iniciarían una guazábara en su propia casa si no les daba un objeto para la conquista. Igual que Tibatigua, ubaque decidió permanecer en el pueblo invadido el tiempo que Saguanmanchica estuviese lejos, alimentándose de sus reservas, asustando a la gente, callando a los ancianos y a los sacerdotes, poniéndoles trabas, esculcando los bohíos de los campesinos por saquear hasta la última manta. Se ensaño como nunca, pues deseaba mostrarle al zipa su poder para calmarle por siempre la pretensión de meterse en su territorio.

Los caribes siguieron retrocediendo hasta llegar a Fusagasugá, donde Usathama los auxilió después de tramar una precipitada alianza que les permitiera a todos curarse los rencores.

Tibacuy acababa de regresar de la tierra de los zaques con el alma llena de razones para declararle a Saguanmanchica una guerra a muerte y se unió a las conversaciones de Usathama, mostrando que no estaban derrotados y que debían recomenzar la campaña. Apertrechó de nuevo al ejército y se proclamó jefe de la hueste caribe. A Fusagasugá le prometió tratarlo como uno de los suyos y dejarle el mando de su pueblo, lo mismo que haría con cada cacique muisca que se sometiera pacíficamente a su mando. Sólo no perdonaría la vida del zipa porque ya lo odiaba con un encono que no admitía paz ni tregua.

Saguanmanchica, en cambio, se conformó con arrinconarlos en la frontera, seguro de que estaban suficientemente disminuidos como para emprender el contraataque. El zipa se volvió rápido al norte, a Bacatá, a recuperar lo que quedaba de su gente y a arremeter con todo el brío, primero contra Usme y después contra Chía y Cajicá, determinado a recuperar lo perdido y a escarmentar a los rebeldes, a pesar de la escasez de las fuerzas y el cansancio.

Encontró a Nemequene en Bacatá, transfigurado, irreconocible, con una luz de rencor en la mirada que lo envejecía y lo hacía parecer listo al combate. Con él planeó meter el caos entre los contrarios, paralizarlos de indecisión y miedo antes de la primera guazábara para no tener que derrotar uno por uno los soldados del numeroso ejército que les nombraron de sus enemigos.

Cuando Tibatigua tuvo noticia de que el zipa desbarataba al ubaque sin mayor dificultad, albergó dudas, por primera vez, acerca de la naturaleza de su rival, pues eran imposibles tales hazañas sin el concurso directo de los dioses. De todas formas no iba a salirse de Cajicá si el zipa no le devolvía Chía y le reconocía independencia. Envío a Guatavita un nuevo grupo de güechas que expulsaran a los sacerdotes rebeldes de la laguna, creyendo que sería una humillación suficiente para

botar una pesada sombra sobre el alma de Saguanmanchica y su séquito de chuques y de capitanes. No se alarmó todavía cuando conoció la derrota definitiva del ubaque, condenado por primera vez al tributo, a cambio de seguir al mando de su pueblo.

Saguanmanchica no persistió en su idea de desalojarlo de la tierra, pues necesitaba, antes, enfrentar lo único que le hacía temer una caída. Cajicá le dolía en lo profundo de su ser. Cajicá en manos de sus enemigos, a merced de su rapiña, develado ante sus ojos, mancillado y escudriñado. Lamentó el yerro de desprotegerlo y se prometió a sí mismo que jamás sucedería otra vez. Convocó a todo hombre disponible y se dirigió a Chía, donde los espías y los infiltrados tenían ya menoscabadas las almas en el temor de la venganza por levantar la mano contra el hijo de la luna.

La buena Chía se apareció a los invasores con su viejo rostro de lechuza vigilante, en las cercanías del templo y luego amenazante con voz de ventarrón enfurecido, prometiendo castigos, ennegreciendo las nubes, apagando los fuegos y metiéndose en los cantos de los chuques, susurrándoles estertores de muerte en el oído.

Tibatigua mantuvo la calma a pesar de que su gente fue sacada de Chía y perseguida con saña hasta Guasucá, pero perdió la confianza cuando supo el mal estado de Chuinsúe, agravado después de la expulsión de Zhangué y los otros chuques. Hasta ese momento estuvo seguro de la inexpugnabilidad del fuerte, donde cualquiera que se atreviera a sobrepasar los primeros círculos sería flechado desde lo alto del muro, pero la enfermedad de Chuinsúe era un contratiempo ajeno a sus prevenciones, un mal augurio sólo conjurable por el viejo zachua. Seguía seguro de que Saguanmanchica lo llamaría a la negociación para intercambiar el mando de los dos poblados y sin embargo le faltó certeza para la paz del espíritu.

Desconcertado, descubrió una grieta en su alma guerrera que empezaba a desconfiar de sí misma, y se desconsoló más aún al saber que Sutakone había partido a un sitio lejano, más



de dos zocam atrás. Habría querido traer a su thigüy hasta el fuerte y retenerle la salud con el calor de sus manos y el amor de su corazón, pero debió conformarse con recados que cada vez le desilusionaban en mayor medida la esperanza.

Un día antes de tener a Saguanmanchica a la puerta de Cajicá, supo que Chuinsúe acababa de perder al hijo y que ella misma se alistaba al viaje final. No imaginó tanta amargura. No lo prepararon para la nostalgia ni las ternezas, sólo para sufrir el dolor y las privaciones del cuerpo y hasta para la soledad total, pero no para la falta de la alegría de ella que supo siempre aliviarle la fatiga. Su pájaro risueño no merecía morir tan triste ni tan sola, privada de sus lágrimas, sin su canto y sin otorgarle el plazo del desamor.

Saguanmanchica se le acomodó alrededor del fuerte, formando una barrera que no le dejó mandar ni recibir otros mensajes. Dispararon dardos y flechas hasta obligar a los guardias a refugiarse y después detuvieron el ataque. Por las noches entonaban cantos demoníacos, y se apiñaban en corros amenazantes, emperifollados, azuzados por el retumbo de los tambores y la agonía de los pitos. Mantenían un fuego eterno y un aire de fiesta y algarabía como en las lujuriosas noches de los rituales de la fertilidad, pero no intentaron aproximarse más adentro de un círculo dibujado por las antorchas encendidas día y noche.

Casi alcanzaban a distinguir el rostro de los más adelantados y Tibatigua se preguntó a sí mismo si ya sería el tiempo del ataque, sin atreverse a comenzarlo. Entretenía a sus hombres cavando túneles perfectos que los llevaran de los bohíos del centro hasta el cerco externo, alegando que podrían ser útiles en caso de invasión. Comenzó a disparar una vez que escuchó un canto débil de lechuza en la mitad del día, suponiendo que era un mal pronóstico para los bacataes. Los hombres se formaron apretadamente alrededor del muro, armados de flechas y tiraderas y con la precisión del martín pescador tocaron a los güechas y escucharon los gritos de dolor y desconcierto entre el movimiento ondulante de retroceso. Dispararon una vez más y alcanzaron todavía a otros güechas en el desorden de la retirada.

Tibatigua se encerró en el templo a dar gracias a Bochica por el triunfo, pero a la mañana siguiente los vio otra vez formados en un círculo más lejano, fuera del alcance de sus flechas, en una algarabía aún mayor, frescos y renovados como si no hubiese sucedido nada. Ya no era posible distinguirles los rostros en el día, pero en las noches se agigantaban las sombras contra la arboleda del cerro. Los soles pasaban sin que viniera un pregonero a proponer las condiciones de la paz, por lo que decidió tomar la iniciativa y enviar a uno de los suyos a negociar el retiro. Saganmanchica ni siquiera estaba con sus hombres. Descansaba y esperaba en el cercado de Bacatá, seguro de que llegaría el momento de ver salir al enemigo de Cajicá, humillado y derrotado como él hiciera con Nemequene y los sacerdotes de los santuarios. No aceptó la negociación pues presentía a Tibatigua irremediamente perdido, sin alimento ni fuego para tanto güecha que tenía con él. La unidad del territorio y el deseo de adelantar en los oficios requerían una guerra a muerte y estaba dispuesto a morir si su vida era el reclamo de los dioses.

Corazón de Piedra se desesperaba por enviar ayuda o provisiones o tan siquiera un mensaje de aliento, pero después de cada intento sus güechas regresaban sin haberse acercado ni a la distancia del grito. Tramaban confundirse en las filas bacataes y no obtenían ninguna información porque ninguno de los de afuera se interesaba en lo que pasaba con los sitiados. Tercamente esperaban sin desesperación, con una confianza superior a cualquier fracaso.

Corazón de Piedra reunió unos pocos hombres del llano con la promesa de riquezas para los que vinieran a ayudarle a ganar la guerra. Entendía la ventaja de su posición y la oportunidad de hacer retroceder al enemigo hasta tenerlos al alcance de las flechas de Tibatigua. Mandó embajadas a Hunza pero siempre recibió evasivas y casi ningún güecha, que además de poco le servían porque no se sometían a la disciplina y exigían disparar las flechas envenenadas que los guatavitas se negaban a utilizar.

Sikicha fue uno de los últimos reclutados, poco experto

en los ardides de la guerra y desganado para todo lo que no fuera el trabajo del oro. Cuando su grupo salió y se encontró al ejército del zipa tuvo un estremecimiento de pánico que lo hizo tambalear. Eran más numerosos que en la más prolífica de sus fantasías y más bullosos que guacamayas en libertad. Estuvieron observándolos tres días seguidos para conocer sus horas vulnerables, pero a último momento los bacataes se apercibieron de su presencia y los hicieron emprender una huida desordenada, en la que Sikicha se dobló malamente el tobillo. Llegó a Guatavita con los más viejos, con los rezagados, aturdido y adolorido, con el pie pesado como la cabeza en la resaca. Lo dejaron irse al bohío pues estaba inutilizado para las tareas de la guazábara, avergonzado de su torpeza y de su incapacidad para colaborar en la victoria.

El nuevo Guatavita arremetió contra los bacataes un amanecer lluvioso de la cuarta luna. Sonó largamente sus flautines para alertar al soberano cautivo y Tibatigua le respondió su propia melodía de impotencia, pues mientras los del zipa no estuviesen al alcance sería inútil cualquier tentativa. No saldría a la lucha cuerpo a cuerpo con sus hombres enfermos de encierro y espera, pues conocía bien la fuerza de los contrarios. Los bacataes respondieron con todo el ímpetu acumulado en las lunas largas del asedio. Por más que los acosó, Corazón de Piedra fracasó en el intento de hacerlos retroceder hasta el límite de sus defensas. No le quedaban hombres suficientemente buenos para oponerse al zipa y regresó dolido a su cercado, empobrecido porque en los campos no había sino mujeres que no alcanzaban a tributar lo que necesitaba. Se rindió a la evidencia de la derrota y se dedicó a organizar el caos interior que empezaba a ser algo peor que la amenaza del zipa. Abandonó a Tibatigua a su suerte y oró para que recibiera inspiración suficiente para claudicar antes de tener que llorar la muerte de tanto joven güecha.

Tibatigua soportó el sitio hasta mucho después de acabadas las mazorcas y las yomas, y alentó a su gente a conservar la esperanza de algún revés para Saguanmanchica. Hasta el último ratón atrapado hurgando entre las tusas enmohecidas,

estuvieron preservando el ánimo, cantando hazañas de otra gente, cuidando las hogueras, enterrando las heces y los desperdicios, asoleando las mantas, racionando la coca, retrabando las hamacas, pero vinieron días lluviosos a enfriarles los huesos y el alma, y cuando la primera mujer, de las que criaron barriga durante el sitio, declaró que llegaba el momento de parir, Tibatigua envió su mensajero a decir a Saguanmanchica que abandonaba el fuerte con la condición única de que les permitieran llegar a Guatavita sin guazábaras en el camino.

Saguanmanchica no estaba dispuesto a más dilaciones, y entendiendo la situación de desespero se lanzó dentro del cercado a la lucha cuerpo a cuerpo contra los pocos que osaron hacerle frente. Tibatigua de nuevo encontró la manera de evadir el encuentro con el zipa y escapó con muchos de sus hombres por la vía de los túneles, mientras los demás que se entregaron sin resistencia fueron sacados del cercado a empujones y maltratados en sus carnes flacas antes de que se apiadaran y los reanimaran con chicha fresca. Los echaron sin compasión y los persiguieron con burlas y los desafiaron y les gritaron en la cara la derrota. Iban repisándoles los pasos, acosándolos, atosigándolos de insultos y recados irónicos para Tibatigua.

Saguanmanchica juzgó que iban suficientemente desbaratados y humillados hacia un pueblo desaprovisionado y quiso ignorar las embajadas de rendición y meterse en Guatavita y Guasucá a expulsarlos para siempre, pero se lo impidió la noticia de que Michúa paseaba un gran ejército, más grande y apertrechado que el suyo, por los lados de Turmequé. El zipa entendió que era la oportunidad de saldar la vieja enemistad y declaró la guerra sin más trámite que el de arengar a su gente contra el enemigo máximo, el extranjero llegado del llano e instalado subrepticamente con fingimientos de amistad al culto de Bochica, adorador del Sol, pero displicente con Chía y Sié, cruel y expansionista hacia las tierras de los zipas. Cincuenta mil hombres tenía bajo su mando y con ellos llegó a los valles de Chocontá para encontrarse de cara a los sesenta

mil soldados del zaque. Sin miedo ni desconfianza, se instaló en la orilla del río y encendió fuego y preparó las danzas a la vista de su enemigo de la otra orilla.

Los sacerdotes trabaron conversaciones, pero no pactaron treguas pues ambos señores consideraron llegado el momento de definir el dominio del altiplano. Sólo estuvieron de acuerdo en comenzar el combate después de nueve soles, los suficientes para celebrar los ritos de victoria. Antes del amanecer del día acordado retumbó la gritería ensordecedora y se trenzaron en un combate feroz y apretado. Las macanas quebrantaban los huesos y los dientes desgarraban la carne, pero las tiraderas se quedaron inutilizadas delante de la cortina confusa de cuerpos. Ninguno había estado jamás en una guazábara así, tan sangrienta, en la que se regalaban tantas muertes y no se agotaba el deseo de dar golpes.

Tan envalentonados estaban los unos con los otros que tardaron mucho tiempo en darse cuenta de la muerte de los señores que llamaron a la guerra. Se iban quedando estupefactos, flojos en los brazos y en el alma a medida que se corría la voz, y se destrenzaban y retrocedían a las posiciones iniciales con una pesadez y un llanto incontenible brotado de la entraña. En el mismo sitio se quedaron muchos, ahitándose de chicha para cantar la pena y los demás formaron dos cortejos enfilados en direcciones contrarias detrás de los cuerpos muertos al paso de los sacerdotes. En Bacatá y en Hunza veinte días estuvieron los hombres pintados de rojo, vestidos de rojo, emborrachándose, recordando, lamentando, alzando rencores, buscando signos en el rescoldo de los fogones, culpando a los sueños de no haber traído a tiempo la señal.

Cuando Tibatigua llegó al cuscumuy, encontró a Chuinsúe fresca como siempre, pero retraída y lejana, abochornada por la culpa de sus infortunios en la guerra. De las despensas casi vacías a su llegada, ahora no quedaba nada y de lo recolectado diariamente sólo comían raciones completas los niños, los ancianos y las mujeres encinta. Los demás debían conformarse con los frutos de la tierra caliente, el único comercio de oro por comestibles que no le revelaba a nadie sus pobrezaas. Y

mientras a diario soportaban penurias, ante los extraños derrochaban las últimas existencias de chicha y sacrificaban las sucuyes preñadas, en un inútil conjuro de abundancia contra la carestía.

Tibatigua se derrumbaba, y con él el pueblo, pero no se alegró de la muerte del tirano, pues sabía que el sucesor, además del mismo empeño del tío, tenía un encono mayor contra los suyos a causa de la ignominiosa expulsión del templo de la luna. Necesitaba tiempo para atrincherarse adecuadamente y entonces dedicó su esfuerzo a la construcción de un fuerte más sólido y mejor provisto que el de Cajicá. No se dio ningún reposo, ningún retozo, sólo un corto tiempo para el ritual de purificación exigido por los sacerdotes antes de ocuparse otra vez del mando. Ni siquiera entró en pleito con Corazón de Piedra por no haberle llevado un socorro más oportuno, convencido de que de cualquier modo, habría encontrado la derrota. Tuvo la prueba irrefutable en el hecho de resistir durante nueve lunas el asedio y haber claudicado justamente siete días antes de que los acontecimientos alejaran al zipa de Cajicá. Se culpó por impío, se castigó, culpó a Chuinsúe, al hijo malogrado, a Zhangué y a los trespiés, pero afortunadamente no hizo nada contra nadie porque faltaba poco tiempo para la cosecha y la prosperidad de las colectas y el alebrestamiento de los buenos propósitos. Mientras tanto, recargó a los hombres con el tributo de tres troncos enteros con los que iniciaría la construcción de su fortaleza.

Nemequene sucedió sin problemas y sin disputas a su tío y muy pronto se sintió superior a sus conquistas inacabadas. Estaba empeñado como él en la unificación de los cacicazgos, pero al contrario de sus antepasados, iba a prescindir de escrúpulos ante el destierro o la muerte de los gobernantes. Sin dejar ver la verdad de sus intenciones ordenó a su gente retirarse a los pueblos de origen por un corto tiempo, como un último descanso antes del embate final. Le faltaba completar sus planes, pero no los necesitaba enteros para saber que precisaba más que estrategias de guerra.

Necesitaba leyes nuevas, ritos vivos que le pusieran el

poder en las manos. Los consejos de ancianos eran vulnerables al clamor de la sangre y demasiado caprichosos para dar paso a sus aspiraciones de centralizar los juicios y unificar las penas. Estaba harto de escuchar las quejas de los ubzaques y de que nadie se resolviera a aglutinar a los hombres con sus mujeres y sus herencias en un solo pueblo. Conocía varios chuques de la Cuca que confiaban ciegamente en su inspiración y con ellos estaba dispuesto a recorrer cercados desalentando a los consejeros. No contó con que se estrellaría contra la terquedad de los ancianos y la cerrada superstición de los ubzaques y los chuques, sobre todo la de los criados en Chía que temían al furor de Bachué poblando la tierra de engendros, más que a Bochica castigándolos con tareas agobiantes.

Sorprendentemente, fueron los capitanes los que se zafaron de las amonestaciones y se aglutinaron a su alrededor y le ofrecieron apoyo incondicional en cualquier empresa. Sin la complicidad de los chuques renunció a las persuasiones y se concentró en hallar un modo de desbaratar a guatavita y a ubaque, los principales causantes del desorden interno. Jamás olvidaría la humillante salida de la Cuca en el momento preciso en que el zipa no podía auxiliarlo y concibió una estrategia solapada que le permitiría ablandar al guatavita, llenándole el pueblo de güechas camuflados que saltaran sobre él en el momento indicado. Los odiaba a los dos abiertamente, sin vergüenza de su sentimiento porque los sabía prontos a las alianzas con el zaque y porque desde los primeros tiempos de Saganmanchica le retuvieron los quemes y los cobradores de tributo más del tiempo prudente, poniéndoles trabas y devolviendo mensajes oscuros que lograban confundirlos y asustarlos. Y sobre todo desconfiaba de ellos por el empeño en las peregrinaciones masivas de güechas a Sugamuxi, a donde los hunzanos llegaban a desprestigiar la figura del zipa.

Planeaba no darles ninguna tregua y desterrarlos por encima de las argumentaciones de la sangre para colocar gente suya en los dos gobiernos. Sin sacerdotes para ayudarle a conseguir obediencia, emplearía la fuerza hasta que se olvidaran de haber tenido rey distinto, y si ni aún así lo lograba, porque le constaba

que eran tercos como mujeres moribundas, les llenaría de bacataes la mitad de las labranzas. Solamente le preocupaba Quemuenchatocha, el sucesor de Michúa, un gigantón de mala sangre, torvo y peleonero que había prometido vengar la muerte del tío y apoderarse de Gantina Masca a cualquier costo.

Tibatigua envió a Capa por las tierras de los chíos y por las orillas del Guavio, a reclutar hombres con más promesas de botines y tesoros. Se cuidaban de llevarlos con mujeres o con chuzos para no caer en la mismas trampas que los sutagaos le tendieron al fusagasugá, al que le confundieron enemistad con alianza e invasión con hospitalidad hasta que terminó en sus mismos pueblos, en una mezcolanza de guazábaras, rituales y maneras que apenas les dejaba el resquicio de claridad necesario para empeñarse en acabar con el zipa y la rapiña de oro y coca a que los sometía.

Los güechas del llano llegaron al mismo tiempo que las primicias de la roza, y al principio, Tibatigua los utilizó para recolectar la cosecha y cazar venados, y sólo cuando vio las despensas llenas les dio las ocupaciones de la guerra que venían buscando.

Los primeros en rebelarse a Nemequene fueron los fusagasugaes, cuando en vez de mandar el tributo, tomaron prisioneros a los quemes que vinieron a colectarlo. El zipa tenía dos sobrinos en la Cuca en edad de asumir el mando del ejército y sacó a Thisquesusa, menor que el otro, pero su favorito, y le dio poder sobre treinta mil hombres, y la orden perentoria de confinar detrás de la frontera a los muiscas y a los caribes del sur.

Thisquesusa abrió caminos en la travesía para llegarles por sorpresa. No tuvo piedad con nadie porque además de la enemistad, le parecía una vergüenza la mezcla de sangres de las gentes de los últimos pueblos. Apostó la mitad de sus hombres en las afueras de Fusagasugá y Tibacuy, y con los demás persiguió a los enemigos hasta orillarlos en el Guacacayo. Aposentó sus güechas en el cercado y en los bohíos de labranza, sin ninguna consideración por las mujeres



y los niños, pero a pesar de la vigilancia estricta, los rebeldes no dejaron de hostilizar a la guardia y robar las provisiones. Thisquesusa siguió ampliando los caminos entre pueblos pues presentía muchas idas y vueltas en el cumplimiento de los propósitos de Nemequene.

Por el occidente, los panches advirtieron las dificultades del zipa e intentaron meterse de nuevo a las fuentes saladas y se asomaron a Zipaquirá cuando Nemequene apenas reclutaba un ejército independiente del de Thisquesusa. Zipaquirá aprovechó la falta de auxilio para proponer una alianza a los neuzas, que hiciera ver la inconformidad con el gobierno y dejara al zipa sin derechos sobre sus poblados. Cuando Nemequene se arrimó a los invasores y ocupó su gente en la guazábara, los zipaquiraes y los neuzas merodearon un día y una noche por Bacatá, antes de entrar y tomar posesión del pueblo.

Suazagascachía acababa de llegar de Guatavita, de despedirse de Xiety y compartir con ella sueños que les decían que Tatí jamás regresaría porque el malvado brujo lo había atrapado en su maraña de yerbajos y letanías. Entraba al bohío cuando el estrépito de la carrera de los zipaquiraes se le metió en el oído, y al instante aparecieron incontables como las hormigas de la ronda, y como a ellas, los vio salir sin dejar más huella que el vacío donde antes hubiera algo de comer o de vestir o de adorar. Se le empeoró el ánimo triste y alcanzó a desesperarse delante de la madre que la miró sin compasión y le ordenó ocuparse del llanto de los niños asustados. También Suazagascachía estaba asustada. Reconocía una actitud nueva en los güechas, menos respetuosa hacia los desvalidos, como si se complacieran humillando a gente que era como sus madres o sus hermanas o sus abuelos, o como los niños de su pueblo. Ninguna cosa del mundo le parecía bien en el tumulto de ese momento, pero repentinamente, mientras les servía sopa a dos pequeñas niñas, se prometió olvidar a Tatí para siempre y buscar otro güecha que se prendara de ella. Maldijo a Sutakone una y otra vez, sin aterrarse de la saña con que decía las palabras, porque en la espera de Tatí

llegó a hacerse casi vieja, y ya de los valiosos tesoros de la juventud sólo conservaba la extraordinaria rapidez para el tejido de las mantas. Se limpió la cara con brusquedad, por si tenía tizne o mocos de los muchachitos y salió a rondar con ellos por los lados del cercado, sonriendo a los bárbaros mejor aderezados. Preferiría gente del zipa, pero de pronto le entró tanta impaciencia que los zipaquiraes le parecieron también buenos para su propósito. El pueblo iba quedando vacío a medida que los soldados salían del cismuy con la espalda doblada por el peso de la carga. Ninguno le sonrió. La miraban con algo de asombro, pero sin palabras. Seguían en su tarea, gritando unos con otros, afanados y temerosos de la reacción de Nemequene.

Al anoecer no quedaba ningún zipaquirá en el pueblo ni en los alrededores. En un solo día habían saqueado todo como la plaga, excepto las rozas y los ranchos de la colina. Suazagascachía caminó de regreso arrastrando los pies, desgana de los hombres y las guerras, con un cansancio profundo que se desvaneció como por arte de brujo, cuando en la mañana se topó con Pkwakahuin, al que no veía desde los tiempos de sus primeros amoríos con Tatí. Se paró en la mitad de la suna bastante adelante de donde él venía y desde muy lejos reconocieron sus sonrisas pícaras. Lo interrogó acerca de las causas de tanta falta contra los pueblos del zipa. —Son los tiempos de la oscuridad —le habló sin altanería ni amargura, con la certeza de conocer un modo para terminar con los estragos. Tenía el pecho más ancho que antes y filas de incontables canutillos en la nariz y en las orejas. Suazagascachía recordó gratamente que no sintió jamás animadversión por él, aun cuando Tatí lo maldijo sin recato cada vez que Ubni se le metía al pensamiento.

Contra el ánimo sombrío del ambiente y la charla triste de las mujeres y la curiosidad de tantos ojos, conversaron con la soltura de la felicidad. Pkwakahuin le contó que Nemequene ya venía de vuelta, de desbaratar por completo a los panches, y se alejó todavía diciéndole algunas palabras como si no quisiera irse y el paso de sus hombres lo halara por la fuerza.

Suazagascachía quiso caminar detrás, pero se contuvo a tiempo. No pudo saber que la prisa con que él se iba no tenía nada que ver con ella, que se había alegrado también de verla, pero que era necesario reunir la gente de los dos ejércitos para perseguir a los zipaquiraes y a los neuzas. Tampoco podía saber que venía de hablar con el zipa y de verle en el rostro el dolor por la traición.

Desde mucho antes de imponerle los tributos, los zipaquiraes reconocieron la grandeza del bacatá con regalos de sal, y las gentes de los dos pueblos fueron y vinieron sin permisos ni consignas. Intercambiaban chuques, alfareros, adoratorios y después, cuando Bacatá fue la sede del zipazgo, Zipaquirá ofreció su amistad a cambio nada más de que los protegieran de los panches y de que las puertas del gran cusmuy siguieran abiertas para ellos como desde siempre.

Nemequene no iba a perdonar la afrenta que terminó para siempre con la vieja hermandad, y con una ira indomada ordenó la persecución y el cautiverio de los caciques y su parentela. No le preocupaba que su gente no fuera capaz de cumplir con traerlos ni que los de allá no aceptaran los nuevos gobiernos que iba a meter en sus cercados ni que el iraca azuzara a los sacerdotes.

Profanaba toda ley conocida, pero estaba convencido de que era el único modo de mantener la paz. Mientras llegaban con ellos, fue a Chía a buscar el refugio de la Cuca sin imaginar que encontraría más ocasiones de disgusto. Zhangué había proclamado a voz en cuello los intentos que le conoció cuando juntos lamentaron el destierro de sus templos, pero fue una prédica en extremo prematura porque los chuques y los ancianos del clan alcanzaron a prevenirse. Llamaron al templo a Nemequene un anochecer ventoso y a pesar del tono apremiante, el zipa supo convertir en ventaja el emplazamiento. Cambió su papel de reo por el de juez decidido a quebrantarles los reclamos con la fuerza de la voluntad. Adentro del templo, la luz movida de los hachones desdibujaba los rostros y las imágenes, y sospechó que buscaron el viento y la oscuridad para asustarlo, olvidando que estaban frente a un bien amado

hermano de la noche. Guardaba en la mente las charlas con Saguamanchica sobre la urgencia de las nuevas leyes y juzgó llegado el momento de decirlas y de restar poder a los sacerdotes y a los ancianos.

Los chuques se quedaron alelados mientras les dictaba sus reglas y planteaba la exigencia de cumplirlas a cambio de seguir disfrutando las prebendas de sus rangos. Precisó y refrendó leyes antiguas, pero otras las dijo nuevas y contrarias a lo que pensaron inmodificable. Definió los delitos, unificó las penas y anunció la creación de un tribunal bajo su mando, que impondría las sentencias. Nombró al cacique de Susa juez supremo ante quien se podría apelar en caso de discordia y abrió la posibilidad de que a la menor señal de incumplimiento o rebelión de los vasallos, pudiese destituir a los caciques para poner gente de la suya. El zipa salió del templo sin dejarles tiempo para la réplica, seguro de su majestad, arrogante más que nunca, envalentonado con la victoria fundamental de esa batalla sin sangre.

Se fue de Chía repentinamente, sin aviso como había llegado, dueño de más paz de la que vino buscando y entró en Bacatá seguro de tener lo indispensable para asumir el mando de los muiscas. Tibatigua le anunció una guerra perpetua, que mantendría hasta recibir una señal del cielo que confirmara al dueño legítimo de Chía. Nemequene no respondió a la provocación y en cambio intensificó el pedido de orfebres y el envío de sus güechas disfrazados.

Tibatigua estuvo a punto de repudiar a Chuinsúe, ciego de espanto por hacerlo, pero ella sufrió serios ataques de melancolía que lo obligaron a retenerla un poco más, hasta que se soltara de la muerte. No encontraba oportunidad distinta de verla de cuando la llamaba al quine y ella acudía con desgano, sin la alegría que le socorría la pena. Al amanecer estaba tan lejana que él se arrepentía del contacto, pero volvía a buscarla cuando no podía cargar con los reveses de la guazábara y la nostalgia del amor atolondrado que ninguna otra thigüy le daba. Durante mucho tiempo se escondió entre las esclavas y se confundió con ellas en el río, en vez de sentarse en el telar

con las compañeras, pero cuando vino realmente el ajeteo de la construcción del fuerte y la algarabía de los hombres aparecidos desde cualquier parte, empezó a mostrarse por los lados del templo, cuando al cacique no le quedaba corazón ni para vislumbrarla rondando sin aspaviento, como fantasma, por donde nunca podrían cruzarse sus miradas.

Menos alcanzó a darse cuenta de que ella tenía un motivo para retomar su puesto, que le volvía a crecer el vientre, seguro ahora por los conjuros de los chuques. Chuinsúe se esforzó en vano por llamarle la atención y porque se fijara en su sonrisa y en el brillo de los senos duros como aguacates a punto, y de nuevo se calló, y el anuncio de la preñez tuvo que llegarle a él por boca de otros.

Tibatigua iba campeando por las tierras de sus vasallos, sosteniendo conversaciones con los caciques de Tocancipá y Suesuca y los demás vecinos, para convencerlos de su idea de atrincherarse en un fuerte que mirara a Gachetá, desde donde obtendrían pertrechos del llano. Muy poco tiempo estaba en su bohío, embebido en planes con los capitanes o descansando en el cercado de los nuevos aliados o en mitad de una correría, en las chozas deshabitadas de los cultivadores, como un güecha simple, complicándole a la guardia la tarea de tenerlo bien provisto y custodiado.

Chuinsúe no encontraba sosiego ni en la calma del entorno despoblado donde antes se afanaban los orfebres. No dejaba de inquietarla el ir y venir de hombres extraños, tan grandes todos de cuerpo y de modos tan imprudentes, que la miraban a los ojos en evidente desafío. Volvió a tener sueños de sangre, la misma pesadilla que le malograra el hijo, pero no corrió donde los chuques y más bien ofrendó sola cuanta alhaja tenía en la mochila.

En el pueblo quedaban dos o tres orífices, contando a Sikicha el cojo, el mejor soldador de hilos de los tunjos, que ahora moldeaba sin muchas ganas las piezas grandes. Un día se aventuró a observarlos sin decirles una palabra. —Debes retirarte, señora, o el calor te achicharrará el vientre. Era una referencia directa a su preñez y se apartó contenta de que

se notara el bulto de su entraña. Parada desde lejos, se dejó alelar por la candela escapada del horno y recordó su infancia, cuando se aquietaba frente al fuego de los alfareros. Sikicha se acercó y le habló a la esclava las palabras que debía decirle a ella: no es bueno que la señora esté fuera del cercado cuando ronda tanto extraño. Por toda respuesta Chuinsúe le preguntó si no iba a Bacatá y él contestó que se iría tan pronto terminara con los vasos, y la hija cumpliera con el encierro y los rituales del timi. Animado por la falta de ceremonia de ella, le pidió interceder ante Tibatigua para que lo dejaran quedarse en Guatavita, atendiendo a que dejaría sin hombres la familia. Ella dijo que por esos días nadie que no fuera güecha o cacique hablaba con su señor, y se fue sin darle consuelo, roto ya el interés de su evocación.

Acomodándose en su nueva vida y ayudada por las demás mujeres, se zafó de las carencias con el embeleso de su figura nueva y embaucó los miedos con la risa, y algo como un aire de fiesta permaneció con ellas, entre la solemnidad de los otros acontecimientos del pueblo. Volvió a ver a Tibatigua con alguna frecuencia y se atrevió a advertirle las rarezas de los campesinos que llegaban, pero él, ciego de esperanza, le replicaba que era bondad del cielo el enviarle hombres tan corpulentos a construir su fuerte.

A pesar de la cercanía de la deshierba, Tibatigua no le permitió a ningún hombre irse al campo antes de concluir las obras, y permaneció hasta mucho después de los abonos recostado a la fuerza de las mujeres. Les quedaba nada más amarrar la paja de los techos para comenzar a abastecer el fuerte.

Chuinsúe no logró alegrarse con la calma del cacique, otra vez en su puesto del cismuy, y lo atribuyó al peso del vientre y al cansancio de la espera. Varias veces creyó prematuro el parto, pero siempre volvió aterrada y pálida de esfuerzo, sin saber cómo interpretar la interrupción de lo iniciado. Sin embargo, los sueños, su más seguro presagio, en definitiva quedaron conjurados y no volvió a compartir el cuchicheo maligno de las mujeres. Se aferraba al hijo porque no quería

morir de parto por más que pudiera ser su mejor muerte. El día de la inauguración del fuerte, amaneció encalambrada de los pies a la cabeza, sin dolor, pero con una sensación de peso insoportable. Las mujeres se alarmaron y pidieron la ayuda de los chuques. Les mandaron uno joven, acabado de salir de la Cuca porque los demás tenían tareas ya asignadas en la celebración. El chuque la acompañó con un solo canto desde que entró al bohío. Llamó a tres mujeres y bajaron al río, al diminuto cobertizo de palma que tenían para ella. La tendió sobre las hojas mientras con el canto la inducía a expulsar a los malignos que le cerraban la puerta de salida al niño. Al medio día comenzó a llover menudamente una lluvia fastidiosa que no alteró para nada el ánimo del chuque. Chuinsúe cerró voluntariamente los ojos y dejó que las palabras subieran por la vagina a abrir el camino para el hijo. Sintió que el calambre cedía paso a una sensación dolorosa de incipiente plenitud y que la conciencia se le enredaba en pedazos de recuerdos y de rostros desconocidos.

A la mitad de la tarde escucharon gritos atropellados y vieron a muchos venir corriendo sin rumbo, escondiendo el rastro entre las aguas del río. —El zipa nos mata. El zipa ha venido a matarnos. Era lo que alcanzaban a distinguir en el lloro del tropelío. Chuinsúe intentó levantarse, pero el chuque la hizo mantenerse en posición hasta que la pelambrerita negra se asomó a la vulva. Dio a luz entre el estrépito de la carrera de los güechas del zipa. —Son del cusmuy, dijo un güecha viejo y feo que se paró a observar el final del parto, pero otro dijo que los dejaran en paz y que corrieran detrás de los hombres y no de las mujeres encinta.

Todavía en cuclillas, Chuinsúe los miraba aterrada sin oír el llanto de la hija, ni sentir la manipulación del chuque, que de intento ignoraba a los güechas. Cuando se fueron exprimió con furia los senos, todavía secos, y trató de incorporarse, pero el sacerdote la mantuvo en su sitio. Las mujeres limpiaron a la niña y la envolvieron en una manta suave y colorada como ella misma. Permanecieron silenciosos un rato hasta que ya no escucharon más pasos e iniciaron el ascenso de la cuesta.

Con las últimas luces del cielo vieron el cummuy rodeado de soldados extranjeros, juntos y bravos como avispas.

Adentro todavía estaban en guazábara porque se oían el barullo de los golpes y los gritos y los lamentos. Chuinsúe se zafó del brazo del chuque y empezó a acercarse, pero a los pocos pasos se desmadejó sin fuerza. Las mujeres escondieron los adornos y le cambiaron el chicate por una manta de las de ellas, para que nadie supiera quiénes eran. Chuinsúe despertó y de nuevo les pidió que la dejaran ir al cercado a preguntar lo que ocurría.

En ese momento se dieron cuenta de que no había soldados en los bohíos y se metieron al más próximo, caminando despacio para no llamar la atención. El bohío estaba lleno de gente, de mujeres y niños con los ojos espantados y de hombres que sabían lo inútil de salir delante de tanto enemigo. Por lo que decían, el chuque adivinó que el guasucá había dado el paso a Nemequene. No se sabía a cambio de qué tesoros ni de cuántas promesas, pero sí que cedió a las lisonjas del zipa y a la tentación de sus riquezas.

Esculcaron en las mochilas de todos y en las paredes y le pidieron al chuque que organizara una ofrenda para pedir que se fueran los extraños y Tibatigua saliera de su palacio a darles consuelo. Por la ventana se turnaban para atisbar pero sólo veían el hervidero de güechas yendo y viniendo entre las fogatas que la lluvia no apagaba y entre los arrumes de mantas y bultos de mazorcas que se quedaron esperando lugar en el fuerte.

Al amanecer, Chuinsúe escuchó claramente un grito agudo de mujer: ¡Han matado al cacique, han matado al cacique! Y después de esto un silencio frío, de cadáver pestilente, ocupó el lugar de la algarabía, y en el bohío, contra toda prudencia, a las primeras luces, las mujeres soltaron el llanto y los hombres las apoyaron con sus lamentos roncós. Se embijaron con lo poco que encontraron y salieron a los ojos de los güechas con las cabezas bajas. Poco a poco el círculo de guatavitas fue creciendo alrededor del cercado y pedían el cuerpo de Tibatigua para llorarlo y alabarlo.



El chuque mantenía a Chuinsúe adormilada, pues sospechaba que Tibatigua no era el único muerto en el cuscuy. Al medio día, en el horizonte apareció un cortejo enfilando a Guatavita, encabezado por una procesión de güechas y al centro cuatro andas fulgurantes. Entraron al pueblo con el barullo de los lamentos y el desorden de la gente prosternada que reclamaba a su cacique. Las andas de Thisquesusa fueron acomodadas junto a la entrada del cuscuy y a su lado las del guasucá y las de Pkwakahuin, el cacique que Nemequene enviaba a Guatavita. Un clamor sordo cubrió al gentío, pero ninguna voz se alzó entre la multitud para injuriar a los tiranos. Aceptaron con resignación, porque era superior a sus fuerzas y porque conservaban la esperanza de ver a su señor entre los vivos. Un pregonero extraño anunció para la luna siguiente la coronación de Pkwakahuin con los mismos rituales de los caciques legítimos.

Trajeron chuques, Zhangué entre ellos, para que oficiaran las ceremonias mientras los propios, los pocos que sobrevivieron, asimilaban la situación. Dejaron entrar a algunos al embalsamamiento del cadáver y la gente aguardó sin moverse del sitio, con el presentimiento de estarse atando para siempre a la calamidad del vasallaje. Chuinsúe pidió que la enterraran con el esposo y con la hija porque muertas tendrían mejor acomodo que entre déspotas, pero el chuque volvió a impedirle la imprudencia.

Era imposible que entrara al cuscuy y viera el reguero de muertos pestilentes. Corazón de Piedra, chuques, mujeres, pregoneros, güechas, todos amontonados en un rincón, esperando a que el gentío se disolviera para empezar los funerales. Los mismos bacataes se espantaban con la visión y el temor a la deuda contraída por una matanza tan aleve. Adquirían riqueza y poder con el saqueo, pero no se miraban a los ojos con franqueza ni hablaban de lo hecho como de una hazaña sino como de una necesidad no entendida del hijo de la luna. No quisieron meterse al templo hasta que tuvieron un capitán encima reclamándoles la cobardía y aun así lo hicieron de prisa para tener tiempo de salir a los cercos exteriores antes de que la oscuridad los confundiera con los muertos.

Ni en la noche cesó el movimiento de la gente que esperaba. Tercamente se quedaron en su puesto, sin acuerdo previo, ejerciendo la única heroicidad que les cabía entre tanto enemigo y tanto desconcierto. Se dedicaron a la atención de Chuinsúe y a pedir por la hija para que sobreviviera a los invasores y cantara por siempre la traición. Casi ni se percataron de la presencia emplumada de Tatí esperando junto a ellos, y no preguntaron quién era ni se previnieron porque tenía el mismo espanto, el mismo cuello tenso, la misma amargura en los labios apretados. Por la mañana los chuques salieron con los cuerpos de Tibatigua y Corazón de Piedra y sus mujeres. Tatí no acababa de creerlo a pesar de oír llorar en todas las bocas los sucesos. Con afán empezó a deshacer sus pasos hasta el sitio donde había ocultado a Diakara y al niño mientras, en sentido contrario, el gentío avanzaba a la laguna. El corrillo de la cacica caminaba detrás de él, siempre del mismo modo, como atiesados por una rígida caparazón.

Reconoció a Chuinsúe a pesar de las ropas de esclava Y sintió compasión por sus ojos ausentes, por su pie descalzo pisando la arenilla del suelo. De ella oyó el nombre de Pkwakahuin dicho corno nombre de cacique y lentificó el paso con el corazón encogido de desesperanza, invadido de olores de muerte que le ocultaron la fragancia de tierra.

## —GUETA—

### Erimiri

**TATÍ NO TENÍA** claro el nuevo rumbo y comenzó a sospechar, por las miradas de los retrasados del entierro, que lo atacarían a la menor provocación del gesto. Quería preguntar por Capa o por sus padres, pero, a pesar de examinarlos con vistazos cortos, atento a la menor expresión de simpatía, no encontraba ningún rostro amistoso que le animara las preguntas. Sólo él y el grupo de la cacica se alejaban de la laguna. Anduvo despacio, dándose cuenta de que evitaban alcanzarlo, pero tercamente los esperó e interrogó a las mujeres y al chuque como si fueran sus viejos conocidos y ellos respondieron las preguntas con la voz atónita, como si lo menos importante del mundo fuera su atrevimiento.

Capa y Chutama eran prisioneros de Pkwakahuin junto con los güechas que estaban en la escuela a la hora del asalto. Les preguntó también, pero esta vez por compasión, el rumbo de los pasos y dijeron que iban a Nemocón a buscar el hogar de la cacica y de la hija. Ni siquiera se despidió. Caminó invocando el poder de Sutakone para salir del cuerpo y mirar adentro del cusmuy, e impulsivamente rebuscó tabaco en la mochila y lo mascó al mismo ritmo frenético del paso del viento. No pensó en Chía como el refugio evidente donde tendrían que acogerlo, sino que planeó quedarse en Guatavita y llevar al hijo y a Diakara a la vieja choza del zachua porque entendió que en medio del desorden implantado por las guerras ése sería el único sitio donde hallaría acomodo. Como esperaba, encontró el camino enmarañado, perdido entre el manigual parejo y la noche los sorprendió sin cobijo, lejos todavía de la choza. Diakara le ayudó a cortar las malezas altas, pero aun así no consiguieron el avance necesario. Se tendieron sin mantas y sin palabras debajo de una arboleda joven, junto a muchos pequeños fuegos que encendieron por precaución contra las

sabandijas, seguros de estar suficientemente lejos para no ser vistos por los bacataes. Diakara y el niño se durmieron sin problema, pero Tatí no logró ni el sueño ni la calma. Se dolió de su trocha retorcida. De las escasas provisiones de su destino, y así, al descubierto, sin ningún dios que lo amparara y sin kumú para guiarlo, aspiró yopo con los ojos abiertos y se dejó llenar de las imágenes viejas de Guatavita. Vio a Suazagascachía y no se conmovió como antes. Hacía tiempo que no había nada de ella en él, ni siquiera el recuerdo preciso del rostro, y por eso lo asustó la claridad con que la distinguió flotando por el aire con el gesto duro y el cuerpo vacío. Habría podido preguntarle por lo ocurrido en su ausencia, pero no halló el modo de alcanzarla ni osadía para enfrentarle los ojos de gata desconfiada. Con la misma nitidez vio a Pkwakahuin, sordo al griterío guatavita, envalentonado con la fuerza y la juventud y el favor que consiguió a través de tantos muertos indebidos. Se dio cuenta de que los tres estuvieron siempre en el lugar equivocado, cometiendo disparates imperdonables, culpables todos de la misma falta desde antes de nacer. ¿Para qué su afamado amor si ni siquiera pudo resistir la depuración de la distancia? El iraca tendría que haberle impuesto otra pena, sin esperanza de felicidad, pero sin lejanía. ¿Para qué los afectos si de todos modos no permanecían iguales los corazones? Ni Suazagascachía ni Pkwakahuin ni Ubni ni Zhangué ni Capa ni sus padres ni Tibatigua ni Omá y ni siquiera Sutakone estaban presentes como antes, regalándole la fuerza del espíritu. Estaban lejos o cambiados o en el mundo de los muertos, donde tampoco podía alcanzarlos. De todo, quizá lo único que lo animaba, era el hecho de poder quedarse en Guatavita. Al menos su tierra amarilla y fragante lo sostendría mientras viviera y el aire a su lado seguiría enfriándole las penas. Y aunque ya fuera un pueblo del zipa, todavía le quedaba el lugar para ofrendar al agua y a la luna y para tenderse a morir el día que no soportara más la soledad. En verdad le quedaban también Chía y Zhúe y Sié y Bochica, pero tan enigmáticos y lejanos que aunque alcanzaran a escuchar sus cuitas, al contrario de un amigo, jamás le pondrían en los labios los pájaros de la risa. Oyó el bullicio de antes junto a la choza y

vio perfectamente a Sutakone moviéndose entre el desorden de sus trebejos, sin tocar el suelo, y después salir por el camino como si viniera a recibirlos. Se quedó dormido esperando sus palabras, descifrando el rictus que traía, animándolo a apurar el paso. La mañana brillaba casi blanca cuando despertó.

Reconoció los árboles, más pesados pero iguales, intactos, llenos de nidos viejos, de barbas, de costras que nadie quitó. Estaban más cerca de la choza de lo que había pensado y sin embargo caminaron sin alegría, con el tedio del que no puede hacer cosa distinta de la impuesta. Casi nada de la choza estaba en pie. Nada más los varillones del corral, pero sólo ante la vista de esas ruinas, Tatí tuvo la sensación plena del regreso. Nombraba las cosas con los nombres chibchas, tanto tiempo callados, para que Erimiri se acostumbrara a ellos, y, por fin, al atardecer, lo vio alborozarse con el viento seco que le desamarraba el pelo sin meterle susto. Mientras cortaba madera, lamentó su frustrada misión de güecha y renunció a la idea de que el hijo lo fuera.

Ya no podría encontrar a Capa para entregárselo y tampoco a Suazagascachía para ofrecerle a Diakara. No le costó trabajo renunciar a los últimos sueños de la juventud, pero se sintió cansado y falto de razones para nombrarle a Erimiri las ventajas del guerrero. Desvolvió sus deseos sin objeto preciso, riéndose tristemente de sí mismo como si le hiciera burla a cualquier desprevenido enamorado. Oyó la risa nueva de Erimiri, le vio los ojos brillantes de curiosidad, lo sintió rebuscar en el rastrojo, abrir una senda para su cuerpo menudo, y canceló el resentimiento. De algún modo cerraba una puerta de su corazón y con toda intención y toda calma comenzó a ser viejo, a mirar sin asombro, a sentir sin confianza, con el empeño de enconcharse, de no necesitar, de no pedir ni preguntar, sólo buscar el poder de elevarse cada vez más, hasta el propio mundo de los dioses. Con la ayuda de Diakara levantó otra choza en el sitio exacto de la antigua y le enseñó a Erimiri el truco para conseguir los huevos y las pavas. Diakara trabajaba como una pequeña hormiga roja, rebuscando la comida, adecuando los sitios de dormir sin extrañar la comodidad de

las hamacas ni la tranquila cercanía del payé o del kumú ni la modorra del calor ni la libertad del pecho ni la algarabía junto al fogón. Jamás le ponía objeción a Tatí, convencida de que sus razones eran buenas y porque además le despertaba un afecto incondicional, solidario con cualquier extravagancia que inventara. Tatí esperó visita, seguro de que alguien vendría cuando se notara el humo nuevo del fogón en el lugar del zachua. Sin embargo pasaron muchos días sin que nadie llegara a verlos y pensó que se habrían olvidado del brujo o que tendrían miedo de volver a ver su mal parada figura de espectro.

No se imaginó que Pkwakahuin recargaba a todos de trabajo, que ni siquiera los dejó celebrar el duelo, que surtía el cusmuy con las mejores mujeres del pueblo, que se atrincheraba profundamente en el fuerte de Tibatigua como si esperara una guazábara con los soldados muertos. Tatí se aderezó con lo que pudo buscando su apariencia guatavita y salió a rondar un atardecer, con el espinazo erizado, hasta las puertas del cusmuy. Fisgoneó un rato largo por el antiguo puesto de trabajo de Sikicha, pero no percibió ni rastro del olor a carbón quemado ni la niebla blanca que siempre lo envolvía. Los hornos estaban fríos de muchos días sin uso, e hizo un esfuerzo para mirar sin nostalgia y traer a la mente el mejor recuerdo del padre, convencido de que no volvería a verlo y que sería inútil toda tentativa de búsqueda. Por fortuna era día de mercado y había gente de todos los pueblos, la mayoría mujeres, y un barullo suficiente para que cualquiera pasara desapercibido. Cambió plumas por sal y vasijas y acordó una nueva transacción para el siguiente mercado. Los hombres tenían restos de pintura roja y andaban todavía con el paso de los ancianos achacosos. De lejos los güechas se parecían a sus amigos, pero de cerca eran los soldados del zipa y de Pkwakahuin, mirando con mirada de águilas hambrientas. Una muchacha se le acercó a proponerle un cambio de plumas por un topo que se quitó de la liquira, y Tatí no reprimió el resuello de alegría cuando reconoció la voz, más apagada pero igualmente arrastrada de Siechoua. Le sobó levemente el brazo

y se rió con su risa desenvuelta porque ella no atinaba a saber lo que pasaba. De pronto los ojillos le empezaron a crecer y se mordió los labios para no dejar escapar la risa que se le apretaba en la garganta. Era pequeña y andaba como los pavos en celo, elevando las nalgas y el pecho, dueña de algún tesoro invisible. No atropellaron las historias. Disfrutaron primero el encuentro, alabándose los cambios, caminando muy cerca uno de otro y después conocieron lo reciente de sus vidas. Xiety y Sikicha estaban en Bacatá y Siechoua y su marido, también orfebre, irían a reunirse con ellos porque Nemequene los quería a todos cerca de sus funcionarios.

Suazagascachía era una de las thiguyes del cusmuy, la mujer principal de Pkwakahuin antes de que fuera cacique y le dieran por esposa a una hermana del guasucá, el que había traicionado a Tibatigua. La escuela de Capa estaba desmantelada y sólo se mantenían los güechas que prometieron lealtad al zipa y juraron aceptar su ley dura de dios nuevo. Tatí no hizo preguntas.

Escuchó a su hermana y le habló de Erimiri y de Diakara como de sus dos únicas posesiones ciertas en la confusa sucesión de los días. No mencionó a Sutakone ni ningún otro dolor de su corazón y Siechoua, más locuaz que él, tal vez se olvidó de mentar a Zhangué o tal vez no quiso, y Tatí lamentó no conocer por ella el alcance del poder que manejaba. Dejó las preguntas guardadas, pero le prometió a Siechoua un nuevo encuentro, tres días más tarde, en el próximo mercado.

A la mitad del día tercero, Tatí estaba en el mismo sitio donde la había visto, solo, sin Diakara y sin el hijo, con el manojo de plumas apretado entre los dedos. Siechoua no llegó ese día ni los demás días de mercado, y Tatí se abandonó a una sensación de fastidio. En la ceguera del enojo tomó la decisión de ir por fin a la laguna y acercarse a cualquier chuque viejo, porque alguno de ellos tendría que acordarse de él y comprenderle el dolor. Se acurrucó frente al agua, a orar sin ofrendas, con un fervor resignado que sólo buscaba el reconocimiento de los dioses, ahora que desconfiaba de la autoridad de los caciques.

Estaba encerrado en su oración, trasegado a la serena corriente del lago y por eso no oyó los pasos ni la respiración del que se acercaba, pero cuando la mano huesuda se prendió a su hombro, de inmediato identificó el contacto. Zhangué dejó que se le notara la ansiedad por el encuentro y momentáneamente el alma de Tatí vibró con el fulgor de la mirada y el apagado chasquido de la voz. Zhangué estaba envejecido y si la piel hubiera sido más morena, habría pensado que se parecía a Sutakone en los días que se conocieron. Le ofreció mediar ante Pkwakahuin para que le asignara una parcela de cultivo, o para conseguirle puesto junto a algún orfebre o en las caravanas de los comerciantes. Le hablaba como a un pequeño hermano, como a un amigo desamparado, olvidando que estaban tan lejanos uno de otro, que si ahora se escuchaban era nada más por hallarse bajo la misma mirada de los dioses. Si se hubiera compadecido de su larga ausencia, de su regreso a la tragedia del caos quizá se habría borrado algo del rencor que le inspiraba, pero en vez de eso, intentaba acomodarlo en el orden nuevo, ignorando la gravedad de los sucesos. Le respondió que todo cuanto necesitaba estaba en su choza o lo tomaba de la tierra y del río. Que se quedaba en el rincón del zachua porque Tibatigua le había dado opción para heredarlo y que si los extranjeros no aceptaban la disposición, entonces se iría a vagar por todos los pueblos de Gantina Masca, o regresaría a la selva, huérfano de dioses, pero lejos de los hombres que cumplían tan malamente sus destinos. Zhangué entendió que no era el momento de la reconciliación y que el dolor de su pequeño Tatí estaba crecido en vez de menguado porque ni siquiera la distancia le enseñó que para no sufrir, el corazón de los hombres debe adivinar el rumbo de los acontecimientos y prepararse para acomodarse a ellos. Tatí se apegaba demasiado a su entorno y obstinadamente era más fiel al pasado que al porvenir y eso lo convertía en un hombre predestinado al fracaso de sus empeños. Se alejó de él rogándole venir un día próximo a remontar juntos el espacio y buscar los espíritus alados.

Tatí se quedó hasta que empezó a oscurecer, atrapado por la



magia del agua, reclamándole a Sié la hermandad con la tierra y la fuerza para preservar sus sentimientos de los vaivenes de los encuentros y las separaciones. Necesitaba sentido para ver la esencia cierta de los seres. Necesitaba la capacidad de mirar cara a cara a Pkwakahuin o a Suazagascachía sin sucumbir a la nostalgia de los días del amor y frente a ellos no aflojar el recelo, ni siquiera durante el mismo breve instante que Zhangué logró ablandarlo. No entendía cómo participaban de tan distintas naturalezas siendo todos hijos de la luna, pero mantendría presente esa certeza como un amuleto contra las restantes fullerías de su sino. Al anochecer decidió marcharse, pero se quedó retenido, guardando su posición acucillada como otra de las estatuas de la orilla. Cerró los ojos y escuchó las voces de las ranas y los grillos, el viento detrás de cada hoja y el crepitar de los fuegos eternos. Evocó sus alucinadas visiones de la selva y le llegaron mezcladas las voces de los hombres y las fieras y, por fin, de golpe entendió que la sabiduría del zachua residió en saber moverse entre su propia vida y muerte, en vagar por los dos mundos, y también de golpe hizo suyo ese propósito. Y porque todavía estaba limpio de muertos, quedaba libre del temor de las venganzas en los caminos y en las sementeras del centro de la tierra. Necesitaba encontrar a Sutakone y verlo mucho mejor que el día que lo vislumbró en la choza, perdido en el enredajo polvoriento de sus cosas. Se quedó toda la noche tomando valor para acercarse a su muerte y a la ajena para conocerlas con el mismo detalle que a la vida.

El frío le entumeció las manos y los pies y la nariz, pero se quedó acurrucado obligando al cuerpo entero a mantener una sola voluntad. Con las primeras luces inició el descenso, seguro de que nadie iría a molestarlo como no lo habían hecho aquella noche. A su paso por el cismuy vio a Pkwakahuin sobre las mismas andas de Tibatigua, con su misma corona, pero no se dolió porque entendió que estaba destinado a ser un remedo de cacique, con la gloria prestada de un pasado grande pero impropio. Lo llevaban hacia la laguna junto a su mujer y unos chuques apagados. Más atrás caminaba Suazagascachía y tuvo

la manera de mirarle el rostro, y se observaron un instante con el alivio de reconocerse desde sus lugares y no pertenecerse más. No lamentó siquiera que esa mujer transfigurada hubiera sido la mala causa de su ausencia, porque supo que de todos modos habría elegido la agonía del exilio de Sutakone. Sus últimas dudas se fueron con ella, con sus ojos duros y su paso extraño. Tal vez algún día se encontrarán en el mundo de los espíritus, pero entonces serían tan ajenos que bien podrían ni reconocerse.

Siguió el camino a la choza sin tristeza, sin remordimientos, orgulloso de haber encontrado por fin la certeza de que el barullo de su vida no comenzó con su mal amor, sino con la soberbia de los hombres que ignoraron el deseo de los dioses el infortunado día de su iniciación. Y volvió a cantar la sabiduría del zachua, porque sólo él había podido traerle, llena de sobresaltos pero intacta, el alma hasta este día.

## Epílogo

**ZHÚE HIZO** un último esfuerzo por brillar otra vez en el sol de los muiscas. Hacía tiempo que se le dificultaba contemplarlos, desde que llegaron los barbudos a reclamar lo suyo, a torturar y enterrar con los chuques la sabiduría de su culto. Sin el orden adecuado, sin las palabras adecuadas, sin las horas exactas, ninguna invocación y ninguna ofrenda lo alcanzaban. Erimiri y los otros zachuas quemaban hierbas o flores amarillas para halagarlo, y escapaban alados hasta el cielo, pero se trepaban entre truenos y nubazones negras que no dejaban nada en claro. Zhúe agonizaba sin culto desde el día que entraron los ciento sesenta y siete extraños escuálidos y rotos, a lomos de inmensos venados sin cuernos, hablando con melosería y acariciando y mirando a los hombres con ojos de esculcarles las casas y las almas.

Esta mañana, mortalmente herido, Zhúe supo que sería la última que estaría en el cielo. No tenía ningún poder más capaz que las cadenas y el trueno de las lanzas de los invasores, menos ahora, que los chuques por negarse a escupirle el rostro, perecían delante de las cruces, después del frío regalo de unas oraciones moribundas. Los barbudos escondían el oro de su vista, se lo apropiaban, lo dejaban desolado. Por primera vez su alma de fuego no entendía los gestos ni adivinaba las intenciones de los pobladores de la tierra. ¿Cómo se resignaría a morir sin sepultura ni cantos ni memoración de su gloria? Aunque escuchaba con claridad las voces ceceantes, se le dificultaba reconocer a los extraños por los nombres o recordar las jerarquías porque no respetaban el silencio y porque engañaban cuando aceptaban el apelativo de hijos del sol. Cuarenta días estuvo viendo a Sagipa, el sobrino de Thisquesusa, tejer un ardid para rescatar el mando de Bacatá para los suyos y lo vio atado con lazos intentando rodar al abismo de la montaña para morir y hacer morir a los soldados que lo llevaban prisionero. Lo oyó de mil maneras prometer

el tesoro de Thisquesusa y otras tantas encontrar cómo evadir la promesa. Pero esta mañana, lo veía enmudecido de dolor y rabia, callando el secreto de las ofrendas a pesar de la grasa hirviendo y los fierros candentes en los pies. El último gran zipa de Bacatá parecía lentamente y con él se apagaba su propio fulgor. Por todas las muertes de los suyos tendría que dejar su puesto a los dioses entronizados por los bárbaros. Se sumergiría en la oscuridad para no ver el final de los días tristes que amanecieron sin su consentimiento, para no ver a los capitanes humillados y vencidos, ridiculizados ante la fuerza de las armas portentosas. Ni a los hombres doblados delante de otros que no eran sus elegidos. Era inútil intentar quedarse, pues en ningún lugar encontraría refugio. En Suamox, las cenizas de su templo humeaban desde hacía ya dos lunas. En Hunza permanecía prisionero el poderoso Quemuenchatocha junto a sus momias y sus estatuas desnudas. En todos los pueblos, los hombres eran obligados a reconocer otros señores y a atender otras prioridades y los chuques perseguidos y las insignias de su poder desbaratadas.

Zhúe se incendió en el resplandor de su dolor y se consumió en la certeza de que los muiscas sin él no vivirían.

## Personajes

*La sigla LGA designa la Lengua General Amazónica.*

*Bachué:* “Pechos salientes”, deidad progenitora de los muisca del sur

*Bochica:* héroe civilizador, hijo del sol

*Boraro:* espíritu maligno de la selva (LGA)

*Capa:* maestro guerrero de Tatí

*Chaqué:* dios de los linderos y los términos de las carreras

*Chía:* diosa representada por la luna, opositora de Bochica

*Chibafruime:* dios de la guerra

*Chibchacún:* dios protector de los muisca

*Chibchigua:* “Nuestra ventana”, una de las thiguyes de Tibatigua

*Chiminigagua:* dios creador del mundo en la mitología muisca del sur

*Chuinsúe:* “Pájaro risueño”, esposa principal de Tibatigua

*Chutama:* “Hijo ajeno”, maestro guerrero de Tatí

*Consuacá:* primer cacique guatavita sometido por el zipa

*Corazón de Piedra:* sobrino y sucesor de Tibatigua

*Cuchavira:* deidad menor, representada por el arco iris, protector de los brujos, las parturientas y los enfermos

*Diakara:* “Pato”, esposa de Tatí (LGA)

*Diróa-maxse:* deidad nocturna, protectora de la naturaleza (LGA)

*Emekóri-maxsa:* deidad diurna, protectora de la naturaleza (LGA)

*Faoa:* “Niebla”, mujer caribe

*Gaxki:* “Pene”, jefe de los boreka (LGA)

*Goranchancha:* antiguo zaque de Hunza, considerado hijo del sol

*Guémuy:* “Cama vacía”, enamorada de Sutakone

*Gueyta:* cacique de Tibacuy

*Güücha:* cacique de Zipaquirá

*Hunzahúa:* antiguo zaque de Tunja

*Huytaca:* divinidad maligna, hija de Chía, con forma de lechuza

*Hyquibasuta:* primer cacique guatavita que sometió los pueblos de la sabana

*Ibaqué:* Cacique de Guasucá

*Koré:* “Vagina”, joven boreka enamorada de Tatí (LGA)

*Kuni:* “Parecido al oro”, compañero de Tatí

*Mayavita:* personaje mítico, creadora de las guacamayas

*Michúa*: zaque de Tunja, antecesor de Quemuenchatocha  
*Mongatá*: esposo de Mayavita  
*Nemequene*: “Corazón de tigre”, zipa de Bacatá, sobrino de Saguanmanchica, antecesor de Thisquesusa  
*Nencatacoa*: divinidad menor, protectora de la chicha y las fiestas  
*Nixi-maxsa*: “Gente que pide” (LGA)  
*Omá*: “Rana”, amigo boreka de Tatí (LGA)  
*Pagé-abe*: el padre sol en la mitología desana (LGA)  
*Pamuri-Gaxsirú*: la canoa-culebra en la mitología desana (LGA)  
*Pkwakahuin*: “Brazos vigorosos”, güecha del zipa  
*Puyquichín*: “Corazón brillante”  
*Quichahuin*: “Pie fuerte”, pregonero principal de Tibatigua  
*Sadigua*: “Nuestro padre”, nombre dado a Bochica por los hunzanos  
*Saguanmanchica*: zipa de Bacatá, antecesor de Nemequene  
*Saquara*: cacique de Nemocón  
*Sié*: divinidad representada por el agua  
*Siechoua*: “Saludo del agua”, hermana menor de Tatí  
*Sikicha*: “Varón de la quebrada”, padre de Tatí  
*Sochi*: “Nuestra piedra”, anciano de Turmequé  
*Suazagascachía*: “Luna del amanecer”, hermana y amante de Tatí  
*Suegata*: “Pájaro de fuego”, anciano sacerdote de Guatavita  
*Sutakone*: “Amigo de las nubes”, brujo (zachua), maestro de Tatí  
*Tatí*: “Canción de la labranza”, personaje central del relato  
*Thomagata*: sacerdote mago de la antigüedad muisca  
*Tibatigua*: “Capitán águila”, cacique de Guatavita  
*Tonamee*: payé (brujo) desana del clan de los boreka (LGA)  
*Tybiba*: cacique guatavita antecesor de Tibatigua  
*Ubni*: “Semilla de oro”, güecha del zipa  
*Umusí*: “Oropéndolo”, nombre de Tatí entre los boreka (LGA)  
*Usathama*: cacique de Fusagasugá  
*Vixó-maxse*: señor del polvo alucinógeno (LGA)  
*Wai-maxse*: divinidad masculina, dueña de los animales (LGA)  
*Xiety*: “Canción del río”, madre de Tatí  
*Ybachina*: güecha del zipa  
*Yuruparí*: héroe legislador de las tribus amazónicas (LGA)  
*Zhangué*: sacerdote chía, hermano de Tatí  
*Zhúe*: divinidad representada por el sol

## Toponímicos

- Bacatá*: “Cercado fuera de la labranza”, capital del imperio del zipa, hoy Bogotá
- Boavita*: “Cumbre del dios”
- Bouqué*: “Río de la fuerza”, hoy Vaupés (LGA)
- Cajicá*: “Fortaleza de piedra”
- Chía*: “Luna, fornicación, luz”, pueblo donde se encontraba el principal templo de la luna
- Chiguachí*: “Nuestro cerro”, hoy Choachí
- Chocontá*: “Labranza de la buena alianza”
- Cucunubá*: “Semejante a lo de afuera”, juego semejante a los bolos
- Furatena*: “Mujer que baja”, antiguo adoratorio de los muisca, arrebatado por los muzos
- Fusagasugá*: “Monte del señor de los pájaros y los zorros”
- Fusungá*: “Monte de los pájaros y zorros”
- Gantina Masca*: “Cuesta del señor de los muisca”, hoy Cundinamarca
- Guacacayo*: “Río de las tumbas”, hoy río Magdalena
- Guachetá*: “Detrás de nuestra labranza”, hoy San Gregorio
- Guanetá*: “Labranza de los guanes”
- Guasucá*: “Rodeado de cerros”, hoy Guasca
- Guatavita*: “Remate de sierra”
- Guaviare*: Río de la Amazonia colombiana
- Guavio*: Río de la vertiente oriental de Gantina Masca
- Hunza*: “Varón poderoso”, capital del imperio del zaque, hoy Tunja
- Iguaque*: “Sombra fuerte del monte”, hoy laguna de San Pedro
- La Tora*: Hoy Barrancabermeja
- Nemocón*: “León que llora”
- Nengupá*: “Cumbre del gato montés”
- Paipa*: “Sombra del padre”
- Papamene*: Hoy río Guayabero
- Pasca*: “Cercado del padre”
- Piza*: “Sin sombra”
- Ráquira*: “Ciudad de las ollas”
- Saguasinsá*: “Varón presente del monte”, hoy laguna de Fúquene
- Sesquilé*: “Boquerón de la quebrada”
- Siachoque*: “Trabajo del sol”
- Siecha*: “Varón del agua”, río cercano a Guatavita

*Suagamuxi*: “Morada del sol”, otro nombre de Suamox  
*Suamox*: “Morada del sol”, hoy Sogamoso  
*Suesucá*: “Cola de guacamaya”, hoy Suesca  
*Sutatá*: “Labranza de los pájaros”  
*Tausa*: “Tributo”  
*Tekendama*: “Vigor de las labranzas del boquerón”  
*Tena*: “Debajo del boquerón”, antiguamente Tenaguasá  
*Tibacuy*: “Jefe oficial”, pueblo de la frontera septentrional, arrebatado  
por los caribes  
*Tundama*: “Vuestra labranza prestada”, hoy Duitama  
*Turmequé*: “Bosque de las turmas”  
*Tuta*: “Labranza prestada”  
*Ubaque*: “Bosque de la ladera”  
*Usme*: “Tu nido”  
*Wainabí*: Raudal en el río Macú-Paraná (LGA)  
*Zipaquirá*: “Ciudad del zipa”



## Vocabulario

- Anemchica*: clan de Chía  
*Anolaima*: tribu caribe del sur de Gantina Masca  
*Ata*: uno  
*Axpikón-diá*: el paraíso (LGA)  
*Bija*: tinta colorada vegetal  
*Boreka*: hijos de la trucha (LGA)  
*Bosa*: dos  
*Cachiri*: chicha de yuca (LGA)  
*Cagüi*: la madrugada  
*Caná*: clan chía de donde provenían los zipas  
*Chibcha*: lengua hablada por varios grupos asentados desde el centro de Bolivia hasta Nicaragua  
*Chiccate*: rectángulo de tela enrollado a la cintura a manera de falda hasta la rodilla  
*Chicha*: bebida fermentada de maíz  
*Chihine*: árbol de flores amarillas  
*Chihize*: esparto  
*Chorote*: vasija de barro  
*Chuchunchullo*: arbusto medicinal  
*Chumbe*: faja tejida  
*Chuque*: sacerdote  
*Chuzo*: figura votiva  
*Cocho*: pájaro grande y negro  
*Colima*: tribu caribe  
*Cubeo*: tribu del grupo oriental del Vaupés  
*Cubio*: tubérculo comestible  
*Cuca*: templo donde se formaban los sacerdotes y los caciques  
*Cucunubá*: juego semejante a los bolos  
*Cuhupcúa*: siete. Año cujupcúa: treinta y siete lunas  
*Cusmuy*: casa grande con paredes de bahareque y piso de esparto  
*Desana*: tribu del grupo oriental del Vaupés (LGA)  
*Gacha*: olla  
*Guaca*: tumba  
*Guacata*: esmeralda  
*Guaco*: hierba usada como antídoto para las mordeduras de culebras venenosas  
*Guahivos*: tribu del grupo caribe de los llanos orientales

*Guaigua*: tribu recolectora del llano  
*Guane*: tribu emparentada con los muisca asentada en el actual territorio de Santander  
*Guaúba*: guadua, bambú  
*Guazábara*: combate, escaramuza  
*Güecha*: guerrero  
*Gueta*: veinte, significa casa  
*Hayo*: coca  
*Hibia*: tubérculo comestible  
*Hisca*: cinco  
*Huán*: fecha en que se corregía el calendario lunar con respecto al calendario solar  
*Iegui*: gusano  
*Jagua*: tinte vegetal negro  
*Kumú*: sacerdote, guía espiritual (LGA)  
*Kuripako*: tribu del grupo arawak del Amazonas (LGA)  
*Liquira*: manta pequeña con que se cubrían los hombros las mujeres  
*Macana*: madera fibrosa de gran resistencia  
*Makú*: tribu dedicada a las tareas de más baja categoría (LGA)  
*Maloca*: casa redonda, de dos pisos, donde vivían varias familias nucleares (LGA)  
*Maxsatinge*: “hermano mayor” (LGA)  
*Mica*: tres  
*Mohán*: sacerdote de las tribus caribes  
*Moxa*: “sin casa”, joven destinado a ser sacrificado al sol  
*Muihica*: cuatro  
*Muisca*: hombre. Nombre que se daban a sí mismos los habitantes de Gantina Masca  
*Mute*: mazamorra de maíz  
*Muzo*: tribu caribe del nororiente de Gantina Masca  
*Nyumú*: fruto de una palma (LGA)  
*Panche*: tribu caribe del sur-oeste de Gantina Masca  
*Payé*: chamán, intermediario entre los hombres y Waí-maxse (LGA)  
*Pira-Tapuya*: tribu del grupo oriental del Vaupés (LGA)  
*Ponemó*: flauta ritual de carácter masculino (LGA)  
*Poré*: flauta ritual de carácter femenino (LGA)  
*Queme*: mensajero  
*Quihica*: pie. Se antepone a los números entre uno y nueve para nombrar los números entre once y diecinueve  
*Quine*: lecho, cama  
*Quinoa*: semilla del clima de páramo

*Semé*: fruto de una mimosácea, con el que se fabrica chicha (LGA)  
*Siatobaguya*: clan del pueblo de Sutatá  
*Sib*: clan (LGA)  
*Suameca*: la luz detrás de Ta. La tarde  
*Suamena*: la luz delante de Ta. La mañana  
*Sucuy*: conejo  
*Sugüe*: casa cuadrada de piso de tierra, con zarzo como despensa  
*Suhuza*: ocho  
*Suna*: camino, sendero  
*Suque*: chicha de maíz sin fermentar  
*Sutagao*: tribu caribe del sur de Gantina Masca  
*Sybin*: reunión de utas al mando de un capitán mayor  
*Ta*: seis. Maderos que permitían observar el movimiento del sol por la sombra que proyectaban  
*Teguas*: tribu del pie del monte llanero con la que los muiscas mantenían relaciones comerciales y amistosas  
*Thigüy*: “mujer que canta”, nombre de las esposas de los caciques  
*Timi*: menstruación  
*Toá*: fruta descrita como ciruela negra (LGA)  
*Tocaima*: tribu de guerreros caribes  
*Tukano*: tribu del grupo oriental del Vaupés (LGA)  
*Tunjo*: figura votiva, generalmente hecha de oro o tumbaga  
*Turmequé*: juego parecido al tejo  
*Ubzaque*: cacique de rango superior  
*Umba*: tejo para el juego del turmequé  
*Uta*: reunión de clanes al mando de un capitán menor  
*Vixó*: polvo alucinógeno (LGA)  
*Waxsú*: fruto de un ficus (LGA)  
*Yajé*: bebedizo alucinógeno preparado ceremonialmente por el kumú.  
 Se extrae del zumo de un bejuco (LGA)  
*Yoma*: papa  
*Yopo*: polvo alucinógeno  
*Yuruparí*: conjunto de instrumentos rituales (LGA)  
*Zachua*: brujo  
*Zaque*: soberano de Hunza  
*Zasca*: la noche  
*Zipa*: soberano de Bacatá  
*Zita*: serpiente  
*Zocam*: año de veinte lunas  
*Zuhuzy-muy*: bohío con techo de dos aguas



Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres del Centro de Publicaciones  
de la Universidad del Quindío  
(Armenia, Colombia)  
en el mes de abril de 2011.